

**HISTORIA DE LAS DOCTRINAS
DE LA POBLACION**

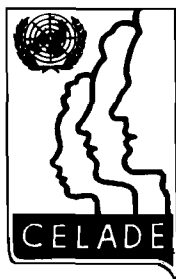
300000000 H

René Gonnard

HISTORIA
de las
DOCTRINAS
de la
POBLACION



900033532 - BIBLIOTECA CEPAL



CENTRO LATINOAMERICANO DE DEMOGRAFIA

Santiago de Chile - 1969

94563

CENTRO LATINOAMERICANO DE DEMOGRAFÍA
CELADE

Sede: J. M. Infante 9. Casilla 91. Teléfono 257806
Santiago (Chile)

Subsede: Ciudad Universitaria Rodrigo Facio
Apartado Postal 5249
San José (Costa Rica)

Traducción de
JOSE FERRER

© Cía. Editora Nacional, S.A. México, 1945.

© Centro Latinoamericano de Demografía, Santiago, Chile,
1969. (Edición facsímile).

Serie E, N° 3.

INDICE

Cap. Pág.

Primera Parte

LAS DOCTRINAS ANTIGUAS Y MEDIOEVALES

I. Las concepciones de los pueblos antiguos de Oriente	11
II. Las doctrinas griegas de la población	23
III. Las doctrinas romanas	45
IV. Las doctrinas medioevales	57

Segunda Parte

LAS DOCTRINAS DE LA EPOCA MERCANTILISTA Y FISIOCRATICA

I. Doctrinas italianas y españolas (1450-1650) ..	77
II. Doctrinas francesas (1450-1650)	87
III. Doctrinas alemanas e inglesas (1450-1650)	97
IV. Doctrinas francesas (1650-1750)	109
V. Mirabeau y los fisiócratas	133
VI. Doctrinas francesas de la segunda mitad del siglo XVIII, además de las fisiócratas	151
VII. Doctrinas inglesas (1650-1798)	177
VIII. Doctrinas alemanas (1650-1800)	195
IX. Doctrinas italianas (1650-1800)	203

Tercera Parte

LAS DOCTRINAS MODERNAS

I. Malthus y el <i>Ensayo sobre el Principio de Población</i>	215
II. Los economistas malthusianos en el siglo XIX..	241
III. Los adversarios del malthusianismo	255
IV. La demografía en el siglo XIX	273
V. Civilización y población	279

Parte Primera

LAS DOCTRINAS ANTIGUAS Y MEDIOEVALES

CAPÍTULO PRIMERO

LAS CONCEPCIONES DE LOS PUEBLOS ANTIGUOS DE ORIENTE

Las ideas de los pueblos antiguos de Oriente sobre la población, deben buscarse sobre todo, como sus ideas económicas, en los libros santos, en estas obras de contenido sumamente compuesto, en que se yuxtaponen doctrinas y preceptos, en las que junto a las enseñanzas teológicas y cosmológicas se encuentran nociones obtenidas en la experiencia y referentes a los objetos más diversos: moral, derecho, política, higiene, deberes para con la divinidad, la sociedad y uno mismo. Todo ello sistematizado más o menos alrededor de una concepción religiosa central.

De manera generalísima podemos decir que para esos pueblos, los lineamientos principales de su doctrina de la población se presentan así: consideran el celibato como una desgracia y una vergüenza; el matrimonio, como un deber y como el destino normal del hombre; la multiplicación de los nacimientos, como un gran bien; la paternidad, como una felicidad y una señal de la protección divina.

Es bastante fácil, aun si nos colocamos en el exclusivo punto de vista económico, comprender el origen de tales maneras de pensar. En una época en que la tierra sobreabundaba, en que la utilización del suelo era la principal fuente de enriquecimiento, y en que, por otra parte, el poder absoluto del padre o del patriarca sobre sus descendientes, hacía de éstos esclavos natos, el nacimiento de un hijo representaba para el padre y para el grupo social, un aumento de capital. Procrear no era una operación costosa; por

lo contrario, era una operación productiva desde el punto de vista económico de la palabra. Y a tal grado, que “en la sociedad patriarcal, el rango social se determinaba, en amplia medida, por el número de hijos” (1).

En segundo lugar, si durante largo tiempo el principal y casi el único medio de enriquecimiento pacífico consistía en la utilización del suelo, que reclamaba numerosos brazos, otro medio de enriquecimiento, que la mayor parte de los pueblos antiguos consideró como una verdadera industria social, la guerra —la guerra productora de botín y de esclavos— también reclamaba soldados para el ataque y la defensa. Así pues, el padre de familia era mejor ciudadano que el célibe, y aun se llegó a considerar frecuentemente a este último como un ciudadano incompleto; en numerosas sociedades antiguas se le hizo sentir esto por todas las clases de prerrogativas de que gozaba el hombre casado y padre de familia y que el soltero no disfrutaba. El mismo hecho se ha podido observar frecuentemente (2) en nuestra época, por ejemplo, entre los pueblos que continúan llevando vida pastoral.

Pero otros numerosos motivos, aparte de los económicos, entraban en juego para determinar a los hombres a aceptar y a buscar las cargas de la paternidad. Eran, especialmente, motivos deducidos de las creencias religiosas que hacían de los hijos y de los descendientes los sacerdotes de un culto cuyos dioses eran el abuelo y el padre. Fustel de Coulanges (3) ha expuesto, en forma que ya es clásica, las concepciones de los antiguos arios a este respecto. Pero ya Malthus había señalado la importancia de las creencias religiosas sobre los deberes rituales que los hijos tenían que rendir a sus padres difuntos, y su influencia sobre las ideas de ciertos pueblos en materia de población (4). Esta disposición de espíritu ha sobrevivido hasta nuestros días en China (5), en donde el culto rendido por los descendientes a los antepasados constituye el fondo mismo de la religión, y en donde el temor a verse

(1) Stangeland, *Premalthusian Doctrines of Population*, p. 40.

(2) Malthus, *Essay on the Principle of Population as it Affects the Future Improvement of Society*.

(3) *La Ciudad Antigua*.

(4) *Essay on the Principle of Population*.

(5) V. Hovelake, *La Chine*.

privado de tal culto constituye uno de los principales móviles del alma china. Perpetuar el nombre y la familia, aparece como el primer deber del individuo. El padre de familia que tarda en casar a sus hijos experimenta un sentimiento de vergüenza y de inquietud.

Este sentimiento no era, pues, particular a la raza aria. Pero no sólo lo encontramos también entre los pueblos del Extremo Oriente. También era muy fuerte entre los semitas. El matrimonio estaba considerado por los hebreos como un deber religioso; entre ellos, dice Westermarck en su libro, tan abundante en datos (6). casi no se oía hablar de celibato; lo mismo sucede con los judíos actuales, que tienen un proverbio: "Quien no tiene mujer no es un hombre". Michaelis observa: "Verdaderamente, hubiera parecido muy extraño a un antiguo israelita haber vislumbrado, como en una visión, un período de la historia del mundo en que se considerara sano y religioso vivir sin casarse". Según el Talmud, las autoridades pueden obligar a un hombre a que contraiga matrimonio; y "el que vive solo a la edad de veinte años está maldito de Dios como un asesino". Casi no es necesario recordar el mandamiento del Génesis, que a la vez es una orden y una promesa, el pacto concertado por Jehová con Abraham, la promesa que Dios hace de multiplicar la descendencia del patriarca como las estrellas del cielo y las arenas del mar. La virginidad prolongada era un deshonor para las mujeres, deshonor del que la hija de Jefté se lamenta más que de su muerte próxima y prematura.

Las mismas ideas inspiraban a otra y más poderosa nación semita, cuyo legislador, autor de los textos jurídicos posiblemente más antiguos que conozcamos, el rey Hamurabí, inscribió en sus leyes la obligación para el padre de casar a sus hijos desde que estaban en edad para ello. "Si alguno de los hijos no estaba casado en el momento de ocurrir la muerte del padre, la obligación de casarlo y dotarlo pasaba a sus hermanos ya establecidos. Para ello se separaba de la herencia la suma necesaria" (7). Pero la glori-

(6) *Origines du mariage dans l'épée humaine.*

(7) V. Dareste, *Nouvelle Revue Historique*, enero de 1903, p. 22. Compárese, en la obra de L. Naudeau, *Le Japon moderne*, lo que el autor dice del culto de los antepasados y de sus consecuencias como aniquilador del individualismo (cap. XV y *passim*).

ficación de la paternidad también fué una característica esencial de las concepciones arias. Como lo ha hecho ver Fustel de Coulanges, los arios concedían una extrema importancia al cumplimiento de los deberes rituales para con los difuntos, al grado de que el historiador cree admisible que la familia y la ciudad arias se construyeron sobre la base de la religión de los antepasados muertos, parafraseando científicamente el verso intuitivo de Lamartine:

La ceniza de los muertos creó la patria.

Los antiguos arios consideraban una necesidad el perpetuar los sacrificios familiares de generación en generación; era para ellos una idea insoportable la de que sus antepasados y ellos mismos se vieran privados un día de esos honores, condición de la felicidad de ultratumba. La muerte era un dios: pero cuando se la descuidaba se transformaba en una divinidad colérica, desdichada y maléfica. El que permanecía sin hijos o no casaba a los suyos, se consideraba como un miserable y un criminal; comprometía la felicidad de los Manes ancestrales, y debía resignarse a compartir sus sufrimientos. En consecuencia, importaba al individuo dejar una posteridad que lo honrase; más aún, también importaba a la ciudad que así fuese, pues se creía que cada familia que se extinguía la privaba de la protección de un dios benévolo y dejaba rondando, alrededor del hogar, privada de sacrificios, la sombra de un genio malévolos. El celibato, la falta de paternidad constituían, pues, una desgracia y a la vez una impiedad; una desgracia, pues el que no tenía hijos no sería objeto de ningún culto después de su muerte; una impiedad porque comprometía la felicidad de los Manes de sus antepasados, privados a su vez de sacerdotes y de sacrificios.

Las leyes de Manú (8) insisten repetidas veces sobre el deber sagrado del matrimonio y de la paternidad, sobre las ventajas religiosas de su cumplimiento, y sobre los peligros de su desobediencia.

(8) La antigüedad de las leyes de Manú es objeto de vivas controversias. Mientras algunos autores las hacen remontar a los años 1500-1200 antes de nuestra era (Will. Jones), otros las sitúan en fecha mucho más próxima (500, 300, 200 años antes de nuestra era, y aun 500 años después).

Citemos algunos de esos textos:

“Ley 96. Las mujeres fueron creadas para traer al mundo hijos; los hombres, para perpetuar la especie; por esto, el cumplimiento en común de los deberes religiosos por el esposo con la esposa está prescrito en el Veda.

106.—Inmediatamente después del nacimiento del primogénito el hombre se transforma en padre de un hijo, y queda liberado de su deuda con los Manes; por tanto, este primogénito merece la totalidad del patrimonio.

107. Este hijo, con el que paga su deuda y obtiene la inmortalidad, es el hijo del deber; los otros son los hijos del amor.

137. Con un hijo se conquistan los mundos; con un nieto, se obtiene la inmortalidad; pero con el hijo de este nieto se obtiene el mundo del sol.

138. Como un hijo libera (*tra*) a su padre del infierno, llamado *Put*, ha sido recibido el nombre de *Putra* (salvador del infierno), por el mismo Brahma.

139. Entre el hijo de un hijo y el hijo de una hija no hay diferencia aquí abajo, pues aun el hijo de una hija salva a su abuelo materno en el otro mundo, como lo haría el hijo de un hijo” (9).

Los antiguos iranos, sectarios de Zoroastro, profesaban y profesan aún doctrinas semejantes. “Según Zoroastro, plantar un árbol, cultivar un campo y dar a la vida hijos, son tres acciones meritorias” (10). Su libro sagrado, el Zend-Avesta, está repleto de consejos religiosos concernientes al matrimonio y a la paternidad. “Cásate joven, dice, a fin de que tu hijo te suceda y la cadena de los seres no se interrumpa”. Herodoto nos indica que entre los persas, el motivo militar reforzaba al religioso: “Después de las virtudes guerreras, dice, consideran como un gran mérito tener muchos hijos. El rey gratifica todos los años a quienes tienen más. Creen que la fuerza consiste en el gran número” (11). El mismo Herodoto nos informa de las medidas tomadas por Darío para repoblar Babilonia, después de la recaptura de esta ciudad (12). Es-

(9) *Leyes de Manú*, libro IX.

(10) Malthus, *op. cit.*

(11) Clío, CXXXVI. Cierta desprecia, el desprecia del griego que ha vencido en pequeño número, parece adivinarse en la última frase.

(12) Tafia, CLIX.

tos detalles, como los que nos proporciona sobre ciertas costumbres caldeas o asirias, más que singulares para los modernos (13), cualquiera que sea su mayor o menor exactitud histórica, nos revelan, cuando menos, cómo los antiguos arios y los mismos griegos consideraban con serenidad las más enérgicas intervenciones del Estado en materia de población. Añadamos que los parsis de nuestros días, herederos de los antiguos persas zoroástricos, continúan profesando la creencia ancestral de que el fin del matrimonio es una numerosa progenitura, y que mientras más fecunda es la alianza, más feliz será (14).

Por otra parte, al motivo religioso se añadían otros, cuya persistencia en las concepciones de muchas tribus de nuestra época ha sido señalada por Westermarck, ya que en la tribu, el célibe está considerado como una amenaza para el orden social, mientras que, por otra parte, se hace sospechoso de falta de virilidad; de este modo, el célibe es a la vez sospechoso y menospreciado, "al grado de que ciertos pueblos le rehusan el nombre de hombre" (15).

Sin embargo, hay que observar que a esta gran corriente de ideas y de sentimientos favorables a la población se opone, y a veces se mezcla, otra muy diferente. Aun entre los arios no todas las doctrinas religiosas y morales convergían hacia la proscripción del celibato y a la apología de la paternidad. En épocas muy antiguas encontramos, mezclada a estas ideas, una idea moral completamente opuesta, la de la impureza de las relaciones sexuales, incluso en el matrimonio; idea que parece casi general e instintiva en la humanidad, y cuyas trazas y manifestaciones descubren los etnógrafos en la mayor parte de los pueblos salvajes de hoy, como los historiadores en la mayor parte de las naciones antiguas. Esta noción de impureza explica, sin duda, el hecho de que al lado de las prostituciones sagradas, algunas personas consagradas al

(13) Se trata de los ritos religiosos que imponían a las doncellas de Babilonia el sacrificio de su virginidad, costumbre que encontramos en cierto número de pueblos de la antigüedad y que ha sido interpretada como un medio de asegurar el matrimonio de todas las doncellas. Clío, CXCVI. V. Westermarck, *Origines du mariage dans l'èpece humaine*, y Stengeland, *op. cit.*, p. 47 y siguientes.

(14) V. D. Menant, *Les Parsis*, p. 115 y siguientes.

(15) Westermarck cita a los sántalos y los coreanos. *Op. cit.*, p. 130 y siguientes.

culto deban guardar el celibato. Esta tradición, encontrada en los puntos más remotos del globo (México, Perú, Patagonia, Oceanía, Tibet, China, etc.), existía en las naciones arias. Las vestales romanas son las más conocidas; pero el *vestalato* ha sido una institución muy extendida. Algunas sacerdotisas griegas estaban obligadas a la castidad; Justino nos dice que las sacerdotisas persas del Sol estaban sometidas a la misma ley; y Pomponio Mela nos dice otro tanto de las sacerdotisas galas de la isla de Sein.

Puede parecer bastante difícil conciliar racionalmente la existencia de una noción que ve en el matrimonio algo impuro, junto a las tradiciones, indiscutiblemente existentes entre los mismos pueblos, que lo consideran como un deber, y a la paternidad como altamente deseable. Es probable que los hombres de esos tiempos no buscaran siquiera tal conciliación y que las dos corrientes de ideas nacidas de diversas causas (16), coexistieran, tal como coexiste hoy, en la conciencia de los pueblos cristianos, la idea de que "las familias numerosas están benditas por Dios" y que hay una santidad del matrimonio, al lado de la idea de la excelencia religiosa del estado virginal. Por lo demás, y hablando generalmente, la castidad sólo era un deber para una selección de sacerdotes y sacerdotisas, una garantía de un abandono completo a la divinidad que servían, y posiblemente también, como un sacrificio particularmente duro, una especie de muerte parcial aceptada y ofrecida a aquélla (17).

A pesar de todo, hubo sectas y pueblos en que la idea hostil a la propagación de la raza fué llevada más lejos. Así es como entre los mismos hebreos, tan aferrados a la esperanza de ver a su raza tan numerosa como las arenas del mar, se formó una secta ascética, la de los esenios, que parece haber profesado doctrinas desfavorables al matrimonio. El historiador Josefo, que nos ha dejado algunos informes sobre ella, nos dice de sus adeptos: "Rechazan el placer como un mal, pero estiman que la continencia y la victoria sobre nuestras pasiones son virtudes. Desdeñan el matrimonio". Esta doctrina, por lo demás, tuvo poca influencia sobre el judaís-

(16) V. Westermarek, *op. cit.*, p. 148, sobre el origen de la idea de impureza sexual.

(17) Westermarek, p. 130. "Parece, según Adur, que muchas mujeres indias pensaban que la virginidad y la virindad eran sinónimos de muerte".

mo; pero probablemente sí la tuvo sobre el cristianismo, cuando menos sobre ciertas sectas.

Otra gran doctrina religiosa puede aparecer como poseedora de las mismas tendencias: la doctrina budista. El pesimismo metafísico que la inspira tiende a condenar la vida y todo lo que la propaga. El ideal del Buda consiste en extinguir en uno mismo el querer vivir. El Nirvana es el único fin deseable, y las dos grandes causas del mal son la lujuria y la ignorancia. Toda sensualidad debe ser destruída como incompatible con la santidad y la sabiduría. Pero la castidad, a pesar de ello, sólo se impone a los sacerdotes y a los monjes. Para el resto de la población, *los Upanishadas* (tratados doctrinales del budismo) conservan, en suma, las enseñanzas de Manú. "Cuando hayas dado a tu maestro, dicen, el dinero que te pida (es decir, cuando haya terminado tu educación), ten cuidado de que el linaje de tu raza no se corte. No descuides tus deberes para los dioses y los espíritus de los muertos". Es decir: cástate inmediatamente para tener hijos, y si no los tienes, adopta uno (18).

En suma, Buda sustenta la teoría de la vida contemplativa, del ascetismo y del monaquismo, como los místicos cristianos. Pero tanto en las Indias como en el Occidente, la mayoría de la población jamás ha querido vivir ascéticamente; y la teoría del renunciamiento sólo ha sido practicada efectivamente por un pequeño número, comprometiendo tan poco la fecundidad de la raza como el pesimismo metafísico de los Schopenhauer y de los Hartmann ha comprometido la de la raza germánica (19). Hay que observar, además, que en la India el brahmanismo védico conserva su autoidad sobre la mayor parte de la población, y que en China el budismo sufrió, cuando menos entre las masas, una transformación en la que perdió su profundidad metafísica para convertirse en un culto bastante grosero e idolátrico.

En resumen, dos ideas parecen haber predominado, en materia

(18) V. Kern, *Histoire du Bouddhisme*, p. 13.

(19) El pesimismo de la doctrina budista, ¿no habrá nacido de la miseria, engendrada a su vez por la sobrepoblación? Esta hipótesis seduciría, sin duda, a los que se colocan en el punto de vista del materialismo histórico. Pero Kern la rechazaba (*op. cit.*). La fuente del pesimismo budista es para él filosófica, no económica.

de población, entre los antiguos pueblos de Oriente: una idea religiosa y moral y otra política.

Desde el primer punto de vista, la mayoría de las razas cree en la bondad de la vida, del ser, y considera la propagación de la primera como un deber sagrado. También la consideran como un deber hacia sí mismos, puesto que una posteridad numerosa es la única garantía del culto rendido a los Manes y de la felicidad superterrestre ligada a la práctica de dicho culto. Otros, especialmente los budistas, creen que la vida es en sí misma un mal y consideran que el deber religioso por excelencia es anonadar, no la vida bajo una de sus múltiples formas —poco importaría, ya que el ser renacería bajo una nueva forma— sino la causa de la vida, el *querer vivir*, por el renunciamiento voluntario y el anonadamiento del deseo, particularmente la sensualidad. En virtud de estas creencias opuestas, se prescribió o se condenó la fecundidad, independientemente de toda consideración económica; pero la segunda prédica en realidad sólo tuvo efectos sobre un pequeño número.

Desde el segundo punto de vista, los pueblos guerreros y los déspotas que los dirigen consideran que el número de sus súbditos, como lo dice Herodoto de los persas, es la mayor manifestación de poderío y la mayor garantía de victoria. Los soberanos orientales inscriben con ostentación en sus columnas, en sus estelas, en sus estatuas, la cifra de sus ejércitos, de sus esclavos, de sus súbditos. Consideran como sus mejores servidores a quienes les dan numerosos súbditos, soldados y contribuyentes nuevos. La sobrepoblación no se teme, pues además de que la guerra que la hace deseable ha de limitarla, aun para el vencedor, la victoria dará tierra y riquezas para asegurar el establecimiento y subsistencia del excedente. En cuanto a los vencidos, la esclavitud los transforma, de hombres, en bestias de carga utilizadas en la producción y tratadas de manera que dejen a su amo un producto neto. La guerra, en ese sentido, *crea capitales*, ya que hace pasar a los seres humanos a la categoría de cosas, de bienes. La guerra es el principal recurso, la gran industria de los pueblos antiguos. La guerra necesita el número, y la victoria lo alimenta.

Así pues, la población parece haber sido relativamente densa en varias extensas regiones del antiguo Oriente. Podemos encontrar indicios en la multiplicidad y en la enormidad de los grandes

trabajos realizados, según parece, a base de brazos humanos, en Egipto, Caldea, Persia, Susa y que, como los ejecutados en Francia en nuestros siglos XII y XIII, suponen poblaciones numerosas. También los encontramos en la inmensidad de los ejércitos reclutados por los déspotas orientales en regiones actualmente desiertas a medias en sus tres cuartas partes, y cuya destrucción no impedía que, pocas generaciones después, un nuevo monarca encontrara nuevas reservas igualmente considerables de hombres.

Es evidente que no disponemos de datos de cierta precisión. Los historiadores antiguos nos ofrecen pocos, y los que nos proporcionan son sospechosos. Las enumeraciones eran fantásticas, y las cifras se aumentaban por el orgullo de los déspotas y por la imaginación oriental. ¿No vemos en nuestros días, que a medida que se conoce mejor un país de Oriente, las estimaciones de los antiguos geógrafos se reducen a totales cada vez más modestos? Por otra parte, las cifras frecuentemente se refieren no a la población total, sino a los hombres en estado de tomar las armas. Y en tal caso, ¿qué coeficiente emplear, 3, 4 ó 5, para multiplicarlas y obtener el deseado total? A pesar de estas dificultades podemos, bajo ciertas reservas, citar algunos cálculos.

El antiguo Egipto, más pequeño que el actual, debió tener una población particularmente densa. Diodoro de Sicilia afirma (I. I, c. 53-54) que nacieron 1,700 niños varones el mismo día que Sesostris, es decir, cerca de 3,400 a 3,500 niños de uno y otro sexo; lo que daría un total de 1.200,000 a 1.300,000 nacimientos anuales; o sea, con un índice de natalidad de 40%, 30.000,000 de habitantes; y si preferimos adoptar un índice de sólo 30%, alrededor de 40.000,000. El mismo autor habla de un ejército egipcio de 600,000 hombres de infantería, 24,000 de caballería y 17,000 carros de guerra. Herodoto menciona en Egipto 20,000 ciudades; suponiendo que designe con este nombre a todos los conglomerados, y que la cifra media de su población no haya sido mayor que 2,000 habitantes, obtendremos una cifra total de 40.000,000 de hombres. Ciudades como Tebas tenían cien puertas, por cada una de las cuales podían salir 200 hombres a caballo; o sean 20,000 jinetes. Tácito (Anales, I. I, c. 60) dice que Tebas podía levantar un ejército de 700,000 hombres, suponiéndole con ello una población de 2.100,000 a 2.800,000 almas. Otros historiadores dan cifras más ba-

jas para una época posterior de Egipto. Josefo le asigna 7.500,000 almas, Diodoro, para el Egipto de su tiempo, indica una cifra de 3.000,000 solamente. Pero es posible que ambos sólo se refieran a los hombres capaces de combatir. En tal caso sin duda habría que cuadruplicar las cifras. El economista inglés Wallace (20), que en el siglo XVIII sostuvo la tesis de la fuerte población de los estados de la antigüedad, estima que la de Egipto debía estar comprendida entre 32 y 40.000,000 de almas, probablemente 34; la que también es la estimación de dos de sus contemporáneos, Halley y Maillet, cónsul francés en Oriente.

En la pequeña Palestina, la Biblia cuenta en ciertas épocas hasta 1.570,000 combatientes en diez tribus y 1.691,000 en las doce, lo que, siempre con el multiplicador 4, daría alrededor de 6.765.000 hombres. Por otra parte, vemos que Judá e Israel ponen en pie de guerra a 1.200,000 hombres. Ya cuando habían abandonado Egipto, los hebreos contaban con 600,000 hombres en estado de tomar las armas (21).

La Persia de Darío y de Jerjes debe haber estado bastante poblada, aun si negamos crédito a las cifras dadas por los historiadores griegos al enumerar los ejércitos de esos soberanos. Es muy admisible que vastas regiones de Asia, Siria, Mesopotamia, Anatolia y Persia, estuvieran entonces mucho más pobladas de lo que lo están ahora. Incluso esto puede considerarse como cierto para varias de ellas. Pero precisar cifras podría conducirnos a un terreno conjetural en el que, por otra parte, nuestro fin de historiadores de las ideas y no de los hechos, no nos obliga a internarnos.

(20) Wallace, *Dissertation sur le nombre des hommes dans les temps anciens et modernes* (1753).

(21) Josafat, rey de sólo dos tribus, gobernaba una población de 1.200,000 hombres (sin duda esta vez se trata de población total).



CAPÍTULO II

LAS DOCTRINAS GRIEGAS DE LA POBLACION

Es probable que la Grecia antigua haya profesado, a propósito de la población, ideas análogas a las de las otras razas arias, es decir, muy favorables a la población, debido en gran parte a la influencia de ideas religiosas. El culto al abuelo, que reclamaba el sacerdocio de hijos y nietos hizo, como entre los arios de Asia, que se buscara la paternidad en tal forma que aun después de la época clásica, Iseo nos habla de una vieja obligación esencial del primer magistrado de la ciudad de Atenas, que debía velar por que ninguna familia se extinguiese. También es verosímil que durante los primeros siglos de la conquista y de la instalación, la razón militar hiciera que cada tribu considerara deseable poseer gran número de ciudadanos; veamos con qué cuidado se enumera en la *Iliada* al ejército griego, y si tales cifras pueden aceptarse, revelan una población relativamente considerable.

La mitología expresa evidentemente un reflejo del antiguo pensamiento griego; y si vemos al Olimpo poblado de adúlteros e incestuosos, en cambio no vemos célibes en él. Artemisa es una excepción casi única entre las diosas; Hipólito, casi un monstruo entre los héroes. Los griegos no comprenden la *belleza estéril*. Las diosas, las heroínas, casi todas son madres fecundísimas. Zeus, no contento con compartir con numerosas celestes o mortales la gloria de dar vida a semidioses, tiene hijos exclusivamente suyos: Atena y Baco; la misma Helena, por sus maternidades muestra que para los griegos la belleza, lejos de destruirse, se completaba con el parto.

Frecuentemente la progenitura de los dioses y de los héroes es inmensa y las cincuenta hijas de Dánao, están lejos de ser una excepción. Sin hablar de sus cincuenta primos, los hijos de Egipto, a los que aquéllas degollaron en una noche, con frecuencia reaparece en las genealogías míticas esta cifra de cincuenta o aun de cien retoños: los cincuenta hijos de Príamo, las cincuenta Oceánidas, los cincuenta centauros, hijos de la Nube; las nereidas, los gigantes, hijos de la Tierra, cuyo número se fija, tan pronto en cincuenta como en cien. Latona, madre solamente de dos hijos —¡y qué hijos, Artemisa y Febo!—, se ofende por el orgullo de Níobe, madre de siete hijos y siete hijas. En todos los relatos de la mitología helénica, una numerosa descendencia se considera como una felicidad y un motivo de orgullo. La potencia procreadora es admirada, divinizada, como las demás fuerzas de la naturaleza (1).

Los primeros legisladores helénicos están penetrados de la importancia del factor población. Por ellos el matrimonio, “aunque naturalmente estuviese sancionado por la religión, no era una institución religiosa ni una institución que tendiera principalmente a la satisfacción de los deseos naturales y personales. Era claramente una institución legislativa y política tendiente a proporcionar al Estado los habitantes, los ciudadanos sin los que no puede existir” (2). Esto es notablemente claro en la legislación espartana. Todo espartano debía casarse. El celibato estaba castigado por el sentimiento público y por las leyes escritas. Los célibes sufrían descalificación política y legal (3). Otras ciudades griegas, las de Creta por ejemplo, adoptaron una línea de conducta análoga.

En consecuencia, debe parecernos, a primera vista, singular, ver cómo en la época clásica los mayores pensadores de la Hélade, ios Platón y los Aristóteles, adoptan una actitud completamente diferente, se muestran partidarios del oligantropismo y declaran su hostilidad contra toda extensión de la población más allá de cierta cifra, muy poco elevada por lo demás. Y no hay que ver en

(1) Todo el Oriente conoció los cultos fálicos. V. Stangeland, *op. cit.*, cap. II, § 1.

(2) Stangeland, *op. cit.*, p. 18.

(3) Plutarco, *Licurgo*, 15.

ello una singularidad de los dos grandes filósofos, ni creer que estaban en contra de la opinión de su tiempo. Sabemos que otros escritores sociales profesaban, incluso antes que ellos, la misma opinión; sabemos, también, que algunas de las ideas, extrañísimas para nosotros, que emitían en materia de población, les pudieron ser sugeridas por la simple observación de lo que pasaba en las ciudades helénicas de su tiempo. De una manera general, el pensamiento griego en los siglos V y IV, parece haber sido bien favorable al oligantropismo.

Hay una diferencia notable entre esta doctrina griega de la época clásica y la mayoría de las doctrinas teológico-morales de la antigüedad. Esta diferencia ni siquiera va acompañada por una semejanza con el pesimismo budista y no tiende de ninguna manera a la supresión de la vida o del ser; y por la otra, para enunciar tal o cual precepto en materia de población, y prescribir tal o cual ideal —un ideal restrictivo en este caso—, no parte de especulaciones religiosas o metafísicas, sino que se coloca en un terreno positivo, realista (con datos bien o mal comprendidos, poco importa por el momento).

También es notable observar cuán extraña es la preocupación religiosa y moral a las concepciones demográficas de Platón y de Aristóteles, que se sitúan exclusivamente en el punto de vista del interés social. Y este interés social consiste para ellos, sobre todo, en el mantenimiento del orden y de la paz interior del Estado.

Otra característica de sus concepciones que podríamos encontrar, por lo contrario, en la mayor parte de los otros cuerpos de doctrinas antiguas relativas a la población, pero que en ellos es particularmente importante, es la tendencia a considerar legítimas y eficaces a la vez las intervenciones del Estado, incluso aquellas que más sublevan a nuestro sentimiento moderno de la libertad individual.

En resumen, posición del problema sobre el terreno positivo de los intereses sociales, dispuestos, por lo demás, a tratarlo de modo más o menos apriorístico, pero independientemente de un imperativo religioso o metafísico; solución de este problema en un sentido contrario a la extensión indefinida de la población; en el de un estancamiento, de una inmovilización en cuadros fijos; en fin, utilización, para alcanzar este objetivo, de los procedimien-

tos más enérgicos de la intervención del Estado, considerándose tal intervención como legítima, eficaz y benéfica. Tales son los rasgos dominantes de la concepción griega clásica en materia de población.

Antes de estudiar su desarrollo, particularmente en la obra de los dos grandes socráticos, no es inútil investigar brevemente qué circunstancias de hecho pueden explicar, al menos en parte, estas características generales de la doctrina clásica.

En lo que se refiere a la posición del problema en el terreno de los *intereses*, y más especialmente en el del *interés social*, y más todavía, en el del *interés de Estado*, no debemos asombrarnos mucho de la supresión del punto de vista religioso en una época en que debido a los filósofos, las antiguas creencias ya no presentaban más utilidad que la de proporcionar mitos excelentes para la expresión de las ideas abstractas. Por otra parte, sabemos cuán penetradas del ideal estatal estaban las doctrinas morales de Grecia. Como A. Souchon lo ha subrayado acertadamente (4), en la vida griega, el individuo encuentra su razón de ser (cuando menos hasta la protesta individualista de los sofistas), en su más íntima conexión con la organización social y en su absoluta subordinación a ésta. Está considerado como un elemento del Estado, y no como una unidad independiente. La moral es, ante todo, una moral social, inspirada en la idea de la consagración absoluta al Estado, un poco como sucede en el Japón de hoy. Como es natural el problema de la población aparece, no como el de la multiplicación o la limitación de las vidas individuales, en interés del individuo, sino como el de los medios de asegurar al Estado el número de habitantes que le sea más ventajoso. No se pregunta si desde el punto de vista de la moral individual la restricción vale más que el desarrollo de la población. El deber moral es el deber de servir al Estado como éste necesita que lo sirvan; la cuestión de la población sólo se considera desde este ángulo, preguntándose qué *política* de población servirá mejor a los intereses del Estado. Es cierto que en la época de Platón se manifiesta una tendencia a abandonar tal punto de vista. Los sofistas y los dramaturgos reivindicaban simultáneamente los derechos del individuo y los oponen

(4) *Les théories économiques dans la Grèce antique.*

a las pretensiones ilimitadas del Estado. Pero, a pesar de todo, sólo se trata de una parte de la doctrina que se desprende así de la antigua *estatalatría*, y los socráticos son precisamente los jefes de la escuela conservadora y socialista (en este caso ambas palabras concuerdan), cualesquiera que sean, por otra parte, las divergencias que existen entre ellos mismos y las que también los separan de los antiguos conservadores griegos. Mientras que para éstos lo esencial era la consagración impuesta, ciega del ciudadano al Estado, para los primeros consistía en organizar esta misma consagración como deseada, consentida, razonada, pero no menos absoluta (5). Por tanto, el problema de población seguiría planteándose, para ellos, desde el punto de vista del interés del Estado. La idea de deber individual no interviene más que para dar su *forma* a la regla: el individuo tiene el deber de obrar con la mira de obtener mayor bien para el Estado. Pero el *contenido* de esta regla resultará de un análisis positivo de las necesidades de la ciudad, de un examen de los hechos sociales.

Y este examen, esta confrontación de los movimientos de la población en ventaja del Estado, después de haber inclinado a los griegos de las épocas primitivas por su aumento, los orienta, en la época clásica, hacia la inmovilización.

En primer lugar, es posible que en la época clásica la población griega haya alcanzado un grado de densidad bastante elevado. Es lo que puede deducirse de las enormes pérdidas que Atenas pudo soportar, poco después, en la Guerra del Peloponeso, sin quedar aniquilada. Según algunos historiadores griegos, su población (en varones adultos) era de 21,000 ciudadanos y 10,000 metecos (6), o sea, con el multiplicador 4, cerca de 125,000 individuos de población libre, que mandaban sobre 400,000 esclavos, es decir 525,000 habitantes para la minúscula Atica, menor que un departamento francés. Con esta tasa, toda Grecia contaría 8 ó 10 millones de almas. Según Plutarco, la Esparta de Licurgo contaba 9,000 espartanos y 30,000 laconios, lo que hace, con el multiplicador 4, alrededor de 160,000 hombres libres y mayor número de esclavos que en Atenas; todo ello en la sexta parte, aproxima-

(5) V. Souchon, *op. cit.*, cap. I. El Critón constituye, probablemente, el documento más notable de tal estado de espíritu.

(6) Enumeración de Demetrio de Falero.

damente, del territorio peloponésico. Ateneo (7) dice que los arcadios tenían 300,000 esclavos; los corintios, 460,000; los eginenses, 470,000. Síbaris, según Diodoro, envió a 300,000 hombres contra los crotonenses; y estos últimos armaron a 100,000. Aun aceptando estas cifras, y muchas otras análogas, con grandes reservas —y *quid quid Graecia mendax audet in historia...*— se tiene la impresión de que en la época clásica, como en ciertas épocas anteriores y posteriores, la población de Grecia fué relativamente densa.

Podía serlo en cierta medida, pues la fertilidad de su suelo en la antigüedad, no puede apreciarse por lo que es hoy, después de cuatro siglos de la extenuante y esterilizadora dominación otomana (8). Al lado de zonas pobres se encontraban, sin duda, regiones fértiles y bien cultivadas. Por otra parte, las costas tan recortadas del país, alimentaban sin duda a una población numerosa de pescadores ictiófagos. Malthus, que cree que la población de Grecia creció excesivamente en poco tiempo, explica este rápido crecimiento por un régimen de propiedad muy dividido y una gran aplicación a la agricultura, que se tradujeron en aumento de la producción de artículos (9). Esa conjetura es poco verosímil para Guiraud, para el cual el régimen patriarcal hizo que durante largo tiempo prevaleciera la propiedad familiar, e incluso cuando ésta dió su lugar a la propiedad individual, la gran propiedad con sus caracteres habituales, es decir, con una mediocre superficie de tierras cultivadas intensivamente, y vastos espacios abandonados a la pastura y al cultivo extensivo. De ello resultó que mucho antes de que fuera temible una sobreproducción real, pudo existir una sobreproducción relativa. Las tierras posiblemente seguían siendo superabundantes, pero pertenecían en gran parte a un pequeño número de grandes propietarios que sólo las cultivaban extensivamente y no tenían interés en hacerlo de otro modo, pues por la falta de una industria desarrollada (10) no hubiesen podido cam-

(7) V. *Deipnosofistas*, l. VI.

(8) Guiraud, *La propriété en Grèce*, l. VI, cap. VIII.

(9) *Essay on the Principle of Population*.

(10) A este respecto, Guiraud observa que el brillante desarrollo industrial de Atenas en los siglos V y IV, es engañoso. La economía de Grecia, durante largo tiempo, fué totalmente agrícola, y sólo se transformó en industrial y comercial, tardía y localmente.

biar el excedente de su producción. En resumen, aun suponiendo que la plena saturación estuviese lejos de ser alcanzada, desde tempranas épocas los griegos pudieron haber tenido la impresión, social si no naturalmente, de una población demasiado compacta y de la necesidad de la restricción.

La riqueza consistía principalmente en la tierra y sus productos; la riqueza mueble aún era, incluso en la época clásica, relativamente sin importancia y el que no tenía participación en el suelo estaba reducido a una situación frecuentemente miserable, sin que tuviera siempre la posibilidad de atender sus necesidades con la práctica de un oficio. El territorio de la ciudad era muy limitado, ya que de la mayor parte de las capitales griegas se podía percibir el humo de los fuegos extranjeros. Este territorio rápidamente se había repartido y apropiado; y no existían sobrantes que ocupar, como los hubo en Roma con las sucesivas extensiones del *ager publicus*. Aun cuando fuera legalmente posible, el reparto del suelo no podía continuar por subdivisión sin provocar crecientes dificultades, a medida que las parcelas se hacían más pequeñas, y sin que la explotación fuera cada vez más defectuosa. En consecuencia, se consideró que una población creciente debía engendrar perturbaciones sociales; y el estancamiento pareció deseable, menos todavía desde el punto de vista del equilibrio entre la producción y el consumo, que para evitar dificultades de reparto, incesantemente renovadas. Y precisamente, es sobre todo por el reparto por donde los griegos tocan el problema económico de la población —como, por lo demás, todos los otros problemas económicos—, y lo que les preocupa en el reparto son las dificultades sociales, políticas, que pueden nacer de él. No consideraban, por tanto, las ideas económicas, más que a propósito de sus teorías y de sus considerandos sociales y con relación a ellos.

Debemos observar que las cuestiones de reparto, esas cuestiones tan ardientes en las repúblicas griegas, en las que parece que la propiedad nunca tuvo bases suficientemente sólidas (11), sólo concernían, claro está, a los hombres libres, y más estrechamente aún, a los ciudadanos. Lo que los griegos querían limitar era simplemente la cifra de estos últimos, y no —¡todo lo contrario!— la

(11) Fustel de Coulanges, *Polybe*.

de los extranjeros (metecos) o de los esclavos.. La multiplicación de éstos no les parecía nada temible sino deseable (12); y esta restricción adquiere una importancia considerable cuando recordamos que los ciudadanos no constituían en los estados griegos más que una minoría, una especie de sindicato de explotadores con relación a la mayoría servil o extranjera. Si el motivo económico hubiera sido determinante en la tendencia oligantrópica, esta restricción no hubiera tenido razón de ser. Por lo contrario, es completamente natural si consideramos esta tendencia como exigida por el motivo social.

El predominio de este motivo explica también la parte práctica, el lado precepto de la doctrina griega, es decir, el que haya sido partidaria de la intervención del Estado para asegurar el estancamiento de la población. Si la esfera económica en todos los tiempos ha sido una de las menos sumisas a la intrusión del Estado, el papel de éste es naturalmente de primer orden en la esfera política y social, y sabemos a qué punto la Grecia antigua llevó los límites de la omnipotencia del Estado en detrimento de la libertad individual, despreciada al grado de que puede decirse que era ignorada. Todo el pensamiento griego fué durante largo tiempo socialista, en el sentido de que entre el derecho del Estado y el del individuo jamás vaciló. Posiblemente sea inexacto sostener que consideraba (a la manera de Comte y de Hegel, por ejemplo) al Estado como al fin en sí, superior al individuo; tal vez fuera más verídico reconocer que, como la mayor parte de los socialistas modernos (13), los griegos, los socráticos cuando menos, sólo querían el fortalecimiento del Estado para asegurar la felicidad o la moralización del individuo, que así viene a ser el fin último (14). Pero, también como para los socialistas modernos, una vez acordada esta concesión de principio, no disminuye en nada el sacrificio que se pide en seguida al individuo, de toda su personalidad, de toda su iniciativa, de toda su libertad en beneficio del Estado.

Los griegos de la época clásica estaban predisuestos a adop-

(12) Fournier de Flaix, *Revue d'Economie Politique*, 1888, *Coup d'œil sur l'histoire de l'économie politique*.

(13) Véase nuestra *Historia de las Doctrinas Económicas*.

(14) Son numerosos los textos, de Platón incluso, que pueden citarse en apoyo de esta idea.

tar la doctrina de inmovilidad en materia de población, por otra razón además de las condiciones demográficas, geográficas, políticas y sociales del país y de su tiempo. Podemos señalar, al lado de los factores de hecho, una importante particularidad del pensamiento griego, que los historiadores de la filosofía, los Taine, los Zeller, han puesto en evidencia desde hace largo tiempo, a tal grado que evocarla es casi un lugar común. Quiero hablar de ese gusto muy característico por la medida y lo limitado, gusto que se expresa en todas las manifestaciones teóricas y prácticas del espíritu griego, en la filosofía, la mitología, el arte y la literatura. En política se traduce por la concepción de un Estado ideal de extensión y población muy medianas. Para los griegos de la época clásica (sería, tal vez, imprudente generalizar por extensión a las demás épocas), es de la esencia de todas las cosas, y de los estados en particular, no sobrepasar cierto grado de magnitud (15). Más allá, el objeto *des-mesurado* se *des-naturaliza*, pierde su carácter, su esencia propia: idea natural a un pueblo que concedía tal importancia a las proporciones, a los *números*, que algunos de sus filósofos vieron en ellos la esencia de las cosas. Sobre este punto Aristóteles nos proporciona una declaración de claridad perfecta (16); y la contraprueba, en cierta medida, resulta de los sentimientos que la inmensidad del Estado persa hacía nacer en el espíritu de los griegos. La consideraban como una especie de monstruosidad desde el punto de vista estético. Tenían la impresión de que aquella inmensa reunión de territorios y de pueblos no constituía, en razón misma de la exageración de su extensión, un verdadero organismo: para ellos representaba una suerte de caso patológico, un caso de gigantismo mórbido, diría un moderno; y esta idea se trasluce no sólo en un historiador como Herodoto, sino más sensiblemente aún en un poeta como Esquilo (17). Es evidente, por otra parte, que las victorias alcanzadas por los helenos, con relativa facilidad, sobre los vastos ejércitos de Darío y de Jerjes eran como para confirmarlos en esta idea y para ha-

(15) Es curioso ver adoptada esta tesis, sumamente filosófica, por uno de los más filosóficos espíritus de la economía política contemporánea, Vilfredo Pareto.

(16) *La Política*, IV, cap. IV.

(17) *Los Persas*.

cerles despreciar la superioridad del número. Así es que sitúan su ideal político en una noción totalmente opuesta, la del Estado-Ciudad, que comprende un caserío de territorio exiguo, y poblado por algunos millares de habitantes. Pero un Estado semejante forzosamente tiene una fisonomía estática, y sus cuadros no deben correr el peligro de estallar bajo la presión de una población creciente.

De modo que, desde tempranas épocas, cuando el crecimiento de la población les pareció amenazante para el buen orden y la armonía del Estado, los griegos no vacilaron en remediarlo con enérgicas medidas. Uno de estos remedios fué la colonización libre, y también la colonización de Estado, impuesta, organizada, y que implicaba la inmigración en masa de cierto número de ciudadanos, cuando las tierras parecían próximas a no bastar para la población de la ciudad (στευχωρια τῆς γῆς, dice Platón, *Leyes*, iv, 708 B). Este período de la gran colonización griega coincidió, como lo hace observar Guiraud, con el de la propiedad familiar que hacía particularmente difícil nuevos repartos de tierras.

Para comprender bien las teorías de Platón y de Aristóteles en materia de población, hay que recordar también las condiciones particulares del Estado ateniense de su tiempo. Casi sola entre las grandes ciudades griegas, Atenas alcanzaba entonces una brillante civilización industrial y comercial, en gran parte alimentada por el extranjero, al que pagaba en servicios comerciales y productos de industria. Los artesanos comenzaban a ser más numerosos que los campesinos (18). Esta población desarraigada, y que ya no vivía de sus propios recursos, no tenía la misma seguridad de vida que en otros tiempos, sobre todo ante las continuas incursiones de los peloponenses. Aristófanes nos relata la emoción que suscitó entre la plebe el anuncio de la llegada de un lote de sardinas a bajos precios. Esta plebe, anhelante de ocio y de política, y que se había acostumbrado a contar con el Estado para su subsistencia, se transformaba en factor de perturbaciones y de revoluciones. La vida interior de la ciudad ya tendía hacia una lucha

(18) Jenofonte, *Memorables*, III, 7, 6. El teatro de Aristófanes está lleno de alusiones a estos hechos. V. R. Gonnard, *Les Idées économiques d'Aris-*

de clases entre poseedores y no poseedores, lo que sucedió en todas las ciudades griegas durante el período de la decadencia. Este desorden endémico debía parecer la peor de las plagas a espíritus como Platón, amoroso del orden, hasta el punto de casi identificarlo con la justicia; y como una de sus causas era el aumento del número de los no poseedores, le pareció evidente que una población estabilizada sería una condición de orden. Otro filósofo, Stuart Mill, también debía proponer (veintitrés siglos más tarde) como ideal de la civilización el *estado estacionario* (19).

Añadamos que la teoría económica de los griegos, en lo que se refiere a la producción de riquezas, da un pequeñísimo lugar al trabajo, considerando a aquéllas como un don de la naturaleza. La doctrina de Aristóteles en este punto es muy curiosa. Llega, dice A. Souchon, hasta constituir “la más fuerte acusación que jamás se haya lanzado contra toda idea de producción”. Los dioses han cuidado de proporcionar a los hombres, como a los animales, sus medios de existencia: no hay que crearlos, sino solamente utilizarlos. Así que la riqueza no es para ellos indefinidamente extensible; se inclinan a considerarla como una cantidad finita y limitada, lo que los predispone, tanto más, a limitar la población, en atención a esta ayuda parsimoniosa de la naturaleza. Lo mismo habían de hacer después los ricardo-malthusianos del siglo XIX, penetrados de una idea diferente, pero igualmente restrictiva de las posibilidades de la acción del hombre, la de la ley del rendimiento no proporcional.

Antes de Platón algunos escritores griegos expusieron sus puntos de vista sobre la población, ligándolos frecuentemente a concepciones socialistas. Conocemos a varios de estos autores por Aristóteles, que los menciona en su *Política*, aunque sus obras no hayan llegado hasta nosotros. El Estagirita nos ha dejado un corto análisis de los programas sociales de Hipodamos de Mileto, de Faleas de Calcedonia y de Fidón de Corinto. Cuando menos en dos de ellos encontramos la preocupación dominante de procurar al Estado una población estable y limitada.

Hipodamos (20) esbozó el plan de una república ideal, una

(19) Véase nuestra *Historia de las Doctrinas Económicas*.

(20) Aristóteles nos presenta a Hipodamos de Mileto en unas cuantas palabras que hacen de él un retrato bastante agudo. Era, según parece, un

de cuyas características principales es la limitación del número de ciudadanos; un total de 100,000 hombres solamente, que comprenden las tres clases: artesanos, labradores, guerreros, entre las cuales reparte la población de su ciudad. Esta está sometida a un régimen de comunismo aristocrático reservado a la clase superior, pero que mantiene la propiedad privada para las otras. Aristóteles critica de manera bastante detallada las ideas sociales de Hipodamos; pero sin atacar especialmente las referentes a la población.

Faleas de Calcedonia, que conocemos por el mismo Aristóteles, y que vivía, según se cree, en el siglo IV antes de nuestra era, puede, como el anterior, clasificarse entre los socialistas griegos. La idea dominante de su sistema, según el testimonio del Estagirita, era la de igualdad, y no parece preocuparse por reglamentar la población. Fidón de Corinto, por lo contrario, "uno de los más antiguos legisladores, dice Aristóteles, estaba persuadido de que el número de familias y de ciudades debía permanecer fijo e invariable, aun cuando todos hubieran comenzado por tener lotes desiguales" (21), es decir, sobreponía la necesidad de una población estable a la de un reparto igualitario. Fundaba su opinión en que "confiarse al azar (en materia de población), como lo hacen la mayor parte de las ciudades, es una causa inevitable de pobreza para los ciudadanos; y la pobreza engendra las sediciones y los crímenes".

Podemos comparar las opiniones de este legislador con las del ateniense Solón, así como el permiso que concedió a los padres para abandonar a sus hijos (22). Por otra parte, sin duda no ha-

teórico puro, una especie de dilettante del socialismo, que creía conocer todas las cosas sin haberlas aprendido, y que "sin haber tomado parte alguna en la administración de los negocios públicos trató de escribir sobre la mejor forma de gobierno... Por otra parte, era un hombre lleno de vanidad a tal grado que sólo parecía vivir para exhibir con complacencia su cabellera". (La Política, II, V, § I).

(21) La Política, l. II, cap. III, § 7.

(22) "Este legislador, dice Malthus a este respecto, tenía al hacer estos objetivos. El primero y más evidente fué el de prevenir un exceso de población... El segundo, elevar la población al nivel de las subsistencias que el país podía producir, suprimiendo el temor a una numerosa familia, que

cía más que consagrar una tradición que se explica por el poderío ilimitado del padre sobre su descendencia. Se sabe que en Esparta también estaba legalmente autorizado por Licurgo el abandono de los hijos deformes. El infanticidio y el aborto parecen haber sido practicados durante largo tiempo. La leyenda y la historia griega de los tiempos primitivos están llenas de episodios de abandono o exposición de hijos.

Platón, en su *República*, se propone establecer el plan de un Estado armonioso, pacífico y ordenado. Para lograrlo lo constituye, como Hipodamos, con tres castas, las dos primeras sometidas —en interés de la ciudad, y no en el suyo propio, Platón lo dice expresamente— al régimen comunista; en tanto que la propiedad privada se mantiene para la tercera, la de los trabajadores manuales, a los que se juzga incapaces de elevarse al grado necesario de abnegación para soportar el comunismo.

Para los hombres de las dos primeras clases, éste comprende, a la vez, a los bienes y a las mujeres, así como a los hijos, para asegurar mejor la fraternidad entre los ciudadanos (23). Las uniones son temporales y estrechamente reglamentadas por los magistrados: se toman precauciones para impedir que las madres reconozcan a sus hijos. “No pueden permitirse las uniones formadas al azar: una idea de puericultura racional y de selección debe presidirlas; y los magistrados deben usar piadosas estratagemas para asegurar la unión de los individuos mejor constituidos. Los niños deformes no serán muertos, sino ocultados en un sitio secreto que estará prohibido revelar. En fin, y sobre todo, la población deberá quedar estacionaria aunque, cosa notable, Platón haya señalado en el mismo diálogo las ventajas de la división del trabajo e indicado que es más completa allí donde la población es más densa; la preocupación del orden social es superior, para él, al interés económico. Los magistrados deberán reglamentar el

es el principal obstáculo para el matrimonio”. *Essay on the Principle of Population*.

(23) Asimismo, Herodoto (*Melpómene*, CIV) nos habla de los agatirsos vecinos de los escitas, que practicaban el comunismo de las mujeres “con el fin de que, estando todos unidos por los lazos de sangre, y no formando, por decirlo así, más que una sola y única familia, no estén sujetos al odio ni a los celos”.

número de matrimonios para mantener el mismo número de hombres, reparando los huecos producidos por la guerra, las enfermedades y otros accidentes, y para que el Estado, en la medida de lo posible, no aumente ni disminuya" (24). "Prescribimos a los magistrados que velen con el mayor cuidado para que el Estado no parezca ni grande ni pequeño, sino que guarde un justo medio" (25). ¡Se llega hasta declarar sacrílegos a los ciudadanos que se permitan ser padres fuera de los límites de edad y de las condiciones previstas por la ley! (26).

En estas disposiciones, por extrañas que nos parezcan, Platón se muestra lógico consigo mismo: desconociendo el carácter natural de la sociedad quiere reglamentarla, construirla de pies a cabeza, inmovilizarla; considera al conservatismo absoluto como el fin ideal (27). Por consiguiente, hay que comprimir todo elemento dinámico capaz de hacer estallar los cuadros de esta obra de arte. La población no puede desarrollarse libremente en semejante sociedad artificial; sólo deberá reproducirse en la medida en que con esto no comprometa el mantenimiento de aquélla. Y así se llega a recomendar los procedimientos de la más terrible tiranía. De este modo comprendemos por qué los críticos de la República platónica, según fijen su atención en las doctrinas elevadas que sirven de punto de partida al filósofo, o en la política que llega a recomendar, hayan manifestado tan pronto la más viva admiración como la repulsión más severa (28).

En la *República*, Platón desarrolló un sistema de socialismo aristocrático, de comunismo parcial. En las *Leyes* presenta otro, que es un sistema de socialismo repartidor, igualitario y generalizado, semejante al propuesto, según Aristóteles, por Faleas. La idea dominante es la misma: organizar un Estado en que reinen el orden y la paz social, del que esté eliminada la desigualdad, considerada como la causa de las sediciones y de las querellas ci-

(24) La *República*, l. II.

(25) *Ibíd.*

(26) *Ibíd.*

(27) Véase *Las Leyes*, libro II.

(28) V. V. Pareto, cap. VIII.

viles; un Estado que presente una unidad perfecta (29) y una perfecta estabilidad. Pero los medios ya no son los mismos; en esta ocasión, en lugar de suprimir (para algunas clases) la propiedad privada en beneficio de la propiedad común, se universaliza esta propiedad igualándola. Cada ciudadano poseerá un *χλῆρος*, especie de *homestead*, que no podrá vender, hipotecar, fragmentar ni agrandar. A cada ciudadano, un *χλῆρος*, a cada *χλῆρος* un propietario. Ni por matrimonio ni por sucesión dos *χλῆροι* podrán reunirse. De este modo se mantiene la igualdad, cuando menos en materia de propiedad territorial, ya que se toman las mayores precauciones para que los *χλῆροι* sean de igual valor. En cuanto a la propiedad mueble, no tiene gran importancia en las ciudades de Platón, en las que la moneda, la industria y el comercio son mal vistos y reducidos a poca cosa.

Bajo este régimen el estado estacionario de la población se postula aún más indispensablemente que en el anterior. En efecto, la división del suelo en *χλῆροι*, no puede constituir una garantía contra las perturbaciones y las revoluciones, sino a condición de que sea definitiva o cuando menos muy durable. Es importante que no sea necesario revisarla a cada momento. Como el número de los *χλῆροι* es limitado, el de los ciudadanos también debe serlo. "Se tendrá gran cuidado de que el número de hogares, tal como lo hemos fijado, sea siempre el mismo (30). En primer lugar, en lo que hace a su número, jamás salgáis de los límites que os han sido asignados..." (31).

Este número no es un número cualquiera. En la *República*, Platón decía: "Que el Estado crezca tanto como quiera sin dejar de ser uno", añadiendo, por lo demás, este correctivo: "Prescribimos a los magistrados que velen con el mayor cuidado para que el Estado no parezca ni grande ni pequeño, sino que guarde un justo medio." En las *Leyes*, fija muy precisamente la cifra de ciudadanos en 5,040 (32), explicando que ha escogido tal cifra porque "tiene como divisores a todas las cifras, desde la unidad hasta 12", lo que

(29) "Sería un bello espectáculo una ciudad que a primera vista se tomara por una sola casa..." (*Las Leyes*).

(30) *Las Leyes*.

(31) *Ibíd.*

(32) *Ibíd.*

permitirá a los magistrados agrupar a los ciudadanos en multitud de maneras; combinación en la que se complace el espíritu geométrico de Platón y, más generalmente, la tendencia griega a mezclar las concepciones matemáticas con los datos de las ciencias naturales o sociales.

Se trata, pues, de mantener en 5,040 el número de ciudadanos —o sea de 20 ó 25 mil individuos libres— la población del Estado. Los peligros de sobrepoblación y de despoblación, que Platón parece considerar casi como equivalentes, se remediarán utilizando la ley positiva. Tanto en las *Leyes* como en la *República*, el filósofo parece no tener conciencia de las leyes naturales de la población, brutalmente atacada por sus medidas legislativas. Estas últimas le parecen destinadas a remediar tendencias accidentales y pasajeras, y no a contrariar un poderoso dinamismo como el que después alucinó a Malthus (33).

Si la población tiende a crecer demasiado, se prohibirá o se limitará la generación (34); si tiende a disminuir, se la mantendrá al nivel necesario favoreciendo la natalidad, alentando y concediendo distinciones a los padres de familia, en tanto que se estigmatiza a los célibes (35). En caso necesario se recurrirá, ya sea a la emigración forzada, ya sea, por lo contrario, a naturalizaciones de oficio. En una palabra, trata a la sociedad como a una materia plástica; el legislador talla, recorta, añade a su gusto y obliga al grupo social a permanecer encerrado dentro de cuadros previamente determinados, como el hortelano chino o japonés obliga a árboles centenarios y torturados a restringir su desarrollo en los límites estrechos que su arte ingenioso y extraño les asigna.

Aristóteles, a su vez, en su *Política* profesa en materia de población ideas muy semejantes a las de Platón. Desde luego, ante la *República* y las *Leyes*, la *Política* parece una obra realista, no utópica sino constructiva. Pisamos un suelo mucho más firme. Para Aristóteles, la ciudad es algo natural (36), el resultado de una

(33) Platón indica, sin embargo, que las numerosas emigraciones griegas han estado relacionadas con la sobrepoblación y debidas, en parte cuando menos, a necesidades económicas. (Ibíd.).

(34) Las *Leyes*.

(35) Ibíd.

(36) La *Política*, l. I, cap. I, § 8.

evolución cuyo punto de partida es la familia (37). Pero para él, la unidad es también el mayor de los bienes y sólo puede obtenerse con una legislación positiva que limite estrechamente la igualdad de las condiciones. Esta organización igualitaria no puede, a su vez, mantenerse si no es comprimiendo la acción del elemento demográfico. Ya en la crítica que hace del sistema de Faleas, Aristóteles observa que desde el momento en que se pretende limitar el monto de las fortunas, es indispensable limitar el número de hijos. De otra manera la desigualdad reaparece, se forma una clase de pobres, “bien pronto sería difícil impedirles que hagan revoluciones”. Suprimir las causas de revolución, he ahí el fin; en esas ciudades griegas perpetuamente agitadas, los socráticos suspiraban por el orden, así fuese al precio del despotismo de Estado más abrumador.

Aristóteles, es cierto, no quiere comunismo, al que critica en una forma ya clásica. Refuta las teorías platónicas de la *República*. También critica el sistema de las *Leyes* (38). Pero uno de los reproches que dirige a Platón es extraño: el de no haberse preocupado por estatuir el número de ciudadanos y haberles dejado la facilidad de multiplicarse indefinidamente (39). Platón se equivocó —según él— al suponer que las uniones estériles compensarían a las uniones fecundas: resultado, dice Aristóteles, “que está lejos de obtenerse en nuestras ciudades”. El Estagirita añade: “Estaríamos inclinados a creer que lo que hubiera sido necesario contener en ciertos límites es el crecimiento de la población, más bien que las propiedades, de manera que los nacimientos no excediesen una cifra determinada, que se establecería tomando en cuenta el número eventual de niños que mueren y de las uniones estériles. Confiarse al azar, como se hace en la mayor parte de los Estados, es una causa inevitable de pobreza para los ciudadanos, y la pobreza engendra las sediciones y los crímenes” (40). Así es que para Aristóteles, si Platón ha pecado, no es al querer reglamentar en exceso la población, sino descuidando el hacerlo. ¡Singular inconsecuencia, nos parece a los modernos, de parte de un filósofo

(37) *La Política*, l. I, cap. I, § I y siguientes.

(38) *Ibíd.*, l. II, cap. III, § 2 y siguientes.

(39) *Ibíd.*, § 6.

(40) *Ibíd.*, § 7.

que acaba de proclamar el carácter *natural* de las sociedades humanas!

La igualdad de bienes y la estabilidad de población son para Aristóteles cosas estrechamente ligadas. Al discutir la constitución lacedemonia, censura la desigualdad de fortunas que permite, y atribuye a esto la despoblación que rápidamente diezmo a la nación espartana (41). La igualdad de fortunas le parece un medio seguro para aumentar el número de ciudadanos, preferible al que consiste en naturalizar a los metecos y al que concede privilegios a los padres de familia (42). Pero esta misma igualdad que constituye un preservativo contra la despoblación, sólo puede mantenerse en cambio, cuando la población no crece más allá del límite fijado. Y Aristóteles no retrocede ante ningún medio para mantenerla en dicho límite.

Aristóteles expone sus ideas acerca de la población, sobre todo en el libro cuarto de la *Política*. Comienza planteando como principio que el Estado, al tener una tarea, una misión que cumplir, necesita que sus medios de acción y sus proporciones mismas estén adaptadas a dicha tarea (43). “El Estado más perfecto y más bello es el que añade a la grandeza el número circunscrito dentro de justos límites. Los estados poseen cierta medida de grandeza, como todas las demás cosas: animales, plantas, instrumentos. Demasiado pequeña o demasiado grande, cada una de estas cosas perderá sus propiedades...” (44). Un navío demasiado exiguo o demasiado grande no servirá para la navegación. “Lo mismo sucede con una ciudad: la que posea pocos habitantes no podrá bastarse a sí misma; y lo propio de la ciudad es bastarse a sí misma” (45). En cuanto a la que posea una población demasiado grande, es imposible que esté bien gobernada, “pues la ley es cierto orden... y una población demasiado numerosa no puede prestarse al establecimiento del orden” (46). En particular, se deja dirigir demasiado fácilmente por conductores extranjeros o metecos: “El

(41) *La Política*, l. II, cap. VI, § 10-12.

(42) *Ibíd.*, § 13.

(43) L. IV, cap. I, § 3.

(44) *Ibíd.*, l. IV, cap. IV, § 6.

(45) *Id.*, *id.*, § 7.

(46) *Id.*, *id.*, § 5.

límite más conveniente de la población de una ciudad, es el que comprende el mayor número de habitantes para proveer a las necesidades de la vida, pero sin que se dificulte la vigilancia" (47). En otras palabras, es necesario que una división suficiente del trabajo se concilie con las necesidades de una buena policía; en este caso, el Estado tiene sus proporciones normales.

Esta es una segunda razón por la que la población debe ser estacionaria. En primer lugar, debe serlo, lo hemos visto, porque es una condición directa del mantenimiento de la igualdad y el orden. Debe serlo, además, porque es necesario que sea mediana; como la magnitud del Estado perfecto no es cualquiera, sino que está bien determinada, la población no debe arrastrarlo, al desarrollarse, hacia un gigantismo mórbido.

Asimismo, "el número de niños siempre debe ser limitado" (48). Para asegurar el respeto a este principio, se recurrirá a un numeroso abandono de infantes, o si la costumbre no permite el infanticidio, al aborto practicado en buen tiempo. En todo caso, el niño deforme deberá ser abandonado.

Por otra parte, se instituyen múltiples prescripciones en favor de la puericultura. Los griegos, tan poco deseosos del número, se preocuparon mucho por la calidad de la raza. "El primer deber del legislador, dice Aristóteles, es asegurar a los niños que educa una constitución lo más robusta que se pueda" (49). Pero el Estagirita, para alcanzar este fin tan loable en sí mismo, propone medidas de intervención legal que no ceden a las recomendadas para restringir el número de nacimientos. Especialmente la limitación del derecho de procrear en cierto período de la vida humana; las mujeres podrán casarse desde los 18 años; pero los hombres tendrán que esperar a los 37 (50), y pasados los 55, ya no tendrán derecho a la paternidad (51). Aristóteles añade observaciones, por lo general muy sensatas, sobre las prescripciones higiénicas que deben seguir las mujeres encinta y sobre la educación física de los niños. Hay que notar, sin embargo, que siguiendo una tendencia

(47) *La Política*, l. IV, cap. IV, § 8.

(48) *Ibíd.*, l. IV, cap. XIV, § 10.

(49) *Ibíd.*, § 1.

(50) *Ibíd.*, § 6.

(51) *Ibíd.*, § 11.

bastante frecuente entre los legisladores griegos, pide que la educación de ambos sexos se dirija de manera casi igual (52). Esto es bastante curioso si observamos que los socráticos, y el mismo Aristóteles, insisten en el papel de la división del trabajo, y muestran que su punto de partida es la que se realiza en el hogar doméstico, entre los individuos de uno y otro sexo, aptos para labores diferentes.

Estas teorías de Platón, y de Aristóteles referentes a la población, pueden parecer, en muchas de sus partes, sumamente arcaicas e inspiradas en un espíritu muy alejado del nuestro. No tanto, sin embargo, como parece a primera vista. Nuestra época ha visto renacer en la literatura malthusiana y neomalthusiana, las concepciones más audaces o más desconcertantes de los filósofos griegos; y el intervencionismo de los higienistas y puericultores modernos se ha mostrado más tímido, en algunos casos, que el de Aristóteles. Muchas veces, en materia de población, la historia permite comprobar que posiblemente no hay sistema cuya desaparición absoluta pueda enunciarse. Las mismas teorías que en una época pueden parecer irremediabilmente envejecidas y caídas en desuso, a veces reaparecen sin que siquiera se les preste atención, y apenas modificadas se incorporan a doctrinas que se dicen y se creen renovadoras.

Es de observar que Grecia, después de haber exaltado, en la época clásica y por medio de sus mayores filósofos, el oligantropismo y condenado la doctrina favorable al desarrollo de la población, por deseo de paz social y temor a las revoluciones, durante el período siguiente viera que las perturbaciones sociales se generalizan en ella, haciéndose endémicas, al mismo tiempo que la despoblación hacía estragos, hiriendo mortalmente a los estados helenos más ilustres. No parece que la *receta* política de Platón y de Aristóteles haya sido afortunada. Polibio, en el cuadro que nos ha dejado de la Grecia decadente, observa que ésta “sufre de una suspensión de la procreación y de una escasez de hombres tal, que las ciudades se han despoblado, y que hay esterilidad sin que ha-

(52) “Es necesario que no haya casi ninguna diferencia entre la constitución de los hombres y la de las mujeres”. (*La Política*, lib. IV, cap. XIV, § 8).

yamos sido atacados, ni por guerras continuas, ni por consecuencias desastrosas" (53). Encuentra la causa del mal en el gusto del lujo y de la pereza que impulsaba a sus contemporáneos a huir del matrimonio y de la paternidad. Cuando mucho, dice, "consienten en tener uno o dos hijos, para poder dejarlos ricos y criarlos en el lujo. De manera que si sobreviene una epidemia o una guerra, es claro que las casas se quedarán vacías, y bien pronto, como colmenas abandonadas, las ciudades vegetarán en la impotencia". Polibio, por otra parte, cree posible, e incluso fácil, remediar el mal.

Es necesario, dice, "cambiar nuestros gustos si ello es posible; si no, hay que expedir leyes que obliguen a criar una descendencia". Es lo que trató de hacer Filipo de Macedonia, siguiendo sus consejos, para reparar las pérdidas sufridas en sus derrotas (54); y probablemente no sin éxito, pues, como observa Bouché-Leclerq, "el heredero de Filipo no carecía de hombres ni de dinero cuando emprendió la lucha final". Pero aun suponiendo que los macedonios hayan podido, por un momento, luchar con éxito contra el debilitamiento de la natalidad, Grecia moría de anemia, después de tanto haber temido a la plétora. El temor a una sobrepoblación obsesionó a sus filósofos y se abandonó, semidespoblada, en manos de Roma. No obstante, como acabamos de verlo, hasta el fin conservó su confianza en la eficacia de la acción legal, a la que Polibio pedía que diera una progenitura a su patria, como antes que él Platón y Aristóteles le habían pedido que limitase la población de su ciudad.

(53) Citado por Bouché-Leclerq.

(54) Polibio, *Historia*, XXXIX, 24.



CAPÍTULO III

LAS DOCTRINAS ROMANAS

En Roma, como en la Grecia primitiva, la religión expresa claramente la veneración que se tenía a la vida y al poder generador (1). Este ideal religioso, lejos de chocar más tarde con la idea política, como en la Grecia clásica, fué por el contrario reforzado por ésta. En efecto, mientras que la concepción helénica del Estado era la de una obra artística y limitada, la concepción romana fué la de una potencia de conquista y dominación, que se extendía progresivamente por medio de la guerra y exigía sin cesar soldados más numerosos. Para los romanos el matrimonio es esencialmente una institución destinada a proporcionar ciudadanos al Estado, y la conclusión de una unión legítima, *liberorum quoerendodum, causa*, está considerada como un deber para todos.

Parece que la Roma primitiva tuvo una población fecunda y rápidamente creciente. Los autores latinos de la edad clásica insisten sin cesar, como sobre un tema favorito, en la descripción de la vida rural, virtuosa, austera y severa de sus antepasados y sobre la fuerte natalidad de las viejas familias romanas. Una economía totalmente agrícola, animada por un espíritu de ruda labor y de áspera parsimonia, reclamaba numerosos brazos para el cultivo intensivo de los pequeños dominios; el espíritu moral y religioso del viejo *quirite*, así como el de la matrona, no pensaban en negárselos. El trabajo que obtenía del suelo todo lo que éste podía

(1) Los cultos priápicos tuvieron y conservaron un lugar notable en la religión romana.

dar, permitía alimentar a una población densa y, por otra parte, la conquista, al poner todos los días nuevas tierras a la disposición de los vencedores, alejaba para ellos todo peligro de sobrepoblación. La agricultura y la guerra se ayudaban mutuamente; la primera proporcionaba a la segunda el denso reclutamiento de sus soldados campesinos; la segunda aseguraba a la primera nuevas extensiones de suelo que cultivar y poblar.

Según los cálculos más o menos legendarios de los historiadores romanos, Roma, que al fundarse no hubiera podido armar más de 3,300 soldados, podía movilizar 47,000 a la muerte de su fundador. En el año 175 de Roma, la enumeración de Servio Tulio censó a 80,000 ciudadanos enrolados, el año 245 se contaron 130,000; más de 140,000 en 256; en el siglo V, cerca de 300,000 corresponden, con el multiplicador 4, a 1.200,000 individuos. Observemos que hasta el año 450 de Roma, el territorio romano era muy poco extenso, pues no incluía más que algunos cantones de la Italia central. Más tarde, los cálculos se hacen más inciertos, ya que englobaban a masas de naturalizados y libertos; y que, por otra parte, la cifra de ciudadanos ya no se refiere a los habitantes de un territorio determinado, Roma y sus alrededores, sino que comprende a los individuos diseminados en todo el Imperio. Lo que podemos decir es que durante los primeros siglos la población parece haber sido densa, y la tendencia al crecimiento rápida.

Por lo demás, lo mismo sucedía con los otros pueblos itálicos vecinos. Es asombroso, al leer el relato de las guerras de Roma contra ellos, que durante tanto tiempo hayan podido bastar para tales luchas, ejércitos y matanzas. El mismo Tito Livio manifiesta expresamente un asombro semejante (2); y Malthus, al señalar el hecho, lo emplea como argumento en favor de la fuerza del "principio de población" (3), argumento tanto más fuerte cuanto que, dice él, el infanticidio probablemente estaba permitido (4).

Desgraciadamente para Roma, la ruina de la agricultura resultó al fin, no tanto, tal vez, de las matanzas (aunque éstas fueron terribles en las grandes guerras cartaginesas, en la guerra

(2) *Historia*, VI, 12.

(3) *Essay* . . . , I, 14.

(4) Dionisio de Halicarnaso menciona una ley de Rómulo (?) prohibiendo abandonar a los niños antes de la edad de 3 años (II, 15).

social, y en las guerras civiles y serviles), como del alejamiento de los soldados-ciudadanos, arrebatados a sus campos, ya no como en un principio, durante una temporada, por el tiempo que durase una incursión en un territorio enemigo vecino, sino por largos períodos, a medida que la guerra se transportaba a teatros lejanos. Los campos permanecieron incultos, los plebeyos se endeudaron y se arruinaron, los patricios invadieron los pequeños dominios, la usura hizo estragos; los antiguos pequeños propietarios, despojados, hambrientos, expulsados, desertaron del campo para afluir a Roma en donde encontraron la concurrencia servil cuando quisieron ocupar sus brazos. La agricultura, la población, las antiguas costumbres entraron en decadencia a la vez. La gran propiedad se extendió con el cultivo extensivo, e Italia se despobló. Esta tendencia a la despoblación rural se afirmó mucho antes del Imperio, con gran escándalo de los agrónomos, los moralistas y los políticos romanos.

Al mismo tiempo, bajo la acción de otras causas, la natalidad se debilitaba también en los medios urbanos. Desde el momento en que las viejas costumbres comenzaron a corromperse, la severidad del matrimonio romano alejó de él a gran número de individuos; el matrimonio aparecía como un deber social, pero un deber austero, aun a los que lo defendían y deploraban su abandono (5). Los divorcios, después de haber sido casi desconocidos por largo tiempo, se multiplicaron con prodigiosa rapidez, y la depravación de las costumbres provocó la baja de la natalidad.

La inquietud que los hombres de Estado romano experimentaban con ello, era tanto más viva cuanto que, incluso en las épocas en que la población aumentaba rápidamente, jamás habían considerado que fuese conveniente moderar este impulso, sino todo lo contrario. Desde los primeros tiempos de la República, los censores tenían el deber de alentar a los ciudadanos al matrimonio con miras al aumento de la población. Dionisio de Halicarnaso pretende incluso (6), que una antigua legislación obligaba a todos los ciudadanos a casarse al llegar a cierta edad. Se asegura-

(5) Conocemos el singular discurso del censor Metelo Numidico y los poco halagüeños argumentos que emplea para defender la causa del matrimonio. (Tito Livio, *Historia*, y Auro Gélico, *Noches Aticas*, I, 6. 2).

(6) *Antigüedades Romanas*, IX, 22.

ban ciertas ventajas a los padres de familia, y determinadas penas, como impuestos especiales, a los célibes. Desde fines del siglo V antes de nuestra era, los censores establecen en efecto, el *aes uxorum* (403 a. J. C.). Más tarde, en 217, vemos que en las legiones se admite a los libertos con hijos (7); en 131, después de los censos cuyos resultados no fueron, satisfactorios, el censor Q. Metelo propuso obligar a todos los ciudadanos al matrimonio. Más tarde, cuando se quiso reanudar la lucha contra la despoblación, Augusto hizo leer ese discurso en el Senado, y ordenó que se fijara en las calles de Roma.

César hizo algo más que discursos. Durante su primer consulado (59 a. J. C.), hizo votar una ley agraria que distribuía tierras en Campania a los padres de tres hijos: primera idea de un *jus trium liberorum*. Sólo se encontraron 20,000 beneficiarios de la nueva ley. Más tarde, César, amo de Roma, instituyó recompensas a las familias numerosas (8), siendo alabado por ello por Cicerón (9), que, por otra parte, en su *De Legibus*, pidió la prohibición del celibato. Para tomar medidas enérgicas, César había hecho que se le diera la prefectura de las costumbres. La muerte lo interrumpió en su obra. Pero Augusto debía continuarla, convencido también de que en ella iba la salud de Roma.

El 29 a. J. C., Augusto, definitivamente triunfante, se transformó en dueño del Imperio. Desde el año siguiente procedió a un censo cuyos resultados no parecen, a primera vista, muy inquietantes. La población romana había aumentado desde el censo anterior. Sin embargo, de hecho la situación era alarmante, pues entre ambas operaciones habían transcurrido 42 años; y en el intervalo, César había concedido derecho de ciudadanía a toda la Galla Transpadana, sin hablar de las innumerables liberaciones que habían extendido el mismo derecho a tantos individuos de toda raza, a los que según el célebre apóstrofe de Escipión Emiliano, Italia no reconocía como sus hijos. La población romana se reclutaba todavía, pero por naturalización, y por ese derecho que tenía todo ciudadano de crear otros nuevos ciudadanos por libera-

(7) Tito Livio, XXII, II.

(8) Dión Casio, XLIII, 25.

(9) Pro Marcello, 8.

ción; derecho extraño concedido al individuo en una sociedad, en otros aspectos tan sujeta al Estado.

En esta masa confusa de ciudadanos de calidad dudosa, Augusto quiso, en primer lugar, limitar el derecho de ciudadanía, haciéndolo de sangre menos mezclada, reorganizar una especie de nobleza de dos rangos: senatorial y ecuestre, basada en los censos, en la que se concentraría el verdadero pueblo romano, haciéndola el cerebro y el esqueleto del Imperio (10).

Pero las estadísticas le mostraban el descaecimiento sucesivo de las familias aristocráticas, que Esparta había conocido y que Roma conocía a su vez. El patriciado romano amenguaba rápidamente. De esta decadencia numérica, Augusto, responsable de guerras civiles y de proscripciones, jefe de ejércitos en

...esas tristes batallas
en que Roma desgarraba con sus manos sus entrañas

conocía ciertas causas mejor que nadie. Pero había otras, además de las matanzas: las que los viejos censores, los moralistas, y el propio César habían señalado; y antes que cualquiera otra, el creciente alejamiento de los jóvenes del matrimonio y la paternidad.

¿En dónde encontrar un remedio? Problema que se plantea a la Francia del siglo XX, y que se planteaba a la Roma de Augusto. Era inútil apelar al sentimiento religioso, singularmente debilitado; las filosofías dominantes, imbuídas del individualismo estoico, epicúreo o cínico, eran más bien hostiles que favorables al matrimonio, del que se alejaba, además, el *diletantismo* mundano. En cuanto al sentimiento patriótico, minado por los filósofos, diluído en la extensión del Imperio y en la masa de ciudadanos de reciente época, tampoco era capaz de obrar eficazmente; hay que considerar, por otra parte —y la Francia de nuestros días nos da un ejemplo— que aun cuando el patriotismo siga siendo suficientemente fuerte para determinar al ciudadano a dar *su* vida, raramente lo es para determinarlo a dar *la* vida. Augusto comprendió que había que tratar de combatir el egoísmo en sí mismo,

(10) V. Bouché-Leclercq, *Les lois démographiques d'Auguste*, Revue Historique, 1895.

como tratan de recomendarlo muchos de los que se alarman con el estancamiento actual de la población francesa. Quiso modificar, legislativamente, los elementos del cálculo del interés personal, mejorando la condición de los padres de familia y empeorando la demasiado feliz de los célibes.

Comenzó con una tentativa mal conocida, tendiente a obligar al matrimonio a los hijos de familia; ése fué el objeto de un edicto del año 28 ó 27 antes de J. C., del que nada sabemos, si no es por un pasaje de Propercio. Pero parece que este edicto (posiblemente nunca pasara del estado de proyecto) quedó sin efecto. Renunciando a la imposición, Augusto prefirió convencer por medio de palpables ventajas y de incapacidades legales.

No apeló para esto al derecho público, salvo para conceder a los padres de familia ciertas preferencias o preeminencias con relación a sus colegas o a sus cocandidatos. Tampoco apeló al derecho fiscal, manejado en el sentido de exenciones o subvenciones. Prefirió utilizar el arma del derecho civil; y para asegurar ventajas al matrimonio civil y a la paternidad, elaboró toda una legislación sin detenerse en el

... *Quid leges sine moribus
Vanæ proficiunt?*

de Horacio.

El matrimonio tampoco era, desde hacía largo tiempo, indisoluble. El divorcio se había hecho excesivamente frecuente; por lo demás, la mujer, al no estar ya *in manu mariti*, quedaba bajo la *patria potestas* y, al primer pretexto, el padre recuperaba a su hija junto con la dote de ésta. Se ha dicho que en esta época el matrimonio había llegado a ser precario, al punto de desalentar a los cazadores de dotes; de modo que los jóvenes vividores preferían la caza de testamentos a la caza de matrimonios lucrativos; y aprovechando que la libertad de testar era absoluta, se entregaban a la tarea de ganarse la voluntad de célibes ricos, que Plauto ya señalaba, y a la que aluden repetidas veces Horacio (11), Luciano, Juvenal, etc. De este modo, los solteros se veían alejados del matrimonio, en su juventud, por la esperanza de un legado en-

(11) Por ejemplo, las *Sátiras*, II, 5.

riquecedor y en la madurez por un séquito que junto con sus adulaciones les daba la ilusión de una familia.

Augusto no podía pensar en restablecer la austeridad del antiguo matrimonio romano. Pero cuando menos quiso purificar, en la medida de lo posible, las costumbres matrimoniales de su tiempo. Hasta entonces, el castigo del adulterio era asunto del marido. Augusto, con la ley *Julia de adulteriis coercendis*, atribuyó a los tribunales la jurisdicción de este delito que pertenecía al derecho familiar, y lo sancionó penalmente.

Todo esto no era, sin embargo, más que una especie de prólogo de la lucha que iba a emprender contra la plaga de la falta de nacimientos. Esta lucha se afirmó por una serie de medidas destinadas a que el matrimonio fuera ampliamente abordable: supresión de la prohibición del matrimonio entre libertos y los nacidos libres (*ingenuos*), salvo para los senadores, legislación de la unión libre, bajo el nombre de concubinato (especie de matrimonio inferior, pero legal, que daba a los hijos un padre cierto). Augusto ni siquiera temió introducir restricciones al derecho de propiedad, obligando a los padres de familia a dotar a los hijos, y armando a éstos con un derecho de recurso al pretor; y al derecho de testar, estableciendo que los legados hechos bajo condición de no casarse serían válidos declarando caduca la condición.

Después de hacer más accesible el matrimonio, Augusto se creyó con derecho para mostrarse severo contra los célibes obstinados. La ley *Julia de maritandis ordinibus* (17 antes de J. C., según las conjeturas más generalmente admitidas) prohibió que recibiesen sucesiones o legados si estaban en la edad núbil, fijada de los 25 a los 60 años para los hombres, y de los 20 a los 50 para las mujeres. Las viudas y las divorciadas quedaban en iguales condiciones que las solteras después de un corto plazo (un año y seis meses al principio; dos años y dieciocho meses posteriormente). La ley no incluía a las sucesiones *ab intestat*, y en las sucesiones testamentarias exceptuaba de la incapacidad a los parientes hasta el sexto grado. Su fin era claro: prohibir a los célibes la explotación de las herencias extrañas a su familia. Como las disposiciones en su favor se declararon caducas, la ley Julia y el conjunto de las leyes de Augusto en favor de la población, bien pronto fueron designadas con el nombre de *leyes caducarius*, que les quedó.

Pero atacar al celibato era poco, si al mismo tiempo no se combatía a los matrimonios estériles. En Roma, como en la Francia del siglo XX, no escaseaban tanto los matrimonios como los matrimonios fecundos. La verdadera plaga de la demografía romana era la frecuencia de los matrimonios sin hijos, a los que generalmente se daba el nombre de *orbi*. En consecuencia, se aplicaron a los *orbi* las mismas incapacidades que a los célibes, aunque reducidas a la mitad.

La aplicación de la ley *Julia* provocó grandes resistencias. Todo el mundo se ingenió para burlarla por medio de fraudes más o menos extraños. Augusto sintió la necesidad de refundir y ampliar su legislación. Llegamos así a la ley *Papia et Poppaea*, que frecuentemente se cita en una fórmula conjunta con la ley *Julia*, aunque cronológicamente estén separadas por un lapso de veinticinco años (9 después de J. C.) El doble nombre de esta célebre ley proviene de los de sus autores, los cónsules, M. Papio Mutilo y A. Popeo Secundo, ambos célibes, y que en esta forma “hacían enmienda honorable en nombre de todos sus semejantes”.

La ley *Papia* y *Popea* presentaba dos particularidades principales: 1º atenuaba los rigores de la ley *Julia*, suprimiendo lo que se llama la *regla catoniana*, es decir, haciendo de la apertura efectiva de la sucesión el momento legal del fallecimiento del testador, y concediendo, incluso, un plazo de cien días que el célibe legatario podía aprovechar para casarse. Concesión grave que amenazaba con debilitar la eficacia de la ley caducaria. Asimismo, los *orbi* pudieron gozar de un plazo para adoptar o inventarse hijos. 2º la nueva ley ofrecía nuevas primas a los matrimonios fecundos. Establecía el *jus trium liberorum* que concedía a sus beneficiarios importantes privilegios, especialmente dispensas de edad para las funciones públicas. Las mujeres *ingenuas*, madres de tres hijos, obtenían el máximo de capacidad jurídica siendo liberadas de toda tutela; las libertas madres de cuatro hijos, salían de tutela y obtenían el derecho a testar sin autorización. En una palabra, sea para las *ingenuas*, sea para las libertas, la maternidad conducía a la igualdad de los sexos. En cambio se vedaba al liberto varón sin hijos el derecho a testar, y el que tenía menos de tres hijos no podía dejarles su patrimonio sin previa deducción de una parte igual retenida por su patrón. Para la mujer sin hijos, la capacidad de

heredar a su marido era muy reducida. En resumen, Augusto hizo entrar en la nueva ley todo lo que pudo imaginar en cuanto a recompensas y disfavores.

¿Cuál fué la aplicación de estas diferentes leyes? Parece que fué poco severa. El *jus trium liberorum* no tardó en concederse, por favoritismo, a personas que de ninguna manera eran padres o madres de tres hijos. Numerosas dispensas fueron acordadas. A pesar de ello, se manifestó un vivo descontento en la sociedad romana, sobre todo a consecuencia del desenfreno de los sicofantes. Tácito afirma que ni el número de matrimonios ni el de nacimientos aumentó; la ventaja de no tener hijos parecía a los romanos superior a todas las que se habían querido conferir a los padres de familia.

Sin embargo, hay que reconocer que los sucesores de Augusto perseveraron por largo tiempo en el camino que éste les había abierto. En 34, d. J. C., bajo el reinado de Tiberio, el Senado agrava, por medio del senadoconsulto Persiciano, la condición de los célibes desde el punto de vista testamentario, disponiendo que los que no hubieran contraído matrimonio antes del límite legal (60 y 50 años), sufrirían a perpetuidad las consecuencias de la incapacidad contraída. Estas disposiciones fueron suprimidas por Claudio; pero Nerón las restableció, cuando menos en parte, declarando sin efecto, para recuperar la capacidad de heredar, el matrimonio de las mujeres de más de 50 años. Un senadoconsulto del año 62 (todavía en tiempos de Nerón) legisló contra las adopciones ficticias, realizadas para obtener candidaturas y honores. Vespasiano (senadoconsulto Pegasiano), cerró una hendidura que hacía perder a las leyes de Augusto parte de su eficacia, al declararlas aplicables a las sucesiones y a los legados fideicomisarios. Es interesante seguir este largo esfuerzo, pues tiende a probar que los emperadores no desesperaban de alcanzar un resultado positivo por medio de la acción legal y armados con el derecho civil. Sólo el insensato Calígula rompió con la política de sus predecesores y sucesores, estableciendo un impuesto sobre el matrimonio.

Los Antoninos se mostraron igualmente preocupados por la defensa de la natalidad. Nerva y Trajano fundaron instituciones alimenticias para ayudar a los ciudadanos pobres a educar a sus hijos. Adriano aumentó la suma de los privilegios comprendidos en

el *jus trium o quatuor liberorum* (según se tratase de *ingenuos* o de libertos). Aun desde el punto de vista penal mejoró la situación de los padres de familia, aligerando las multas en que incurrieran y dispensándolos de las confiscaciones a que dieran lugar, diciendo: "Prefiero, por la grandeza del Imperio, aumento de hombres que abundancia de dinero".

Los emperadores de los dos primeros siglos siguieron lealmente las huellas de Augusto, y se esforzaron, uno tras de otro, en desarrollar su legislación pro matrimonial y pro natalidad. ¿Con qué éxito?

Un punto está fuera de duda: la población del Imperio aumentó durante esos dos siglos; efecto, sin duda, de la *pax romana* y de la prosperidad que la acompañó. Pero esto no prueba nada, pues la parte de la población para la cual había legislado Augusto, es decir, la aristocracia romana, parece, por lo contrario, haber disminuído; los moralistas contemporáneos, Plutarco, Juvenal, lo afirman. Sabemos, por otra parte, que la Italia rural se despoblaba. Sin embargo, demógrafos como Bouché-Leclerq (12) estiman que la legislación de Augusto y de sus sucesores no puede considerarse ciertamente como ineficaz. De hecho, la despoblación de Italia ya estaba gravemente avanzada desde antes de Augusto, y posiblemente no se acentuó mucho bajo el Imperio: la cifra de la población de Roma, en todo caso, aumentó considerablemente, ciertamente que, en gran parte, debido a la inmigración (13). Pero lo que sobre todo puede parecer significativo, es que los emperadores, bien colocados para juzgar los resultados de las leyes caducarias, se esforzaron por extender su aplicación poco a poco, a sus demás súbditos. Severo y Caracalla ordenaron a los gobernadores de provincias que aplicaran el artículo 35 de la ley Julia, referente a la obligación de los padres para casar y dotar a sus hijas. Los jurisconsultos comentan abundantemente las leyes Julia y Papia Popea en sentido favorable a su extensión. Todavía en el siglo III, el Imperio ofrece, como prima a las familias numerosas, la exención de prestaciones y de oficios gratuitos.

(12) Artículo citado. El Dr. Bertillon, más afirmativo, consideraba que el efecto de las Leyes Julia y Papia Popea había sido muy real.

(13) V. Dureau de la Malle, *L'économie politique des Romains*, libro II, Vanlaër, *La dépopulation de l'Italie au temps d'Auguste*.

Sin embargo, a partir de Septimio Severo, es decir, a comienzos del siglo III, comienza a esbozarse un movimiento de reacción contra la legislación en pro de la población. Los autores de esta última tenían que luchar, entonces como hoy, contra un sentimiento, egoísta si se quiere, pero muy vivo de la libertad individual. Este sentimiento, bajo el Imperio, se desarrollaba gradualmente gracias a la filosofía, al estoicismo sobre todo, y al cristianismo que aportaba, por otra parte, ideas de desprendimiento con respecto a la ciudad terrestre y glorificaba la virginidad. Así es que las leyes caducarias, hostiles al celibato, fueron atacadas por apologistas de la nueva religión, como Tertuliano. Y cuando el poder cayó al fin, a principios del siglo IV, en manos de los emperadores cristianos, les pareció intolerable que el celibato fuese estigmatizado oficialmente; más intolerable aún, el que la ley impulsase a las segundas nupcias, vistas con manifiesto desagrado por la Iglesia, y consideradas por muchos cristianos como un pecado.

Así es que desde el año 320, el emperador Constantino suprimió en masa todas las incapacidades que afectaban a los célibes y a los *orbi*. Esta supresión cuando menos dejaba subsistir al *jus trium liberorum* cuyas ventajas seguían apreciándose, sobre todo para las mujeres; la mejor prueba es que se les concedía frecuentemente, como una recompensa o favor, independientemente de toda maternidad. Desmanteladas de nuevo en el año 410, las disposiciones de las leyes de Augusto fueron, al fin, anonadadas por Justiniano en 528, 539 y 542.

En suma, si no podemos afirmar con certeza que esta legislación tuviese una real eficacia, tampoco podemos asegurar lo contrario. Tenemos razones para conjeturar que para los emperadores no era absolutamente impotente, puesto que por largo tiempo se esforzaron en desarrollarla y extenderla; si después renunciaron a ella fué por razones religiosas y morales que nada tenían que ver con la eficacia, real o nula, de la ley. Por consiguiente, es una afirmación gratuita la que frecuentemente oímos enunciar, según la cual el precedente histórico de las leyes caducarias implica un prejuicio de condenación contra toda tentativa de remediar por una vía legal el peligro de la desnatalización.

Además, hay que observar que el legislador romano, siguiendo

una actitud diferente a la que tuvo en muchos otros dominios, en sus tentativas para favorecer la población, guardó una moderación, un respeto al individuo y a su libertad, que los filósofos griegos olvidaron por completo en sus sistemas de compresión y de oligantropismo. Para estos últimos, lo más natural era forzar al individuo a adoptar la línea de conducta que se juzgaba conforme al interés de la ciudad. Para el primero, por lo contrario, infinitamente más penetrado del sentido individualista, la imposición es repugnante. Trata de obrar *indirectamente* sobre la voluntad de los hombres, atrayéndolos por medio de las ventajas y alejándolos por medio del temor a ciertas incapacidades. Además, orienta su esfuerzo hacia las condiciones de la transmisión testamentaria, es decir, como acertadamente lo ha subrayado Bouché-Leclerq, sobre ese punto “en que el individuo necesita más visiblemente la protección del Estado, que es el único que está en condiciones de asegurar la ejecución de la voluntad de los moribundos” (14). En suma los romanos no llegaron más que a medidas muy respetuosas de la libertad individual y del derecho de propiedad; más respetuosas, en todo caso, que las del Código Civil francés que impone, con espíritu completamente distinto y con resultados diversos, la enorme reserva de los hijos y el reparto obligatorio. Si la legislación francesa ha tenido probablemente resultados perjudiciales desde el punto de vista de la población, ¿por qué no admitir que la legislación romana los haya podido tener buenos? ¿Estará reservado a las leyes obrar sólo sobre las costumbres en el mal sentido, y ser ineficaces cuando tratan de mejorarlas?

(14) Del artículo citado, tan ampliamente utilizado en este capítulo.

CAPÍTULO IV

LAS DOCTRINAS MEDIOEVALES

Las doctrinas medioevales en materia de población son esencialmente de origen cristiano. Nacen del comentario de los libros santos y de la literatura patrística. Pero mientras que el Antiguo Testamento aparece lleno de enseñanzas y de preceptos favorables a una población numerosa (1), el Evangelio presentaba al ser humano un ideal de castidad, que numerosas sectas no tardarían en interpretar en el sentido más desfavorable al matrimonio y a la paternidad. Las mismas obras de los Padres de la Iglesia abundan en textos que exaltan a cual más la virginidad y la continencia.

Entre las sectas que pululan en los primeros tiempos del cristianismo, muchas llevan sus doctrinas hasta la execración del matrimonio. Maniqueos, eucratistas, docesistas y marcionistas predicán la castidad. Marciano condena el matrimonio, y rehusa el bautizo a los casados y sueña con un fin voluntario de la humanidad, como los pesimistas alemanes del siglo XIX. Para Orígenes el matrimonio es impuro. Tertuliano también habla de él con desprecio, y proclama que hay que elegir el celibato, aunque se arriesgue la extinción de la humanidad (2).

Pero no solamente las tesis de los heresiarcas o de los ortodoxos aventurados comprometen a la población. Por el simple he-

(1) V. Stangeland, *op. cit.*, p. 54.

(2) V. Westermarck, *Origines du mariage dans l'espèce humaine*, y R. Thamin, *Saint Ambroise et la morale chrétienne au IV^e. siècle.*

cho de que hacía de la salvación individual el único gran problema, haciendo abstracción de los intereses de la ciudad terrestre y de que, por otra parte, honraba entre todas a la virtud de la castidad, el cristianismo parecía aportar en el conflicto de las ideas relativas a la población, un elemento nuevo (cuando menos por su importancia), y desfavorable a la solución en pro de la población. El problema, social sobre todo en Grecia, y político en Roma, se torna moral. Y la moral que pretende resolverlo es una moral prendada de la pureza.

Ya San Pablo, en la Primera Epístola a los Corintios (3), proclama la superioridad del celibato (virtuoso) sobre el matrimonio; insiste sobre los inconvenientes de este último estado, y declara expresamente: "el que casa a su hija, hace bien; el que no la casa, hace mejor" (4). También se declara enérgicamente contra las segundas nupcias (5). Después de él, los doctores de la primitiva Iglesia, antes y después del Concilio de Nicea, multiplicaron las exhortaciones del mismo género, en sus tratados *de virginitate* o *de continentia*. Debemos señalar, sin embargo, que los Padres ortodoxos se guardan siempre de exageraciones en las que caen los fundadores de sectas, tan pronto dispuestos a exigir demasiado a la humanidad media, como dejando, por lo contrario, caer todo freno moral. San Irineo desapruueba la opinión de los que veían en la procreación una obra satánica. San Clemente de Alejandría declara que hay que evitar dos opiniones extremas, una de las cuales es la de los hombres "que se abstienen del matrimonio por odio al Creador" (6); y defiende al matrimonio como instituido por Dios. De una manera general, todos, aunque prefiriendo el celibato virtuoso, no dejan de recordar incesantemente que el fin del matrimonio es la paternidad. "Aun cuando el matrimonio pueble la tierra, dice San Jerónimo, la virginidad puebla el cielo". Y San Juan Crisóstomo proclama que además de que las alabanzas a la virginidad no comprometen a la población, el matrimonio por sí mismo, es decir, si no está sometido a una regla moral, no puede

(3) Cap. VII.

(4) *Ibid.*, versículo 38.

(5) V. especialmente la **Primera Epístola a Timoteo**, cap. V, 3, 11-14.

(6) **Stromata**, l. III, cap. XVII.

asegurar la prosperidad de la misma (7). En el siglo IV, San Ambrosio, considerado por R. Thamin como el tipo de obispo de esa época, predica el celibato religioso con tal éxito, provoca tal “contagio de pureza”, que inquieta a los economistas y a los políticos de entonces. Pero los tranquiliza, aun cuando desde lo alto, proclamando que el interés económico no podría ponerse en la misma balanza que el argumento de conciencia, ni la ciudad de Dios con la ciudad terrestre, añadiendo que allí donde el culto a la virginidad mantiene mejor un elevado nivel de costumbres, el matrimonio es más fecundo y la población crece más.

En suma, la actitud de los Padres de la Iglesia, con ciertos matices, es clara: el celibato virtuoso es preferible al matrimonio; puede constituir el más alto grado de perfección, y el matrimonio constituye un estado inferior. Pero el matrimonio es bueno en sí mismo; la perfección de vida exigida por el celibato sólo es accesible a un grupo selecto. Más vale el matrimonio que el celibato mal tolerado. Sólo las segundas nupcias son vistas con desprecio, aun cuando no estén formalmente condenadas.

San Juan Crisóstomo, con sutileza enteramente griega, llega a afirmar que honrar el matrimonio es honrar tanto más a la virginidad, que le es superior: “*Bonum est matrimonium: propterea admiranda virginitas est, quae bono melior est*”. “*Matrimonium non nisi malis pono, dice además, quia vehementer laudo*”. Y declara necesario el matrimonio para todos los débiles (*infirmis*). San Ambrosio, ese gran apologista de la virginidad, no solamente no condena el matrimonio, sino que proclama también que es el estado que conviene a la masa, e incluso extiende su indulgencia, a pesar suyo, hasta las segundas nupcias. Muestra que el desarrollo de la población concuerda con la práctica más general de la castidad, y que el cristianismo da a la población, gracias a las buenas costumbres que inspira, mucho más de lo que le pide con los que llama a una vida de celibato religioso.

Entre las herejías de derecha e izquierda, las de los fanáticos enemigos del matrimonio y las de los gnósticos, como Carpócrates o los adamitas que con el pretexto de rehabilitar la carne autorizaban o santificaban todas las torpezas, la doctrina ortodoxa se

(7) Περὶ παρθενίας 15, 18.

atuvo firmemente a dos puntos; preexcelencia de la virginidad y del celibato religioso; pero bondad del matrimonio para la humanidad media. A este matrimonio lo ennoblece con la indisolubilidad; lo hace fecundo con la condenación del libertinaje y de todos los fraudes conyugales. De modo que, desde su origen, la propagación del cristianismo fué en fealdad favorable a la de la población.

La renovación del mundo romano se realizó bajo la doble influencia del cristianismo que lo conquistó pacíficamente, y de las invasiones germanas. Pero mientras que el primero suscitó una resurrección moral y le infundió una vida nueva, una vida que por un milenio más animaría al Imperio de Oriente, los germanos sólo llevaron con ellos ruina y destrucción. En el siglo XIX se concedió demasiado crédito a la teoría alemana y tendenciosa de que los bárbaros renovaron y vivificaron moralmente al Imperio agonizante por exceso de civilización y refinamiento. En realidad sólo el cristianismo fué capaz de crear una sociedad nueva y viva; y bajo su acción se manifestó un evidente renacimiento, aun en la época de las invasiones.

La verdad es que éstas fueron una espantosa catástrofe para el Occidente y, en especial, para Galia. No sólo se aniquilaron cantidades prodigiosas de riquezas, sino que el capital intelectual, el más precioso de todos, sufrió graves disminuciones; la psicología del bárbaro, que trataba de enriquecerse por medio de la guerra y el pillaje, substituyó a la del apacible productor galo-romano. La preocupación por la producción deja su lugar a la de la depredación y el rapto. Es la economía expoliadora que se instala sobre las ruinas de la economía normal; como los soviets en Rusia después de 1917, los príncipes germanos se instalaron para vivir y consumir la riqueza del mundo romano que les parecía inagotable. Y aun cuando ya estaban constituídos los nuevos estados, conservaron el hábito de obtener recursos saqueando, tan pronto una provincia como otra, tal como antaño los sultanes de Marruecos iban sucesivamente a *comer* tal o cual tribu; las expediciones de los merovingios en el centro y en el sur de Galia tienen casi el mismo carácter que las *razzias* de aquéllos.

El retroceso intelectual acompañó al económico. A principios del siglo V, el cristianismo había propagado en el Imperio una

verdadera renovación literaria, jurídica e, incluso, artística. La devastación de los monumentos del arte antiguo y los del nuevo arte cristiano tuvieron consecuencias irremediabiles. "Interrumpió con ruinas, dice Zeller (8), todas las tradiciones, ahogó, en su mismo germen, el nacimiento de nuevas obras maestras y, en consecuencia, atacó en sus fuentes la educación moral de los pueblos". Representémonos, pero realizada en gran parte del mundo civilizado, una devastación comparable (no tan perfecta técnicamente) a la de los departamentos franceses asolados por la guerra de 1914. La prueba irrefutable del rebajamiento del nivel de la civilización por los germanos la tenemos en el hecho de que durante toda la alta Edad Media la superioridad económica, intelectual y ética subsistió en las regiones menos invadidas por ellos, y que las otras no recuperaron la prosperidad sino a medida de la asimilación de los bárbaros por los antiguos civilizados (9).

Pero los admiradores de los germanos han pretendido que las invasiones cuando menos trajeron el beneficio de regenerar las poblaciones agotadas del Imperio, infundiéndoles sangre nueva, más joven y prolífica. Abusando del famoso texto de Jornandés, que por otra parte se refiere más bien a Escandinavia que a Germania, se ha querido ver en ésta la *officina* y *vagina gentium* de que habla el historiador de los godos. Durante largo tiempo, una historia insuficientemente crítica ha querido considerar a la Europa septentrional del tiempo de las invasiones como muy poblada, desbordante de hombres y como una especie de reserva inagotable de material humano sano y fuerte. Malthus (10) cita a este respecto ciertos pasajes de Montesquieu, intérprete de la antigua creencia de que una sobrepoblación efectiva e intensa obligó a los germanos y a otros bárbaros del nordeste a lanzarse sobre el Imperio. En particular, las últimas y victoriosas invasiones debían haber arrasado con ellas un verdadero río de poblaciones exuberantes.

Observemos que ya Malthus había criticado esa concepción histórica. Poseía demasiado el sentimiento de la relación necesaria que debe existir entre la población efectiva y los medios, efectivos también, de subsistencia, para admitir que la Germania del siglo

(8) Zeller, *Histoire d'Allemagne*, l. I, p. 278.

(9) *Ibid.*, I, p. 288.

(10) *Op. cit.*

V, inculta, silvestre y pantanosa, haya podido alimentar a una población numerosa; sobre este punto de vista no podemos menos que alabar el buen sentido de sus apreciaciones.

Después del historiador francés Mallet, Malthus observa (11) que nada prueba que las invasiones germánicas y escandinavas hayan sido causadas por la falta de espacio y por la insuficiencia de tierras. Indica que después de las grandes emigraciones, el país solía quedar desierto; no era, por consiguiente, como en la colonización griega, un excedente de población el que se marchaba por estrechez de espacio.

Admite, sin embargo, que, junto a una población total muy mediana, existía una sobrepoblación relativa. Pero esta segunda parte de su tesis está menos sólidamente establecida que la primera. Que la población germánica fué necesariamente poco densa, Malthus lo prueba fácilmente, mostrando que las tierras en parte estaban desmontadas y en parte cultivadas rudimentariamente. Cuando añade que a pesar de esto se había alcanzado el límite extremo de población, y que el principio de población presionaba a las subsistencias, se entrega un tanto a conjeturas, inspiradas a la vez por sus ideas *a priori* sobre la fuerza de dicho principio, y por las *a posteriori* que tiene sobre las costumbres de los germanos, según los textos de Tácito. Textos dos veces sospechosos en este caso, puesto que se refieren a los germanos de una época muy anterior al siglo V, y puesto que, por otra parte, es muy posible que estén contaminados con una intención apologética, ya que Tácito quiso exaltar las costumbres de los bárbaros para condenar, por contraste, las de sus compatriotas. Por consiguiente, podemos dudar lo que Malthus nos dice, siguiendo a Tácito, de la pureza de las costumbres germanas, de los honores concedidos a la castidad, de la ausencia de prostitución, de la rareza del adulterio, de la infamia que seguía al abandono de los hijos, y finalmente de la posibilidad de alimentar ejércitos insaciables, con un fondo de población muy mediano, gracias a una elevadísima tasa de natalidad. En todo caso, lo que de exacto pudiera tener la pintura de las costumbres germanas en tiempos de Tácito, lo era mucho menos durante las grandes invasiones. Grandes historiadores de nues-

(11) Essay... —Mallet, *Histoire du Danemark*, t. I, cap. IX.

tros días, admitiendo la primera parte de la tesis de Mallet, o sea la de una población germana de poca densidad absoluta, rehusan aceptar la segunda, la de las costumbres particularmente puras y de una sobrepoblación *relativa* que obligó a los germanos a expatriarse en masa. Especialmente, tal es la actitud de Fustel de Coulanges, en su *Invasion germanique*, y de Jules Zeller en su *Histoire d'Allemagne*.

Sobre el primer punto, con la superioridad que le daban su cultura histórica y su método científico, Fustel de Coulanges llega en suma (12) a las mismas conclusiones que el autor inglés: imposibilidad de creer en una Germania desbordante de hombres. "La barbarie jamás es fecunda", dice. Fecunda, posiblemente en el sentido de que registre gran número de nacimientos; pero nunca será rica en hombres, pues sólo un pequeño número de estos niños sobrevive. Y los germanos del siglo V eran bárbaros puros, muy inferiores en civilización a los galos del siglo IV, antes de nuestra era, y se encontraban, no vacila en decirlo el gran historiador, al mismo nivel que los europeos del oeste y del sur, *diez siglos antes*. (13) No había entre ellos sobrepoblación real, absoluta, desproporción entre el número de hombres y el de tierras por cultivar. Cuando mucho podría hablarse de esa sobrepoblación relativa que existirá siempre cuando cierto número de hombres, por módico que sea, está repartido en tierras, por extensas que sean, que se han negado a cultivar por pereza. Además, para Fustel de Coulanges no hay que buscar en un hecho de este género la causa principal de las invasiones, sino en el profundo desorden interior y en las revoluciones sociales que trastornaron a Germania durante cuatro siglos (14). Más aún, durante las grandes invasiones, estas poblaciones germanas que parecen no haber realizado ningún progreso desde la época de Tácito, es decir tres siglos después, estaban en pleno proceso de desorganización y de decadencia; pues hay una decadencia de los pueblos bárbaros, como hay una de los civilizados (15). Esta decadencia, favorecida por la introducción de

(12) *L'Invasion germanique*.

(13) *Ibid.*, 283.

(14) *Op. cit.*, p. 324.

(15) V. Richard, *De l'arrêt de développement*, *Revue de Synthèse Historique*, 1903.

vicios civilizados, siempre funestos para los bárbaros, se manifestaba por la corrupción, el debilitamiento y la despoblación. La Germania propiamente dicha estaba invadida por los pueblos orientales, godos, vándalos, hérulos, alanos y hunos. “Los germanos que aparecerán en la historia en el siglo V invadiendo el Imperio Romano, no son un pueblo joven que audazmente va a tomar su lugar entre los pueblos. Son los restos de una raza debilitada, asaltada y vencida durante siglos por los romanos, los eslavos y los hunos; y desgarrada, sobre todo, por sus largas luchas interiores; agotada por una serie de revoluciones sociales, y que ha perdido sus instituciones (16). Estos invasores son invadidos; se lanzan sobre Occidente, porque se les oprime en Oriente; las tierras no les faltan, sino que se les expulsa de ellas. Por lo demás, en la disolución de los antiguos pueblos germanos, las bandas guerreras que habían ocupado su lugar, móviles, vagabundas, sin territorio fijo, no podían ni querían cultivar. En el siglo V, Germania se asemeja a una región semidesierta en donde se mueven y entrechocan hordas; esta ruina es la que lanzó sus escombros sobre el Imperio.

No existió sobrepoblación germana como causa de las invasiones, salvo en el sentido de que siempre se puede hablar de sobrepoblación relativa con relación a las subsistencias allí en donde el hombre se rehusa a trabajar y a producir (17). Desde tal punto de vista, la sobrepoblación puede existir, incluso en un país desierto. Pero hay más aún. Fustel no cree que en esa Germania “casi vacía desde fines del siglo II”, que en esa Germania, que de Tácito a las invasiones había retrocedido del sedentarismo hacia las costumbres nómadas, hayan podido florecer esas costumbres puras, favorables a la fecundidad, de que tan frecuentemente hablan los historiadores alemanes. La disolución de la Germania del siglo IV no sólo era política y social, sino moral. Y la corrupción del bárbaro es peor que la del civilizado, pues va aliada a la grosería. Gregoire de Tours habla de esta rusticidad cruda, de esta estupidez bárbara (*cruda rusticitas*) que se extendió sobre el mundo galo-romano después de las invasiones. Pero tal rusticidad, como puede verse en cada página de la historia merovingia, no excluía

(16) *L'Invasion germanique*, p. 302.

(17) *Pigrum et iners videtur sudore acquirere quod possis sanguine parare.*

en nada la inmoralidad más brutal. Las condiciones de una sobrepoblación, aun simplemente relativa, la pureza de costumbres y la fecundidad que de ella resulta, faltaban por completo.

De modo que, desde hace largo tiempo ya, se sabe que las invasiones no tuvieron el carácter que antaño se les atribuyó; la de la irrupción de una multitud de hombres, inmensa e irresistible, como tampoco la de una conquista en regla. La gran invasión de 406-407, “seguramente uno de los acontecimientos más desastrosos de la historia del mundo”, no fué en realidad una invasión de pueblos, sino de bandas guerreras, nacidas del desmoronamiento de los antiguos pueblos germanos, destruídos como tales por las guerras interiores y exteriores. Estas hordas devastadoras jamás poseyeron efectivos superiores a algunos centenares de miles de individuos. Pasaron dejando tras de sí a pocos hombres. No hubo gran aflujo de sangre nueva, pues muchos de estos bárbaros, bastante poco numerosos en total, se expulsaron unos a otros, y muchos de ellos se mataron entre sí. Los germanos más civilizados se volvieron contra los otros y los rechazaron. Cuantitativamente la población de Galia no ganó, con su establecimiento, lo que había perdido con sus devastaciones. No hubo más que un retroceso hacia el salvajismo.

Cualitativamente, puede admitirse con Zeller que “cualquiera que sea la proporción de la mezcla que tuvo lugar entre los romanos y los bárbaros en el territorio del Imperio, es cierto que las generaciones surgidas de tal mezcla fueron más groseras, posiblemente más robustas, pero seguramente menos aptas para la civilización y la cultura, y moralmente peores. Es un hecho que los pueblos salvajes, con menos ideas y aptitudes que los civilizados, sólo influyen desfavorablemente sobre otros pueblos con su mezcla. Lejos de mejorar a éstos, son ellos quienes necesitan ser mejorados; y sólo una raza como la de los romanos y la de los galos, dotada de cualidades y aptitudes superiores, podía hacerlo. Fisiológicamente, los bárbaros no mejoraron a la población galo-romana (18). No puede pretenderse que hayan aportado, en general, nuevas y mejores costumbres. El mejoramiento de las costumbres, en la medida en que se realizó, fué debido al cristianismo y a la nueva ci-

(18) *Op. cit.*, p. 273.

vilización, nacida bajo su influencia, en las masas galo-germanas que conquistaron a sus invasores. Y las ideas de la Edad Media en materia de población están esencialmente compuestas por elementos cristianos.

Estas ideas sólo tomaron una forma doctrinal en la época en que sucedió lo mismo con la mayor parte de las ideas económicas y sociales de la Edad Media, es decir, en los siglos XII y XIII, en la pluma de los grandes escolásticos y de los primeros escritores políticos. En el intervalo que separa a esta época del principio del siglo V, no encontramos manifestación consciente y sistemática del pensamiento económico o demográfico. En desquite podemos tratar de fijar algunos jalones en lo que se refiere a la historia de hechos de la población, jalones raros por lo demás, y de solidez a veces dudosa.

Bajo los Antoninos, en los tiempos prósperos del Imperio, la cifra de la población de Galia parece haber sido de unos diez millones de habitantes, o sea unos ocho millones y medio para el territorio de la Francia actual. Después de las invasiones, todo nos induce a pensar que hubo —posiblemente había sido anterior— un serio retroceso cuyas causas o síntomas son la destrucción de ciudades, la devastación de los campos, la reconquista del suelo por la maleza y el pantano. Durante cuatro siglos (400-800), la Europa occidental se debatió en medio de trastornos renacientes y de devastaciones que no permitieron que la población recuperara su desarrollo. Las guerras de Carlomagno y de sus sucesores agotaron cuando menos a la raza de hombres libres, y las crónicas de la época atribuyen a la batalla de Fontanet, entre los hijos de Luis I, una influencia demográfica ruinosa, que sin duda fué ejercida por toda la serie de guerras de la que esa batalla no es más que el episodio final. Levasseur, cuando trata de calcular la población de la Galia carolingia según el Político de Irminón —base seguramente un tanto estrecha para tal cálculo— obtiene, para el territorio actual de Francia, una cifra de 8 a 10 millones de almas.

En los siglos IX, X y XI, las causas de despoblación obraron intensamente: invasiones normandas y sarracenas, guerras feudales, hambres. También se ha dicho lo mismo sobre el desarrollo de la vida monacal. Pero es dudoso que los monasterios jamás ha-

yan arrancado al mundo un número de individuos bastante elevado para que el progreso de la población resintiera una notable suspensión. Contribuyendo a volver a la sociedad a una relativa pureza de costumbres, sin duda hicieron *por* la población más de lo que hacían *contra* ella, sin hablar de los servicios que la población recibió de ellos con las grandes roturaciones que ejecutaron y el aumento de la cantidad de artículos alimenticios que de ellas resultó.

La recuperación demográfica, así como la recuperación económica general, se afirma ya en la segunda mitad del siglo XI, para acentuarse más en el XII y alcanzar en el XIII una real prosperidad de la población y de la riqueza. La construcción de catedrales no pudo efectuarse más que en el seno de poblaciones densas; y los grandes ejércitos cruzados sólo entre ellas pudieron reclutarse. El siglo XIII es el de las grandes roturaciones, de las grandes liberaciones de siervos y del desarrollo de la vida comunal. Tanto en los campos como en las ciudades, la población aumentó. En esa época, la población de Francia parece haber sido no sólo más considerable que en ninguna época anterior, sino incluso más fuerte de lo que fué en varios siglos posteriores. Esta densidad de población coincidía con una real difusión del bienestar; dos hechos que continúan afirmándose durante el primer tercio del siglo XIV, hasta la Guerra de Cien Años, y aun durante ciertos períodos de ésta.

Un estado de las parroquias levantado en Francia en 1328, año del comienzo del reinado de Felipe VI, cuenta 24,150 parroquias y 2.411,149 hogares. Los demógrafos modernos lo interpretan de diversos modos. Dureau de la Malle considera que como este estado sólo se refiere al dominio real, que calcula en una tercera parte de la superficie de la Francia de hoy, hay que admitir para el territorio de ésta un total de 7.690,000 hogares. Contando, por otra parte, una media de 4 habitantes y medio por hogar, llega a una cifra de población de 34.625,000 hombres, que Francia no volvió a tener antes de mediados del siglo XIX, y que puede parecer excesiva. Otro intérprete, Guillard, reduciendo a 4 habitantes el contingente de cada hogar, y admitiendo que el dominio real de 1328 representaba las $\frac{3}{5}$ partes de la Francia actual, no obtiene más que un total de 15.850,000 almas. En fin, Levasseur, aceptan-

do también el multiplicador 4 para el número de hogares, y considerando que la región incluida en el Estado de 1328 comprende más de la mitad del actual territorio francés, llega a la conclusión de que la población de Francia, en ese primer año del reinado del primer Valois, sumaba 20 ó 22 millones de habitantes, cifra todavía considerable si se la refiere a un país casi exclusivamente rural, como lo era la Francia medioeval, y a un estado aún inferior de las técnicas productivas; cifra verosímil, sin embargo, en vista de lo que se sabe en general de la prosperidad del país y del estado de sus costumbres, que ninguna propaganda antipoblacionista comprometía, mientras que la Iglesia proporcionaba a las poblaciones, con autoridad no discutida, sus enseñanzas sobre el matrimonio y la paternidad. Hay que notar que esta cifra de 20 a 22 millones de almas no la volveremos a encontrar antes del siglo XVIII, y que ningún Estado europeo podía presentar una aproximación. La densidad de la población francesa fué, sin duda, y a pesar de los numerosos desastres de la Guerra de Cien Años, una de las causas que más favorecieron la resistencia a la conquista inglesa.

En Francia se registró, pues, durante los últimos siglos de la Edad Media, un aumento notable de la población; y este aumento estuvo acompañado por un enriquecimiento general no menos notable. En esa época, los dos movimientos se desarrollaron paralelamente. Y sin la interrupción provocada por las guerras inglesas, podemos conjeturar que Francia habría llegado, durante el siglo XIV, a una situación demográfica y económica de las más brillantes.

La doctrina medioeval de la población se precisa en esta época en las *Summas* y los *De regimine principum* de los teólogos y de los políticos, como anteriormente en los tratados *De Virginitate* de los Padres de la Iglesia. Es notable que, desde este punto de vista, la influencia aristotélica, tan poderosa entonces en otros asuntos (19), haya sido nula. El moralismo cristiano no podía admitir este sacrificio de la virtud individual en aras del interés, real o supuesto, del Estado. Por otra parte, no veía el interés del Esta-

(19) Incluso en materias en que también la moral estaba en juego, como en la de la legitimidad de la esclavitud, que ciertos escolásticos, como Buridan, aceptaron por respeto a Aristóteles.

do en donde los griegos lo habían puesto, es decir, en el oligantropismo y el desarrollo de una civilización puramente cualitativa. Tampoco se detenía en la idea de que podría limitarse la población por razones económicas basadas, por ejemplo, en el hambre, tan frecuente durante la alta Edad Media, y que hubieran podido invocarse en apoyo de un malthusianismo anticipado. Consideraba estas hambres como accidentales, y hubiera creído impío ver en ellas el resultado del juego de leyes generales e instituídas por Dios. De hecho tales hambres fueron menos el resultado de una ruptura real del equilibrio de la producción y del consumo, que el de una insuficiencia de los medios de circulación, o el de medidas políticas, fiscales, etc., mal comprendidas. Sea como sea, los canonistas están de acuerdo en declarar deseable una numerosa población, por considerarla, a la vez, como la fuerza del Estado, el bien de la familia y la prueba del cumplimiento del deber individual. *Quae familia plus multiplicator in prolem*, dice Santo Tomás, *amplius cedit ad firmamentum politae* (20), colocándose en el punto de vista de la ciudad, esto es la contrapartida de la tesis de Aristóteles. A su vez, Gilles Colonna de Roma (1247-1316) preceptor de Felipe el Hermoso y arzobispo de Bourges, insiste en las ventajas de la fecundidad y resume su pensamiento en esta enérgica, y a la vez graciosa imagen: *Tota illa domus dicitur imperfecta, ubi non est pullulatio filiorum* (21).

Más aún, Santo Tomás ataca directamente las ideas de Aristóteles (22). En su *De Regimine principum (ad regem Cypri)* protesta contra la idea de que la población pueda mantenerse en cierta cifra determinada, y afirma que se multiplica más o menos según cierto número de circunstancias: *In politia, determinatum numerum dare non possumus, sed multiplicatur in ea populus, vel propter amoenitatem loci, vel propter foecunditatem gentis...* (23). Añade que las ciudades más pobladas son las más prósperas: *Civitates, quod quanto magis abundant in gente, tanto majoris potentiae, et famosiores judicatur*. Y no por ello son más difíciles de go-

(20) *De regimine principum*, IV, cap. IX.

(21) *Ibíd.*, l. 2, pars. I, cap. VI.

(22) A propósito, es verdad, de las que Aristóteles cuenta de Hipodamos.

(23) Cap. II, l. 4.

bernar: *nec propter hoc impediuntur in regimine*. Atribuye, además, a una razón alimenticia la legislación oligantrópica de Hipodamos, quien quería, según Santo Tomás, una población estable y módica, *quia melius gubernantur, et in victualibus potest per rectores congruentius provideri*.

Lo que es muy significativo, es que Santo Tomás trata la cuestión de la población en su *Summa*, y dice, a propósito de ella: "¿es ilícito el celibato?" (24). Estamos lejos de la actitud de los apologistas radicales de la castidad y del celibato. Santo Tomás se cree obligado a tomar la defensa del derecho al celibato. Por otra parte, lo hace moderadamente, invocando los derechos de la conciencia, no sin indicar los argumentos aportados en apoyo de la tesis adversa. Entre éstos, un argumento de texto: el *Crescite ac multiplicamini, et replete terram*, del Génesis; y otro argumento, tomado de Aristóteles: que la virtud consiste en un justo medio, mientras que la virginidad es un exceso: otro más, tomado de la autoridad de los antiguos, que instituyeron penas o afrentas contra el celibato. Santo Tomás los refuta, proclamando la superioridad de la vida contemplativa sobre la vida activa (*Maria optiman partem eligit*); y declarando que el deber de trabajar por la población de la tierra es un deber de la masa, y no un deber estrictamente individual. Basta con que sea satisfecho por la mayoría, sin que se trate de imponerlo a todos. *Dupliciter autem aliquid est debitum... Uno modo, ut impleatur ab uno. Et hoc debitum sine peccato praeteriri non potest. Aliud autem est debitum implendum a multitudine. Multa enim sunt multitudine necessaria ad quae implenda unus non sufficit. Sed implentur a multitudine dum unus hoc, unus aliud fecit...* El precepto del Génesis se refiere a la multitud, no al individuo; y los que se abstienen para adoptar la vida contemplativa, *vacent ad totius humani generis pulchritudinem et salutem*. Hay una división de las vocaciones, verdadera división del trabajo moral (25).

(24) *Summa, secundæ secunda quest, 152, art. 2. Utrum virginitas sit illicita?*

(25) Santo Tomás compara, en seguida, la virginidad con el matrimonio y refuta el argumento de que el matrimonio es superior, como subordinado al bien general, mientras que la virginidad lo está al bien particular. El bien general, dice, es preferible al bien particular, es cierto, pero cuando ambos son del mismo género. Pero el bien particular puede ser de género

En suma, el Aquinalense toma, con firmeza y moderación a la vez, la defensa del celibato, y sostiene la idea cristiana de su mayor perfección; pero añadiendo que el matrimonio conviene a la multitud, ya que el otro estado sobrepasa, para ser dignamente soportado, a la condición general de la humanidad. El individuo puede excusarse del matrimonio porque sabe que el grupo selecto al que así se suma, siempre será lo suficientemente pequeño para que la población de la tierra se vea en peligro.

Es notable que Santo Tomás, como ya sucedía en el siglo IV con San Ambrosio, se vea obligado a reaccionar contra la tendencia hostil al celibato que se apoyaba en la razón de Estado. Esta actitud hace suponer, además, que la población numerosa estaba considerada como deseable por la opinión general, y como un elemento de grandeza del Estado, elemento tan importante que hay que apelar nada menos que a los derechos de la conciencia y a los textos sagrados para defender al celibato cristiano contra la razón de Estado.

Una manera diferente, y en parte nueva, de plantear el problema de la población, aparece en el *Songe du Vergier*, obra célebre del siglo XIV dedicada a Carlos V, y que se ha atribuido a Raoul de Prelles y a Philippe de Maizières (26). Un clérigo y un caballero dialogan, defendiendo, el uno, la causa de los intereses espirituales; la de los intereses temporales el otro, no sin curiosas audacias y libertades por parte de este último. En varias ocasiones ambos interlocutores examinan el problema de la población, y quedan de acuerdo en la importancia que para el Estado tiene una población numerosa, así como en la necesidad de que el universo se pueble. Pero el clérigo tiende a establecer la superioridad de la virginidad sobre el matrimonio, en tanto que el caballero, con ar-

superior al del bien general considerado, y entonces será preferible. Es precisamente el caso.

(26) Raoul de Prelles vivió de 1314 a 1382 ó 1383. Philippe de Maizières, consejero de Carlos V, nació en 1327. *Un error, sin duda meramente tipográfico, de la obra de Stangeland, coloca indebidamente a Raoul de Prelles en el siglo XVI. Frank y Brants deciden a favor de ese último el problema de la atribución, que Paulin Paris había resuelto en favor de Philippe de Maizières.

gumentos sutiles (27) pretende probar que, incluso moralmente, el matrimonio es preferible, como instituido y querido por Dios para la población de la tierra. Llega hasta tomar la defensa de la poligamia, como más favorable a la reproducción. “Y, primeramente, dice, esta conjunción es mejor, pues tiende más copiosamente a la procreación de hijos” (28). Más lejos dice que en donde los hombres son demasiado poco numerosos, la virginidad es un vicio y no una virtud, puesto que es necesario poblar. Por lo contrario, en donde la multitud de hombres amenaza hacerse demasiado grande para poder encontrar su alimentación, la restricción se impone. “*Posset et esse tanta multitudo, quod si ulterius exerceret, terra non esset sufficiens ministrare cibum hominibus, propter quod illo tempore vis et ordo permetteret, imo juberet, continere*” (29). Es evidente que para el autor medioeval la restricción de que aquí se trata no podría ser más que la restricción *moral*, en el sentido en que el mismo Malthus la entenderá, y no la restricción inmoral de los neomalthusianos. La hipótesis de un exceso local de población no por ello deja de plantearse y de considerarse como susceptible de acaecer.

Yendo más lejos, uno de los interlocutores enuncia que en las condiciones a la sazón imperantes, el mundo ya estaba suficientemente poblado para que la vida social pudiera ser perfecta: la razón y la naturaleza admiten, y aun aconsejan, el celibato de cierto número de individuos. Por otra parte, la virginidad es loable porque permite la contemplación. Y el clérigo concluía que, “como dice el decreto, *la virginidad llena el paraíso y el matrimonio llena la tierra*” (30).

Un doble relativismo es de notarse en esta discusión, la única

(27) “La virginidad, dice, no es una virtud, puesto que se nace con ella...” Ya Santo Tomás había mencionado este argumento de los adversarios del celibato.

(28) L. II, cap. CCLVII.

(29) *Ibid.*, cap. CCLX. Citado por Brants, *Théories économiques du XIIIe. siècle*, p. 239, n. (como si fuera del cap. CCXCVIII). En la edición francesa del *Songe du Vergier* que he consultado en la Biblioteca de Lyon (reeditada sobre la edición de 1491) falta el final, muy importante, de la frase anterior, a partir de *propter quod...*

(30) *Op. cit.*, cap. XXXLX.

de la Edad Media en que Brants cree poder descubrir algunas trazas de malthusianismo: 1º relativismo moral, puesto que la virginidad se considera como una virtud o como un vicio, según las circunstancias, esto es, según la sociedad carezca de hombres o tenga demasiados; 2º relativismo económico, puesto que el autor admite precisamente que estas dos situaciones (insuficiencia o exceso) pueden presentarse de hecho. Por consiguiente, puede existir una sobrepoblación, pero no es, como lo creyó después Malthus, un peligro fatal; no es más que una posibilidad, una eventualidad. Parece, cuando menos, que el hecho de concebir esta eventualidad como posible puede interpretarse como un síntoma de decadencia del espíritu de fe y de la confianza medioeval en la Providencia.

Por lo demás, según el testimonio de Brants, desde el siglo XIV y a principios del XV, esta decadencia, conectada con los progresos del lujo y la busca del bienestar, comenzaba a hacer nacer en las familias algunas tendencias restrictivas de la natalidad. Desde entonces, la esterilidad voluntaria aparece como un peligro, y los autores religiosos comienzan a denunciarla, “de manera incidental, pero seria” (31). Mas ya tocamos una época nueva, durante la cual la cuestión de población, tanto tiempo considerada bajo el ángulo político, moral o religioso, va a serlo, cada vez más, desde el ángulo económico.

(31) Brants, *op. cit.*, p. 236.



Parte Segunda

**LAS DOCTRINAS DE LA EPOCA
MERCANTILISTA Y FISIOCRATICA**



CAPÍTULO PRIMERO

DOCTRINAS ITALIANAS Y ESPAÑOLAS (1450-1650)

Desde la segunda mitad del siglo XV vemos que se constituye en la Europa occidental un cuerpo de doctrinas políticas y económicas, en un principio más o menos imprecisas, que se coordinaron en un sistema económico cada vez más firme durante los siglos siguientes. Este sistema alcanzó su apogeo en Francia durante la segunda mitad del siglo XVII, y comenzó a desmoronarse a mediados del XVIII. Es el sistema llamado mercantilista, y aunque no merezca exclusivamente este nombre (1), lo merece en la medida en que considera la economía nacional desde el punto de vista en que se coloca un mercader para considerar su economía privada, el del cambio para obtener ganancia, y la expresión de la ganancia en dinero. Alrededor de una doble idea central, la del crisohedonismo y del estatismo reglamentario (2), el mercantilismo polariza todas las concepciones económicas de su tiempo; en particular adopta una actitud muy clara y constante con relación a las cuestiones de población.

Esta actitud es altamente favorable a una población numerosa, ya no por motivos tomados de argumentos, de textos o de concepciones religiosas, sino por razones económicas. Los mercantilistas consideran que el poder del príncipe está en relación directa con el número de sus súbditos, y particularmente de los que tra-

(1) List lo aplica, no sin razón, a la doctrina librecambista del siglo XIX.

(2) V. nuestra **Historia de las Doctrinas Económicas**.

bajan y producen. El fin que se proponen es el de enriquecer al Estado por medio de la venta en el extranjero de productos manufacturados; la mayor parte de ellos hacen del industrialismo la clave de su sistema, o cuando menos uno de sus engranajes más importantes. Y el desarrollo de la industria les parece exigir, ante todo, una población numerosa de obreros. Desde el siglo XVI, y sobre todo desde el XVII, con los primeros progresos del capitalismo la producción se orienta hacia la forma cuantitativa, abandonando más o menos la forma cualitativa que fué la de la Edad Media, en la época clásica de las corporaciones (3). Esta producción que busca la cantidad para la venta y los mercados extranjeros, necesita crecientes efectivos de trabajadores.

Este punto de vista, si bien es cierto que tiende a dominar, no excluye, sobre todo al comienzo del período mercantilista, la consideración del punto de vista moral. Pero éste pasa al segundo plano.

En los siglos XV y XVI observamos, sobre todo en Italia, España y Francia, una interesante contribución económica a la teoría de la población. Sin embargo, ya en esta época Inglaterra y Alemania nos proporcionan otra.

Hacia fines del siglo XV, en Italia Francesco Patrizzi, de Siena (1412-1494), obispo de Gaeta, en su *De institutione reipublicae* (4), aunque protestando contra las doctrinas de Aristóteles en materia de población y manteniendo el punto de vista cristiano, no profesa aún la doctrina poblacionista de los mercantilistas. Por lo contrario, expresa cierto temor por la sobrepoblación y realiza algunas investigaciones sobre las relaciones entre la población y los medios de existencia. Quiere restringir la concesión del derecho de ciudadanía a un pequeñísimo número de extranjeros y, de manera general, suprimir todo aliento a la inmigración. Considera que el comercio y el cultivo de un suelo fértil son los dos grandes medios para proveer a las necesidades de una población numerosa. Admite, por lo demás, que ésta es deseable en tanto que pueda ser convenientemente abastecida; pero las ciudades populosas le parecen, igual que a Aristóteles, difíciles de proteger

(3) V. Burekhardt, *La Renaissance en Italie*.

(4) No publicada hasta 1569. V. especialmente el l. VII, 12, *Incolarum siquidem multitudo periculosa est in omni populo*.

contra las perturbaciones y las disenciones. Su actitud tiene una visible influencia griega, allí en donde ésta no va en contra de la enseñanza cristiana. Predica la emigración como remedio a una población demasiado densa.

Nicolás Maquiavelo (1469-1527) “es posiblemente —dice Stangeland— el primero que expresa ideas de acento moderno sobre la población” (5). Sin embargo, es un genio totalmente pagano, formado a la antigua e idólatra de la razón de Estado; pero precisamente éstas eran, en oposición a la Edad Media, las características de los tiempos nuevos. En sus *Discorsi* (6), señala que hay un límite al aumento indefinido de la especie humana, límite que depende de la productividad del suelo. Observa, asimismo, que allí donde existen subsistencias en cantidad suficiente, la especie humana aumenta con rapidez. Esta numerosa población es deseable como uno de los principales resortes de la fuerza del Estado; Maquiavelo considera la posibilidad de que sea excesiva, pero no se asusta demasiado por ello.

En su *Historia de Florencia* dedica una larga apología a las colonias y señala su influencia sobre la prosperidad y la paz social de la metrópoli, haciéndole más que otra cosa el favor de recibir su población superflua. Cuando falta el recurso de tal exutorio, es fatal que la población se diezme por las enfermedades, el hambre y otras diversas plagas. Encontramos aquí un pensamiento que ya se avecina al de Malthus.

Maquiavelo habla, igualmente, no sin exagerar un poco su importancia, de la influencia de los climas sobre la multiplicación de la especie humana, y también de la libertad, a la que considera muy favorable el aumento de la población.

Aun cuando todavía no se trata más que de opiniones un tanto incidentales, sin embargo, los términos más generales del problema económico de población, es decir los que se refieren a las relaciones de ésta con las subsistencias, se establecen ya. Este punto de vista ya no será olvidado; y desde el siglo XVI lo encontramos expuesto con cierta amplitud y cierta superioridad por un economista italiano, Botero (1540-1617), autor de dos tratados,

(5) *Op. cit.*, I, 1.

(6) V. J. Thévenet, *Machiavel économiste*, cap. VI.

uno sobre las *Causas de la grandeza y magnificencia de las ciudades* (1588), y otro sobre la *Razón de Estado* (1589). Posiblemente es el primer autor que merece considerarse como un verdadero precursor del *Ensayo sobre el principio de población*. Un economista italiano de nuestros días, Jandelli (7), llega a afirmar que esta última obra no es más que un desarrollo del opúsculo de Botero.

En su tratado sobre las *Causas de la grandeza y magnificencia de las ciudades*, Botero recuerda las teorías antiguas sobre población. Opone la concepción griega, hostil a “la multitud que engendra la confusión”, al ideal romano que en gran parte hace depender el poder del número, y se decide en favor de este último. Nota, sin embargo —y ésta es una opinión más griega que romana—, que las ciudades que han llegado a cierto grado de grandeza ven cómo su desarrollo se detiene o retrocede (8). La población de la Roma antigua jamás pudo superar la cifra de 450,000 hombres aptos para tomar las armas; y desde cuatro siglos (añade Botero), Venecia y Milán no han aumentado su población.

¿Qué explicaciones se pueden dar de semejantes suspensiones? Botero enumera varias: plagas, epidemias, guerras, etc. Pero las considera incapaces de explicar el hecho propuesto. Tanto más cuanto que la cuestión no es local, sino general; considera, en efecto, que la población del mundo entero se ha estacionado desde hace largo tiempo. En consecuencia, haciendo a un lado causas contingentes y accidentales susceptibles de obrar sobre la población, trata de construir una teoría general de ésta.

Para él la población resulta del juego de dos factores: 1° el *poder generador* de la especie humana; 2° el *poder nutritivo* de los estados (ciudades). La primera es igual desde millares de años. Por lo tanto, si no chocara con ciertos obstáculos, asistiríamos a

(7) *Il precursore di Malthus, Filosofia delle scuole italiane*, anno XII, vol. 23, febrero de 1881, p. 147-160. V. también Sinigaglia, *La Teoria economica della popolazione in Italia*, *Archivio giuridico*, 1881.

(8) Podemos preguntarnos si Botero ha tomado la palabra ciudad en su sentido estrecho o en el más amplio del Estado (*civitas*). De hecho, parece que en general habla de una ciudad (*urbs*). Pero posiblemente él mismo no había dissociado completamente las dos ideas, ya que escribía en esa Italia del siglo XVI, en la que tantos estados consistían en una ciudad rodeada de un estrecho contado, que sólo existía por ella y para ella.

un crecimiento sin fin de la población. Pero sabemos que esto no sucede; y es porque la insuficiencia de subsistencias le ha puesto y continúa poniéndole obstáculos.

La alimentación de los habitantes del Estado (ciudad) se obtiene, ya sea del *contado* (o país llano), ya sea del extranjero. Pero tanto en un caso como en el otro, a medida que la población aumenta es más difícil obtenerla en cantidad suficiente. Cuando el aprovisionamiento se hace demasiado débil, el número de uniones y el de nacimientos disminuye; parte de la población emigra; el nivel se restablece así, y la *grandezza* de la ciudad se detiene allí donde puede conservarse mejor. Si se establece sobre un aprovisionamiento dependiente de países demasiado lejanos, es frágil y poco durable.

Lo que es cierto de una ciudad o de un Estado, también lo es, según Botero, del universo considerado como un todo, y pretende demostrarlo por medio de un examen histórico, esbozo del que emprenderá Malthus, y de una investigación, entre diversos pueblos, de los hechos que demuestran "la miseria y la imposibilidad de criar a su progenitura". Deduce que existe una desproporción entre la tendencia al aumento de la población y los recursos que nos ofrece la naturaleza. "El mundo es demasiado estrecho para la necesidad, o para nuestra codicia." La prueba de esto la ve en las invasiones, las incursiones, las costumbres canibalescas, la trata de esclavos, los crímenes privados, los litigios y los procesos, los límites y los fosos, las vallas y las barreras, las armas y las fortalezas, las guerras, etc. Demostración, en suma, bastante vaga, enumeraciones que sólo prueban una cosa: que las riquezas no son naturalmente sobreabundantes, y que muchos hombres prefieren enriquecerse por medio de la expoliación que por el trabajo.

Botero, por lo demás, se detiene aquí. No parece querer buscar las consecuencias prácticas de la desproporción que acaba de comprobar; esto se debe a que no considera el problema de la población en sí mismo, como Malthus, sino desde el punto de vista de la *grandezza* de la ciudad. Después de demostrar que existe un callejón sin salida, regresa a su tema principal; puesto que las ciudades no pueden desarrollarse indefinidamente, hay que buscar los medios de llevar este desarrollo al más alto grado permitido y permitirle "detenerse en ese grado y no volver atrás".

Así es como vemos que Botero aconseja al príncipe que favorezca la agricultura y la industria, ésta sobre todo, verdadero *fondamento della propagazione*, puesto que por medio del cambio produce (punto de vista mercantilista) riqueza más numerosa y de mayor precio. El príncipe que quiera un estado populoso debe introducir en él toda clase de manufacturas, llamar obreros extranjeros, tratarlos bien, recompensar las nuevas invenciones y la perfección del trabajo, impedir la salida de las materias primas que hay que conservar para la industria nacional, pues “del tráfico de las materias trabajadas viene mayor beneficio que de las materias primas”. Botero no vacila en creer en la eficacia todopoderosa de las intervenciones del Estado en estos asuntos. Más aún, este economista, que parecía en un principio dispuesto a aconsejar la restricción exhorta al príncipe a favorecer el matrimonio de los pobres y a asegurar, con tal objeto, el trabajo a los jóvenes que carecen de él; y como Patrizzi o Maquiavelo, indica, para el caso de sobrepoblación, el éxodo a las colonias, el ejemplo de la enjambrazón de las abejas. Remedio que efectivamente debía parecer de una eficacia casi infinita en el siglo XVI, cuando inmensos espacios nuevos acababan de descubrirse y cuando el mundo aparecía tan vasto ante el hombre. Pero remedio cuyo consejo es, posiblemente, un tanto difícil de conciliar con lo que Botero admite en otra parte respecto a una limitación *general*, y no solamente local de la población.

¿Diremos, con Jandelli, que con Botero se desvanece en gran parte la originalidad de Malthus? El autor italiano plantea el problema de población casi en los mismos términos que el autor inglés. Malthus, como se sabe, critica el tema de su *Ensayo* como si formara parte de un conjunto más amplio de investigaciones sobre los futuros progresos de las sociedades; y añade que esta investigación requiere el examen de dos problemas: 1º ¿Cuáles son las causas que hasta ahora han detenido a este progreso? 2º ¿Qué probabilidad hay de que puedan suprimirse en el futuro? Entre estas causas pretende —tarea inmensa aun en nuestros días— estudiar una: la acción del principio de población.

Por su parte, Botero busca cuáles son las causas del progreso de las ciudades o de los Estados. En el fondo es la misma cuestión vuelta del negativo al positivo. Malthus responde que la

principal causa de la suspensión del progreso es la tendencia de la población a hacerse excesiva, mientras que Botero responde que es todo lo que estorba el desarrollo de ella. En el fondo, los dos consideran a una población densa como buena en sí; pero a una población excedente, como posible y perjudicial. El mal está en las causas que hacen que pueda o deba haber excedente. Y estas causas, para los dos autores, se reducen a la oposición que Botero señala entre el poder generador de los hombres y el poder nutritivo de los estados. El análisis de dicha oposición constituye el fondo de sus obras; y Botero concluye, dos siglos antes que Malthus, en que "la propagación de los hombres está limitada necesariamente por la falta de alimentos y de sostén".

Por lo demás, ambos economistas admiten que hay otras causas de estancamiento de la población, aparte de esta falta bruta. Malthus hace una clasificación célebre. Asimismo, Botero, pero a la de éste le falta el *moral restraint* y el consejo de recurrir a él, que da Malthus. También le faltan las consideraciones sociales de Malthus sobre el pauperismo y sobre la asistencia, que Botero recomienda al Estado en lugar de condenarla. Faltan, sobre todo, las conclusiones pesimistas y antiestadistas de Malthus. Botero no es un espíritu absoluto y sistemático, como el pastor inglés. Admite, desde luego, que hay un punto que la población no puede sobrepasar; pero no está obsesionado por una amenaza constante que pesa sobre la sociedad por el principio de población. Y lo muestra, recomendando a la vez métodos que deben sobreexcitarlo y depositando su confianza en la eficacia del remedio de la emigración, cuando el desarrollo de la agricultura y de la industria no basten. Al mismo tiempo que plantea premisas muy semejantes a las de Malthus, es demasiado de su siglo para que la superpoblación lo aterrorice como a éste. No ve la necesidad de combatir el desarrollo de la población; indica y recomienda métodos para favorecerlo, cuando menos hasta cierto momento, y no se asusta del peligro de que tales métodos sean demasiado eficaces. En total, sus opiniones, menos precisas, menos sistemáticas, más mitigadas, son posiblemente más prudentes, tal vez porque su realismo italiano le mantuvo más cerca de la verdad que el racionalismo deductivo de su célebre sucesor.

Otro italiano cuyo nombre es mucho más célebre que el de

Botero, el monje Campanella, autor de la *Città del sole* (principios del siglo XVII, fecha mal fijada entre 1602 y 1630), en el plan de su Estado utópico hace consideraciones, por lo demás singulares, y muy poco en armonía con las de su tiempo, sobre la población (9). En efecto, estas ideas señalan un regreso parcial a las de los filósofos griegos, es decir, a la doctrina de la intervención del Estado en la reglamentación de los matrimonios y de las condiciones de la procreación, que tiende a satisfacer los intereses del Estado, organizando el eugenismo. "Nosotros, que nos preocupamos tanto, dice Campanella, por el mejoramiento de las razas de perros y de caballos, descuidamos el de la raza humana." Pide al Estado que tome medidas para que la procreación "sea organizada para bien de la comunidad y no de los particulares, ya que su fin es la conservación de la especie y no el placer de aquéllos". En la *Civitas solis* hay un ministro del amor; pero sus funciones son más bien las de un director de criaderos, y Campanella suprime excesivamente esa diferencia de tratamiento que reprocha a nuestra civilización haber establecido entre la reproducción de las razas caballares y la humana. La puericultura le preocupa como el eugenismo, y ya antes de escribir su *Civitas solis* había señalado esta preocupación en su tratado sobre la *Monarquía de España*.

En la monarquía de España del siglo XVI y de principios del XVII, rápidamente empobrecida a pesar de la explotación de las minas americanas, hay que señalar que gran número de obras, frecuentemente anónimas, tratan de la despoblación. Desde fines del siglo XV, o en los primeros años del XVI, aparecen: *Libro de la población de España*, sin nombre de autor; después, en 1618, la obra de García de Herrera y Contreras, *Memorial... sobre la manera de remediar su despoblación y falta de riqueza*; y el de Beluga de Moncada, *Memorial sobre... su despoblación y pobreza*; en 1627, el de Caxa de Lazuela, *Discurso sobre... despoblación de estos reinos*; en 1650, el de Martínez de la Mata, *Memoriales o*

(9) Entre los contemporáneos italianos de Botero, podemos citar a uno de los primeros precursores de la demografía concebida, sobre todo, bajo forma descriptiva, Sansovino (*Del governo e amministrazione di diversi regni e repubbliche così antiche come moderne*, 1583). Levasseur menciona igualmente al historiador Guicciardini.

Discursos... en razón del remedio de la despoblación... y el de Bustamante, *Memorial sobre el fomento de la población*, etc.; obras acompañadas por numerosos escritos sobre el desarrollo del pauperismo y la miseria general. En efecto, la situación económica de España, comprometida desde el final del reinado de Carlos V, se agrava bajo el de Felipe II (1556-1598), y cada vez más bajo el de Felipe III (1598-1621) y el de Felipe IV (1621-1665). La ruina de la industria, el abandono de la agricultura, una repugnancia general para el trabajo provocan tal miseria, que la población se reduce, a fines del siglo XVII, a menos de seis millones de almas para toda España, en tanto que los despoblados, recorridos solamente por rebaños de carneros dispersos, extendiéndose más y más sobre el territorio español, antes cultivado y poblado. Se comprende que los economistas y políticos españoles de entonces hayan prestado viva atención a la cuestión demográfica.

Entre ellos, el jesuíta Mariana (1536-1623), autor de un tratado de *Rege et regis institutione* (1605), que se ha comparado al tratado de la *República* de Bodin, señala los elevados derechos de importación como un medio de favorecer el aumento de la población española por medio de la inmigración. Su razonamiento es el que sigue: los extranjeros que venden sus productos en España, al ver destruídos sus beneficios por la necesidad de pagar esos derechos, se resolverán a venir a ejercer su industria en el país. Razonamiento que puede parecer bastante débil; sin embargo, no hay que olvidar que según los escritores franceses de la época, gran número de franceses que ejercían pequeños oficios iban a fijarse en España; hasta qué punto podían haber sido atraídos por los procedimientos que recomienda Mariana, es lo dudoso.

También podemos citar, entre los publicistas españoles que de una manera incidental, pero interesante, trataron sobre la población en esa época, a Saavedra Fajardo (1584-1648) en su *Idea principis christiano-politici* (1640). "La fuerza de los reinos, dice, consiste en, el número de sus súbditos. El que tiene más es el mayor príncipe, y no el que posee más estados, pues éstos no se defienden ni atacan por sí mismos, sino por sus habitantes, en los que tienen su más firme sostén...; las riquezas sin hombres llaman a la guerra y no pueden defenderse; y los que tienen numerosos

súbditos tienen mucha fuerza y riqueza. En la multitud de éstos está la dignidad del príncipe; en la despoblación, su ignominia" (10).

El mismo Saavedra Fajardo observa que las poblaciones más densas se ven en los países más ricos y poderosos. Cree que una población numerosa hace trabajador y económico al pueblo; y manifiesta su aprobación por las medidas en pro de la población adoptadas por los romanos. Pero considera (como éstos) que no sólo se debe alentar al pueblo a la natalidad, sino también, y sobre todo, a la aristocracia.

Saavedra indica dos causas o series de causas de la despoblación: una interna y externa la otra. La primera resulta de los impuestos excesivos, del defectuoso cultivo del suelo, de la negligencia de las artes y el comercio, así como del gran número de días festivos. Un lujo excesivo de las clases ricas tiene el mismo efecto. La causa externa de la despoblación se reduce a las guerras y a la inmigración a las colonias. De hecho, Saavedra Fajardo analiza exactamente las causas de la despoblación en España. Añade, además, que de estas dos series de causas, la segunda no es perjudicial cuando obra en medida moderada. Y en realidad, por dolorosa que pueda ser en sí misma, es indudable que no ejerce una acción tan deprimente y prolongada como la primera. Así es, indudablemente, como hay que interpretar la opinión de Saavedra Fajardo.

(10) *Op. cit.*, t. III., p. 38 y siguientes.

CAPÍTULO II

DOCTRINAS FRANCESAS

(1450—1650)

Los escritores franceses de la época mercantilista son, por lo general, muy favorables al aumento de población y parecen, a este respecto, reflejar la opinión común, que también es la de los hombres de Estado.

El gran escritor francés político del siglo XVI, Jean Bodin (1530-1596), autor del tratado de la *République* (1597), y de la *Réponse aux Paradoxes de M. de Malestroit touchant l'enchérissement de toutes choses*, presenta de una manera muy explícita la doctrina en pro del aumento de la población. En el libro V, capítulo II de su gran obra, se ve conducido a tratar de la población a propósito de ciertas cuestiones sociales, en particular del problema de la desigualdad de las condiciones. Aludiendo a las tesis griegas sobre las ventajas políticas de una población restringida, replica: "Jamás hay que temer que haya demasiados súbditos o demasiados ciudadanos; ya que decir fuerza y riqueza es decir hombres". Y prosigue: "Y lo que es más, la multitud de ciudadanos (mientras más son) siempre impide las sediciones y las facciones, tanto más cuanto que hay varios que son entre ricos y pobres, buenos y malos, prudentes y necios y nada hay más peligroso que los súbditos estén divididos en dos partes sin medio, lo que sucede ordinariamente con las repúblicas donde hay pocos ciudadanos". La idea —contraria a la de Aristóteles— consiste en que en una población densa hay más oportunidades de que se neutra-

lice la oposición de los partidos extremos, por una masa de individuos de opinión media; como esos franceses del partido de los *politicos*, que parece haber contado a Bodin entre sus adherentes.

En la *Réponse aux Paradoxes* (1), Bodin, para hacer la apología de la población, se coloca en el punto de vista económico y desarrolla así su pensamiento: "La otra ocasión de tantos bienes que nos han llegado desde hace ciento veinte o ciento cuarenta años, es el pueblo infinito que se ha multiplicado en este reino desde que cesaron las guerras civiles de las casas de Orleáns y de Borgoña, lo que nos ha hecho gozar de la dulzura de la paz y disfrutar del fruto de ella por largo tiempo... Antiguamente los cultivos y casi las ciudades estaban desiertos por las devastaciones de las guerras civiles, durante las cuales los ingleses saquearon las ciudades, quemaron las aldeas, asesinaron, pillaron, acabaron con buena parte del pueblo francés y royeron el sobrante hasta los huesos, lo que fué la causa de que cesara la agricultura, el tráfico y todas las artes mecánicas. Pero desde hace cien años se ha roturado una extensión infinita de bosques y llanuras, se han construído varias aldeas y poblado las ciudades..."

Bodin, que está muy convencido de la excelencia de una población numerosa, considera que la Francia de su tiempo poseía esta ventaja. Más aún, cree que beneficiaba a sus vecinos, proporcionándoles por medio de una abundante inmigración la más preciosa de las riquezas. "De tal manera, dice, que el mayor bien de España, por otra parte desierta, viene de las colonias francesas que van a ese país principalmente de Auvernia y del Limosino, tanto que en Navarra y Aragón, casi todos los viñadores, labradores, carpinteros, albañiles, tallistas de piedra, torneros, carroceros, cocheros, carreteros, cordeleros, canteros, silleros y guarnicioneros son franceses... También hay gran número en Italia" (2). "De hecho, dice en otro lado, España sólo está poblada por franceses" (3); y explica que la pereza de los españoles por todo lo que no es el ejercicio de las armas, los incita a recibir con alegría esta inmigración de trabajadores. En la España pecuniariamente rica del siglo XVI, los artesanos de nuestras rudas pro-

(1) Edición de 1599, p. 49.

(2) *Réponse aux Paradoxes*, p. 50.

(3) *République*, l. V. cap. I, p. 677, edición de Lyon, 1593.

vincias centrales aflúan, como los piamonteses en nuestra Francia de la segunda mitad del siglo XIX.

¿Debemos deducir de esta inmigración que la densidad de población comenzaba a ser excesiva con relación a la subsistencia? Bodin no lo cree así. Si está persuadido de que existe en Francia una población numerosa, no lo está menos de la posibilidad de que encuentre su subsistencia. “Nuestros padres, dice, nos enseñaron un viejo proverbio: Francia jamás ha estado hambrienta, es decir, tiene pingüemente con qué alimentar a su pueblo, por malo que haya sido el año, con tal que el extranjero no vacíe nuestros graneros” (4). Cualquiera que sea el aumento reciente de la población, ningún peligro de hambre aparece, pues es amplio el margen entre lo que la población exige y lo que el suelo nacional puede dar. Sólo una exportación imprudente podría comprometer la situación; exportación que teme Bodin, ya que muestra a los países vecinos famélicos y tratando de atraer a sí el trigo de Francia: “Pues es cierto que apenas está el trigo en grano, el español se lo lleva, tanto más cuanto que España, fuera de Aragón y de Granada, es muy estéril, lo que se une a la pereza natural de este pueblo, como he dicho, a tal grado que en Portugal (5) los tratantes en granos tienen todos los privilegios posibles, y entre otros está prohibido aprehender a cualquiera que lleve trigo a vender; de otro modo el pueblo se alzaría contra el alguacil, con tal de que el portador de trigo dijese en voz alta: *traho dridigo*, es decir, traigo trigo. En España está prohibido sacar oro y plata, bajo graves penas; y sólo se permite si es para trigo. Esto hace que el español se lleve gran cantidad de trigo.” Bodin agrega que Italia y Berbería también importaban. Y pide, para proteger el abastecimiento de la población francesa, que se tomen severas medidas alimenticias. Mientras que en general hace la apología de la “trata”, es decir, del comercio de exportación, introduce esta reserva: “Sólo exceptuaré el trigo, cuya trata debe gobernarse más prudentemente de lo que se hace.” Recomienda el establecimiento de graneros públicos en cada ciudad, lo que aseguraría reservas para los malos años, suprimiendo, por otra parte, “el monopolio de los

(4) *Réponse*, p. 51.

(5) Portugal estaba entonces unido a España.

mercaderes que guardan todo el trigo y frecuentemente lo compran para poner los precios a su antojo". Pide el establecimiento de derechos sobre la exportación de trigo, vino, y sal. Pero critica la opinión de los que pedían que se arrancaran las vides o, cuando menos, que se prohibiera plantar nuevas para reservar más terreno a las siembras de trigo, pues, dice, "Dios, por su gracia, ha tenido a bien ordenar que no todo fuese vid ni trigo, pues la mejor tierra para la vid no sirve para el trigo" (6). En fin, propone que se recurra a diferentes remedios contra la carestía de víveres proveniente no de una sobrepoblación sino, como lo demuestra victoriosamente, de la inflación monetaria; y recomienda entre otros medios el desarrollo de la piscicultura, de la pesca y del consumo de pescado. Incluso presenta a este respecto opiniones interesantes, sostenidas con su abundante y pintoresca erudición.

La cuestión de la población, lo vemos, sólo es considerada por Bodin como una cuestión de política económica, y desde un ángulo exclusivamente nacional. No parece haberle dado el alcance más general, si bien todavía no científico; que algunos de sus contemporáneos italianos, como Botero, atribuyen a la cuestión. Bodin es un político francés que razona sobre el caso de la Francia de su tiempo. Si extiende sus conclusiones más allá, lo hace solamente para refutar las teorías restrictivas de los griegos y las de Moro (a pesar de que las de éste fueron muy amplias, ya que admitía que las familias pudiesen tener de diez a dieciséis hijos). La precaria situación alimenticia que Bodin señala en España y en otras partes, podría haberlo impulsado a plantear de manera general la cuestión del equilibrio de la población y de las subsistencias, cosa que no hizo.

En cambio en el capítulo del libro VI de la *République*, tiene el mérito de insistir sobre las ventajas de los empadronamientos (7), y de intentar un estudio crítico sobre la demografía francesa de su tiempo, a propósito de un proyecto fiscal presentado a los Estados de Blois (1576), que atribuía a Francia 40,000 leguas cuadradas de territorio, 600,000 ciudades y aldeas y 20 millones de hogares, cifras fantásticas que corresponderían a una pobla-

(6) *Réponse*, p. 91.

(7) *République*, p. 839.

ción cuando menos de 80.000,000 de habitantes. Muy razonablemente Bodin replica: “En cuanto a las 600,000 ciudades y aldeas, es un embuste de gran impudencia, ya que, según los extractos de la Cámara de Cuentas entregadas en Blois a los Estados, no se contaban más que 27,400 parroquias, considerando como parroquias a las ciudades mayores, y a las menores aldeas como pertenecientes a una parroquia; de hecho el número de parroquias censadas por el rey Enrique II, MDLIII, sólo llegaba a 24,827, fuera de Borgoña y el Poitou” (8).

Los cálculos que critica Bodin muestran claramente que la estadística estaba en pañales, aun en lo que se refiere a las cuestiones más importantes y a las cifras más indispensables y fáciles de conocer, las concernientes a ciudades, aldeas o parroquias del reino. En la época en que escribía Bodin, el autor de la *Satire Ménipée* pone en boca del rector de la Universidad de París un discurso en que propone levantar un ejército para la Liga, pidiendo un hombre por campanario; y admite que hay en Francia 1.700,000 campanarios “entre los que París sólo se cuenta por uno”. “Seríamos, añade, 1.200,000 combatientes y 500,000 gastadores. Entonces vióse que todos los asistentes se estremecían de alegría y exclamaban: ¡Santo cielo!” Seguramente el autor de la *Satire* no tomaba en serio este cálculo sorprendente. Pero si se burlaba era de un dato oficial, pues esta cifra de 1.700,000 campanarios había sido indicada en otro proyecto fiscal, más antiguo que el de los Estados de Blois, y sometido al Consejo del rey, bajo Carlos VI. Según E. Levasseur, este fabuloso total se presentó por vez primera en la *Chronique des religieux de Saint Denis*, en 1405. Pero cerca de dos siglos después su inverosimilitud todavía no era patente para todos, puesto que, nos dice el eminente autor del tratado de la *Population française* (9), en varias obras del siglo XVI se reproduce, ya sea crédulamente o, a lo menos, considerándolo digno de ser desmentido.

De hecho parece evidente que desde el fin de la Guerra de Cien Años la prosperidad volvió rápidamente a Francia, y con ella el aumento de la población, diezmada por las guerras y las epide-

(8) *République*, p. 891.

(9) Tomo I, p. 193.

mias. En 1484 los diputados a los Estados Generales todavía trazaban un cuadro muy sombrío del estado de ciertas provincias, cuadro posiblemente un poco tendencioso, añade Levasseur. Pero la primera mitad del siglo XVI fué un período próspero, y en 1561 un embajador veneciano escribía en su relación que Francia está “muy poblada”. “Todo lugar —decía— está habitado todo lo que puede serlo.” Las guerras de religión entorpecieron este progreso; sin embargo, cuando leemos a Bodin no tenemos la impresión de un retroceso, cuando menos en la fecha en que escribía. Uno de sus contemporáneos, Froumentau, publicó algunos años después de la *République* un libro titulado *Le Secret des Finances de la France*, en el que calcula el número total de parroquias del reino en 132,000, y el de familias o casas en 3.500,000. La primera cifra evidentemente es falsa, y más del triple que la verosímil. La segunda parece mucho más aceptable; correspondería, con el multiplicador 4, a una población de 14.000,000 de habitantes para un territorio notablemente inferior al de la Francia actual, y a una población cuando menos de 20.000,000 para el territorio de esta última. “Este cálculo, dice Levasseur, muy incierto, parece mucho más elevado que débil; sin embargo, es el único que pueda fundarse sobre un documento de cierta importancia, entre los años de 1328 y 1700; descansa en la afirmación de un contemporáneo y, después de todo, no es inverosímil” (10). Es de notarse que Maquiavelo, en la segunda mitad del siglo XV, atribuía a Francia una población de 25 a 30 millones de habitantes. Un intendente que escribía a fines del siglo XVI, M. de Boislile, habla de un empadronamiento —desconocido para nosotros—, hecho bajo el reinado de Carlos IX, es decir, en la época en que Bodin escribía, y que señala 20.000,000 de habitantes. Esta cifra fué aceptada más tarde como exacta por Montesquieu. Voltaire, por lo contrario, la critica como demasiado elevada en su *Diccionario Filosófico*. En nuestros días, mientras que E. Levasseur, como lo acabamos de ver, la acepta bajo reservas, Des Cilleuls la reduce a 13 millones para el territorio del siglo XVI, y a 15 para el actual.

Bodin no se limita a algunas investigaciones o consideraciones sobre la población estudiada desde el punto de vista cuanti-

(10) *Population française*, t. I, p. 192.

tativo y reúne observaciones interesantes sobre las relaciones naturales de los diferentes pueblos con el clima. En el capítulo I de su libro V, cita numerosos y curiosos ejemplos en apoyo de su teoría de la influencia del medio. Comprueba, especialmente, la superioridad, desde el punto de vista de la civilización, de los pueblos de la zona templada; señala el hecho de que la esterilidad misma (si no es extrema) de un país, hace más industriosos a sus habitantes. Caracteriza con algunos rasgos juiciosos y bien observados —puesto que todavía hoy nos parecen exactos—, la fisonomía psicológica de los principales pueblos europeos. Todo esto sin ceder ante el espíritu de sistema, y aliando a su convicción de la influencia ejercida por el medio una alta y firme idea de la libertad humana, que puede modificar a aquél y a su acción. Las costumbres, la educación, las leyes, corrigen los efectos del clima; y “están antes los alimentos que la naturaleza”.

Bodin también esboza (11) un estudio de las relaciones entre la tendencia más o menos fuerte hacia el aumento de población y las diferentes clases sociales. Señala la relación, frecuentemente observada más tarde, entre la pobreza, la indigencia misma, y la fuerte natalidad; relación que sintetiza, en su etimología por una parte y en su sentido corriente por la otra, la expresión moderna de proletariado (*proles*). En efecto, después de hablar de la miserable situación de los libertos en las repúblicas antiguas, Bodin añade: “Y sin embargo, tenían un número infinito de hijos, que vienen ordinariamente a los más trabajados y más continentes...”

Cuarenta años después de que Bodin publicara su *République*, otro escritor francés, el autor del célebre *Traité d'Economie Politique*, Montchrétien, exponía en su libro la doctrina del mercantilismo industrialista (1615). En esta doctrina la tesis pro aumento de la población se afirma con fuerza, tal como acababa de afirmarse en un edicto de Enrique IV (1599) que proclamaba: “La fuerza y la riqueza de los reyes y príncipes soberanos consisten en la opulencia y número de sus súbditos” (12).

Montchrétien, como Bodin, cree en la fecundidad excepcional del suelo francés y en la posibilidad de alimentar, gracias a ella,

(11) *République*, l. V. cap. II, p. 702.

(12) Edicto del 8 de abril de 1599, sobre el desecamiento de los pantanos.

a una numerosa población (13). Como Bodin, y menos aún que éste, no trata de considerar la cuestión de manera general y desde un ángulo científico. Lo que considera es la Francia del año de 1615, y desde el punto de vista exclusivo de sus intereses propone un programa de acción económica al joven rey Luis XIII y a la reina regente. Pide, en consecuencia, que se restrinja con derechos de exportación la salida de los artículos alimenticios franceses, para reservarlos a los nacionales. "Cada uno —dice— debe explotar su propia tierra; cada país debe alimentar y nutrir a sus propios hombres." Sin embargo, hace una reserva ya hecha por Bodin, y que es digna de atención puesto que indica un rasgo humanitario que, incluso en esas duras épocas del mercantilismo, jamás ha dejado de caracterizar a los pensadores franceses (14): admite que se pueden "enviar fuera nuestras provisiones y víveres... por piedad de corazón... por caritativa asistencia a los vecinos."

Como Bodin, del que parece haber tomado mucho, Montchrétien admite que la población francesa es muy considerable; incluso parece creer en una verdadera sobrepoblación. "Desde que gozamos de la paz —dice—, el pueblo se ha multiplicado infinitamente en este reino. Se ahogan los unos a los otros, y casi sería necesario practicar el ejemplo de varias naciones septentrionales..." Es decir, practicar la emigración en masa.

¿Se puede admitir fácilmente que la población francesa, que debió sufrir mucho en el último cuarto del siglo XVI con las guerras de religión, haya podido, apenas en unos veinte años de paz próspera, aumentar en semejantes proporciones? ¿O debemos pensar que a pesar de esas guerras haya continuado, después de Bodin, multiplicándose como durante la primera parte del siglo XVI? No hay que olvidar que Montchrétien, con sus cualidades de economista, su don de observación, su visión realista de las cosas, no deja de ser un poeta que fácilmente se deja llevar por el entusiasmo. Pero sabemos, por otra parte, con qué prontitud Francia ha reparado, casi siempre, sus desastres, desde que recupera la paz exterior e interior. En esa época en que la tasa de natalidad

(13) Escribió magníficas páginas en alabanza del suelo francés, el "reino más bello que mira el sol".

(14) En contraste, por ejemplo, con los mercantilistas de Inglaterra.

era, más que posiblemente, muy elevada (15), Montchrétien pudo impresionarse con el espectáculo de esta recuperación hasta el grado de anticiparse un poco a los resultados que parecía deber ocasionar.

En todo caso, está muy lejos de asustarse por las consecuencias y de experimentar temores malthusianos. Está lleno de una robusta y juvenil confianza en la excelencia, tanto de los recursos naturales del suelo como de los recursos del temperamento nacional, industrioso e inventivo. Posiblemente nadie ha hablado con más entusiasmo que él de la nobleza de los artículos industriales y de la superioridad del trabajador francés. Su mercantilismo se inspira en un espíritu activo y ardiente, en un dinamismo optimista que ningún malthusianismo, demográfico o industrial, intimida.

En consecuencia, pide al príncipe que se esfuerce por asegurar la multiplicación del número de artesanos: “Los artesanos nunca serán demasiados en un Estado” (16): 1° porque sin ellos la República “deja que los extranjeros que la proveen agoten sus facultades”, y 2° por la razón ya invocada por Bodin y que reproduce textualmente (sin citar a éste), de que los artesanos numerosos constituyen una clase media, y como tales, “impiden las sediciones de los unos y las facciones de los otros” (17). Sin embargo, no aprueba que se atraiga a los extranjeros. Esto pudo ser necesario en épocas de despoblación; pero ya no lo es: “Ahora que Francia ya no tiene más vacíos que los naturales no debéis (dice al rey Luis XIII) trabajar vuestros reales pensamientos para evocar extranjeros. Vienen demasiados por su propio impulso; pero más para llevarse (riquezas) que para traerlas. Vuestras Majestades sólo deben recibir un poco mejor que a los otros a aquellos que por medio de los pagos de nuestra burguesía pueden comunicarnos alguna industria aprovechable y ventajosa” (18). Insiste en ello largamente, denuncia los peligros de ciertas inmigraciones indeseables, enumera los daños que hacen los extranjeros, sea a los

(15) Des Cilleuls supone que era más elevada en el siglo XVI que en el XVII y que se debilitó progresivamente hasta fines del XVIII. Levasseur considera, es verdad, que tal conjetura es hipotética. (Op. cit., t. I, p. 191, nota).

(16) *Traité d'Economie Politique*, edic. Funk Bretano, p. 56.

(17) *Ibid.*, p. 57.

(18) *Ibid.*, p. 36.

particulares, sea al Estado; casi creeríamos, al leer ciertas páginas de este *Traité* de hace tres siglos, tener ante los ojos la filípica de un periodista de hoy denunciando la invasión de París por los metecos: "En vuestras plazas públicas resuenan acentos bárbaros, hormigean rostros desconocidos, bullen recién llegados..." (19).

Si ve con malos ojos la inmigración en general, Montchrétien se muestra, por lo contrario, muy favorable a la emigración, a condición de que esté bien dirigida, es decir, que no implique para el soberano una pérdida neta de súbditos y de poder. A este respecto lamenta la fuerte emigración francesa a España (20), de la que habla siguiendo a Bodin y utilizando frases enteras de éste, al grado que podemos preguntarnos si no es ésa su única documentación. Aconseja al rey que derive la corriente migratoria hacia América; el camino, dice, "se abre ampliamente a los pueblos que queráis enviar a ese nuevo mundo, en el que podréis plantar y multiplicar nuevas Francias." Incluso podemos considerarlo como el primer teórico de la colonización. Ve en las colonias, como Botero y Patrizzi, tanto un exutorio a la población demasiado densa como un instrumento de grandeza y de riqueza para el Estado, un desembocamiento, según la fórmula mercantilista, para los productos de la industria nacional, y un medio para obtener las materias primas necesarias a aquélla. Pero mezcla a estas opiniones, que son las de los hombres de su tiempo, consideraciones más elevadas: insiste sobre las ventajas morales y religiosas de la colonización. Quiere que ésta se organice no con los elementos tarados de la sociedad metropolitana, sino apelando a los pobres honrados; quiere que la colonización, al mismo tiempo que un negocio, constituya una obra de civilización y de humanidad. Y a este respecto observa la simpatía que los salvajes de las regiones colonizadas atestiguaban a los colonos franceses, a los que sostenían en sus luchas contra los españoles, como más tarde, en el siglo XVIII, lo hicieron en sus luchas contra los ingleses.

(19) *Traité d'Economie Politique*, p. 165.

(20) Según él, más de 200,000 franceses se habían establecido en algunas provincias españolas.

CAPÍTULO III

DOCTRINAS ALEMANAS E INGLESAS (1450-1650)

La reforma luterana en Alemania chocó, como con tantas otras doctrinas, contra la doctrina católica y medioeval de la población. Lutero se rebeló contra el celibato monástico y eclesiástico, y sus tesis favorables al matrimonio reforzaron en los países germánicos los argumentos políticos y económicos de los mercantilistas alemanes, conocidos con el nombre de *cameralistas*. Roscher ha llegado a suponer y Stangeland recuerda (1) esta conjetura, que la doctrina de Lutero, en una época en que inmensos territorios por poblar acababan de ofrecerse a los europeos, se basó en parte sobre el deseo de favorecer el aumento de la población. Pero con el autor americano podemos considerar improbable esta suposición, pues chocamos con la dificultad de que escritores alemanes contemporáneos de Lutero expresan, por el contrario, el temor a una sobrepoblación. Es el caso de Ulrich de Hutten (1488-1523) en su *Exhortatoria* (1518), y de Sebastián Frank von Wörd (1500-1545?). Este último, en su *Germaniae Chronicon*, declara que un aumento excesivo es especialmente temible para los alemanes; el nombre de germanos está etimológicamente ligado a la idea de fecundidad, ya que en efecto, *Germania* deriva de *germinare*. Entre ellos, dice, los efectos de las guerras más sangrientas y de los trastornos interiores son inaparentes, pues las brechas se llenan inmediatamente debido a la fecundidad de la raza. Los únicos re-

(1) *Op. cit.*, p. 96, nota.

medios que von Wörd concibe para reducir al nivel necesario a una población exuberante, son la guerra, las epidemias, la emigración. La guerra de Treinta Años debía demostrar, sin embargo, que aun en Alemania el principio de población no era lo bastante poderoso para contrabalancear el efecto de ciertas devastaciones.

De modo es que en la primera mitad del siglo XVII, los escritores alemanes se colocan en el punto de vista favorable al desarrollo de la población, que es el de los autores mercantilistas en general. Desde los primeros años de ese siglo (1608), Jacob Bornitz lo presenta en sus *Partitionum politicarum Libri IV*. Se declara favorable a las medidas destinadas a asegurar el crecimiento de la población y recomienda exenciones de impuestos y privilegios a los jefes de familia, algunas incapacidades a los casados sin hijos y ciertas penas a los célibes. Quiere que se fomente la inmigración haciendo atractivas las condiciones en que se ejerce el trabajo agrícola e industrial.

Una obra poco posterior, y que Stangeland considera como bastante representativa de la bibliografía de ese tiempo sobre el asunto, es el *De Censu*, de Hermann Latherus von Husum (1618). El autor se apoya en la autoridad de Bodin y de Botero, e insiste sobre las ventajas de la población más numerosa que sea posible. Comenta favorablemente los efectos resentidos por la Inglaterra de Isabel con la inmigración de los protestantes procedentes del continente, y en especial de Francia, y que, como lo indica también Montchrétien, aportaron a la isla elementos de prosperidad. Precisa particularmente el punto de vista mercantilista de las relaciones entre el desarrollo de la población y el de los ingresos públicos. Alaba los matrimonios fecundos refiriéndose ampliamente a la antigua literatura y a la historia clásica, al mismo tiempo que clama contra la depravación de las mujeres. A ejemplo de Lutero (el *divus Lutherus*) ataca el celibato eclesiástico.

Casi en la misma época, Cristophe Besold (1577-1638) escribe su *Discursus politicus de incrementis imperiorum* (1623), y sus *Politicorum libri duo* (1618). Desarrolla en estas obras opiniones análogas a las precedentes. La población, dice, depende en primer lugar de los recursos naturales del país y de la industria, multiplicándose si el suelo está bien cultivado y el comercio es flore-

ciente; esta multiplicación, sin embargo, depende también de causas morales, tales como los esfuerzos realizados por el Estado para hacer reinar la equidad y la libertad. Besold, como la mayor parte de los escritores de su tiempo, se refiere a los autores clásicos y aprueba la legislación de Roma favorable a la población. Quiere que ninguna tierra quede desocupada; si es necesario, a falta de nacionales los extranjeros deben ser llamados a cultivarla. Pide que se limite la facultad del divorcio y muestra cierta antipatía por las segundas nupcias, que le parecen poco favorables a la natalidad.

Otro *cameralista* alemán de la primera mitad del siglo XVII, Kaspar Klock (1583-1655) en su *De aerario*, proclama también claramente el punto de vista pro población y estatista: "*Nemo magis videtur, dice, republica bene mereri, quam qui plurimis liberis abundant; quare foecunditas praemio, sterilitas poena afficienda est.*" Llega a hacer del celibato un crimen comparable al adulterio: "*Matrimonium violare maximum facinus est: proximum non contrahere.*" Georges Obrecht (1547-1612), jurisconsulto notable, presenta, por su parte, consideraciones de una información bastante segura sobre la población y la riqueza en sus *Secreta politica* (1617). Georges Schönborner von Schönborn (1578-1637) lamenta los progresos del urbanismo en sus *Politicorum libri VII* (1610), y regresa a la idea griega de que la congestión de la población en las grandes ciudades es una causa de desorden, tesis en la que Roscher vió, más tarde, un reflejo de las condiciones políticas en que se encontraba la Alemania de entonces, pero que posiblemente no se debe más que a la inspiración de Aristóteles. "*Confusionem numerum civilium introducit multitudo civium, dice el autor alemán, ... ille ipse intra eadem maenia... inter se ignoti sunt, moribusque aliquantum discrepantes, ut poene alii esse videantur. Inde periculis communibus ingruentibus, animorum sequitur distractio et scditio... civium numero contenta civitas felicius efflorescat*" (2).

En Inglaterra, hacia fines del siglo XVI, y al comienzo del XVII, vemos a varios escritores políticos que manifiestan cierto temor a la sobrepoblación. Parece que entonces la miseria estaba más extendida o era más notoria que en las épocas anteriores o

(2) *Op. cit.*, l. III, cap. XXXVIII, p. 280.

posteriores (3); sin duda, debido en gran parte a la secularización de los monasterios y establecimientos religiosos, que en el período precedente aseguraban la asistencia y cuya acción Isabel trató de suplir por medio de la asistencia pública organizada en las célebres *poor laws*. Para remediar la miseria de parte de la población se preconizaban los establecimientos coloniales, y en esa época se implantaron en América las primeras colonias británicas.

Entre los principales escritores ingleses de entonces que tocaron la cuestión económica de la población, el primero en fecha es Tomás Moro (1478-1535), el célebre autor de la *Utopía* (1516). Atento a la situación económica de la Inglaterra de su tiempo, busca la base de su construcción socialista en un análisis muy positivo de las causas de la miseria, que para él tiene tres causas principales: el lujo de la nobleza, la existencia de una innumerable domesticidad improductiva y, sobre todo, la extensión de las tierras de pastoreo en detrimento de las tierras laborables. Esta transformación agrícola que provocaba la despoblación en España, la provocaba igualmente en Inglaterra, con los "cercamientos" realizados por los grandes propietarios territoriales. Moro, a este respecto, tiene fórmulas de una energía asombrosa; para expresar el hecho de que la cría de carneros se traducía en la reducción de superficies cultivadas y en la despoblación de los campos, nos habla de carneros "carnívoros" que devoran a los hombres.

En varios capítulos de la *Utopía* Moro expone sus opiniones relativas a la población. Muestra preocupaciones que recuerdan las de Platón, e indica qué precauciones deben tomarse para que la población no llegue a ser demasiado grande y para que el país no corra tampoco el peligro de despoblarse. La cifra máxima de los habitantes de cada ciudad utópica está determinada. Y la de los hijos de cada familia está reglamentada. "Ninguna familia, nos dice Moro, debe tener menos de diez ni más de dieciséis hijos". Si es un límite, debemos convenir que no es demasiado riguroso, a lo menos como máximo. "Esta regla, añade, puede observarse fácilmente"; basta con atribuir a las familias demasiado poco fecundas el sobrante de hijos de las que sobrepasan la media de fecun-

(3) Stangeland, *op. cit.*, p. 110.

didad. Encontramos de nuevo la tendencia irreprimible del socialismo a considerar la familia como una cosa de poca importancia y a la reproducción de hombres como asunto de criadero.

Asimismo, se atribuye a las ciudades que no se pueblen suficientemente, el excedente de las que se pueblen con exceso. Los individuos, en esta forma, son privados de la libertad de domicilio en interés del buen equilibrio numérico. Pero al fin y al cabo no vemos aparecer temores malthusianos en este autor, que considera como familias poco numerosas a las que tienen diez hijos. Si la población de la isla utópica llega a ser demasiado numerosa, se recurre a la emigración a las colonias; y si, por algún accidente, la población de la isla se reduce demasiado para que se la pueda completar con préstamos de las otras ciudades o regiones, se llamará de las colonias a una parte de los que han sido enviados a ellas. Nada más simple: basta tratar a la materia humana como una simple materia plástica puesta a disposición del interés del Estado. En suma, las ideas de Moro relativas a la población son poco modernas y revelan, sobre todo, la influencia de los autores clásicos de la antigüedad.

Entre los escritores ingleses de los siglos XVI y XVII que después de Moro trataron más o menos explícitamente de la población, Stangeland cita, al lado de Bacon, de Hobbes y de Harrington, a autores menos conocidos como Raphaël Holinshed, Georges Cok, y también a Walter Raleigh. Holinshed (muerto en 1580?) afirma que en Inglaterra hay demasiada abundancia de hombres y que los matrimonios precoces de los jóvenes causan la extensión de la miseria. "Hay gentes, dice, que murmuran contra este gran aumento del pueblo, diciendo que un aumento de la raza necesaria del ganado sería preferible a esta inútil multiplicación de seres humanos." Esta es ya una manera de considerar al hombre de una manera simplemente crematística y con relación a las ventajas económicas que la sociedad obtiene o no de su existencia, manera que reaparecerá frecuentemente en los economistas ingleses y, cosa curiosa, aun entre los que mejor representarán la idea individualista, como Ricardo en el siglo XIX.

Las mismas tendencias malthusianas aparecen en los escritos de Georges Cok, muerto en 1679, especialmente en un pasaje de su *English Law or summary survey*, en donde comenta la legis-

lación referente al matrimonio de los pobres que las autoridades parroquiales se empeñaban en impedir o en retardar lo más posible, temerosas de que la carga de la asistencia se hiciera más pesada, en detrimento suyo.

A veces se ha señalado a Walter Raleigh (1552?-1618) entre los precursores de Malthus, a causa de ciertos pasajes de su *Discourse of War in general* y de su *History of the World*. En el *Discourse* escribe, en efecto, que "cuando un país está abrumado bajo la multitud de población que en él vive, es una necesidad natural la que lo contrae a descargarla y a arrojar la carga sobre otros, con derecho o sin él, porque (haciendo a un lado las epidemias que frecuentemente visitan a las poblaciones demasiado densas) no hay miseria que en igual manera arrastre a los hombres a una conducta desesperada y al menosprecio de la muerte como los tormentos y las amenazas del hambre. Por esto, la guerra, fundada sobre una necesidad general, irremediable, puede llamarse guerra general e irremediable, o necesaria." Este pasaje, ¿no tiene el acento de ciertos textos de Malthus, frecuentemente censurados por su "dureza", o mejor aun, el de ciertos libros alemanes del siglo XIX o XX, apologéticos de la guerra? Incluso recuerda extrañamente el texto de una amenazadora profecía de un demógrafo alemán, el Dr. Rommel, muchas veces citado por los autores franceses, y por nosotros mismos, antes de la guerra de 1914.

En su *History of the World*, Raleigh expresa la convicción de que la tierra no sólo estaría poblada, sino superpoblada si las diversas plagas, guerras, epidemias, hambres y la esterilidad voluntaria no opusieran obstáculos. Pretende, cosa que en su época aún no era insostenible, que España no se había despoblado a causa de su fuerte emigración colonial y que tenía la población que podía alimentar. Y afirma que si Inglaterra hubiera conquistado a Francia, su población hubiera permanecido igualmente densa, aunque muchos ingleses hubiesen emigrado al continente. En los períodos de trastornos, la guerra y la peste restringen la población; pero en los tiempos apacibles, muchos hombres se abstienen del matrimonio por temor a no poder criar a sus hijos. Raleigh llega a afirmar que el general que hace dar muerte a numerosas personas durante la guerra hace un servicio al país, des-

embarazándolo de población, pues, dice, un Estado puede tener una población tan grande que esté debilitado y como enfermo.

El célebre filósofo Bacon (1561-1626) presenta consideraciones del mismo género que Raleigh. En su *Essay concerning seditions and troubles* escribe que el primer remedio para éstas, es alejar, por todos los medios posibles, sus causas materiales, tales como la necesidad y la indigencia. Recomienda, para lograrlo, una balanza comercial bien establecida, el aumento de manufacturas, el destierro de los holgazanes, la represión del lujo por medio de leyes suntuarias, la reglamentación de los precios de los alimentos y la moderación de los impuestos. De una manera general, quiere que la población del reino sea proporcionada al capital (stock) de que éste dispone para sostenerla.

Añade, en particular, que la nobleza y el clero sólo deben aumentar en proporción con el resto del pueblo "porque no aportan nada al "stock".

En otro escrito, el *Essay on the true greatness of the Kingdom*, sostiene que esta grandeza consiste esencialmente en la población y en la multiplicación de los hombres vigorosos y propios para llevar las armas, más bien que en la población y multiplicación de los hombres en general. Concede, así, más precio a la calidad que a la cantidad. Sin embargo, en otras partes menciona los efectos perniciosos del sistema de cercados, que al reducir las tierras laborables "engendran el languidecimiento de la población de las ciudades, de las iglesias, de los diezmos y de cosas semejantes". Pero cree que en Inglaterra hay "muchos más signos de estrechez y sobrecargo del pueblo que de falta de población".

En fin, en su *New Atlantis*, el mismo Bacon desarrolla, con relación al matrimonio, ciertas teorías utópicas que recuerdan un poco las de Campanella, e insiste sobre las ventajas de la castidad. En conjunto, su doctrina puede parecer poco favorable a la población. Sin embargo, Brants ha señalado el hecho de que se burla de los hombres que colocan a sus hijos en la cuenta de gastos y se alegran de tener pocos, como si, dice, fueran una disminución de patrimonio, "*quasi divitiarum hoc esset decrementum*".

Otro filósofo, Thomas Hobbes (1588-1679), insiste en su *Leviathan* y en su *De cive* sobre la relación entre la población y las

subsistencias. La alimentación de la república, dice Hobbes (4), depende de las producciones de la tierra y del mar, incluyendo las que un país tiene que comprar en el extranjero; depende, en segundo lugar, de la distribución de las riquezas, tal como la establecen las leyes sobre la propiedad; depende, en fin, de la manera como tales riquezas son utilizadas y “digeridas” (*concoction*) por el cuerpo social.

En el *De cive*, Hobbes insiste en el mismo tema. La población dice, depende de los recursos alimenticios, y un país puede no ser capaz de alimentar a todos sus ciudadanos. En este caso, el excedente debe transportarse a las colonias, que son menos pobladas. En fin, añade, superando en esto el punto de vista meramente nacional, “si el mundo es demasiado estrecho” para alimentar a sus habitantes, no queda más recurso que la guerra (5).

El *Leviathán* es de 1651. Casi en la misma fecha, Adam Moore publicada su *Bread for the poore* (1653), en donde se muestra muy impresionado por la miseria de las clases inferiores y se vuelve hacia las soluciones estatistas, pidiendo al Estado que suprima la ociosidad. “Aunque Dios, añade, haya pedido al hombre que crezca y se multiplique y llene el mundo, estableciendo la libertad y la legitimidad del matrimonio para todos, impedimos el efecto de esta bendición, no por un mandamiento expreso, sino por una acción real, privando a los pobres de las habitaciones necesarias, con lo que, en verdad, impedimos su multiplicación.”

James Harrington (1611-1667), autor de *Oceana* (1658), piensa que la población crece naturalmente con lentitud, y en su república ideal admite que aumente una tercera parte en 41 años. Trata de precisar las relaciones que hacen que las poblaciones, urbana y rural, se sostengan las unas a las otras y permitan a un número mayor de habitantes obtener su subsistencia. Quiere que se estimulen los matrimonios y no muestra ningún miedo a la sobrepoblación, al contrario de la mayor parte de los escritores ingleses de esa época. Está, él por lo menos, completamente animado por el espíritu mercantilista. Este espíritu lo lleva a reclamar amplias exenciones en beneficio de los padres de diez hijos, y exenciones parciales en beneficio de los padres de cinco, mientras que pre-

(4) *Leviathan*, capítulo sobre la nutrición y procreación de la república.

(5) *De cive*, cap. I, § 13, 15, etc.

tende que los hombres que hayan llegado a los veinticinco años sin paternidad legal paguen dobles impuestos.

Cierto contraste se desprende, en el conjunto, durante el período que acabamos de examinar (es decir, el siglo XVI y la primera mitad del XVII), entre la actitud de los autores alemanes y la de los escritores ingleses, cuando tratan más o menos explícitamente de la población.

De manera no unánime, pero en mayoría, los autores alemanes, sobre todo los contemporáneos de la Guerra de Treinta Años, sustentan convicciones en favor de la población. Lejos de temer la sobrepoblación, buscan medios para remediar su insuficiencia. Sin embargo, algunos de ellos, especialmente por motivos de orden político, se adhieren a la tesis opuesta.

En Inglaterra, por lo contrario, es notable ver cuán generalmente, desde esa época, se sienten temores malthusianos, y los conceptos malthusianos están en vía de elaboración. Se diría que la Gran Bretaña, con siglo y medio o dos siglos de anticipación, ya presentía la doctrina que uno de sus hijos predicaría al mundo consternado, en 1798. En efecto, los filósofos, políticos y economistas británicos entre 1500 y 1650 nos dan esbozos de esta doctrina, vagamente diseñados, pues se colocan en general, como hemos observado, en el punto de vista económico, o sea el de las relaciones entre la población y las subsistencias.

Esto es tanto más notable cuanto que en Inglaterra, como en Alemania, una de las consecuencias de la Reforma fué la reacción contra las doctrinas medioevales relativas al celibato eclesiástico y monástico, y a su superioridad sobre el estado matrimonial. Tanto más notable, también, cuanto que en otras partes del continente, en Italia, Francia y España, la opinión predominante era ampliamente favorable a una población numerosa y creciente.

¿Estaba realmente sobrepoblada Inglaterra? Parece muy difícil admitirlo, pues cuando pensamos que a fines del siglo XVII no tenía más que unos ocho millones de habitantes, no puede considerarse verosímil que estuviese atacada o amenazada de sobrepoblación (efectiva), un siglo o cincuenta años antes. Además, la cifra de ocho millones de habitantes posiblemente aún no se alcanzaba. Pues Malthus, al interpretar lo que dice para el año de 1690 un autor de ese tiempo, Davenant, no admite para esa

fecha más que 6.500,000 de habitantes en Inglaterra; y encuentra que esta cifra es difícil de conciliar, por demasiado elevada, con la de 5.000,000 que algunas estimaciones atribuyen a la Inglaterra de 1710 (6). En suma, Inglaterra fué una región muy poco poblada hasta el siglo XIX, y en la Edad Media, como en la época siguiente, la densidad de población era sin duda sensiblemente más fuerte en Francia.

Pero hay que tomar en cuenta la revolución económica, y particularmente la agrícola, que se produjo en Inglaterra en el comienzo del siglo XVI, y cuyos efectos debían hacerse sentir por tanto tiempo que aun hoy no están completamente agotados. En esa época, en efecto, puede decirse que se decidió la vocación económica de Inglaterra. Hasta entonces era un país casi exclusivamente agrícola, su población era totalmente rural, y se componía, sobre todo, de campesinos libres, designados con el nombre general de *yeomen*; unos eran propietarios hereditarios del suelo; otros lo disfrutaban por un período de tres generaciones (*copyholders*); otros eran arrendatarios temporales, pero todos cultivaban, más o menos, el *openfield*, es decir, los campos abiertos en los que los propietarios se encontraban dispersos y entremezclados; no había propiedad común, sino explotación común (7). Este régimen fué profundamente cambiado a fines del siglo XV y a principios del XVI, de 1470 a 1530, aproximadamente, por la construcción de "cercados" que realizaron la concentración de la propiedad territorial en beneficio de los propietarios nobles y en detrimento de los *yeomen*. Con el objeto de explotar mejor sus propiedades, los *landlords*, cuya voracidad había sido sobreexcitada por el pillaje de los bienes eclesiásticos, trataron de repartirse los bienes comunales, y revisaron en beneficio suyo, por medio de la violencia la mayoría de las veces, el reparto del suelo. Más tarde, dueños de vastas extensiones, las cercaron, transformando las tierras arables en praderas, destruyendo las granjas y aldeas, despoblando premeditadamente los campos. Desde principios del siglo XV se elevaron quejas vivísimas contra los "cercados".

"Para que un solo hombre, dice por ejemplo Tomás Moro,

(6) *Essay on the Principle of Population*.

(7) Sée, *Esquisse d'une histoire du régime agraire en Europe aux XVIIe et XVIIIe siècles*, p. 81 y siguientes.

pueda satisfacer su avidez insaciable, verdadera plaga para el país; para que pueda reunir tierras en un dominio y rodear con una valla varios miles de acres, los aldeanos son expulsados de sus campos, despojados por el fraude o la violencia, o bien, cansados de las vejaciones que tienen que sufrir, se resignan a vender su propiedad". Observemos que aquí no habla ya el utópico platonizante, sino el gran Canciller de Inglaterra que describe de esta manera la situación que, a causa de su elevado cargo, debía conocer bien.

Por lo demás, los documentos oficiales de ese tiempo son significativos. Bajo el reinado de Enrique VII Tudor, una ley (Acta) tiene por título: *Acta para impedir la destrucción de las aldeas*, en la que se asienta que "se transforman en pasturas tierras que en todo tiempo habían estado consagradas al cultivo" y que "en ciertas aldeas en las que doscientas personas vivían honorablemente de su trabajo, ya sólo queda ocupación para dos o tres pastores". La legislación, que trata de reaccionar, es impotente; durante largo tiempo, en vano los textos suceden a los textos (leyes de 1515, 1516, 1533, 1535 y 1552). Sin embargo, a partir de 1530, el movimiento pierde impulso; después de 1550 tiende a paralizarse y no se reanuda sino hasta el siglo XVIII. Una parte de la clase de los *yeomen*, se salva, por un tiempo. Pero sólo una parte. Y puede decirse que en el siglo XVI, en Inglaterra como en España, los daños causados por la gran propiedad son en gran parte responsables de una crisis de población. En los grandes dominios abandonados por el labrador, el cordero, en ambos países, lo reemplaza. La tierra ya no alimenta directamente más que a una población agrícola más restringida, con un producto bruto disminuido. Y el mismo producto neto, si es más lucrativo para parte de los poseedores del suelo, posiblemente disminuye también en cantidad y capacidad nutritiva para el resto de la población. Por esto, Inglaterra, con una cifra modesta de habitantes, desde entonces teme la sobrepoblación. Sobrepoblación relativa, resultante del modo de apropiación del suelo y de las condiciones económicas y técnicas y de una desproporción entre la fecundidad del suelo y el aumento del número de hombres.

Pero mientras que en España la ruina de la industria no deja ningún exutorio a las poblaciones campesinas, que retroceden an-

te los ejércitos devastadores de merinos, en Inglaterra los oficios urbanos, el comercio y la navegación bien pronto proporcionarían trabajo a los *yeomen desarraigados*. Así es que veremos en la segunda mitad del siglo XVII, e incluso un poco en la primera, que algunos contemporáneos de los escritores citados antes, representantes de la doctrina mercantilista, adoptan, relativamente a la población, una doctrina bien diferente a la de Raleigh y Bacon. En Inglaterra, como en Francia, la gran época del mercantilismo estará imbuída de tendencias favorables al desarrollo de la población.

CAPÍTULO IV

LAS DOCTRINAS FRANCESAS

(1650-1750)

El mercantilismo francés revistió, lo sabemos, la forma industrialista, es decir, la que lógicamente debía ser más favorable a la doctrina poblacionista, ya que la industria, más que cualquier otra forma de actividad, es susceptible de ofrecer empleo en cantidad ilimitada a una población densa e incluso necesita de ella para prosperar. Así es que en la época en que el mercantilismo francés llegó a su apogeo, bajo el ministerio de Colbert, las ideas en favor del aumento de la población fueron más favorecidas que nunca, y se consideró generalmente en Francia que la riqueza y la grandeza del reino estaban ligadas estrechamente al número de sus súbditos.

De hecho, la Francia de Luis XIV contaba, verosímilmente, con unos veinte millones de habitantes bajo el ministerio de Colbert; es la cifra que en general se admite para el año de 1700, y ya se había entrado, desde hacía algún tiempo entonces, en el período difícil del reinado. Esta cifra le aseguraba una magnífica preponderancia demográfica en una Europa, en la que Inglaterra contaba, a lo sumo, con ocho millones de almas, el Imperio, fragmentado en tan gran número de estados, un total de diecinueve millones, y España apenas de cinco a seis millones de almas. Otros estados, como Holanda y algunos estados italianos, tenían posiblemente una población relativamente bastante densa, pero módica en total, dado lo reducido de su territorio. La Francia de

entonces era, demográficamente, la primera potencia de Europa. No obstante, Colbert la encontraba demasiado poco poblada para el gran Estado industrial en que quería transformarla.

Las medidas en favor de la población adoptadas por su inspiración, fueron de dos clases. Unas tenían como fin enfrentarse a ciertas causas de disminución; las segundas tenían el carácter de estímulo positivo. Entre las primeras podemos citar medidas restrictivas de la inmigración (dirigidas, sobre todo, contra la de trabajadores susceptibles de llevar al extranjero los procedimientos de la industria francesa), la creación de manufacturas en el campo, la represión del vagabundaje, la reforma de los impuestos y tentativas para organizar la asistencia. Entre las medidas positivas figuran especialmente las referentes al llamamiento y naturalización de trabajadores extranjeros, y las medidas favorables al matrimonio, como exención de impuestos a los jóvenes casados y a las familias numerosas (1), y pensiones concedidas a los padres de familia pertenecientes a la nobleza. Por lo demás, algunas de estas medidas tuvieron que revocarse un poco más tarde; la última, por ejemplo, por razones financieras.

Pero no basta con que la población sea numerosa, se necesita que también sea laboriosa: Colbert consideraba que el ciudadano tiene que trabajar para el Estado; y, en lo que se refiere a la clase obrera, es para él un estricto deber. Para conseguir trabajo a los obreros, fundó e hizo fundar manufacturas; se dirigió, para estimularlas, a las autoridades municipales y eclesiásticas; procedió por medio de primas y privilegios, y en caso necesario, por multas y castigos. Sólo quería trabajadores en Francia. "Es necesario, decía al rey, reducir todas las profesiones de vuestros súbditos a las que puedan ser útiles. Estas son la agricultura, el comercio, la guerra de tierra y de mar. Si V. M. logra reducir a todos sus pueblos a estas cuatro profesiones, puede decir que puede ser amo del mundo" (2).

Colbert, observémoslo, no olvidó colocar la agricultura en el primer rango de esas "cuatro profesiones". Y jamás la sacrificó conscientemente. Pero la preocupación mercantilista y fiscal a la

(1) Ordenanza de noviembre de 1666.

(2) V. el programa en favor de la población de Colbert (tomado de su *Correspondencia*), citado por Levasseur, t. I, p. 200 y siguientes.

vez, lo impulsó a mantener el precio del trigo lo más bajo posible. Y los estímulos que —durante demasiado poco tiempo— pudo conceder a los cultivadores padres de familias numerosas, descargándolos de impuestos, no pudieron compensar el mal que hacía a la agricultura y a la población rural la política de los bajos precios del trigo. Otras causas, por lo demás bien conocidas, políticas, militares, fiscales, sociales, accidentales, unieron sus efectos a las de esta última para provocar al fin del reinado de Luis XIV, una despoblación real. La revocación del Edicto de Nantes fué más funesta desde el punto de vista industrial que desde el puramente demográfico; sin embargo, costó a Francia indudablemente de 250,000 a 300,000 emigrados. Emigración que hubiera podido tener una feliz contrapartida si, como la de los ingleses expulsados de Inglaterra por causas religiosas (católicos y disidentes diversos), se hubiera dirigido a las colonias. Pero se dirigió, sobre todo, a países vecinos y enemigos: Inglaterra, Holanda, Prusia, y se transformó para Francia en un grave peligro industrial y militar. Fué un golpe durísimo para la gran obra mercantilista de Colbert, en la que los industriosos hugonotes habían sido eficaces colaboradores.

Por otra parte, no hay que exagerar el retroceso de la población durante los últimos años del siglo XVII. Tenemos, para esta época, un documento precioso, el empadronamiento oficial efectuado por los intendentes en 1698-1700, a petición del duque de Beauvillier, gobernador del ducado de Borgoña, que redactó, de acuerdo con Fenelon y Vauban, el cuestionario al que los intendentes tuvieron que responder con *Memorias*.

Estas *Memorias* son naturalmente de valor muy desigual. Pero a pesar de todo constituyen “el documento más considerable y completo que poseamos sobre el estado económico y administrativo de la antigua Francia, y el único censo general de la población francesa antes de 1789, que tenga un carácter oficial” (3). Fueron utilizadas por los escritores de ese tiempo, especialmente por Vauban en su *Dime royale* y por el duque de Boulainvilliers en su *Etat de la France* (1727-1728). Como total atribuían a Francia una población de cerca de 20.000,000 de almas, casi igual en den-

(3) Levasseur, t. I, p. 202.

sidad a la del siglo XIV, y que correspondía a cerca de 23 millones para el territorio actual (el de 1700 no incluía Lorena, Saboya ni Córcega). Esta cifra debe estar bastante cercana a la realidad: contrasta con la fantásticamente pesimista proporcionada algunos años antes (1685) por el célebre Vossius, que atribuía a Francia una población de 5.000,000 de almas solamente (4). Vauban, sin embargo, reduce el total a 19.000,000 e incluso emite dudas sobre la realidad de la cifra de 720,000 habitantes que el empadronamiento de 1694 atribuía a París.

La idea favorable a la población fué acogida por los grandes escritores del reinado de Luis XIV. En su *Politique tirée de l'Écriture sainte*, Bossuet plantea este principio: "La gloria del rey y su dignidad es la multitud del pueblo: su vergüenza es verla aminorada y disminuída por su culpa". Para él la verdadera riqueza del soberano son sus súbditos: recomienda los estímulos al matrimonio. "La fidelidad, la santidad y la felicidad de los matrimonios, agrega, es un interés público y una fuente de felicidad para los estados". Y sostiene las opiniones de Colbert: el príncipe debe odiar la holganza en sus súbditos: corrompe su moralidad, engendra pauperismo que no debe existir en un Estado bien gobernado. El rey debe tratar de expulsar toda mendicidad obteniendo trabajo para todos.

El mariscal de Vauban (1623-1707) es, como el precursor de los fisiócratas, Boisguillebert, uno de los escritores que más frecuentemente se citan entre los que trataron del estado de la población a fines del siglo XVII. Ambos abordan este asunto a propósito de la cuestión agrícola y protestan, en nombre de la agricultura y de la población rural, contra los abusos derivados del sistema mercantilista. Su punto de vista, especialmente por lo que toca a Vauban, siempre es práctico, exclusivamente nacional y francés. Desde el comienzo de su *Dime royale* (1707), Vauban declara que "no es la gran cantidad de oro y plata la que hace las grandes y verdaderas riquezas de un Estado... La verdadera riqueza de un reino consiste en la abundancia de artículos cuyo uso es tan necesario al sostenimiento de la vida de los hom-

(4) Sólo daba 30 millones a toda Europa. Pero concedía 14 millones (!) a la antigua Roma (*Urbs*).

bres..." (5). Como Bodin y Montchrétien (y más tarde Quesnay), Vauban está convencido de "que Francia posee esta abundancia en grado supremo, ya que con su sobrante puede pingüemente asistir a sus vecinos que están obligados a venir a buscar lo necesario en ella, a cambio de su oro y de su plata; si con esto ella recibe algunos de sus artículos, no es más que para facilitar el comercio y satisfacer el lujo de sus habitantes; fuera de esto, fácilmente podría pasarse sin ellos." De nuevo encontramos aquí la expresión de una convicción tenacísima de nuestros antiguos economistas. Y más que eso, posiblemente, la expresión de una tendencia de la opinión nacional, que trata de considerar a la economía de Francia como una economía completa, autónoma, capaz de bastarse a sí misma, y con su eje en ella misma, y no dependiente del extranjero; concepción que los librecambistas del siglo XIX, con trabajo rechazaron después momentáneamente, aun armados de la dialéctica de Smith, de Say y de Bastiat.

Desdichadamente, añade Vauban, las guerras y los impuestos arruinan a la agricultura y comprometen a la población. No cree, como sus dos ilustres predecesores, que la población sea muy densa y rápidamente creciente. Por lo contrario, se queja de que es demasiado débil. "Aunque Francia parezca contener una población de 19.094,000 y pico de personas, debemos decir que fácilmente podría alimentar con su suelo hasta 23 e incluso hasta 25 millones y más" (6). El Estado ideal es el que posee la población que puede alimentar. Y Francia no sólo no tiene los hombres suficientes, sino que la mayoría de su población es miserable. Conocemos el cuadro, en verdad de negrura un tanto recargada, que traza el autor del *Dîme*: "He observado muy bien que en estos últimos tiempos, cerca de la décima parte del pueblo está reducida a la mendicidad y mendiga efectivamente; que de las otras nueve partes, hay cinco que no están en condiciones de dar limosna a la primera, porque ellas mismas están reducidas casi a la misma desgraciada condición; de las cuatro partes restantes, tres viven en medio de la estrechez y abrumadas de deudas y procesos; en la décima sobrante, en la que coloco a todas las gentes de espada, de toga, eclesiásticos y laicos, toda la alta nobleza, la nobleza distinguida y

(5) *Dîme royale*, edic. Biblioteca Nacional, p. 27-28.

(6) *Op. cit.*, p. 140.

los funcionarios civiles y militares, los mercaderes, los burgueses con rentas y los más acomodados, no se pueden contar 100,000 familias; y no creo mentir si digo que no hay 10,000, grandes o pequeñas, de las que pueda decirse que viven en medio de la abundancia; y si quitamos a los negociantes, sus aliados y adherentes, y a los que el rey sostiene con sus favores, algunos comerciantes, etc., estoy seguro que el resto sería en pequeño número" (7). De reducción en reducción, llegamos a temer que Vauban nos obligue a admitir que en Francia, hacia 1700, sólo Luis XIV podía vivir con holgura. Pero posiblemente haya que interpretar este cuadro como los historiadores del porvenir harán con tantas descripciones, más lamentables, que otros reformadores sociales han hecho de nuestra época. Por lo demás, se trata de un período de crisis, el que vió la Guerra de Sucesión de España, desafortunada por mucho tiempo, como la de 1914-1918, y terminada, como ésta, con la victoria.

Sea como sea, Vauban, después de Enrique IV y de Bossuet, recuerda que "es constante que la grandeza de los reyes se mida por el número de sus súbditos; en ello consiste su bien, su felicidad, sus riquezas, su fortuna, y toda la consideración que tienen en el mundo. No podría hacerse nada mejor en su servicio y para su gloria que ponerles frecuentemente esta máxima ante los ojos, y si es cierto que en esto consiste toda su felicidad, nunca serán demasiados los cuidados que presten para la conservación y aumento de ese pueblo que debe serles tan caro" (8). Así es que el plan fiscal, objeto del libro de Vauban, y que somete al rey, tiene por objeto "devolver al reino una abundancia perfecta de hombres y de bienes, pues cuando los pueblos no estén tan oprimidos se casarán fácilmente; se vestirán y se alimentarán mejor; sus hijos serán más robustos y mejor criados; tendrán mayor cuidado en sus negocios y, en fin, trabajarán con más fuerza y ánimo" (9). Vauban considera el exceso de cargas fiscales como el principal estorbo del desarrollo de la población; observación demasiado exacta, y que explica en gran parte por qué la Francia de la postgue-

(7) *Dîme royale*, p. 11.

(8) *Ibíd.*, p. 23.

(9) *Ibíd.* p. 23.

rra, en nuestros días, no manifestó ese impulso de natalidad, tan frecuentemente observado después de guerras devastadoras.

Vauban también insiste, en uno de los últimos capítulos de su libro (X de la II parte) (10), sobre la utilidad de los empadronamientos, que ya Bodin había señalado en el siglo XVI. Indica los medios que le parecen mejores para efectuarlos, y describe las alegrías de la estadística, tal como el soberano podrá experimentarlas: “¡Qué satisfacción para un gran rey el saber todos los años, a punto fijo, el número de sus súbditos en general, y en particular, con todas las distinciones que existen entre ellos...! ¡Qué placer para él ver que aumenta por su buena conducta...! ¿No sería también un placer extremo para él, si pudiera recorrer en su gabinete, en una hora, el estado presente y pasado de un gran reino, del que es soberano y dueño, y poder conocer también, por sí mismo y con certidumbre, en qué consisten su grandeza, sus riquezas y sus fuerzas, el bien y el mal de sus súbditos, y lo que puede hacer para aumentar el uno y remediar el otro?” (11).

Le Pesant de Boisguillebert dejó dos obras, *Détail de la France* (1697) y *Factum de la France* (1707), inspiradas en una viva simpatía por la agricultura y en un interés conmovido por las clases rurales. En el primer capítulo del *Détail* plantea en principio que la riqueza de cada país está en proporción con la fertilidad de su territorio, que permite a la población obtener las subsistencias necesarias. Establece, en seguida, que una de las principales razones del poderío de Francia consiste en que posee abundancia de artículos de toda clase, en mayor cantidad que muchos países extranjeros, lo que coloca a éstos, sin reciprocidad, en una situación de dependencia económica con respecto a ella. Pero la suerte de las clases rurales depende del precio más o menos elevado de los granos, ya que un precio remunerativo no puede obtenerse sin libertad de exportación. Y Boisguillebert, trastrocando la tradición mercantilista que creía favorecer a la población con la política del pan barato, muestra que dicha política conduce frecuentemente al hambre, alejando al campesino de la producción de cereales; enseñanza que no debieron olvidar los dirigentes de la

(10) *Dime royale*, p. 164.

(11) *Ibid.*, p. 174-5.

Francia de la postguerra, época de precios del pan artificialmente reducidos, y de reducción inquietante de sembradíos. Es cierto que si esta reducción favorece a la despoblación rural, a su vez la despoblación rural contribuye a provocarla. Pero volviendo a Boisguillebert, diremos que estima que la exportación de artículos agrícolas, salvo en circunstancias extraordinarias, no podría causar ningún déficit en el interior

El nombre de Fénelon puede unirse, cuando se trata de los reformadores sociales de fines del gran reinado, a los de Vauban y Boisguillebert. Pero mientras que el primero de ellos es sobre todo un teórico fiscal, penetrado de ideas en parte mercantilistas, y el segundo un agrario liberal precursor de los fisiócratas, el nombre de Fénelon, en doctrinas sociales, es el de un utopista bastante favorable a las concepciones socialistas. Pero los tres se unen para proclamar, de acuerdo con la opinión general de la época, las ventajas de una numerosa población. En el *Telémaco* (1699), el aumento de ésta es presentado como cosa de suprema importancia. La opinión del autor parece ser que el estado de las subsistencias marca el límite al que puede llegar la población; pero este límite no tiene nada de fijo y puede ampliarse gracias a la acción de las leyes y reglamentos del Estado, tendientes a mejorar la condición de las masas, especialmente de los campesinos. Los dos puntos más importantes a sus ojos son las tradiciones laboriosas y la debilidad de los impuestos. No cree que la abundancia pueda corromper al pueblo, pues piensa que rápidamente será reducida por el aumento de la nupcialidad y de la natalidad. Siguiendo la tradición mercantilista, admite que la colonización será un remedio para una posible sobrepoblación, aumentando, al mismo tiempo, el poder del soberano y la importancia de su Estado.

Stangeland observa que pueden señalarse en Fénelon algunas de las ideas que constituyen la trama de la doctrina ricardomalthusiana de población. El arzobispo de Cambrai admite, en efecto, que esta población crece por sí misma hasta que se lo impide la pobreza o alguna de las circunstancias que suscitan un obstáculo preventivo; un aumento de prosperidad es pronto seguido por un aumento de población tal, que las necesidades van

más rápidamente que el trabajo; Stangeland ya ve aquí el germen de la ley de bronce de los salarios (12).

En la primera mitad del siglo XVIII (13), la teoría de la población recibe algunas contribuciones de economistas como Mélon, Forbonnais, Herbert, Cantillon, así como de filósofos de la sociedad o de la naturaleza tales como Montesquieu y Buffon. Podemos unir a estos últimos a Voltaire. Pero el autor que antes de la época de los fisiócratas contribuyó más, en Francia, a iluminar el problema económico de la población, fué sin duda el marqués de Mirabeau.

Francois Mélon (muerto en 1738) es, como se sabe, uno de los últimos representantes doctrinales del mercantilismo francés; y aunque mitigue el sistema en ciertos puntos, es uno de los que lo afirmaron con mayor absolutismo en otros, puesto que llegó a examinar la posibilidad de restablecer la esclavitud en Europa, en interés de la producción. Mantiene firmemente el punto de vista pro población. "Favorecer los matrimonios, dice, conceder socorros al padre cargado con una numerosa familia, velar por el mantenimiento de los huérfanos y de los niños encontrados, es fortificar al Estado más que haciendo conquistas" (14). Muestra cierta hostilidad hacia el celibato monástico, cuyas facilidades quiere restringir, así como también quiere la restricción, en tiempos de paz, del reclutamiento de ciudadanos en el ejército, y asegurar el empleo de todos en la agricultura o las manufacturas; los sin trabajo deberán ser enviados a las colonias. La mendicidad no se tolerará; pedir subsistencias sin trabajar es un robo a la nación.

Pero si Mélon desea una población tan numerosa como el país pueda alimentar, reconoce, sin embargo, la posibilidad de una sobrepoblación (15); la observa entre los pueblos del norte en donde las instituciones han favorecido, según él, la fecundidad, hasta el punto en que finalmente se han visto obligados a abandonar sus países para buscar en otro sitio la subsistencia. Pero admite que

(12) *Op. cit.*, p. 178.

(13) Suponiendo que no se detiene rigurosamente en 1750, sino más bien algunos años más tarde, durante el desarrollo de la influencia doctrinal de los fisiócratas.

(14) V. Schatz, *D. Hume*, p. 164.

(15) Stangeland, *op. cit.*, p. 179.

un cultivo intensivo y una industria diligente capacitan a un país para alimentar muchas más personas de lo que se hubiera creído en un principio. En suma, permanece fiel a la actitud tradicional de los mercantilistas.

Forbonnais es un mercantilista retrasado que sufrió la influencia de Mélon, mientras que Herbert es un agrario que, en ciertos aspectos, prepara el movimiento fisiocrático. El primero (*Eléments du commerce*, 1754; *Principes et observations économiques*, 1767), se inquieta por la población rural, y se declara contra el empleo de máquinas agrícolas que reducen el número de brazos necesarios. Elogia a Colbert y a las medidas en favor de la población contenidas en la ordenanza de 1666.

En cuanto a Herbert (*Essai sur la police générale des grains*, 1753), considera la agricultura y la población como las bases de la prosperidad de un Estado. Deplora la insuficiente densidad de la población francesa, que podría, según él, cuadruplicarse. Este déficit es, para él, resultado del urbanismo y del desprecio en que se tiene al trabajo agrícola. Cree, por otra parte, en el poder del principio de población. "Los hombres siempre están en abundancia, dice, en dondequiera que se encuentran bien, y se observa fácilmente que los estados no se pueblan según la progresión natural de la propagación, sino en razón de su industria, de sus producciones y de diferentes instituciones" (16). Con él, Goudard (17) deplora la despoblación rural, proclama las ventajas de una población de gran densidad, y plantea en principio que hay que pedirla a una agricultura próspera y bien protegida.

Ricardo Cantillon (1680?-1735?), irlandés naturalizado francés, banquero en París como su contemporáneo escocés John Law, dejó un *Essai sur la nature du commerce en générale* que sólo se publicó después de su muerte, en 1755, y que tiende a considerarse en nuestros días como uno de los más importantes libros de economía política escritos antes de Quesnay.

En esta obra, en donde las opiniones mercantilistas se combinan o se yuxtaponen a opiniones fisiocráticas, Cantillon se refiere ampliamente al problema de la población.

También él le concede gran importancia y la considera como

(16) *Essai sur la police générale des grains*, edic. Depitre, p. 108.

(17) *Intérêts de la France mal entendus*, 1756.

una de las causas principales de la riqueza; pero no exagera, aunque los fisiócratas se lo hayan reprochado. Observa que el "número de habitantes en un Estado depende de los medios de subsistencia", y que estos medios dependen ampliamente de la actitud de los propietarios y de la manera como usan sus derechos. "Los propietarios son los amos de la población de acuerdo con el uso que hagan de las tierras". De las tierras mismas y del producto neto que obtienen de ellas. Muestra también que puede haber oposición entre el aumento de la población y su bienestar, pero se rehusa a resolver la cuestión de saber "si vale más tener gran multitud de habitantes pobres y mal alimentados que un número menos considerable, pero con mayor holgura". Esta es una cuestión moral, dice, "que no es de mi incumbencia".

Cuando menos cree poder afirmar —y numerosos hechos, desde la época en que escribía, tienden a confirmar sus previsiones— que lo propio de la civilización es reducir la fecundidad de los pueblos. Aumenta las necesidades y fomenta el lujo, de tal modo que resulta, en fin de cuentas, que cada individuo necesita una mayor cantidad de "tierra" para vivir. Como todos consumen más productos, es necesario que para una misma producción haya menos habitantes: esbozo de la teoría moderna de la *capilaridad social*. Sólo que los modernos corrigen esta idea con la de una posibilidad indefinida de aumento de la producción agrícola. Cantillon, por lo contrario, la desconoce. Para él cierta extensión de tierra no puede proporcionar más que cierta cantidad fija de subsistencia. Por lo demás, tampoco parece ver en el "principio de población" como lo llamó luego Malthus, un principio dinámico poderoso, ni temer que de él resulte una peligrosa presión sobre las subsistencias. Más bien cree que la población y éstas se condicionarán unas a otras. Finalmente, es favorable a una numerosa población, sin temer la sobrepoblación, y sin mostrarse tampoco muy partidario de medidas destinadas a favorecer el aumento; actitud que no es para sorprendernos en un economista cuya doctrina esencial es de equilibrio y balanceamiento.

Posiblemente lo que debemos retener ante todo de la doctrina de Cantillon es la afirmación de que "la multiplicación y la disminución de los pueblos de un Estado dependen principalmente de la voluntad, de los modos y la manera de vivir de los propietarios";

afirmación que no se limita a presentar, sino que refuerza con ejemplos. De este modo destaca en la cuestión de la población, al lado del punto de vista económico, ya subrayado desde hacía dos siglos, el punto de vista social. Por otra parte, al recalcar así la importancia del papel de los propietarios, se muestra casi como contemporáneo e inmediato predecesor de los fisiócratas.

Montesquieu presenta sobre la población ciertas consideraciones que se comprenderían mal, dada su ordinaria penetración, si no supiéramos, por una parte, de qué manera los espíritus de su tiempo estaban obsesionados por una idea singular, idea que sólo se explica por la ausencia de estadísticas serias y por la cultura, más literaria y clásica que científica, de los filósofos franceses e ingleses del siglo XVIII, idea según la cual, el mundo, y especialmente Europa, no habrían hecho más que despoblarse constantemente desde la antigüedad y no contaban más que un número de habitantes muy inferior al de las antiguas edades. Algunos autores graves llegan al absurdo en este camino. Por ejemplo, el inglés Cumberland, que en 1724 afirmaba sin bromear que la humanidad, 340 años después del diluvio, contaba con 3,333.333,333 individuos; o Riccioli, para el cual el Imperio Romano tuvo una población de 410 millones de súbditos; como Vossius y Hubner, que subestimando la población de su tiempo casi de la misma manera que los anteriores sobreestimaban la de las naciones antiguas, atribuyen en pleno siglo XVIII, 30 millones de almas a Europa, y 5 a Francia, que contaba con cerca de 20. Esta creencia en la despoblación general puede explicarse en parte por la despoblación real, pero accidental y transitoria, que se había producido en Francia y en ciertas regiones limítrofes a causa de las guerras sostenidas por Luis XIV contra Europa.

De esta despoblación no se puede dudar; todos los hechos que conocemos, y las afirmaciones de todos los contemporáneos, Vauban, Boisguillebert, Fénelon, La Bruyère, convergen a demostrarla. Pero en realidad sólo se trataba de un fenómeno pasajero, y tan pronto como se restableció la paz, en 1713, el movimiento de la población prosiguió en Francia y en toda la Europa Occidental en el sentido de un aumento constante, a tal grado que Francia vió como su población pasaba de 18 a 19 millones de hombres a fines del siglo XVII, a 26 ó 27 cuando estalló la Revolución, au-

mento que la anexión de Lorena y la de Córcega, bajo Luis XV sólo explican parcialmente.

Si los escritores del siglo XVIII hubieran podido o sabido ver los hechos tales como eran, no hubieran anunciado la despoblación. Si lo hicieron, es porque asociaron bastante natural, aunque bastante inexactamente, la idea de la miseria real que reinaba en parte del campo, con la de una disminución del número de habitantes.

También se debió a que, imbuídos de cultura clásica, creyeron demasiado fácilmente los cálculos fantásticos de los autores latinos y griegos y de sus comentadores; y a que, en su tendencia a buscar modelos en los estados de la antigüedad, se imaginaron que éstos habían poseído lo que el mercantilismo reinante les había enseñado a considerar como la norma del poder, es decir, una numerosa población.

Se debe, en fin, y posiblemente sobre todo, a que consideraban la cuestión de la población a través de sus prejuicios y sus instintos de polemistas, y que fácilmente adoptaban una creencia que, para ellos, corroboraba las críticas que dirigían contra la realeza absoluta y contra la Iglesia. Persuadidos, como todos sus contemporáneos, y como casi todos los escritores políticos a partir del siglo XVI, de que el desarrollo de la población era señal de una administración sabia y hábil, se complacían en demostrar que el número de hombres disminuía y que, en consecuencia, el gobierno era culpable. Admitiendo, por otra parte, y muy ligeramente por lo demás, que una de las principales causas de la despoblación era el celibato eclesiástico y monacal, se apoderaban con júbilo de este reproche contra las instituciones católicas. Es curioso, y casi divertido, ver con qué unanimidad y con qué exageración los enciclopedistas y sus amigos emplean este argumento.

Es evidente que con un falso punto de partida, aportando además al problema tendencias y disposiciones que nada tenían de científicas, los filósofos del siglo XVIII frecuentemente llegaron a conclusiones inexactas, y a veces absurdas. Pero en las polémicas entabladas, algunos de ellos, sin embargo, se aproximan mucho más que otros a concepciones consideradas hoy como las más correctas. Así sucede con Hume en Inglaterra, en su discusión con Wallace. Entre nosotros, semejante oposición de ideas se encuen-

tra entre Montesquieu y Voltaire. Y, cosa notable, no es el último, frecuentemente ligero y superficial en sus teorías sociales, el que más se aleja de la realidad. Por lo contrario, es del grave autor del *Espíritu de las Leyes* del que puede decirse que comete desde el punto de vista que nos interesa aquí, casi tantos errores como afirmaciones formula. Ciertamente,

“...potuit contemnisi sic
Omnia dixisset...”

Sobre todo en sus *Cartas Persas*, obra de forma ligera, pero de pretensiones serias, Montesquieu desarrolla sus concepciones sobre el problema de la población (18). Estas pueden reducirse a tres grupos: 1º ideas sobre el movimiento real de la despoblación; 2º sobre las causas que la producen; 3º sobre las que podrían mejorarla.

En el primer punto Montesquieu comparte, de la manera más completa —yo diría más pueril—, el error común de su tiempo referente a la inferioridad enorme de los estados modernos con relación a los de la antigüedad. “Según un cálculo tan exacto como puede serlo en esta clase de cosas, escribe, he encontrado que en la tierra hay apenas la décima parte de los hombres que en ella había en los tiempos antiguos. Lo asombroso es que se despuebla todos los días, y si esto continúa, en diez siglos no será más que un desierto” (19). Esta afirmación no es aislada. Por lo contrario, en numerosas ocasiones Montesquieu insiste y reproduce una tesis según la cual la Europa moderna tenía una población mucho menos densa que la antigua. Entonces llega a plantearse esta cuestión: “¿Por qué el mundo está tan poco poblado en comparación de como estaba antiguamente? ¿Cómo la naturaleza ha podido perder la prodigiosa fecundidad de los primeros tiempos?” (20).

Creando tan firmemente en la despoblación general de Europa, Montesquieu tuvo que buscar las causas. En efecto, cita gran número de ellas. Pero entre las explicaciones que da al supuesto

(18) V. especialmente las *Cartas* 112 a 124. V. también *El Espíritu de las Leyes*, libro XXIII.

(19) Carta 113.

(20) *Ibíd.*

fenómeno, la mayoría no tiene ningún valor, incluso algunas constituyen teorías diametralmente opuestas a la realidad.

Apenas si podemos admitir con él que algunas grandes catástrofes accidentales, las epidemias, las guerras, etc., han tenido una seria influencia sobre la población. Ahora sabemos que hechos de este género, a menos de que sean multiplicados y prolongados, no tienen más que una breve y débil influencia, ya que toda mortalidad excepcional arrastra tras de sí, casi automáticamente, una elevación de la tasa de natalidad entre las poblaciones sobrevivientes. Montesquieu, por lo contrario, proclama que "las grandes destrucciones son casi irreparables", opinión que no habría sostenido si hubiera podido prever que después de veinticinco años de guerras, y dentro de fronteras un tanto reducidas, la Francia de 1815 tendría una población notablemente superior a la de 1789. Admite que para que una población diezmada "se restablezca, se necesitan siglos", mientras que en realidad bastan, lo más frecuentemente, unos cuantos años. Cita en apoyo de su tesis numerosos ejemplos que, en buena parte, caen en falso.

Todavía en tal caso, el error es excusable, por falta de estadísticas sólidas y para un espíritu que por observador que fuese estaba muy imbuído del racionalismo matemático de la época y razonaba sobre el factor humano como sobre un factor material, viendo que la supresión de un hombre en la primera generación implica posiblemente la de dos nacimientos en la segunda y cuatro en la tercera, pero olvidando que estas supresiones se compensan por el aumento de la natalidad en otras tantas familias vecinas.

Lo más criticable son las otras explicaciones de la despoblación que da Montesquieu, explicaciones a veces un tanto contradictorias, como cuando cita, al mismo tiempo, la poligamia entre los mahometanos y la prohibición del divorcio, que es una especie de poligamia sucesiva entre los cristianos (21). Además, que la poligamia sea una causa de despoblación, sólo es probable, 1º cuando no hay un exceso de mujeres con relación a los hombres, y 2º si los harenes de los ricos estuviesen compuestos por mujeres que sin ello hubieran logrado casarse. En cuanto al divorcio, lo sabemos hoy, está considerado casi unánimemente más bien como

(21) Cartas 115.117.

una causa de despoblación que como un estímulo al poblamiento. Los esposos están menos inclinados a tener hijos cuando sienten que el hogar es inestable y, por otra parte, la mortalidad es mayor entre los hijos de divorciados que entre los de esposos indisolublemente unidos.

También es indebido el empleo que hace Montesquieu de la idea que explica la despoblación por la extensión del celibato religioso. Muy superior en este punto a su ilustre contemporáneo, el marqués de Mirabeau, en el *Ami des hommes*, reduce a su verdadero y mínimo valor este argumento que muy poco corroboraban los hechos de entonces: la población católica de Francia, y posiblemente también la de Italia, eran mucho más densas que las poblaciones protestantes de Inglaterra y de Alemania del norte (22).

Otra de las tesis más discutibles que sostiene Montesquieu es la de considerar la conservación del derecho de primogenitura como una causa de despoblación (23). La contrapartida de esta tesis ha sido sostenida en nuestros días por Le Play y sus discípulos, para quienes la causa esencial de la desventajosa situación demográfica de Francia consiste en el régimen sucesorial de reparto igual instaurado por el Código Civil, mientras que la persistencia parcial del derecho de progeneritura, o de una libertad testamentaria que permita al padre "hacer un primogénito" multiplicaba el número de "segundones" en los países en que se observa. Seguramente el ideal de Le Play parece mucho más en armonía con los hechos que el de Montesquieu.

En fin, la inmigración y la colonización son para nuestro autor particularmente perjudiciales a la población del país que proporciona los emigrados, sin que siquiera sirvan en compensación, al poblamiento del que los recibe. "El efecto ordinario de las colonias consiste en debilitar al país de donde salen, sin poblar aquellas a donde se las envía" (24). En este caso, basta invertir la fórmula de Montesquieu para estar en posesión de la verdad, y podemos admitir que, salvo los casos de emigración excesivos y mór-

(22) A comienzos del siglo XVIII, mientras que Francia tenía de 18 a 20 millones de almas, todo el Imperio germánico tenía un poco menos, e Inglaterra apenas 8 millones.

(23) Carta 120.

(24) Carta 122.

bidos, debidos a un estado social anormal —como en Irlanda, por ejemplo— “el efecto ordinario de las colonias es el de poblar los países adonde se las envía, sin debilitar aquellos de donde se las saca”. Europa ha poblado a América, en tanto que crecía rápidamente su población propia, y los dos estados que en el siglo XIX han contribuído más a esa población, Inglaterra y Alemania, se cuentan entre los que han visto aumentar más su población continental en el mismo período. Durante ese tiempo Francia, que no emigra, se puebla menos (25). La emigración estimula a la natalidad y el sedentarismo debilita a las fuerzas prolíficas de una nación. Si España, como se lo recomendaba Montesquieu (26), hubiera llamado en el siglo XVIII a sus colonos de América para aumentar los efectivos de su población metropolitana, no habría hoy una población hispanoamericana del otro lado del Atlántico, y es probable que ya no habría españoles entre Gibraltar y los Pirineos.

Las ideas de Montesquieu, tan débiles en lo que respecta a las causas de la despoblación, ¿son más justas en lo que se refiere a los medios de suscitar una recuperación? Nada de eso.

Montesquieu proclama, en efecto, que allí donde se produce un aumento local (sólo cree en éstos) de la población, este hecho se debe a las dos siguientes causas: la suavidad del gobierno (27), la existencia de una *libertad* mayor, de una *opulencia más general* y de una *igualdad más completa*, desde el punto de vista *económico y político*. Si estas opiniones fueran exactas, ¿cuáles serían, en nuestros días, los países de fuerte natalidad y de rápido poblamiento? Francia, Bélgica, Suiza, los Estados Unidos y Escandinavia, esto es, los países en que la tasa de natalidad es más baja y en los que tiende a bajar más rápidamente (28). ¿Cuáles serían los países de población retrógrada o estacionaria? Los de la Europa Oriental, más pobres y apenas liberados del despotismo. Y precisamente en ellos es en donde la natalidad sigue siendo más ele-

(25) Para el desarrollo y la justificación de estas ideas, véase nuestro libro sobre *Emigration européenne au XIXe siècle* (1906).

(26) Carta 122.

(27) Carta 123, y *Espíritu de las Leyes*, libro XVIII.

(28) Desde hace algunos años, otros países, aunque conservando una tasa de natalidad absoluta más elevada, la ven bajar rápidamente.

vada (29). Una vez más, las conclusiones de Montesquieu están en contradicción formal con los hechos.

No podía ser de otra manera, desde el momento en que Montesquieu no supo liberarse, desde su punto de partida, de una idea radicalmente falsa. Obsesionado por el prejuicio de una despoblación espantosa y general, quiso a todo precio encontrarle causas. Persuadido, por otra parte, de que el poblamiento es un bien, y de que hay una armonía general en el sistema de las leyes naturales en materia social, sólo pudo ver las causas de la despoblación en las instituciones que le parecían, a otros títulos, malas. Y tampoco pudo encontrar remedios más que en las instituciones que en otros aspectos le parecían buenas. La libertad y la igualdad que le parecían deseables por otras razones, le parecieron como si también debieran ser la panacea a los males que paralizaban el supuesto desarrollo de la población. Buenas en otros casos, también debían serlo en éste. Veremos lo que ha sucedido con ellas, y cómo los demógrafos modernos han erigido en ley, casi unánimemente, que mientras más democrática es una nación, más probabilidades tiene de que su población disminuya.

Desde un falso punto de partida, Montesquieu fué de error en error. Y si Voltaire, con menos fuerza de observación, con una penetración generalmente considerada inferior a la suya evitó por lo contrario, la mayor parte de tales errores, es porque no aceptó ese punto de partida.

El buen sentido de Voltaire siempre rehusó admitir la creencia en la extrema densidad de las poblaciones antiguas y en la debilidad relativa de las contemporáneas. En el artículo *Población* del *Diccionario Filosófico*, sólo tiene burlas para los fantásticos cálculos de algunos de sus contemporáneos, del Padre Petau, por ejemplo, que calculaba en 700 mil millones (?) el número de los hombres que vivían 280 años después del diluvio. "Creo que Alemania, Francia e Inglaterra están mucho más pobladas de lo que lo estaban en ese tiempo (el de César). Me fundo en la prodigiosa extirpación de bosques y en el número de las grandes ciudades construídas y engrandecidas desde hace 800 años, y en el número

(29) Sin embargo, parece haber bajado mucho en Rusia después de la revolución.

de artes que ha aumentado en proporción. Esta es, pienso yo, una respuesta precisa a todas las declamaciones vagas que se repiten...

“Pero nos asustan al preguntarnos qué ha sucedido con esas cantidades prodigiosas de hunos, alanos, ostrogodos, vándalos y lombardos que se extendieron como torrentes sobre la Europa del siglo V.

“Desconfío de tales multitudes; me atrevo a suponer que bastaban treinta o cuarenta mil bestias feroces, cuando mucho, para provocar el espanto en el imperio romano gobernado por aristócratas, por eunucos y por monjes... Si alguna vez Atila estuvo a la cabeza de cincuenta mil asesinos hambrientos, recogidos de provincia en provincia, se le atribuían quinientos mil (30). Los millones de hombres que seguían a los Jerjes, los Ciro, las Tomiris; los treinta o cuarenta millones de egipcios, y la Tebas de cien puertas, y *quidquid Graecia mendax audet in historia*, se parecen mucho a los quinientos mil hombres de Atila...

“La población se ha triplicado, casi en todas partes, a partir de Carlomagno” (31).

Por tanto, no hay despoblación general, sino al contrario. Que en algunas regiones los habitantes hayan disminuído en número, Voltaire no lo niega, sobre todo cuando se trata de estados como el de la Santa Sede, del que se siente feliz al afirmar que estaría desierto “sin los cardenales, los embajadores y los viajeros”. Pero en conjunto hay aumento, y la razón que da es muy simple: los medios de subsistencia son más abundantes que antes. “La barbarie, diría gustoso antes que Fustel de Coulanges, jamás es fecunda”. En cambio, cree demasiado fácilmente que la civilización y la opulencia lo son siempre. Y con gran ligereza establece que Francia, considerada por él como bárbara en la Edad Media, no podía tener una población superior a la del siglo de la filosofía. Se imagina que aniquila los cálculos demasiado altos de la población francesa de principios del siglo XIV replicando solamente que si así fuese, “siendo iguales todas las cosas, el número de franceses estaría reducido a la cuarta parte, y en ochocientos años a

(30) Voltaire, a su vez, exagera ciertamente, por escepticismo excesivo, como Montesquieu por credulidad.

(31) Véase también *Essai sur les Mœurs*, passim. Entre otros, t. I, p. 54, edic. Touquet.

la octava... y siguiendo esta progresión, en nueve mil doscientos años sólo quedaría una persona, varón o hembra, y una fracción..." El argumento degenera en broma chabacana.

Lejos de despoblarse, el mundo, por el contrario, ha aumentado su población no sólo desde la Edad Media, sino desde la antigüedad. Voltaire, al rehusarse a adoptar las conclusiones un poco lacrimosas de muchos de sus contemporáneos sobre la ruina de la agricultura, protesta contra la idea según la cual el campo francés estaba arruinado y era incapaz de alimentar a una población numerosa (32); afirma además, que las guerras y otras grandes plagas no dejan, desde el punto de vista demográfico, trazas perdurables. Tiene del poder del principio de población una idea mucho más fuerte —y también mucho más justa— que la de Montesquieu. Es notable que tampoco caiga en las exageraciones de Malthus y que de antemano condene el famoso principio de la *progresión* geométrica de la población. "La gente no se propaga, dice, en progresión geométrica. Todos los cálculos sobre esta pretendida multiplicación son absurdas quimeras". En suma, para Voltaire como para Mirabeau, la población está en razón de la bondad del suelo y de la agricultura. Siempre tiende a ponerse al nivel de las subsistencias disponibles, pero no, obligatoriamente, a ejercer una presión para ir más allá. La idea de un equilibrio naturalmente obtenido domina en la concepción de Mirabeau así como en la de Voltaire; idea que se opone tanto a las teorías pesimistas de Montesquieu como a las de Malthus; el primero temeroso del déficit, y el segundo del exceso. Voltaire, generalmente pesimista en su filosofía general, se revela en este caso casi como un adepto de la doctrina de Cándido.

Sin embargo, hay una diferencia entre la actitud de Voltaire y la de Mirabeau. Mirabeau desea una población siempre creciente. Esta, sin duda, está limitada por las subsistencias proporcionadas por la agricultura, pero hay que favorecer ante todo a la agricultura para permitir que la población aumente. Voltaire, por lo contrario, aceptaría fácilmente el "estado estacionario". La pobla-

(32) "¿Cómo puede decirse que las bellas provincias de Francia están incultas? En verdad, esto es creerse condenado en el paraíso. Basta con tener ojos para estar persuadido de lo contrario". Este texto merecería que se le citara con mayor frecuencia, como correctivo de los que siempre se citan, de la Bruyère o de Rousseau.

ción es bastante numerosa; la prueba de ello, dice, es que cuenta con numerosos ociosos, especialmente los monjes. Se preocupa bastante poco de la contradicción que hay en sostener, por una parte, que la existencia de éstos prueba lo numeroso de la población, y por otra que el celibato monacal es una de las causas de inferioridad de la población de las naciones católicas; inferioridad, por lo demás, completamente imaginaria y que no existía en tiempos de Voltaire más que en su imaginación. Una vez más, el espíritu de polémica falsea las conclusiones razonables a las que, por su sentido natural más que por análisis científico de los hechos, es llevado Voltaire. A pesar de ello, en su actitud general está mucho más próximo a la verdad que el autor del *Espíritu de las Leyes*.

La pequeña polémica de Montesquieu y de Voltaire tiene interés para la historia de las doctrinas de la población. Este interés nos aparecerá más claro si lo comparamos con la discusión, más profunda y desarrollada, entablada en la misma época en Inglaterra entre Wallace y David Hume. Más tarde intentaremos esta comparación.

Podemos espigar en la *Historia Natural* de Buffon, especialmente en el capítulo titulado *Variedades en la especie humana*, algunas apreciaciones sobre la población. Insiste sobre la dependencia en que se encuentran la vida humana y los caracteres de las razas con respecto al clima. "Todo concurre, dice, a probar que el género humano no está compuesto por especies esencialmente diferentes entre ellas; y que, por lo contrario, originalmente no hubo más que una sola especie de hombres que al multiplicarse y desparramarse en la superficie de la tierra sufrió diversos cambios por la influencia del clima, por la diferencia de alimentación, por la de la manera de vivir..." (33). Asimismo, establece tablas de mortalidad con algunos comentarios.

Además, vemos que presenta consideraciones sobre la "fecundidad sin límites" de las especies animales y de la propia especie humana, que hacen presentir, a la vez, a las de Darwin y de Malthus (34). Hace notar que en ciertos momentos asistimos a una prodigiosa multiplicación de ciertas especies animales, y que lo

(33) *Ceuvres* de Buffon, edic. P. Bernard, t. III, p. 341.

(34) *Du Lièvre*, *ibid.*, t. V, p. 264 y siguientes.

mismo sucedió con el hombre en los tiempos en que, "salvaje a medias", estaba "sujeto a todas las leyes, e incluso a los excesos de la naturaleza". Alude a esos "desbordamientos de la especie humana de los normandos, alanos, godos, hunos", que se representa en cantidades innumerables. Pero inmediatamente añade: "Estos grandes acontecimientos... no son, sin embargo, más que ligeras vicisitudes en el curso de la naturaleza viviente, que en general siempre es constante, siempre la misma. Su movimiento, siempre reglamentado, rueda sobre dos pivotes inquebrantables, el uno, la fecundidad sin límites concedida a todas las especies; el otro, los obstáculos sin número que reducen el producto de esta fecundidad a una medida determinada y no dejan, en todo tiempo, sino casi la misma cantidad de individuos de cada especie. Y como esos animales en cantidad innumerable que repentinamente aparecen y desaparecen en la misma forma, con lo que el fondo de la especie no aumenta, el de la especie humana también permanece siempre igual; sus variaciones solamente son un poco más lentas, porque como la vida del hombre es más larga que la de esos animalillos, es necesario que las alternativas de aumento o disminución se preparen de más lejos y terminen en mayor tiempo". Vemos, pues, que Buffon admite una especie de equilibrio y de estado estacionario para las especies vivas, comprendiendo la nuestra. Incluso, enuncia expresamente: "Si consideramos la tierra entera y la especie humana en general, la cantidad de hombres, como la de los animales, debe ser en todo tiempo casi la misma, puesto que depende del equilibrio de causas físicas, equilibrio al que todo ha llegado desde hace largo tiempo... Cualquiera que sean los cuidados que el hombre dé a su especie, jamás la hará más abundante en un sitio si no es destruyéndola y disminuyéndola en otro" (35).

Buffon, adelantándose a Malthus, hace un corto estudio de los obstáculos que entorpecen el aumento de la población. Cuando éste llega a ser demasiado sensible, los hombres "se dispersan, se esparcen, se destruyen, y al mismo tiempo se establecen leyes y usos que con frecuencia provienen directamente de este exceso de multiplicaciones... Los que existen se arrojan fácilmente derechos sobre los que no existen; como seres necesarios anonadan a los seres contingentes; suprimen, para su comodidad, para su bienestar,

(35) *Id., id., t. V, p. 266-267.*

a las generaciones futuras. Sin que éste lo perciba, se hace al hombre lo mismo que se hace a los animales: se les cuida, se les multiplica, se les abandona, se les destruye según las necesidades, las ventajas, la incomodidad, los inconvenientes que de ello resulten; y como todos estos efectos morales dependen, a su vez, de causas físicas que desde que la tierra adquirió consistencia se hallan en un estado fijo y permanente, parece que para el hombre, como para los animales, el número de individuos en la especie sólo puede ser constante" (36). Así es que, mientras que Montesquieu cree que el universo se despuebla, y Voltaire admite que aumenta su población, Buffon cree en una población estacionaria y concibe una especie de demografía estática.

Añade, sin embargo, que esta fijeza, esta constancia son relativas. "Como todo, dice, está en movimiento en el universo y todas las fuerzas dispersas en la materia obran unas contra otras y se contrabalancean, todo se hace por una especie de oscilaciones, a cuyos puntos medios relacionamos el curso ordinario de la naturaleza... (37). Asimismo, cree poder afirmar que "la multiplicación está seguida, ordinariamente, por la esterilidad... Las causas de destrucción, de anonadamiento y de esterilidad siguen inmediatamente a las de una abundancia demasiado grande". En resumen, Buffon cree en una adaptación constante de la población a las subsistencias, gracias a la acción de obstáculos destructivos, acción que Buffon considera, por otra parte, con impasibilidad de naturalista. Pero en el fondo su teoría se aproxima sensiblemente a la de Malthus, y su manera de concebir el equilibrio demográfico difiere sensiblemente de la de Cantillon o Mirabeau.

Entre los otros autores que en la primera mitad del siglo XVIII trataron sobre la población, podemos citar a un gran hombre de guerra, como Vauban, el mariscal de Sajonia (1696-1750), con sus *Réveries et mémoires sur l'art de la guerre*, publicadas seis años después de su muerte (38). Desarrolla ideas bastante cercanas a las de Montesquieu, ya que afirma que la población ha disminuído considerablemente en Europa, así como en Asia y Africa, a causa

(36) Du Lièvre, t. V, p. 267.

(37) Id., p. 268.

(38) Un capítulo está consagrado a consideraciones sobre la propagación de la especie humana.

de la propagación de las religiones cristiana y musulmana. Esta afirmación puede parecer singular puesto que una de estas religiones impone la monogamia, mientras que la otra permite la poligamia. Pero el autor, aunque considera la monogamia cristiana como desfavorable a la fecundidad, no piensa que la poligamia, tal como los musulmanes la practican, sea más ventajosa. Parece que Mauricio de Sajonia se imaginaba que el tipo de unión más prolífico es la unión libre, idea ciertamente más que discutible, pero que no nos sorprende demasiado viniendo de él.

CAPÍTULO V

MIRABEAU Y LOS FISIOCRATAS

El marqués de Mirabeau (1715-1789) es, lo hemos dicho, el más importante de los precursores franceses de Malthus, si no por todas sus ideas, cuando menos por la importancia que concedió al estudio del hecho y de las leyes de la población. “Me dispongo, dice al comienzo de su *Ami des hommes*, (1757), a tratar aquí el más útil y más interesante de todos los objetos de esta tierra para la humanidad, la población... El primer bien es el de tener hombres; el segundo, tierra”. Tierra, pues Mirabeau no es un mercantilista, sino lo contrario; después de Boisguillebert, y al mismo tiempo que Quesnay, expresa violentamente la reacción de la idea agraria, menospreciada por tan largo tiempo. “Toda mi obra no tiene más objeto que tratar sobre la población, añade, de sus ventajas y de los medios de extenderla hasta el infinito. Y no pienso que pueda existir otro principio que la agricultura; podría decir, en consecuencia, que mi obra toda trata sobre los medios de animar a la agricultura” (1). En efecto, para Mirabeau ambos términos son inseparables: aumentar la población y hacer prosperar a la agricultura, en eso se resume, a sus ojos, toda la economía política.

Si bien no es mercantilista, cuando menos está de acuerdo con los mercantilistas sobre la doctrina de la excelencia de una población numerosa. Llega a decir que “la pasión de los pobres por el matrimonio es el primero de los beneficios de la Providencia para

(1) *Ami des hommes*, edición de 1762, p. 75.

un Estado" (2). Pero cree que su época es una época de despoblación (lo que es falso), y que dicha despoblación tiene por causa principal la decadencia de la agricultura (lo que es, sin duda, exagerado). Mirabeau no es un estadístico, ni un economista de método riguroso; es, sobre todo, un moralista, un político y un entusiasta. En numerosas ocasiones fuerza la nota para mejor convencer. "Apartad la vista, dice con un estilo que recuerda el movimiento y el calor del de Montchrétien, apartad la vista de los lugares en que se buscan minas y polvo de oro: dejad a los ciegos el cuidado de sepultarse en las entrañas de la tierra; la superficie es la que debemos cubrir y vivificar. Las riquezas se encuentran en donde quiera que haya hombres" (3).

Mirabeau capta muy bien la relación entre el aumento de la población y el de las subsistencias. "La medida de la subsistencia, dice, es la de la población". Pero hay que entender bien lo que significa esta aparente perogrullada. Mirabeau no trata de enunciar la evidente verdad de que no podrían vivir más hombres de los que pueden ser alimentados. Quiere decir que siempre hay tantos como pueden alimentarse, lo que ya no es una evidencia inútil de afirmar. Una especie animal se multiplica hasta el punto en que la detiene la falta de alimentos. Si hay muchos corderos y pocos lobos, dice Mirabeau, es que "la hierba es muy corta para los lobos, y muy abundante para los corderos". En cuanto a los hombres, "se multiplican como ratas en granero si tienen los medios para subsistir".

Está tan persuadido incluso, de la fuerza del "principio de población", que no cree en el efecto destructor de plagas accidentales. "Las batallas y las matanzas no perjudican a la población, si antes no han perjudicado a la agricultura" (4). Tampoco el monaquismo la perjudica, pues si la población tiende siempre a ponerse al nivel de las subsistencias, poco importa que existan muchos célibes; si éstos se casaran sería necesario que los demás tuviesen menos hijos. Más aún, el celibato religioso favorece a la población, pues la vida en común y la frugalidad impuesta hacen que

(2) *Ami des hommes*, p. 76.

(3) *Ibíd.*, p. 167.

(4) Compárese con la frase del príncipe de Condé, según Senef: "Una noche de París reparará esto". Mirabeau dice otro tanto de las epidemias.

la media individual del consumo religioso sea muy baja; al mismo tiempo, el agrario Mirabeau se conmueve ante los servicios prestados por las órdenes monásticas roturadoras y cultivadoras. Produciendo y sólo consumiendo muy poco, dejan mayor volumen de subsistencias disponibles para el resto de la población de lo que lo haría un número igual de otra clase de individuos.

Pero si el aumento de las subsistencias permite el de la población, hay reciprocidad, y Mirabeau parece creer en la posibilidad de una reacción casi indefinida de la una sobre la otra. "Aumento de las subsistencias, dice, implica crecimiento de la población. Veremos cómo el aumento de la población debe provocar el de las subsistencias". Mientras más hombres hay, más produce la tierra. Mirabeau también está lejos de las ideas de Montesquieu sobre la despoblación; o de las de Buffon sobre "el estado estacionario", así como de las de los economistas ricardianos sobre la ley del rendimiento no proporcional. "La tierra, dice, no es madrastra en ninguna parte, cuando menos en nuestros climas... la esterilidad sólo aparece por culpa de los hombres".

Si hay despoblación en Francia, Mirabeau la atribuye a las siguientes causas: 1° la preponderancia de las grandes propiedades "Los grandes propietarios ahogan a los pequeños, como los grandes peces de un estanque devoran a los chicos"; 2° la centralización urbana y el ausentismo de los propietarios, del que Mirabeau hace una severa crítica; 3° el despotismo. "Jamás será numeroso un pueblo tiranizado"; 4° la política fiscal y anonaria que restringe los mercados para la agricultura e impide que los precios sean remunerativos; 5° la elevación de la tasa de interés; 6° en fin, el desperdicio de territorios productivos, resultante de la excesiva extensión de parques, avenidas y jardines de recreo. "Esta manía de los grandes caminos de inmensa longitud, multiplicados hasta lo infinito, cuesta dos provincias al Estado". Mirabeau insiste sobre este punto con particular energía; 7° el lujo, al que distingue del *fasto* condenando al primero (necesidades ficticias, gastos irrazonables o desproporcionados con la renta); pero justificando al segundo, por el que entiende lo que Santo Tomás llamaba *magnificencia*. Al restringir en provecho de unos cuantos el consumo de la masa, el lujo "seca en la raíz el germen de nuevos ciudadanos". Metáfora extraña, pero enérgica. "Es cierto, añade, que mientras

más consumo hay en un Estado, más poderoso será tal Estado; pero hay que entender bien este principio". Es decir, se necesitan muchos consumidores y no muchas riquezas consumidas por un pequeño número de consumidores. En este caso Mirabeau admite, como los mercantilistas, que hay que predicar a los individuos la parsimonia en su economía privada. Considera que la suma de subsistencias por una parte, y la media individual por la otra, son dos términos que divididos, el primero entre el segundo, dan la cifra de la población. Punto de vista un tanto estrecho que Quesnay rectificó después, y que el propio Mirabeau abandonó al convertirse al fisiocratismo, en su *Philosophie rurale*. En cambio, Mirabeau indica, sin insistir demasiado, otra consecuencia del lujo, en este caso directamente perjudicial a la población: la restricción voluntaria de la natalidad provocada por el deseo del individuo de asegurarse una vida más cómoda y fácil.

Como medio de remediar la despoblación, el *Ami des hommes* recomienda, ante todo, medidas favorables a la agricultura. "Amad, honrad la agricultura", repite sin cesar. Quiere que se devuelva a la propiedad territorial su prestigio social y político, que se luche contra el urbanismo y el ausentismo. Su ideal político, opuesto al de la burguesía mercantilista, es el de una monarquía feudal y agraria apoyada en una nobleza terrateniente y residente, y en una clase campesina próspera, liberada de la corvea de impuestos que la abruma.

El tercer libro de la obra contiene un largo e interesante capítulo sobre la colonización. "El mundo entero, dice Mirabeau, sólo se ha poblado con colonias". Pero hay un arte de colonizar que "aún está, según creo yo, en su más imbécil infancia". Se coloniza ya sea por espíritu de dominación, ya sea por espíritu de comercio, ya sea, en fin, por espíritu favorable a la población. Pero los dos primeros comprometen al tercero, que es, para Mirabeau, al que hay que consagrarse ante todo. En primer lugar hay que poblar las colonias, en vez de tratar de explotarlas inmediatamente. "Creo que con ellas sucede lo mismo que con un campo, al que primero hay que desmontar, arar, abonar y sembrar antes de poder recoger algo". Poblar las colonias es, "en consecuencia, una necesidad absoluta". Necesidad económica y también política. Nos llama la atención leer, en una obra publicada el año mismo en

que comenzó la guerra de siete años, esta frase profética relativa a las colonias francesas de entonces: "No están situadas de manera que nos permitan disfrutarlas largo tiempo en el estado en que se encuentran". El tratado de 1763 confirmó la exactitud de esta opinión de Mirabeau. Añadía que para impulsar la colonización en primer lugar se necesitaba, renunciando a los errores del *pacto colonial*, adoptar un régimen de completa libertad de exportaciones e importaciones.

Mirabeau es uno de los economistas que antes de Malthus comprendieron más claramente la fuerza del principio de población; lo considera lo suficientemente poderoso para no quedar aniquilado por las catástrofes accidentales, y para que no pueda ser limitado en su expansión si no es por la cantidad de subsistencias. Para él siempre hay los hombres que pueden ser alimentados. Pero la diferencia consiste en que para Mirabeau estas subsistencias pueden aumentar indefinidamente. Tiene una confianza ya totalmente fisiócrata, en el poder productivo de la agricultura. Ferviente partidario del desarrollo de la población, no experimenta inquietudes por el porvenir, y parece admitir un desarrollo sin límites de la agricultura y de la población.

Mientras que Mirabeau presenta sus ideas sobre la población en una obra consagrada a este tema, su ilustre contemporáneo Quesnay (1694-1774) en ninguna parte expone las suyas de manera sistemática. Están dispersas en sus diversos escritos (5), en donde hay que buscarlas para coordinarlas. Es lo que ha hecho A. Landry en el estudio que me limitaré a resumir (6).

Entre los textos que he citado hay algunos cuya naturaleza coloca a Quesnay entre los partidarios del desarrollo de la población. Deplora las pérdidas de población que Francia sufrió entre 1650 y 1750, y declara que si el número de hombres disminuye en una tercera parte en un Estado, las riquezas disminuirán en dos terceras partes, pues mientras más hombres hay en un reino de territorio extenso y fértil, más riquezas habrá (7).

(5) Especialmente el *Tableau économique*, el *Droit naturel*, las *Maximes générales du gouvernement*, etc.

(6) *Les idées de Quesnay sur la population*, *Revue d'Histoire des Doctrines Economiques*, 1909.

(7) *Œuvres de Quesnay*, edic. Oncken, p. 206, 245, 246, etc.

Pero muchos otros textos parecen mostrar que para Quesnay es la población la que depende de las riquezas y no éstas de aquéllas. Cree que la población aumenta más bien por las rentas que por la propagación misma de la nación. Se necesitan riquezas para tener hombres. Los hombres sólo se multiplican con el socorro de las riquezas; el gobierno no tiene que ocuparse más que de la multiplicación de éstas y no de la de aquélla. Una nación siempre cree que no tiene hombres suficientes, pero no percibe que los hombres no abundan en un país si no pueden vivir con holgura y en la medida de las producciones anuales y de los ingresos. Los mercantilistas toman el efecto por la causa. La población no tiene necesidad de estímulos pues no tiene más límites que los de las subsistencias y tiende siempre a sobrepasarlos (8).

También el pensamiento de Quesnay, cuya expresión frecuentemente es obscura —lo sabemos— parece a veces quedar indeciso entre ambos puntos de vista o afirmarlos a la vez. El restablecimiento de los cultivos y el aumento de la población deben ir juntos. Pero en realidad, quien interpreta estos diferentes pasajes de acuerdo con la teoría general de Quesnay deducirá, como Landry, que para él la riqueza está antes que la población. El principio de todo progreso es el aumento de las rentas. Si los hombres perpetúan las riquezas, es necesario, en primer lugar, que cierta abundancia permita el crecimiento de la población. No se trata, pues, de una tendencia en favor de la población en el sentido mercantilista; es decir, nada de estímulos directos y legislativos a la población, sino una tendencia que consiste en creer que la abundancia de la población, una vez obtenida gracias a un aumento de riqueza, debe tener felices efectos sobre la producción posterior, no sólo porque los hombres trabajan, sino porque consumen y (teoría fisiócrata esencial) el consumo sostiene el precio de los artículos.

La teoría de Quesnay, como Landry observa, posiblemente no sea muy lógica, pues “si el aumento de la población, como resultante de un anterior aumento de riquezas, puede y debe causar un nuevo aumento de riquezas, ¿por qué no había de tener el mismo efecto si se ha obtenido de cualquier otra manera...? Quesnay,

(8) *Op. cit.*, p. 187, 246, 269, 398, 579, 635, etc.

por lo demás, admite expresamente que una despoblación accidental, como la que resulta de una guerra, provoca una disminución de la producción. En tal caso, ¿por qué un aumento accidental de la población no tendría efecto inverso?" (9)

¿De qué manera aumentar las riquezas para aumentar la población? La respuesta se deduce forzosamente de la doctrina general de Quesnay sobre la producción. Sabemos que para él sólo el trabajo agrícola es productivo, y los demás estériles. *Estériles*, lo que no quiere decir *inútiles*, ya que pueden ser útiles, e incluso indispensables. Pero no aumentan el valor de los bienes a los que se les aplica, más de lo que estos últimos cuestan. Sólo el trabajo agrícola da un producto neto, un beneficio. Para "dar al pensamiento de Quesnay toda su fuerza", dice con razón Landry, hay que entender que sólo por medio de la agricultura se puede provocar un aumento de la población, puesto que tal aumento exige que exista antes un aumento de *rentas*, y sólo la agricultura produce *rentas* en el sentido fisiócrata de la palabra. La industria no puede desarrollarse más que como consecuencia de un desarrollo previo de la agricultura, que paga, con sus rentas, los trabajos de los artesanos y comerciantes; por otra parte, desde que han aumentado las rentas gracias a la agricultura, la industria forzosamente se desarrollará. Cada vez que se pretenda desarrollar a la industria a expensas de la agricultura, afectando, por ejemplo, los capitales que ésta necesita, no se hará más que disminuir el total de ingresos y la población, y perjudicar a la propia industria. Si el razonamiento de Quesnay es demasiado absoluto, no por ello merece menos nuestra atención.

Hay que observar que para Quesnay la ventaja de la agricultura desde el punto de vista de la población, no reside únicamente en el hecho de que es ella, y no la industria, quien crea materias alimenticias para el hombre, sino en el de que también es la que crea el valor. Es un rasgo esencial de su fisiocracia el preocuparse, ante todo, del valor de los productos agrícolas, de su precio, que debe ser remunerativo; una nación en donde los artículos agrícolas tienen bajos precios es, para él, una nación pobre. La opulencia consiste en la coexistencia de la abundancia con la carestía.

(9) *Op. cit.*, p. 48.

Si la abundancia provoca la reducción de los precios, los ingresos se aniquilan, y como consecuencia, la población languidece. Esta es una de las tesis menos fácilmente comprensibles, pero más originales y más características de la fisiocracia. Es la que conduce a Quesnay al liberalismo, particularmente en materia de cambios internacionales, pues si pretende que se pueden exportar libremente los artículos agrícolas, no es única sino principalmente porque esta exportación impide que sus precios bajen, sosteniendo y aumentando así los ingresos. De esta manera, la exportación de los "artículos del suelo" favorece a la población, en lugar de impedir su desarrollo como lo creían los mercantilistas.

En consecuencia, lo que hay que tener en cuenta, ante todo, es *el valor* de la producción. Pero hay que ir más allá, pues lo que Quesnay desea no es tanto la producción de bienes con gran valor, sino que exista un amplio margen entre el valor producido y los gastos de producción, es decir, un fuerte *producto neto*. Considera beneficiosa para el Estado toda disminución del número de hombres ocupado en el cultivo de granos, siempre que el producto no varíe. Todo trabajador que no crea *producto neto* no le interesa. De este modo, Quesnay llega a las siguientes proposiciones de apariencia un poco contradictoria: 1º un mayor ingreso neto permite una población más abundante; 2º este mayor producto neto se obtiene, frecuentemente, reduciendo el número de productores. Por otra parte, exige y éste es un punto importante de la doctrina fisiocrática, que se concedan importantes anticipos a la tierra. Quesnay sólo siente desprecio por el trabajo de los pequeños granjeros sin capital suficiente. Y para que los anticipos a la agricultura sean lo suficientemente fuertes, es necesario que la circulación de riquezas esté reglamentada de tal manera que vuelvan a la clase productiva. Del monto de los anticipos a la agricultura depende el *producto neto*, y de éste la población.

Como muchos de sus contemporáneos, Quesnay creía en una fuerte despoblación de la Francia de su tiempo, es decir, de mediados del siglo XVIII. Admite que la población del reino era sólo de 16 millones de almas, contra 19 y medio en 1701 y, piensa él, de 24 millones hacia 1650. Observábase, pues, una elevadísima disminución en el curso de esos últimos cien años, entre la mitad del siglo XVII y la del siglo XVIII. Si sucedió así, se debió a una

“degradación” de la agricultura, de la que Quesnay traza un sombrío cuadro en sus primeros escritos económicos, los artículos *Granjero* y *Cereales* escritos para la Enciclopedia. Esta degradación, a su vez, la atribuye a la acción de un conjunto de causas, siendo las principales: 1º el impuesto mal establecido (sabemos las preferencias fisiocráticas para el impuesto directo y único sobre la renta de los propietarios territoriales), arbitrario e indeterminado; 2º la milicia y las corveas; 3º las trabas a la agricultura (prohibición de plantar viñedos...); 4º las trabas al comercio de los artículos agrícolas; 5º el urbanismo que reduce los anticipos agrícolas, desarrolla el mal lujo, el “lujo decorativo”, opuesto al “lujo de subsistencia” que es benéfico porque sostiene los precios de los artículos del suelo. Añadamos las grandes fortunas muebles, que desvían parte del ingreso anual de la nación; los empréstitos de Estado que contribuyen a crear esas fortunas “pecuniarias”, etc.

¿Existe, para Quesnay, una relación fija entre las riquezas y la población? Algunos textos parecen indicarlo. Nos dice, casi como Mirabeau, que los reinos están poblados en razón de sus riquezas. Incluso parece expresar a veces una concepción análoga a la de la ley de bronce y la idea de que el precio común de los artículos de primera necesidad (principalmente el trigo) determina los salarios de los obreros. Escribe, incluso, que la propagación de los hombres se extiende más allá de las riquezas; dicho de otra manera, que no tiene más límites que las subsistencias y que siempre tiende a sobrepasarlos, lo que hace que en todas partes haya hombres en la indigencia y que normalmente los salarios estén reducidos al *mínimum de existencia*.

Pero no se deduce de esto, para Quesnay, que haya una relación fija entre la población y las riquezas; esta relación variará con las variaciones del producto neto y con el desarrollo mayor o menor del lujo. Por otra parte, el mismo Quesnay corrige la fórmula del salario mínimo y de la ley de bronce, haciendo observar que este mínimo es más o menos bajo según los países, y que el suficiente para un trabajador chino es muy inferior al que un trabajador europeo considera indispensable.

La relación de la población con las riquezas es, pues, variable. Aceptado esto, ¿cuál es la relación cuyo establecimiento debemos desear? La opinión de Quesnay es que no hay que pretender a

toda costa la que permite la cifra de población más elevada. En cierta medida al menos (que no precisa), más vale tener una población menos densa con un nivel más elevado de bienestar medio.

Por lo demás, la población de un país —y en consecuencia la de toda la tierra— no puede sobrepasar cierto límite. Hay un máximo de la producción y de la población. Cuando se llega a él y el aumento del número de hombres amenaza disminuir su nivel de existencia hasta lo “rigurosamente necesario”, hay que recurrir a la colonización (que, por lo demás, no es más que un remedio a una sobrepoblación local) o a leyes restrictivas del matrimonio, como las que Quesnay señala entre los incas.

Si el sistema de ideas de Quesnay sobre la población posiblemente no está perfectamente ligado, es sin duda porque el gran fisiócrata, espíritu mucho más realista y mucho menos sistemático de lo que suele decirse, se coloca, sobre todo, en un punto de vista nacional y práctico. A este respecto se asemeja a sus adversarios los mercantilistas. La situación particular de Francia, y de la Francia agrícola de su tiempo, es la que toma en cuenta. La intención de remediar lo que a sus ojos tenía de inconveniente es lo que lo impulsa a buscar las leyes económicas de la población. Y puesto que se preocupa por una situación particular, más aún, anormal para él, de la que trata de salvar al país que estudia, Francia, nada tiene de asombroso que a veces llegue a conclusiones de apariencia singular. Como por ejemplo, según Landry, la teoría que concede mayor importancia “al buen precio” de los artículos que a la cantidad de los mismos, y según la cual la abundancia de éstos sin el “buen precio” no significa ningún beneficio para la nación; teoría más singular aún, cuando se observa que Quesnay considera este “buen precio” como importante, no sólo con relación a los cambios con el extranjero, sino con relación al comercio interior. Es que para él mientras más elevado es el precio de los artículos, más aumentan los ingresos y permiten a sus titulares hacer trabajar y vivir a mayor número de obreros. Se puede objetar a esto que lo que cuenta es la cantidad de productos, y que si ésta aumenta, la mayor oferta de subsistencia provocará un aumento correlativo de la población.

Pero Quesnay en varias ocasiones parece rechazar esta manera de razonar y no admitir que el aumento de producción pro-

voque, por sí solo, el aumento de población. Para él, la oferta de subsistencias no basta, como lo cree Malthus, para asegurar inmediatamente una demanda correspondiente por medio de un excedente de natalidad; mientras que si los propietarios tienen más ingresos para gastar, comprarán más mercancías manufacturadas, pagarán más salarios y provocarán, así, un aumento de población. Sin embargo, su pensamiento está lejos de ser claro, y es posible que haya tenido simplemente la idea de que de la segunda manera este aumento era más rápido que de la primera, ya que se podía operar inmediatamente por la inmigración, y no lentamente por la natalidad. Por otra parte, esta concepción de Quesnay indudablemente que no es acertada (10), pues si hay alza de precios sin aumento de la cantidad de artículos, el aumento de ingresos de los propietarios y de la demanda de mano de obra, incluso el de los salarios *en dinero*, no permite aumento de población, puesto que los salarios *reales* no han aumentado, precisamente por el hecho de la carestía de los artículos.

Pero Quesnay tiene un segundo motivo, según Landry, para defender los "buenos precios". Es que sólo éstos permiten el aumento de los anticipos agrícolas y el aumento de la renta de las tierras, del producto neto que es su consecuencia. Un aumento de anticipos agrícolas da un aumento de ingresos, mientras que en otra rama de la producción no se producirá —según Quesnay— algo semejante. Pero él mismo reconoce que hay que colocarse en la hipótesis especial de una nación cuya agricultura necesite extenderse y mejorarse.

Es interesante una comparación entre la teoría de Quesnay y la de su contemporáneo Cantillon.

Para éste, se puede decir que la producción *condiciona* la población, pero no la *determina*. Conociendo la producción de un país no se conoce, *ipso facto*, la cifra de su población. Esta depende del género de vida al que están habituados sus habitantes y, de hecho, sobre todo del de los propietarios que manejan la producción. Estos, tan pronto podrán usar la tierra directamente, para su beneficio, como para pagar con sus productos a los obreros y artesanos a cambio de sus servicios. "De este modo, los gustos de

(10) Landry, *op. cit.*, § XXIII.

los propietarios ejercerán una influencia sobre la población. Los propietarios ¿gustan de los caballos? (11), o de la caza, de los grandes parques? Será necesaria una gran extensión de tierra para proporcionar la alimentación de los caballos o para criar las piezas de caza; tierra arrebatada a la producción, a los artículos consumidos por el hombre. Si el gusto de los propietarios va a las mercancías de mano de obra, harán grandes gastos en salarios y se producirá trigo para alimentar a los hombres en lugar de forraje para los caballos.

Como consecuencia de estas concepciones, vemos que Cantillon sostiene que “el lujo decorativo” es favorable a la población, y el lujo “de subsistencia” desfavorable; asimismo, sostiene que la población se verá favorecida con la exportación de mercancías de mano de obra y estorbada por la de los artículos del “suelo”. En estos diferentes puntos, Quesnay es contrario a la teoría de Cantillon.

Considera, como Mirabeau, que el lujo de subsistencia es benéfico. Un amplio consumo de productos del suelo produce ganancias mayores a los agricultores, les permite aumentar sus adelantos y hace posible un producto neto más elevado, cosas que no se consiguen con el lujo “decorativo”. Pero esto sólo es sostenible, dice Landry, si se trata de un país en que la situación de la agricultura sea tal, que un aumento de los adelantos a ella dé mayor rendimiento que un aumento de los adelantos a la industria. Por consiguiente, Quesnay se refiere a un caso particular.

Podemos, sin embargo, objetar a Landry que este caso que le parece particular, para Quesnay era general, puesto que no admite que la industria, cualesquiera que sean los anticipos que se le concedan, pueda proporcionar un producto neto.

¿También estaba preocupado Quesnay por la situación particular de Francia, cuando, desde el punto de vista de la población, da preferencia a la exportación de los artículos del suelo sobre los de mano de obra? Sí, según Landry, porque consideraba que en la Francia de entonces se había roto el equilibrio en detrimento de la agricultura. Además, vemos que Quesnay reconoce que la exportación de los artículos agrícolas puede ser, en otras condicio-

(11) Landry, *op. cit.*, § XXV.

nes, perjudicial a la población. Su tesis precedente, por tanto, era una tesis de economista realista, que razona sobre un caso nacional especial y no sobre una hipótesis general. Posiblemente, también, Quesnay, espíritu profundo y penetrante, pero complicado y un tanto tortuoso —cuando menos en la expresión—, no está siempre a salvo de contradicciones. Su doctrina de la población, como otras partes de su obra, es una doctrina que no se desarrolla en orden, en línea recta, sino que incluye rodeos y afirmaciones que la glosa trabajosamente concilia. Lo que es cierto, al fin y al cabo, es que está regida por la doctrina fisiocrática esencial, la del producto neto puramente agrícola, y por la ya menos general, pero tan específicamente fisiocrática como la otra, de la necesidad de los “buenos precios”.

Los discípulos ortodoxos de Quesnay reprodujeron sus ideas sobre la población, como las otras, tratando de sistematizarlas y encadenarlas en orden. Le Mercier de la Rivière (1720-1794) lo hizo en su *Ordre naturel et essentiel des Sociétés politiques* (1767) (12), una de las dos principales exposiciones didácticas de la fisiocracia. Trata de la población a propósito del impuesto, y de la demostración que pretende hacer de lo perjudicial de todos los impuestos que no sean el fisiocrático sobre el producto neto de los propietarios territoriales. Particularmente critica el impuesto establecido sobre los cultivadores y el que grava los salarios industriales. La manera como demuestra su efecto pernicioso está claramente inspirada en la doctrina de Quesnay. “Toda riqueza proviene de la tierra, dice Le Mercier, y sólo las reproducciones anuales pueden proveer los gastos, los consumos anuales de la sociedad” (13). El impuesto que grava a los cultivadores o empresarios agrícolas grava las riquezas “especialmente destinadas a los gastos de reproducción”, restringiendo así a esta última; por tanto, es necesario “que el consumo, y en consecuencia la población, disminuyan en proporción” (14).

Además de esto, Le Mercier admite, cuando menos para los asalariados de la agricultura, la ley de bronce. “La gran concurrencia de estos obreros..., dice, sostiene *necesariamente* sus salarios

(12) Cap. 32-34.

(13) *Op. cit.*, edic. Genthner, p. 205.

(14) *Ibid.*, p. 209.

al más bajo precio posible; quiero decir a un precio debajo del cual no se encuentra más que la indigencia y la miseria, plagas siempre destructivas de las clases de hombres para los que son el estado habitual" (15). El mal tiene que ir en progresión geométrica, pues "la disminución de los adelantos ocasiona otra en los productos; y ésta, a su vez, ocasiona otra en los adelantos" (16). "Esta pérdida progresiva altera progresivamente la masa de productos, la riqueza nacional y la población" (17). De este modo, la parte industrial de la población también se reduce, ya que la disminución del ingreso neto obliga a la clase de los propietarios a reducir sus compras de productos de mano de obra, es decir, los salarios entregados a los trabajadores de la industria.

En cuanto a esa clase, deja de ser beneficiaria, como lo exige la fisiocracia, "del mejor estado posible en la sociedad"; renuncia a convertir sus riquezas muebles en riquezas territoriales y a proveer a los gastos de una buena explotación. "De ello proviene una multitud de tierras incultas y la extinción progresiva de las rentas nacionales y de la población" (18).

El impuesto directo sobre los salarios de la industria o sobre la venta de "cosas comerciables" produce efectos semejantes. "Cualesquiera que sean los recursos que imaginemos, jamás podrán impedir que la disminución de salarios (por el impuesto) produzca una disminución de ingresos, y que de la disminución de rentas no resulte una nueva disminución de salarios. Se concibe fácilmente que a tal encadenamiento bien pronto seguirá una disminución progresiva de la población..." (19). Y así sucesivamente, de modo que el círculo no tiene fin.

El segundo de los grandes vulgarizadores de la fisiocracia, Dupont de Nemours (1739-1817), resume brevemente la teoría de Quesnay en su pequeño libro *De l'origine et des progrès d'une science nouvelle* (1768). Uno de los pasajes más conocidos de esta obra precisa la noción fisiocrática de la población en su relación con la agricultura y el producto neto.

(15) *Ordre naturel*, p. 212.

(16) *Ibid.*, p. 211.

(17) *Ibid.*, p. 213.

(18) *Ibid.*, p. 217.

(19) *Id.*, p. 234.

Después de mostrar que “las producciones espontáneas... no bastan para la subsistencia de una población numerosa” (20) y que la naturaleza prescribe los cultivos al hombre y que, por otra parte, tales cultivos implican diversos anticipos, divididos en territoriales, primitivos y anuales, Dupont prosigue: “Cuando de las cosechas se han tomado *los reintegros de los cultivadores...*; el resto se denomina *el producto neto*.”

“Este *producto neto* es la parte de la propiedad territorial. Es el precio de los gastos y trabajos... realizados para que la tierra pueda cultivarse.

“Mientras más considerable es este producto neto, será más ventajoso ser propietario territorial.

“Mientras más ventajoso sea ser propietario territorial, serán más las personas que consagren gastos y trabajos a crear, adquirir, extender y mejorar las propiedades territoriales.

“Mientras más sean las gentes que emplean..., etc., los cultivos se extenderán y perfeccionarán más.

“Mientras más se extiendan y perfeccionen los cultivos, será mayor la cantidad de productos consumibles que renacen anualmente.

“Mientras más se multipliquen los productos consumibles, los hombres podrán procurarse mayores satisfacciones y ser, en consecuencia, más felices.

“Mientras más felices son los hombres, mayor es el aumento de la población.

“De este modo, la prosperidad de la humanidad entera está ligada al mayor *producto neto* posible, al mejor estado posible de las propiedades rurales” (21).

En esta cadena de deducciones existen algunas transiciones un tanto dudosas. Pero, cuando menos, la teoría fisiocrática de la población aparece en ella netamente y reducida a sus términos esenciales; la población es considerada como dependiente del *producto neto*, e indisolublemente, de la condición en que se coloca a la clase de los propietarios rurales (22).

(20) *Op. cit.*, p. 12.

(21) *Ibid.*, p. 14.

(22) En otro párrafo (p. 22-26) Dupont resume opiniones análogas a las de Le Mercier sobre la población y el impuesto.

Otros fisiócratas, como el abate Baudeau en su *Première Introduction a la Philosophie économique* (1768), apenas tocan el problema de la población, pero siempre siguiendo al espíritu del maestro, refiriéndose a la noción del ingreso neto y a la de las tres clases, entre las cuales, la prominente es la de los propietarios territoriales; insistiendo, asimismo, entre las relaciones del fisco con el bienestar general de la población. François le Trosne (1728-1780) también toca el asunto en su libro *De l'interêt social* (1777). En fin, Turgot (1727-1781) lo aborda en diferentes ocasiones en su *Essai sur le Commerce* (1753) y en sus *Réflexions sur la formation et la distribution des richesses* (1766). En la primera de estas obras se adhiere expresamente a la idea de que la fuerza del Estado, considerando todos los demás factores iguales, será mayor mientras más numerosa sea la población. Un país poco poblado es un país pobre que no puede enfrentarse a la lucha política ni a la industrial. Turgot indica, asimismo, que el aumento de la población provoca el enriquecimiento de la clase de los propietarios, a consecuencia de la mayor abundancia de artículos y del juego de la renta que expone antes que Ricardo: Quesnay había afirmado que los propietarios deben enriquecerse para que el aumento de la población prosiga; Turgot hace de este aumento la causa del enriquecimiento de los propietarios. Su teoría en este caso no significa la negación de la de Quesnay, sino su contrapartida.

Predecesor de Ricardo en cuanto a la teoría de la renta, Turgot lo es también —en sus *Réflexions*— en cuanto a la teoría de la ley de bronce. Esta teoría implica la tendencia de la población a llegar hasta el límite a que las subsistencias se lo permiten. También aquí se separa de Quesnay, del que no fué más que un discípulo extremadamente independiente, para edificar teorías que presagian las de la escuela inglesa. Stangeland deduce de ello que todos los escritores franceses de la época fisiocrática (23) reconocieron la tendencia de la población a ejercer una presión sobre los medios de subsistencia. En realidad, esta concepción nos parece que es la de algunos de ellos; pero, como lo hemos visto, sería exagerado atribuirla a todos.

“Un fisiócrata disidente”, como se le ha llamado, Condillac

(23) Every french writer of this period... Op. cit., p. 264-265.

(1715-1780), en un libro importante (24), toca rápidamente la cuestión de la población, planteando este principio: "Nunca hay en un país más que la cantidad de habitantes que puede alimentar. Su número disminuirá si, suponiendo que todo lo demás permanece sin cambio, cada uno de ellos aumenta su consumo". Si para satisfacer necesidades de lujo cada individuo reclama los productos de un mayor número de acres de tierra, la población disminuirá en proporción. Entonces se plantea el problema de saber "si es más ventajoso para un reino tener un millón de habitantes que subsistan ayudándose uno al otro con el producto de diez acres por cabeza, o diez millones, de los que cada uno de sus individuos subsista con el producto de un solo acre". Condillac responde que "no es la mayor población, considerada en sí misma, la que debe hacer juzgar sobre la prosperidad de un Estado", sino "la mayor población que, considerada en relación con las necesidades de todas las clases de ciudadanos, se concilie con la abundancia a la que todos deben propender". Esta población se obtiene con el régimen de la *vida simple*, régimen intermedio entre el de la *vida grosera* y el de la *vida muelle*, y está caracterizado por cierto progreso de las artes, pero sin que llegue a permitir el lujo. Condillac, por otra parte, no parece concebir que exista un problema dinámico de la población, en el sentido en que Malthus ha de plantearlo. Para él es una cuestión estática, a la que trata de acuerdo con el espíritu de la antigüedad clásica, espíritu moral y político ante todo. Sobre este punto particular el economista notable que en otras ocasiones se revela, no parece afirmarse. Observemos, a pesar de todo, su adhesión a las doctrinas liberales y agrarias de los fisiócratas, ya que dice que "las tierras serán aprovechadas en dondequiera que la agricultura goce de una entera libertad; en tal caso, la población, en proporción con los consumos, será todo lo grande que pueda serlo. En esto consiste la prosperidad del Estado".

(24) *Le Commerce et le Gouvernement considérés relativement l'un à l'autre*, cap. XXV y XXVI.

CAPÍTULO VI

DOCTRINAS FRANCESAS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII, ADEMAS DE LAS FISIOCRATICAS.

Además de la escuela fisiocrática, en la segunda mitad del siglo XVIII podemos encontrar, en un número bastante crecido de escritores franceses, elaboraciones más o menos extensas, referentes a la población. Sin volver a Voltaire, sobre el que tuvimos que anticiparnos en este período, hay que mencionar a Rousseau y a varios de los que giraron a su alrededor o recibieron su influencia, tales como Mably, Morelly, y Raynal. Podemos agruparlos entre los primeros socialistas franceses modernos, grupo al que puede añadirse el propio Rousseau. Después de estos nombres conocidos de todos, es conveniente inscribir el de algunos autores más oscuros, pero cuya contribución suele ser, en el punto especial que nos ocupa, más importante que la de los primeros, como Brückner, Goyon de Plombanie, el marqués de Chastellux y Poivre. En fin, hay que conceder un sitio de honor a los que podemos considerar como fundadores, en Francia, de la demografía científica, es decir, Moheau, Messance, Expilly y Deparcieux. Las principales obras de estos autores, en lo que nos interesa, están situadas entre 1755 y 1775. Posteriormente podemos aún recordar los nombres del abate Mann, de Necker y de Condorcet.

I. *Socialistas*. Morelly, en su *Code de la nature* (1) (1775), expuso una doctrina de comunismo en la que sistematizaba las ideas que el autor había presentado dos años antes en su poema de la

(1) V. la reedición de E. Dolléans en la colección Geuthner.

Basiliade La cuarta y última parte de la obra establece en forma de artículos la legislación natural tal como el autor la imagina, y varios de estos artículos están reunidos bajo el título de “Leyes conyugales” y “Leyes económicas”, que revelan su concepción sobre la población. El artículo 1º impone el matrimonio a todo ciudadano desde que llega a la nubilidad. El celibato sólo está permitido después de los cuarenta años (2). Los matrimonios serán indisolubles durante diez años. Pasado este lapso, será posible el divorcio, pero sometido a ciertas condiciones; y contraer nuevas nupcias es aún más difícil. La nación se dividirá en familias, tribus y ciudades, y a medida que la población aumente, las tribus y las ciudades serán aumentadas proporcionalmente (3). En la medida de lo posible será igual el número de familias por tribus y ciudades (4). Se formarán nuevas ciudades si esto es necesario, o se empleará el excedente de ciertas tribus o ciudades para repoblar las que se hayan despoblado accidentalmente (5). Por lo demás, el autor no parece suponer que pueda haber un excedente de población tal que plantee el problema de la insuficiencia de subsistencias.

En pocas palabras, este “gran libro del socialismo del siglo XVIII”, como se le ha llamado (6), muestra la misma incomprensión del problema económico de población que las obras más antiguas de los utopistas clásicos. Es siempre la misma manía despótica de reglamentar detalladamente todo lo que se refiere a la propagación de los hombres, sin sospechar que posiblemente existen leyes naturales y leyes morales que la gobiernan ya; es siempre la misma necesidad de cortar a la sociedad sobre un modelo concebido *a priori*, regular y ficticio; siempre es el hombre tratado como *Menschenmaterial* del que el legislador dispone a su antojo.

El año mismo en que apareció el libro de Morelly, Rousseau publicaba, con un éxito infinitamente mayor, su *Discours sur l'iné-*

(2) *Leyes conyugales*, op. cit., p. 99.

(3) *Leyes económicas*, op. cit., p. 86.

(4) *Leyes conyugales*, op. cit., p. 101.

(5) *Id.*, *ibid.*

(6) Lichtenberger. V. el prefacio a la obra de Morelly, reeditada por E. Dolléans en la colección Geuthner.

galité des conditions. Pero el *Contrat Social* sólo apareció hasta 1762, y en esta última obra es donde hay que buscar, sobre todo, las opiniones de Rousseau sobre la población. Especialmente se afirman en dos capítulos (capítulo X del libro II, y IX del libro III).

Rousseau parece partidario del desarrollo de la población, pero no pretende un aumento indefinido. La densidad de la población le parece un signo de prosperidad y de un buen gobierno. “No hay, a sus ojos, peor escasez para un Estado que la de hombres”. “Se puede, dice (7), medir un cuerpo político de dos maneras: por la extensión de su territorio y por el número de pobladores; y hay, entre ambas medidas, una relación conveniente para dar al Estado su verdadera grandeza. Son los hombres quienes hacen al Estado, y es la tierra la que alimenta a los hombres; en consecuencia, esta relación consiste en que la tierra baste para el sostenimiento de sus habitantes y que haya tantos habitantes como la tierra pueda alimentar”. El ideal demográfico de Rousseau es, pues, el equilibrio en la plenitud. “En esta proporción, prosigue, se encuentra el máximo de fuerza de un número dado de pobladores, pues si hay terrenos de más, el cuidarlos es oneroso, el cultivo insuficiente y el producto superfluo; es la causa próxima de guerras defensivas; si no los hay bastantes, el Estado se encuentra, por el suplemento, a disposición de sus vecinos: es la causa próxima de guerras ofensivas...”

“No se puede calcular la relación fija entre la extensión de las tierras y el número de hombres que basten para llenarla, tanto a causa de las diferencias que se encuentran en las cualidades del terreno, en sus grados de fertilidad, en la naturaleza de sus producciones y en la influencia de los climas, como de las que se observan en el temperamento de los hombres que lo habitan... Hay que tener en cuenta, además, la mayor o menor fecundidad de las mujeres, lo que el país puede ofrecer de más o menos favorable a la población, la parte con que el legislador puede esperar contribuir por medio de reglamentaciones, de manera que no debe fundar su juicio en lo que ve, sino en lo que prevé... En fin, hay mil ocasiones en que las características particulares del sitio exigen o permiten que se abarque más terreno del que parece neces-

(7) *Œuvres*, edición de 1790, t. VIII, p. 89.

rio". (Débil densidad de las poblaciones montañosas; densidad elevada de las poblaciones marítimas).

En otro sitio (8), al plantearse la cuestión de la norma de un buen gobierno, Rousseau le da la siguiente respuesta: "¿Cuál es el fin de la asociación política? Es la conservación y la prosperidad de sus miembros. Y ¿cuál es el signo más seguro de que se conservan y prosperan? Es su número y su población. No busquéis en otra parte este signo tan disputado. En condiciones iguales, el gobierno bajo el cual, sin medios extraños, sin naturalizaciones, sin colonias, los ciudadanos pueblan y se multiplican, es infaliblemente el mejor; aquel bajo el cual un pueblo disminuye y perece, es el peor. Calculistas, ha llegado vuestro momento; contad, medid, comparad".

En suma, sin creer en la posibilidad de un desarrollo indefinido, Rousseau considera que una población densa es muy deseable en sí misma. Y piensa —lo cual es una manera de ver conforme a la tendencia socialista— que cuando no se obtiene, es por culpa de la organización social y de las leyes. Por lo demás, no parece dársele cuenta de la importancia del lado económico del problema ni sospechar que el principio de población pueda tender a ejercer normalmente una presión sobre las subsistencias. Su punto de vista no es muy diferente al de Morelly, salvo en que no se extiende a las reglamentaciones arbitrarias que éste nos presenta como el *Código de la Naturaleza* (9).

Un poco después que Rousseau, el abate de Mably (1709-1775), que probablemente es el más importante de los socialistas franceses del siglo XVIII, trata incidentalmente de la población en algunas de sus numerosas obras. En la más conocida, *Doutes sur l'ordre naturel et essentiel des sociétés politiques* (1768), en la que hace el proceso de la propiedad privada y de la doctrina fisiocrática, se pronuncia contra la tesis de Quesnay de que la "riqueza de las co-

(8) *Œuvres*, p. 154.

(9) En su *Gouvernement de Pologne* (1772), Rousseau profesa las mismas ideas: "Multiplicad sin cesar vuestros triunfos y vuestros hombres, sin preocuparos del resto... El efecto infalible y natural de un gobierno libre y justo, es la población. De manera que mientras más perfeccionéis vuestro gobierno, multiplicaréis a vuestro pueblo sin siquiera pensar en ello". (*Id.*, n. 386-387).

sechas anuales es la medida de la población" (10), y contra la crematística de los fisiócratas. Da su sitio a la influencia de las causas políticas y morales. Para él, el despotismo transforma las provincias en desierto, al despoblarlas (11) y a este respecto trata de probar, contra Quesnay, que la numerosa población y la agricultura minuciosa de los chinos no deben nada al despotismo de su gobierno (12). También podemos recoger algunas observaciones en sus *Théories sociales et politiques* (1763), y en su tratado *De la législation* (1776). En esta última obra, en la que, como en las *Doutes*, abre el proceso contra la propiedad, denuncia especialmente los perjuicios de la gran propiedad rural desde el punto de vista de la despoblación de ciertas regiones (13). "Añado, escribe en otro sitio, que si los hombres jamás hubieran establecido la propiedad, la tierra estaría tan cultivada y poblada como puede estarlo. La felicidad, ¿no multiplica a los hombres?" Es siempre el punto de vista socialista, según el cual la población depende ante todo de las instituciones, de las leyes y del reparto, más que de la producción misma de las subsistencias: el comunismo es benéfico a este respecto como en todos los otros, y la propiedad, perjudicial.

Al mismo grupo pertenece el declamatorio autor de la *Histoire philosophique des Etablissements et du Commerce des Européens dans les deux Indes* (1770), abate Raynal. Admite, de manera general, que la población está reglamentada por el total de las subsistencias; que en los países demasiado poblados, la colonización permite deshacerse del exceso de población, al mismo tiempo que se enriquece a la madre patria; que el lujo que sigue generalmente a la prosperidad retarda el crecimiento; que una justa medida en la prosperidad, por lo contrario, lo favorece; en fin, que la miseria y las malas instituciones lo impiden.

D'Holbach, en su *Système social* (1773), relaciona la población con la bondad del gobierno, la sabiduría de las leyes, la fertilidad del suelo, la industria de los habitantes, la libertad y la seguridad de que goza el pueblo. Un país mal gobernado siempre

(10) *Œuvres* de Mably, edición de 1797, t. XI, p. 19.

(11) *Ibid.*, p. 72.

(12) *Ibid.*, p. 79 y siguientes.

(13) *Ibid.*, t. IX, p. 96.97.

está, por lo contrario, demasiado poblado, con relación a la población que este mal gobierno le permite alimentar.

II. En Goyon de Plombanie encontramos de nuevo a un escritor preocupado por los mismos problemas que habían atraído la atención de Vauban y de Quesnay. Su libro *Homme et Société, ou Nouvelles vues économiques et politiques pour porter la population au plus haut degré en France*, se publicó en 1763. Deplora en él, como tantos de sus contemporáneos, la situación de las clases rurales. Si la agricultura declina, todo languidece junto con ella; sin agricultura no hay hombres; la agricultura es la fuente de la riqueza y del poder de los estados, riqueza y poder que consisten en una población numerosa. Sin embargo, Plombanie que consagra una importante parte del libro a la cuestión del lujo, se niega a condenarlo en bloque, como numerosos agrarios lo han hecho. Pien- sa que la demanda de objetos de lujo proporciona trabajo a muchos individuos, y que el gusto por tales objetos sobreexcita a la ambi- ción, principal motor de la actividad humana. El lujo sólo es ver- daderamente nocivo cuando para alimentarlo las clases dirigentes oprimen a las clases rurales.

El lionés Pierre Poivre (1719-1786) también subraya la im- portancia de la agricultura para el crecimiento de la población en sus *Voyages d'un philosophe* (1768). La considera como la ocupa- ción de que dependen finalmente todas las otras, y cuyo estado más o menos floreciente está en relación con el grado de civiliza- ción y la bondad del gobierno de un país.

Stangeland ha llamado la atención sobre una obra publicada en francés en Leyde, 1767, con el título de *Théorie du système ani- mal*, que ya Carlos Marx, en un pasaje extremadamente duro para Malthus, había señalado por contener —“agotando” incluso, dice toda la teoría moderna de la población. Dicha obra, como el *Ensa- yo sobre el principio de población*, se debe a un pastor protestante, Brückner, y es extremadamente rara en nuestros días. Parece, en efecto, que este libro deba considerarse entre los más importantes de la época premalthusiana.

Brückner expone que una ley preside a la multiplicación de los animales y que éstos, la especie humana inclusive, tienden a multiplicarse tanto como las condiciones naturales o artificiales lo permiten. Pero, añade, “en el mundo animal como en el vegetal,

las especies no podrían subsistir más que en cierta proporción con la extensión de terreno que ocupan; cuando el número de individuos excede a esta proporción, las especies disminuyen y perecen porque dondequiera que haya superabundancia de vida hay escasez de alimentos". En lo que se refiere al hombre, la acción de esta ley aparece patente en las grandes ciudades, en las que la porción pauperizada de la población es fuertemente diezmada por la miseria. Brückner ataca a los partidarios ciegos del desarrollo de la población. Su aumento, dice, es un bien cuando se produce en el seno de una nación libre, esclarecida, rica en ventajas naturales y protegida contra la invasión de vecinos menos fuertes —con esta noción, Brückner parece designar a Inglaterra—; pero en un país que carece de tales condiciones, un aumento de la población no conduce más que a mayores sufrimientos y muertes.

Existen y son necesarias fuerzas coercitivas para restringir el crecimiento de las especies, pues sin ellas el resultado de un aumento no podría ser más que la extinción de toda vida. Su acción es más directa entre los pueblos primitivos, de economía rudimentaria, que entre los civilizados que poseen medios más variados para procurarse lo necesario y lo superfluo. Los dos principales obstáculos que encuentra el aumento de la población, son: 1º la falta de subsistencias que conduce ordinariamente a la guerra; 2º la peste y el hambre, mucho más temibles: "La guerra tiene sus horrores, sin duda; pero está muy lejos de presentar un espectáculo tan terrible como la peste y el hambre".

La civilización tiende a prevenir estos males; pero, por otra parte, engendra causas indirectas de paralización de la población, lujo, pereza, sensualidad, debilitamiento moral, diversas ocupaciones peligrosas. "Si se consideran bien todos los efectos que producen las artes y las ciencias en la sociedad, se verá que si por una parte multiplican a la especie humana, por la otra encierran ocultos venenos que retardan su progreso y sirven de correctivos a los excesos de su influencia". Brückner lanza aquí a los investigadores en el camino de una encuesta relativa a la importancia del punto de vista psicológico en materia de población. No se refiere de una manera expresa a los efectos del *moral restraint*, pero parece haberlos considerado implícitamente. Stangeland admite (14)

(14) *Op. cit.*, p. 237.

que su reserva sobre este punto, y el no presentar su teoría en una forma matemática, constituyen las principales diferencias entre su obra y la de Malthus. Se puede dudar que la segunda, cuando menos, constituya una ventaja indiscutible en favor de Malthus.

Entre los escritores poco conocidos que en el período 1750-1789 trataron con cierta amplitud y explícitamente el asunto de la población, hay que citar también al marqués de Chastellux, oficial de mérito y diplomático de talento, con su tratado de la *Félicité Publique* (1772) (15). ¿Cuáles son los indicios de esta felicidad? Son dos los que en primer lugar se presentan al espíritu: el estado de la agricultura y el de la población; pero el primero es el que hay que tomar en cuenta sobre todo. Al contrario de algunos de sus contemporáneos, Chastellux proclama la superioridad de la agricultura moderna y se pregunta si la población ha progresado tanto como ella. Piensa, como Voltaire y Hume, que la tierra está mucho más poblada que antiguamente. Pero si de una manera bastante general la población es la prueba de la prosperidad de una nación, en la medida en que supone un estado económico satisfactorio y una buena legislación, esta prueba no tiene nada de absoluta. Regiones miserables o gobernadas despóticamente tienen algunas veces una población densa. Chastellux cita como ejemplo a los pequeños estados de Alemania, que le parecen desprovistos de comercio y de industria, gobernados tiránicamente y en los que, sin embargo, la población se multiplica. Si, en general, puede decirse que las subsistencias son la medida de la población, la relación entre ambos términos varía a veces en detrimento del bienestar; incluso puede caer muy bajo sin destrucción positiva de la población, pues "la naturaleza, más económica que los tiranos, sabe todavía mejor con qué poca cosa pueden los hombres subsistir". Para Chastellux el índice más seguro de la felicidad pública es la elevación de los salarios, lo que llama "la tarifa de la vida humana". Asimismo, Malthus dirá que la felicidad en un país está en razón de la cantidad de alimentos que el obrero puede comprar con una jornada de trabajo.

Pero Chastellux, a la inversa de Malthus, no abriga ninguna inquietud por un próximo peligro de sobrepoblación. Tiene con-

(15) V. Puvilland, *Les doctrines de la population en France au XVIIIe siècle*, p. 107 y siguientes. Et. Sicot, *Le marquis de Chastellux*.

fianza en la extensibilidad de la producción y de las subsistencias. Cree que un gobierno prudente puede alcanzar su fin, que es más el de “tener una población feliz que una población numerosa”, “hacer nacer más subsistencias sin alimentar a más habitantes” y asegurar, en una palabra, la elevación de la “tarifa de la vida humana”. En consecuencia, también aquí estamos ante un escritor que deja de predicar el aumento de la población a toda costa, que desea, incluso, una disminución o una suspensión, sin caer por esto en los temores de sobrepoblación que obsesionarán a los malthusianos. Por esto, justamente, Puvilland lo ha comparado con Voltaire.

III. “El siglo XVIII, dice E. Levasseur, es el primero que en Francia haya aplicado a esta materia (la demografía) la curiosidad científica, y comprobado por medio de investigaciones metódicas que la vida humana está sometida a leyes. Por lo demás, esta curiosidad no se manifestó en los libros antes de 1750” (16). En efecto, como hemos visto, numerosos autores especularon antes de esta fecha sobre la cuestión de la población, de una manera más o menos abstracta; pero los primeros demógrafos y estadísticos franceses propiamente dichos, los que estudiaron el problema y analizaron sus elementos con método y *a posteriori*, pertenecen a la segunda mitad del siglo XVIII. Los principales son Expilly, Mesance, Moheau, Dupré Saint-Maur y Lavoisier (17).

Sin embargo, tuvieron precursores en cierto número de escritores de los dos siglos precedentes, autores de tratados de geografía descriptiva como, en el siglo XVI, el italiano Sansovino (18) y en el XVII, el alemán Conring (19) y el francés Pierre Davity (20). Pero sus obras, frecuentemente importantes desde el punto de vista estadístico, no contienen más que vagos esbozos y ninguna investigación de las leyes demográficas. En la primera mitad del siglo XVIII, el libro del duque de Boulainvilliers, *Etat de la France* (1727), redactado con los documentos reunidos en la gran encuesta de los intendentes, ya es mucho más preciso desde el

(16) *Op. cit.*, p. 249.

(17) También pueden citarse Pommelles, Tolosan, Saugrain, Arnouldt, etc.

(18) *Del governo e amministrazione di diversi regni e republiche*, 1583.

(19) *De imperii Germanici republica acroamata VI*, 1634.

(20) *Les Etats empíres, royaumes... etc.*, 1659.

punto de vista estadístico y constituye una descripción detallada de Francia.

Aproximadamente veinte años después el matemático Deparcieux publicó su *Essai sur les probabilités de la durée de la vie humaine* (1746), que contiene tablas de mortalidad utilizadas posteriormente por largo tiempo para operaciones de préstamos, de rentas vitalicias, de seguros, etc. Deparcieux hizo entrar en sus cálculos distinciones hasta entonces descuidadas, aplicándose, por ejemplo, a medir las posibilidades de longevidad según las clases sociales. Su obra contiene, además, diversas e interesantes observaciones sobre la población, señala la tendencia a la deserción del campo en beneficio de las ciudades, y protesta contra el hábito de la crianza al aire libre que, dice, mata a más de la mitad de los niños del bajo pueblo.

El abate Expilly es, después de Boulainvilliers, el primero en fecha de los escritores del siglo XVIII que haya tratado de calcular seriamente y por medio de pacientes análisis la población de Francia; su *Dictionnaire des Gaules* apareció en 1765. A la cifra de cerca de 18.000,000 de hombres que Mirabeau atribuía a la Francia de entonces, él le opone la de 22.000,000 de almas, probablemente mucho más cerca a la verdad.

En 1766 apareció un nuevo tratado de demografía, o más bien dicho, una colección de concienzudas monografías, basadas en una observación metódica y en una clasificación razonada de los hechos. Se trata de las *Recherches sur la population des généralités d'Auvergne, de Lyon, de Rouen et de quelques autres villes du royaume*, obra atribuída a diversos autores; pero probablemente se deba a quien la firmó, es decir, a Messance, secretario del intendente de Auvernia, La Michodière.

Messance concibe que existen leyes naturales que rigen los fenómenos demográficos, como el alemán Süssmilch, por su parte, lo había afirmado ya. De estas leyes tiene la siguiente idea: "En general, dice, está dentro del orden de la propagación que el número de nacimientos responda al número de habitantes en proporción tal que los hombres que nacen puedan llenar el vacío de los que mueren; es incluso necesario que en las pequeñas ciudades y parroquias haya en los años ordinarios más nacimientos que muertes, tanto para proveer a las grandes ciudades como para reparar

las devastaciones de la guerra, de las pestes y de otras plagas que afligen al género humano y que posiblemente lo habrían destruído ya, si en el orden ordinario el número de nacimientos no excediera al de fallecimientos" (21). Este pasaje no parece revelar en el autor una idea muy fuerte de la potencia del principio de población. No obstante, en otros fragmentos se aproxima más sensiblemente al pensamiento malthusiano. Al hablar de las grandes plagas destructivas se expresa así: "Como en las reglas de la Providencia nada sucede al azar, estas plagas pueden tener su utilidad; posiblemente mantienen el nivel entre el número de los habitantes de la tierra y los productos destinados a su subsistencia, e impiden que la especie humana se multiplique demasiado y sobrecargue la superficie de la tierra, de lo que podrían resultar mayores males que los causados por la guerra, las pestes y las otras enfermedades epidémicas" (22).

Pero Messance no se dedica a desarrollar estas consideraciones generales. Se propone, con ayuda de cálculos operados sobre bases locales (la estadística de nacimientos y matrimonios en algunas generalidades y el censo directo de algunas pequeñas ciudades y parroquias), calcular la población de Francia. La hace un poco mayor que Expilly, o sea de 23.109,250 habitantes para el año de 1766, y para el territorio francés de entonces. Su procedimiento para llegar a estos resultados consiste en establecer una proporción, allí en donde puede comprobarla, entre la media anual de nacimientos y la cifra de habitantes de los sitios censados, para obtener un coeficiente que le permita en seguida calcular la población total de Francia y afirmar el progreso de su población.

Algunas de sus observaciones incidentales son seguramente discutibles. Por ejemplo, proclama que "la fecundidad del matrimonio depende de causas absolutamente independientes de la voluntad misma de los únicos que pueden contribuir a ella" (23). Aquí tiene en su contra a todos nuestros demógrafos modernos que afirman la importancia decisiva de la restricción voluntaria como factor de la desnatalización. Messance deducía de su afirmación temeraria la impotencia de las leyes de población de la época mer-

(21) *Recherches*, edic. 1776, p. 2.

(22) *Ibíd.*, p. 2.

(23) *Id.*, p. 143.

cantilista. Por otra parte, protesta contra la teoría fisiocrática de los “buenos precios”, y ve en el bajo precio del trigo el medio de aumentar el bienestar del pueblo. En total, su obra es doblemente interesante, tanto en sí misma como por abrir una vía de investigaciones en la que Moheau iba a internarse con mayor éxito.

El valor de la obra de Moheau (1778), titulada *Recherches et Considérations sur la population de la France*, es casi de primer orden. La paternidad de este libro, como la del de Messange, ha sido discutida, atribuyéndose a veces a Montyon. Creemos haber expuesto los elementos del proceso e indicado las razones que permiten sostener la atribución tradicional en nuestro prefacio a la reedición de esta notable obra (24).

Posiblemente no exageremos si consideramos el libro de Moheau como el primer tratado de demografía digno de este nombre y escrito en francés. La mayor parte de las obras anteriores, lo hemos visto, no revelan una ciencia muy rigurosa, sino, frecuentemente, concepciones más o menos subjetivas. Otros libros tratan de llegar a una mayor exactitud, y utilizan en cierta medida la estadística. Pero si la estadística es la base de la demografía, está muy lejos de constituir toda la demografía, ya que ésta no solamente tiene que registrar y clasificar los fenómenos relativos a la población, sino interpretarlos y tomar en cuenta aspectos cualitativos, y no solamente cuantitativos, de ésta. El libro de Moheau no es ni una simple compilación de cifras, ni un conjunto de consideraciones *a priori*, sino una tentativa seriamente concebida y conducida para exponer metódicamente y resolver científicamente los principales problemas relativos a la población. E. Levasseur no vacila en considerar a Moheau como uno de los principales fundadores de la ciencia demográfica.

Las *Recherches et Considérations* constituyen una obra bastante importante, dividida en dos partes. En la primera, Moheau estudia lo que él llama el *Estado de la población*. Después de insistir en el “valor de la población en un Estado”, en “la utilidad de las investigaciones sobre la población” y en “los medios de conocer la población”, trata de llegar a precisar la cifra de la población de Francia, su división por sexos y edades, por clases, su composición desde el punto de vista de la estatura y de la fuerza, su fe-

cuidad y su mortalidad. También lleva su examen a la emigración y la inmigración, e investiga, en fin, el efecto producido dinámicamente sobre una población por el juego de los diversos factores demográficos. Es la parte más especialmente estadística de la obra, y es ya notable. Es sorprendente, al leer a Moheau, ver con qué prudencia científica, completamente moderna, utiliza las cifras y las interpreta; cómo sus juicios generalmente siguen siendo sólidos si se les examina a la luz de los documentos, incomparablemente más precisos y numerosos de que disponen los sabios de nuestros días; cómo escapa a los prejuicios muy extendidos de su tiempo, y cómo, incluso, evita errores y exageraciones cometidos después de él por escritores de mucho mayor notoriedad. Procede con circunspección, medida, buena fe, y un espíritu de moderación y prudencia que a veces recuerda el de A. Smith, cuyo *Ensayo* es casi contemporáneo de las *Recherches*.

Esta prudencia no impide a Moheau, de ninguna manera, exponer, a veces con singular relieve, ideas importantes y frecuentemente nuevas en su tiempo. Claramente partidario del desarrollo de la población, está persuadido, como la mayor parte de sus contemporáneos, de que uno de los primeros deberes del soberano es el de alentarlo. Pero de esta actitud da razones económicas precisas. Recuerda que el hombre "es el más precioso de los tesoros de un soberano"; que es, a la vez, "el último término y el instrumento de toda especie de productos" (25) y que la riqueza de un Estado, como la de un particular, se calcula según el número de hombres a los que puede dar trabajo. Pero no se detiene aquí, y trata de evaluar en cifras el valor económico del ser humano. Desarrolla, incluso, con un siglo de antelación, ideas que hacen pensar en las de A. Coste, sobre la *sociometría* y sobre el modo de calcular la potencia de los estados por medio de una comparación de las cifras de su población con su superficie territorial. Y precisa: muestra especialmente cuáles son las ventajas de la población concentrada, desde el punto de vista, por ejemplo, del desarrollo de la división del trabajo, a la que llama "trabajo combinado". Sobre este tema escribió algunas páginas que, por su precisión, su simplicidad y su penetración no harían mal papel en el *Ensayo sobre la Riqueza de las Naciones*.

(25) Reedición de las *Recherches*, colec. Geuthner, p. 7.

Moheau indica, casi al principio de su libro, cuál será su método. Es inductivo. Quiere elevarse de los hechos al conocimiento de los principios, de la experiencia a la teoría. Pero ¿de qué hechos conviene partir? Declara tener muy poca confianza en los censos directos, plagados de errores. Prefiere calcular la población según las familias, las casas, las cuotas, o también de acuerdo con el número de nacimientos, más fácil de obtener con exactitud suficiente. Considera que puede determinarse que en Francia hay un nacimiento anual por cada 26 habitantes, o sea cerca del 40 por 1,000; y sobre esta base, combinada con la que proporciona la tasa de mortalidad (cerca del 33 por 1,000) (26), y lo que cree saber de la emigración y de la inmigración (27), establece cálculos que llegan a dar a Francia una población de 23.500,000 a 24.000,000 de almas.

No podemos seguir a Moheau en su análisis de la población por edad, sexo, clase, etc. Observemos solamente que trazó los cuadros que los estadísticos modernos continúan usando generalmente para clasificar sus resultados. Pero sus exposiciones no son áridas; las enriquece con abundantes observaciones interesantes o juiciosas. Enemigo de las paradojas y de las exageraciones, prefiere las nociones comprobadas y las opiniones medias. Alaba y desea la fecundidad; proclama (expresión de austeridad un poco entristecida) que “el primer deber del ciudadano es *sufrir el yugo del matrimonio*”, y que “uno de los mayores servicios que puede hacer a la sociedad es aumentar el número de individuos que la componen”. Pero reconoce la utilidad social de ciertas formas de celibato, y las defiende contra los ataques, frecuentemente apasionados y contradictorios, de varios autores contemporáneos de él. Partidario del desarrollo de la población, cree en la feliz influencia de ciertas medidas generales tomadas por el Estado para favorecer este desarrollo; pero es escéptico en lo que se refiere a la eficacia de los estímulos pecuniarios y directos. Rechaza las extravagantes ideas de Wallace y de Montesquieu sobre la decadencia de la población de los estados modernos comparados con los de la antigüedad, pero sin caer en el exceso inverso y sin olvidar que para el conjunto del Universo la cuestión es mucho más

(26) Y la tasa de nupcialidad, que calcula en cerca del 8.5 por 1,000.

(27) La primera, cree él, más fuerte que la segunda.

dudosa que para Europa. La población tiene un flujo y un reflujo, dice (28), sensible en el transcurso de los siglos, que enriquece o empobrece diversas regiones, como el mar descubre una playa para absorber otra; pero hay que estar bien instruído o ser muy audaz para atreverse a calcular o a balancear las pérdidas y ganancias de la humanidad...” (28). Incluso declara el problema insoluble actualmente, y califica las investigaciones hechas con tal objeto de “puras especulaciones, tan inútiles como penosas” (29). El problema sólo pueden resolverlo, sin grandes dificultades, ciertas naciones consideradas aisladamente, como Francia. En lo que a ésta se refiere, Moheau no vacila en concluir que su población aumenta, y llega a profetizar que si su tasa de aumento no varía, su población se duplicará en dos siglos y medio.

Pero si Moheau cree imposible calcular las variaciones efectivas de la población del globo, y especialmente afirmar que ésta crece en su totalidad, también cree que *a priori* se puede conjeturar una tendencia de este sentido en “nuestro clima”. En general, dice (30), la humanidad está constituida de tal manera, y la fecundidad y la mortalidad están tan enlazadas, que nuestra especie debe multiplicarse en nuestro clima, si alguna razón local, física o moral no trastorna el orden de la propagación y no invierte la ley de natura”. Cita, a este propósito, los cálculos de Deparcieux, los de Wallace, y las afirmaciones de Franklin sobre la población de la Nueva Inglaterra, que luego sirvieron de base a las deducciones de Malthus (31).

¿Hasta dónde puede llegar el progreso? “Creemos, responde Moheau, que los límites de la población sólo están fijados por la cantidad de hombres que la tierra puede alimentar y vestir; estos límites, que son reales para la totalidad del universo, no existen para un país particular; y su población puede ser superior a la fecundidad del suelo si el habitante encuentra en su industria medios para subvenir a sus necesidades y convertir al suelo extranjero en tributario... Debemos tener por cierto, pues, que la posibilidad de la extensión de la población llega hasta el punto

(28) Op. cit., p. 177.

(29) *Ibidem*.

(30) *Id.*, p. 189.

(31) Y que, por lo demás, parecen sospechosas.

en donde la reunión de un número de hombres en un mismo territorio podría perjudicar a su conservación por la alteración de la atmósfera, o la intercepción de las comunicaciones, o la insuficiencia de los medios para proveer a las necesidades de la vida" (32).

Vemos que Moheau se da cuenta muy claramente del problema de las relaciones entre la población y las subsistencias. Pone de relieve la importancia económica de "esta necesidad de unirse, de este ardor para reproducirse que, en el orden de los afectos, tiene el primer lugar después del hambre". No ve otros límites a la población que la imposibilidad física de vivir para un número mayor de individuos. Pero este límite, a sus ojos, es sobre todo teórico. Nuestra especie debe multiplicarse, dice, *en nuestro clima*, y si "alguna razón local, física o moral, no invierte el orden de la naturaleza". Pero existen razones de este género, que son analizadas por Moheau en la segunda parte de su libro en forma que puede colocarse junto al análisis de Malthus, incluso con ventaja en ciertos casos, pues Moheau es mucho menos sistemático, mucho más ponderado que el autor inglés. Posiblemente se da cuenta mejor de todo el poder de los obstáculos preventivos y represivos que Malthus subestima en ciertas ocasiones; particularmente de la influencia mortífera de gran número de trabajos, de la restricción voluntaria, etc.

Esta segunda parte, titulada *De las causas del progreso o de la decadencia de la población*, comprende dos divisiones en las que se tratan sucesivamente causas físicas y causas morales. Moheau enumera entre las primeras las diferentes condiciones climatológicas, la alimentación, el reparto de bienes, la costumbre, los oficios. A propósito de cada una multiplica interesantes observaciones. Sobre la alimentación abre horizontes que atestiguan un espíritu más abierto y más filosófico que el de Malthus; mejor que éste, calcula la elasticidad de la producción de las subsistencias, insistiendo en el carácter *polifago* del hombre, en la posibilidad de utilizar recursos alimenticios aún mal conocidos o, incluso, desconocidos, adelantándose, así, no a las ensoñaciones más o menos quiméricas —y poco seductoras— de un Berthelot,

(32) *Loc. cit.*, p. 190, 191.

sino a las observaciones juiciosas de un Patten. Según Moheau, es importante desarrollar el estudio experimental y racional de los artículos, para llegar a conocer bien y a utilizar el valor real de una multitud de equivalentes alimenticios descuidados o rechazados. Este es, ciertamente, uno de los aspectos bajo los cuales la crítica de la teoría malthusiana podría, todavía hoy, volver a intentarse de una manera interesante y nueva.

También podemos recoger observaciones muy justas en lo que dice Moheau a propósito “de los oficios destructores de la especie humana”, cuya lista, dice, comprende casi todos los oficios (33). “En el estado actual de la sociedad, añade, no es posible tener un techo, vestirse, alimentarse, alumbrarse, ser sepultado, sin que esto cueste la vida a multitud de individuos o, cuando menos, sin que el ministerio peligroso que prestan a nuestras necesidades y a nuestros gustos altere su salud o abrevie sus días”. Moheau reclama una intervención protectora para los trabajadores. Entre las causas “civiles, políticas y morales” susceptibles de obrar sobre el movimiento de la población, indica la religión, el gobierno, las leyes civiles —particularmente leyes matrimoniales y de sucesión—; algunas leyes penales, las costumbres, el lujo, los usos, los impuestos, la guerra, la navegación y la colonización, etc. Su enumeración en suma, es muy completa, y sólo podemos reprocharle cierta concisión. De manera general, las causas morales le parecen más poderosas que las físicas. “Lanzad una mirada, dice, sobre el globo que habitamos, y veréis... las instituciones humanas prevalecer sobre las influencias físicas” (34).

Proclama, especialmente, la influencia favorable a la población que ejercen las religiones, y particularmente el catolicismo, que “penetra en el secreto del matrimonio y proscribte todo acto de placer que no tienda a la generación” (35). El celibato religioso, es cierto, le parece perjudicial a la población; pero añade inmediatamente que este perjuicio se ha exagerado mucho por la prevención y que está ampliamente compensado. Por el contrario, no atribuye gran importancia a la forma de gobierno, pues lo que importa sobre todo a la población es que éste procure “la seguridad

(33) *Op. cit.*, p. 218

(34) *Op. cit.*, p. 225.

(35) *Ibidem.*, p. 228.

de las personas y de los bienes". La libertad es favorable a la población; la esclavitud le es adversa. En cuanto a la servidumbre, Moheau condena la opinión de los que la creían susceptible de ayudar al aumento de la población, bajo el pretexto de que el señor está interesado en ayudar a sus siervos. "Colocar, dice (36), a unos hombres bajo la dependencia de otros para asegurarles la subsistencia, es una operación del mismo género que si se les redujera a la mendicidad para darles derecho a la caridad..."

Moheau no quiere honores ni pensiones en favor del matrimonio; critica incluso, desde este punto de vista, la política de Colbert. Pero exige para los padres de familia exenciones de impuestos y de diversas cargas. En materia de sucesiones, critica moderadamente los derechos de agnación y de primogenitura y las sustituciones que, entre otros inconvenientes, le parecen comprometer a la población. En lo que se refiere a las costumbres, en tres palabras subraya el efecto de las malas, de las que algunos esperaban, como compensación parcial, un aumento de natalidad. "El libertinaje no puebla". Un determinado número de uniones ilegítimas no produce la vigésima parte de los nacimientos debidos a igual número de matrimonios. Y a este propósito indica que ya el neomalthusianismo y la restricción voluntaria penetran hasta en el campo (37). "Es tiempo, dice proféticamente, de detener esta causa secreta y terrible de despoblación que arruina imperceptiblemente a la nación y de la que dentro de algún tiempo habrá que ocuparse, cuando posiblemente sea demasiado tarde". También protesta contra la crianza mercenaria, en términos tan severos como los empleados por Rousseau.

El lujo es peligroso para la población. Moheau muestra la oposición que existe entre el deseo de una descendencia numerosa y la de satisfacer necesidades personales, numerosas y costosas. Bajo un régimen más igualitario la natalidad sería mayor, mientras que bajo el que sanciona una desigualdad demasiado grande se contempla "en todas partes el espectáculo del hombre rico que

(36) *Ibíd.*, p. 237.

(37) P. 258. "Las mujeres ricas... no son las únicas que consideran la propagación de la especie como una engañifa de los tiempos viejos; ya estos funestos secretos desconocidos a todo animal que no sea el hombre, han penetrado en el campo; hasta en las aldeas se engaña a la naturaleza".

altera los votos de la naturaleza... , que abusa de sus semejantes, arrebatándoles para su placer, sus gustos y caprichos, los medios de subsistencia; la naturaleza es traicionada, la nación sacrificada y la generación futura extinguida de antemano" (38). La crítica de Moheau incluso se detiene en detalle sobre ciertos usos y abusos a la moda, y a veces adquiere un tono completamente moderno; por ejemplo, encontrará sorprendente y aflictivo "que el sexo más delicado se vista de un modo que podría ser funesto al hombre más robusto" (39).

Los impuestos elevados son destructores de hombres, cuando menos los impuestos existentes. Pues, dice Moheau, sería posible sustituirlos por otros que favorecieran a la población: impuestos sobre las tierras sustraídas a la agricultura; impuestos sobre la domesticidad; impuestos en general sobre "todo uso, todo goce que sólo puede existir a costa de una extinción de la reproducción" (40).

A propósito de la guerra —de la que Moheau se esfuerza en demostrar que *no paga* (41)—, indica que opera en la nación una selección al revés; y considera, por otra parte, un grave peligro el celibato militar.

El comercio marítimo, la colonización y la emigración también le parecen tener efectos desastrosos para la población. A sus ojos, los franceses emigran demasiado. "La expatriación es una enfermedad nacional"; fórmula sin duda muy exagerada, si se admite, como el mismo Moheau lo hace, que la emigración total era de cerca de 25,000 individuos al año. Pero ya hemos visto que las ideas de Moheau a este respecto eran las de muchos de los escritores de su época y de épocas anteriores. Desde Bodin y Montchrétien era creencia general que en Francia se emigraba mucho, que se emigraba demasiado. Pero una emigración un poco mayor, sin perjudicar a la población de la metrópoli posiblemente nos hubiera conservado el Canadá.

Moheau concluye sus *Recherches* con una exposición "de los métodos para fijar a los nacionales y atraer a los extranjeros",

(38) *Op. cit.*, p. 261.

(39) *Ibidem.*, p. 262.

40) *Loc. cit.*, p. 269.

(41) *Ibid.*, p. 270.

que es un programa en pro del aumento de la población, y por un resumen, más doctrinal, sobre las relaciones entre la población y las subsistencias.

Prácticamente, Moheau aconseja al soberano “hacer felices a sus súbditos”, primer medio para multiplicarlos; facilitar la difusión de la propiedad; favorecer los matrimonios; provocar la inmigración extranjera y el regreso de los nacionales emigrados. Sugiere, incluso, en lo que se refiere a estos últimos, un medio bastante inesperado para decidirlos a regresar. “Para fortificar, dice, este espíritu de regreso, sería deseable que se multiplicara en Francia un género de producción escaso en otros países: el vino tiene para Francia un valor inestimable por la multitud de brazos que emplea el cultivo necesario para su producción, por la exportación que de él se hace, y además por el uso de este licor por los nacionales, al que difícilmente renuncian...” (42).

En cuanto a las relaciones “entre la población y los medios de subsistencia”, recuerda que “el hombre es un animal que come pan; dondequiera que lo encuentre, allí se dirige” (43). Por esta causa, diversos autores han admitido que su producción anual constituye la medida de la población. Pero en realidad, dice Moheau, “aun cuando la abundancia de alimentos signifique la facilidad de obtenerlos, y esta facilidad dé a los hombres medios para multiplicarse”, hay países “en donde las cosas necesarias para la vida abundan, y sin embargo los habitantes no son numerosos”. Esto se debe a que “dos causas combinadas” influyen sobre la población: 1º la abundancia de cosas necesarias para la vida; 2º “la facilidad de obtenerlas por medio de la propiedad del suelo o por el trabajo”. “Hay tiempos en los que el pueblo, en el país más fecundo, carece de subsistencias, si el empleo de la mano de obra no lo hace necesario al propietario” (44). En una palabra, el problema es de reparto tanto como de producción.

Puede decirse que Moheau consideró los hechos demográficos bajo la mayor parte de sus aspectos principales. Planteó, si no agotó, la mayoría de los problemas que aún estudian nuestros contemporáneos a propósito de la población. En su libro, que revela

(42) *Op. cit.*, p. 278.

(43) *Ibidem*, p. 280.

(44) *Op. cit.*, p. 281.

un espíritu lógico, razonable y moderado, dosifica felizmente las teorías y los hechos; y al lado de raras afirmaciones dudosas encontramos abundantes análisis finos y justos. Podemos permitirnos, sin colocar precisamente a las *Recherches* en el mismo rango que estas dos obras magistrales, ver en ellas una obra que anuncia, a la vez, el *Ensayo* dogmático de Malthus, y la gran encuesta objetiva de Levasseur.

IV. Los últimos años del siglo XVIII todavía presenciaron la aparición, en francés, de algunas obras referentes, principal o accesoriamente a la población. Sobre todo: 1º diversas Memorias del abate Agustín Mann (45); 2º algunos escritos de Necker; 3º una obra del gran químico Lavoisier; 4º, en fin, el libro de Condorcet, *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (46).

Mann nació en Inglaterra en 1735; pero en el curso de una vida aventurera, que lo condujo a Francia, España y Brabante, se estableció largo tiempo en Bruselas, y ante la Academia Imperial de esta ciudad presentó sus *Memorias*, escritas en francés. La primera, que es de 1775, se titula *Mémoire sur les moyens d'augmenter la population et de perfectionner la culture dans les Pays-Bas*; la segunda, fechada en 1780, lleva por título: *Dans un pays fertile et bien peuplé, les grandes fermes sont-elles utiles ou nuisibles a l'Etat en général?* En la primera, Mann plantea estos dos principios: "Mientras haya más hombres industrioses que cultiven la tierra, también es más lo que ella produce, e igualmente, allí donde los campos producen más, hay mayor cantidad de hombres. El grado de la población sigue la medida de la subsistencia; de modo que mientras más se hace producir a la tierra, más se la puebla". Existe, pues, reciprocidad. Pero Mann ve obstáculos para el aumento de la población en la concentración de la propiedad; ataca las grandes granjas que, según él, están menos bien cultivadas que las pequeñas (47), provocan el encareci-

(45) Véase J. Lefort, *Un précurseur de Malthus*, *Journal des Economistes*, 1876.

(46) También podríamos citar a des Pommelles, *Tableau de la population*, 1789.

(47) Contrariamente a la doctrina de Quesnay.

miento de los artículos y mantienen en el celibato a gran número de trabajadores agrícolas.

En su segunda Memoria, insiste en la necesidad para un Estado de tener una población en relación con la extensión de su territorio. Demasiado densa o demasiado diseminada, la población es una causa de miseria o de debilidad.

Pero la tercera y última Memoria de Mann, *Réflexions sur l'économie de la société civile et sur les moyens de la perfectionner* (1781), es la más interesante de todas. Se plantea en ella la cuestión de saber "si en un Estado bien reglamentado puede suceder en todos los casos que los medios de subsistencia estén en equilibrio con el mayor grado posible de aumento de la población". El autor responde con estas palabras: "Este equilibrio es evidentemente imposible en un pueblo en el que reinen las buenas costumbres, porque está en la naturaleza de la población un progreso creciente hasta el infinito, mientras que los medios de subsistencia y de fijación están necesariamente limitados por el suelo". Una vez más nos acercamos a Malthus. Mann parece, incluso, más pesimista que él, puesto que admite la imposibilidad, *para un país con buenas costumbres*, de mantener el nivel entre la población y las subsistencias; ni siquiera parece reservar el recuerdo del *moral restraint*, sino que, por el contrario, condena a las naciones al hambre o a la inmoralidad.

Necker (1732-1804) publicó, en 1775, un libro sobre la *Législation et le Commerce des grains*, obra por lo demás mediocre, en la que persisten viejas tradiciones mercantilistas. La economía política, dice "funda el poder de un Estado en la grandeza de sus riquezas, pero más aún en el número de sus habitantes". Este número es la norma para juzgar a un buen gobierno. No aumenta en detrimento de la felicidad pública, al contrario, ésta aumenta con él. Sin embargo, ¿no existe un riesgo de sobreabundancia? Necker admite la posibilidad, pero teme poco su realización. "Este género de desdicha, dice, es poco conocido en la tierra; las plagas del cielo, los errores y las pasiones destructivas detienen casi siempre los progresos de la población..." En cuanto a los medios de permitir que ésta se desarrolle, Necker aconseja favorecer a la agricultura, y (lo que está dentro de la vieja tradición reglamentaria, pero también en contradicción con el interés agrícola)

prohibir la exportación de artículos. Se sabe, por otra parte, que al llegar al poder practicó con torpeza y testarudez esta política de reglamentación y de prohibición, opuesta a la de Turgot.

Necker publicó también, además de su célebre *Compte rendu* de 1781, una obra bastante importante que E. Levasseur juzga notable, su *Administration des finances de la France* (1785).

En ella hace investigaciones sobre la población francesa, que lo llevan a calcularla en 24.800,000 individuos; pero añade que está persuadido de que esta cifra es demasiado débil y debe aumentarse a cerca de 26.000,000. Enuncia incidentalmente la "ley de bronce", aplicada a los obreros. Como Moheau, se aflige por la emigración, a la que juzga excesiva. Estudia la composición de la población francesa por edades, estado civil, etc.

Lavoisier (1743-1793), había emprendido una gran obra, en la que deseaba establecer datos estadísticos serios sobre la riqueza territorial de Francia, para que sirvieran de base a la elaboración de un nuevo sistema fiscal.

No pudo llevar este trabajo a su término, y sólo dió en él un resumen, los *Résultats*, que fué presentado a la Constituyente, la cual ordenó su publicación en 1791. "Es muy fácil concebir, dice a este respecto Røederer, que la ciencia de la economía política, o más bien, pública, descansa totalmente en la aritmética política".

Lavoisier se coloca en el punto de vista práctico y nacional, y proclama que para la mayor parte de los productos de primera necesidad, Francia se basta a sí misma. Ayudándose con los trabajos de Messance y de Moheau, calcula su población en 25.000,000 de almas; y establece diversas clasificaciones. Pero su obra, interesante desde el punto de vista estadístico y documental, lo es menos desde el punto de vista de las doctrinas de la población.

En su *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (1794), Condorcet expone su teoría de la perfectibilidad indefinida del hombre, y en tres o cuatro ocasiones formula algunas consideraciones sobre la población.

De este modo alude a la existencia de "un equilibrio que tiende sin cesar a establecerse entre las necesidades y los recursos, equilibrio del que resulta mayor bienestar cuando la riqueza aumenta... y por el contrario, cuando la riqueza disminuye, mayo-

res dificultades y, en consecuencia, mayores sufrimientos, hasta que la despoblación y las privaciones hagan que se recupere el nivel" (48). En otra parte (49) insiste en la importancia de las investigaciones demográficas. En el último capítulo de su libro, en donde trata "de los progresos futuros del espíritu humano", pretende establecer que las causas de la desigualdad de las condiciones se irán debilitando, aunque sin desaparecer, y hay una de ellas que liga al principio de población.

"Comparemos, dice (50), en las naciones esclarecidas de Europa, su población actual y la extensión de su territorio; observemos, en el espectáculo que presentan sus cultivos y su industria, la distribución de trabajos y de los medios de subsistencia; entonces veremos que sería imposible conservar estos medios en el mismo grado y, como consecuencia necesaria, alimentar a la misma masa de población, si un gran número de individuos dejara de tener, para subvenir casi enteramente a sus necesidades o a las de su familia, su industria y lo que obtienen de los capitales empleados en adquirirla o en aumentar su producto". Concluye "que existe, pues, una causa de desigualdad, de dependencia, e incluso de miseria, que amenaza sin cesar a la clase más numerosa y más activa de nuestras sociedades".

Tiene confianza en el progreso de las ciencias y de las artes, progresos que serán tales, que "no solamente el mismo espacio de terreno podrá alimentar a más habitantes, sino que cada uno de ellos, ocupado menos penosamente, lo será de manera más productiva y podrá satisfacer mejor sus necesidades" (51). Pero entonces se ve obligado a plantearse la cuestión malthusiana: "¿No llegará un término en que estas leyes, igualmente necesarias, llegarán a chocar; en el que el aumento del número de hombres, al sobrepasar el de sus medios, provocará necesariamente, si no una disminución continua de bienestar y de población, sí una marcha verdaderamente retrógrada, o cuando menos una especie de oscilación entre el bien y el mal? Esta oscilación de las sociedades que han llegado a este término, ¿no será una causa siempre sub-

(48) *Esquisse...*, edic. 1829, p. 187.

(49) *Ibíd.*, p. 231.

(50) *Ibíd.*, p. 257.

(51) *Esquisse*, p. 268.

sistente de miserias, en cierto modo periódicas? ¿No señalará el límite en que toda mejoría se hace imposible; y para la perfectibilidad humana el término que alcanzará en la inmensidad de los siglos, sin poder jamás sobrepasarlo?" (52).

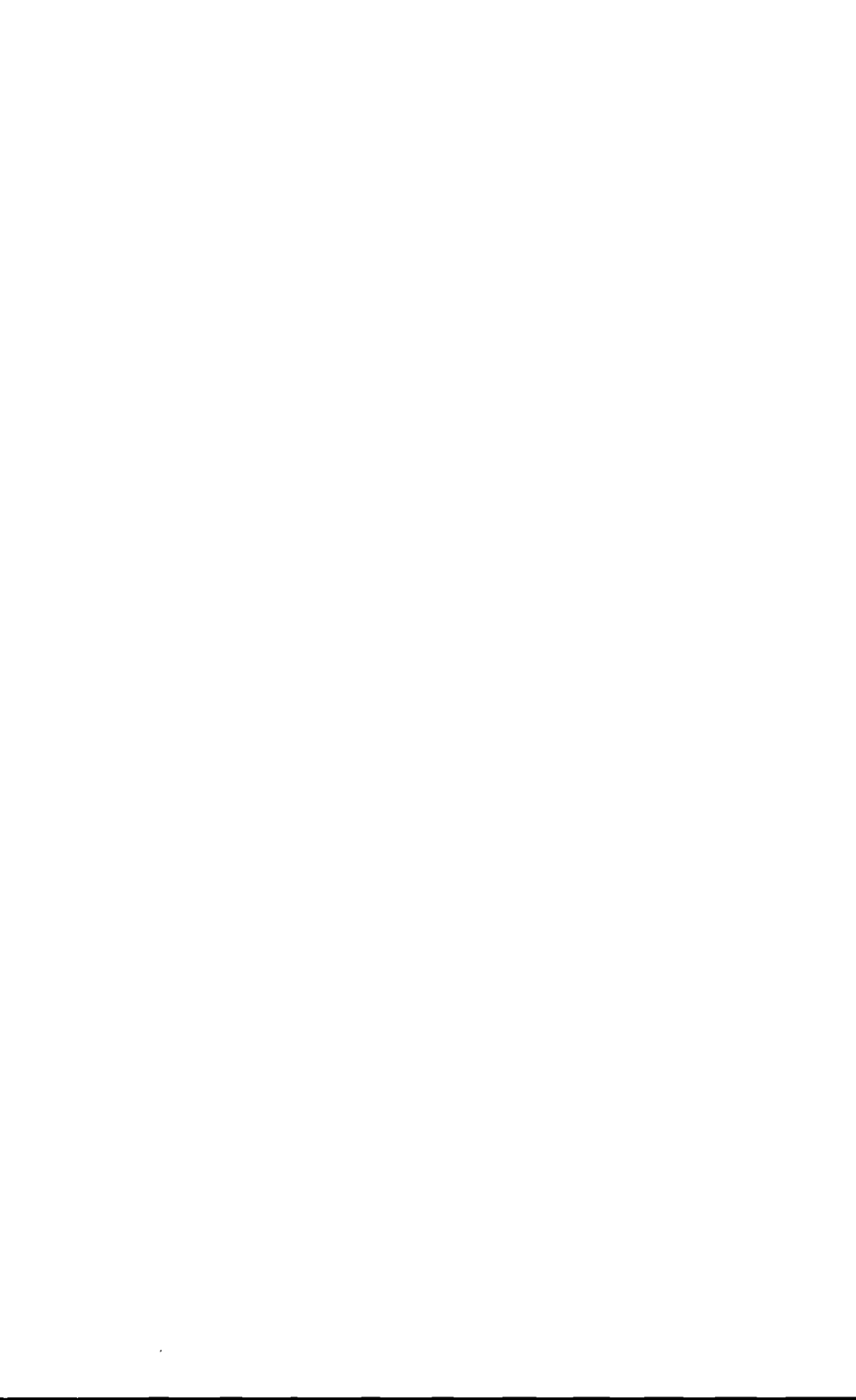
Condorcet declara "imposible pronunciarse en favor o en contra de la realidad" de tal acontecimiento, que, en todo caso, le parece como extremadamente lejano, y que sólo se realizará "en una época en que la especie humana haya necesariamente adquirido luces de las que apenas podemos formarnos una idea. ¿Y quién, en efecto, se atrevería a adivinar lo que será un día el arte de convertir los elementos en sustancias adecuadas para nuestro uso?" Aquí Condorcet se anticipa a las previsiones de Berthelot.

Inmediatamente después, se anticipa también a las de Stuart Mill, relativas al *estado estacionario* (53): "Suponiendo, dice, que este término debiera llegar, no resultaría de ello nada temible para la felicidad de la especie humana, ni para su perfectibilidad indefinida". Pues "si suponemos que antes de ese tiempo los progresos de la razón han marchado a la par con los de la ciencia y de las artes..., los hombres sabrán que si tienen obligaciones respecto a los seres que aún no existen, éstas consistirán no en darles nacimiento, sino felicidad; tienen por objeto el bienestar general de la especie humana... y no la pueril idea de cargar la tierra con seres inútiles y desdichados. Por consiguiente, podría haber un límite a la masa posible de subsistencias y, por consecuencia, a la mayor población posible, sin que de ello resultara esa destrucción prematura, tan contraria a la naturaleza y a la prosperidad social, de una parte de los seres que han recibido la vida" (54). Resumiendo, Condorcet funda su esperanza en la restricción voluntaria, sin precisar si se trata de una restricción viciosa o de una *moral restraint*. La gran diferencia de su actitud y la de Malthus consiste en que sólo apela a ella contra un peligro muy eventual y lejano, y no contra un peligro constante y actual.

(52) *Ibidem.*, p. 269.

(53) Lo que no está, para nada, en contradicción con la perfectibilidad indefinida, pues sólo se refiere a la vida económica, y de ninguna manera a la vida del espíritu.

(54) *Esquisse*, p. 270.



CAPÍTULO VII

DOCTRINAS INGLESA (1650-1798)

Durante el período mercantilista la política inglesa frecuentemente se inspiró, como la del continente, en preocupaciones sobre la población. Ya bajo el reinado de Isabel los hombres casados gozaban de ciertas facilidades o dispensas para el ejercicio de diversos oficios. Más tarde, bajo el rey Guillermo III, un *act* del 22 de abril de 1695, cuyas disposiciones, contradictorias en apariencia, sólo se concilian desde el punto de vista fiscal, gravaba con un impuesto anual a los célibes y viudos de más de veinticinco años, pero establecía otra tasa sobre los matrimonios y nacimientos. Las tasas sobre los célibes se establecieron en el siglo siguiente en algunas colonias de la Inglaterra. Otras leyes de la metrópoli llegaron, en diversas ocasiones, a estimular el matrimonio. En la época de la Restauración, época de libertinaje e inmoralidad generales en Inglaterra (1), los hombres de Estado se felicitaban de que el crecimiento de la población se viera favorecido con ellas. Otras leyes reglamentaron la emigración, particularmente la que se dirigía hacia las colonias inglesas de América. De una manera general, el ideal del gobierno era favorable al desarrollo de la población. Este ideal fué también el de los escritores mercantilistas, Mun, Fortrey, Temple, Davenant, Child y Tucker.

En 1664 se publicó, largo tiempo después de la muerte del autor (1571-1641), la célebre obra de Thomas Mun, el *Tesoro de In-*

(1) Véase el cuadro trazado por Taine, *Histoire de la littérature anglaise*.

glaterra en el comercio extranjero. El autor no presenta un desarrollo explícito sobre la teoría de la población, pero acepta implícitamente el punto de vista ordinario de los mercantilistas, especialmente cuando trata de las relaciones de la población con los productos y consumos de lujo. Poco más tarde Samuel Fortrey (1622-1681) expuso muy claramente este mismo punto de vista en su tratado sobre *Los Intereses y el Progreso de Inglaterra* (1673), en el que planteó el principio tradicional de que para que una nación sea poderosa necesita riqueza y población, y en donde liga el desarrollo de esta última al de la industria, recomendando, como buen mercantilista, estimular la inmigración de trabajadores extranjeros. Igualmente, William Temple (1628-1699) proclamó que “el verdadero y nacional fundamento del comercio y de la riqueza es el número de la población en relación con la extensión del territorio que habita” (2); por lo demás, dió esta singular razón: que la densidad de la población hace más caras las cosas necesarias a la vida, lo que obliga a los propietarios a la economía y a los demás hombres al trabajo, como si el objeto fuese reducir el bienestar y aumentar el trabajo, sin siquiera tener mayor número de productos para vender en el extranjero (lo que es implícitamente la intención del escritor mercantilista, puesto que por hipótesis, es la rareza relativa de dichos productos frente a las necesidades del país lo que hace subir su precio). Pero la idea de Temple es que la industria manufacturera se aprovechará de las economías de los ricos y del aumento de trabajo de los pobres y que, en definitiva, será más poderosa y más productiva que en un país de población escasa. En apoyo de sus tesis cita el ejemplo de la rica y populosa Holanda, por la que profesaba una admiración celosa. Por otra parte, relaciona la población con la balanza de comercio y sostiene que una balanza desfavorable agota, junto con la riqueza del país, su población misma: el aspecto económico y social del problema está subordinado al aspecto comercial. Temple es partidario del impuesto sobre los célibes, de los estímulos legales al matrimonio y a la fecundidad y de la emigración de artesanos y obreros calificados.

En 1680 apareció una obra titulada *Britannia languens*, atri-

(2) *An Essay upon the advancement of trade*, in *Works*, t. III.

buída a W. Petyt (no confundirlo con W. Petty, su contemporáneo, más conocido). El autor (1636-1707) también considera el comercio extranjero como un medio de hacer vivir a "gran multitud de pueblo", que de otra manera no podría sostenerse. "El comercio extranjero, ventajosamente conducido, dice, hará a la nación mucho más fuerte de lo que es naturalmente". También las manufacturas permitirán vivir a una población más numerosa; pero la exportación del dinero en efectivo hace inevitable la despoblación. Una población numerosa deprime los salarios y, en consecuencia, el precio de los objetos manufacturados y una población rara produce la elevación de los salarios y de los precios. De pronto, la idea parece contraria a la de Temple, para el que la población densa provoca la carestía. Sin embargo, no son absolutamente inconciliables, y ambas se inspiran en el mismo espíritu mercantilista. Temple se alegra al ver subir los precios de los artículos consumidos por los trabajadores, lo que obliga a éstos a trabajar más; Petyt desea que la población crezca para que la concurrencia de brazos, al rebajar los salarios, permita que los productos sean más baratos para la exportación. Los dos, por otra parte, sacrifican sin vacilar el bienestar del trabajador a la preocupación de una balanza de comercio ventajosa y de una ganancia en efectivo realizada por la nación.

Uno de los más serios representantes del mercantilismo británico, Josiah Child (1630-1699), en su *Nuevo discurso sobre el comercio* (1668), sostiene que la población siempre está en relación con el estado del comercio y de la industria. Según él, si la población es insuficiente, se produce una alza de salarios que bien pronto se traduce en un crecimiento de la población.

Las opiniones de Child en materia de emigración y de colonización son bastante notables. Cita aprobatoriamente la opinión de "muchas gentes muy hábiles", que consideran que las colonias son perjudiciales a la metrópoli, al vaciarla de población. "Todo lo que despuebla, empobrece". Incluso las tierras más fértiles no constituyen una riqueza para el Estado sin un número de brazos proporcionado; las naciones son ricas o pobres, no según la fertilidad de su suelo, sino según su abundancia en hombres. Admite, no obstante, aunque a su modo de ver la colonización haya des poblado a España, que Inglaterra puede adoptarla; para ella

no ha tenido los mismos resultados, ya que sus colonias americanas han sido pobladas sobre todo, dice, “con una población vagabunda y relajada, que posiblemente jamás habría podido subsistir en la metrópoli, sino que estaba destinada al patíbulo, al hambre o a una muerte prematura debida a una de las miserables enfermedades que proceden del vicio y de la miseria”. Cuando la inmigración no hace más que retirar un excedente inútil o perjudicial, no es de lamentarse. Si los brazos se rarifican demasiado, los salarios subirán, y de acuerdo con la ley antes indicada, la población crecerá. “El número de nuestra población, dice Child, siempre estará en proporción con el empleo que podemos darle”. Hay un ajuste natural —aunque no sin sufrimientos, y Child parece adoptarlo fácilmente—, de la oferta y la demanda de brazos.

Charles Davenant es también uno de los más importantes escritores del mercantilismo inglés (1656-1714). En sus *Discursos sobre las rentas públicas* y en su *Comercio de Inglaterra* (1698), reproduce las tesis mercantilistas sobre la población; pero con cierta moderación. El conocimiento de la cifra de la población, dice, es necesario para el que quiere juzgar la población de una nación. Admite que cuando las clases inferiores están bien alimentadas, el aumento se produce con rapidez. ¡Estima, sin embargo, que la población de Inglaterra necesita 425 años para duplicarse, y que sólo llegará a los 11.000,000 en 2300! Las principales causas que retardan el crecimiento son, para él, 1º las pestes y plagas; 2º las guerras civiles y extranjeras; 3º los accidentes marítimos; 4º la emigración a las colonias. Pero también culpa al urbanismo, a las malas costumbres, al lujo, a la intemperancia, al afán por los negocios, etc. Concluye recomendando estímulos legales al matrimonio y a la inmigración.

Daniel de Foe (1661-1731), en varios de sus numerosos escritos (3) se muestra también como defensor del punto de vista de los mercantilistas ingleses, es decir, de la idea de una liga estrecha entre el desarrollo del gran comercio internacional, por una parte, y el de la población y la fuerza del Estado por la otra. Parece dispuesto a admitir que la demanda de hombres produce necesariamente la multiplicación de la oferta. Un aumento de sala-

(3) Especialmente en sus *Extractos de un plan del comercio inglés*, 1730, 2a. edición.

rios y de bienestar se traduce en aumento de la población. A decir verdad, la prosperidad financiera le parece aún más importante que una población numerosa; pero ambas están ligadas y dependen a la vez de los progresos del comercio extranjero.

La misma doctrina general es sostenida por William Richardson en su *Ensayo sobre las causas de la decadencia del comercio extranjero* (1744); el obispo George Berkeley (1685-1753) también permanece fiel al punto de vista favorable al desarrollo de la población en su *Ensayo tendiente a prevenir la ruina de la Gran Bretaña* (1721), en el que pide que el Estado estimule con privilegios y primas a los padres de familias numerosas, en interés de la industria nacional, y que grave pesadamente las sucesiones de los célibes.

Los escritores mercantilistas ingleses reproducen fielmente la misma doctrina. Pero al lado de ellos debemos mencionar, durante el mismo período, a algunos autores más originales que al tratar de la población se colocan en un punto de vista independiente de la doctrina tradicional. Incluso algunos de ellos, como Samuel Dugard, en un curioso *Discurso referente a las familias numerosas* (1695), presenta una argumentación formal sobre los inconvenientes que éstas presentan; pero sólo para desarrollar en seguida una argumentación contradictoria y declararse en favor de la tesis poblacionista.

Otro autor, Richard Cumberland (1631-1718), en sus *Origines gentium antiquissimae* (1724) trata de calcular la población de las naciones de la antigüedad, y llega a conclusiones absurdas, por ejemplo, la de que 240 años después del diluvio vivían en el globo 3,333.333,333 individuos.

La estadística aplicada a la demografía había tenido dichosamente, un poco antes, representantes más serios que este fantástico autor. En los años que siguieron a la restauración de los Estuardos, vemos nacer en Inglaterra con Graunt, Petty y Hales, una ciencia casi nueva, que se llamó entonces *Aritmética política*, y que trató de precisar más científicamente las leyes que presiden a los movimientos de la población.

John Graunt publicó sus *Observaciones naturales y políticas sobre las leyes de mortalidad* en 1662, el mismo año en que Petty publicó su *Tratado de los impuestos y contribuciones*.

Estableció tablas de supervivencia utilizando las listas mortuorias, muy insuficientes entonces, de la ciudad de Londres; comparó el crecimiento de la población en el campo y en las ciudades y analizó las causas de las diferencias que observó; comparó también los nacimientos masculinos con los femeninos, y se entregó a investigaciones sobre la mayor parte de los problemas que se relacionan con la población, particularmente al del período de duplicación, que fija en 64 años para la ciudad de Londres. Creyó que la población tiende a crecer en progresión geométrica, pero que esta tendencia es estorbada por obstáculos positivos, guerras, epidemias, etc. En cuanto a los obstáculos preventivos, no les concedió gran atención.

William Petty (1623-1687), que es uno de los más originales e importantes economistas ingleses anteriores a Smith escribió, entre otras obras, su *Tratado de los impuestos* ya mencionado, y su *Aritmética política*, publicada, después de su muerte, en 1690. Aparece, según Cossa, como el "primer fundador de la estadística investigadora"; y él mismo tuvo claramente la conciencia de lo que renovaba en el método económico, especialmente en el método demográfico. Traja de introducir precisión científica en problemas que hasta entonces se trataban sobre impresiones de tal modo subjetivas que algunos contemporáneos atribuían a Londres una población de 3 a 4 millones de hombres, en tanto que esta ciudad, según Petty, no tenía más que 670,000 en 1682.

Petty es muy apegado a la doctrina poblacionista. Considera que un país que tiene 8 millones de habitantes es dos veces más rico, con igual territorio, que un país que no tenga más que cuatro. Una población diseminada pierde toda aptitud para crear riqueza. La densidad de la población es, por el contrario, favorable tanto a la división del trabajo como a la defensa nacional. El hombre es mucho más importante que la tierra: idea perfectamente lógica en un sistema económico que afirma que la riqueza es hija del trabajo.

Petty estaba tan persuadido de las ventajas que el Estado obtiene de una población abundante, que aconsejaba al gobierno británico que transportara en masa a la población irlandesa a Inglaterra según el sistema de los antiguos conquistadores, para quienes el pueblo vencido constituía un botín. Llevó su lógica hasta

afirmar que no habría ningún inconveniente en vender la isla desierta a otro Estado, que disminuiría su riqueza al comprarla y sus hombres al repoblarla. Esta idea le obsesiona tanto, que varias veces insiste sobre ella, especialmente en su *Tratado sobre Irlanda*, en 1687.

Mercantilista de los más duros (aunque en ciertos aspectos, precursor de la escuela liberal), si a Petty le interesa un mayor número de hombres es para hacerles proporcionar la mayor cantidad posible de trabajo. "Después de la medida consistente en introducir en un país tantos hombres como los que ya hay en él, lo mejor sería obligar a los que ya lo habitan a realizar el doble del trabajo realizado actualmente". Y el medio que preconiza para obligar a los obreros a trabajar lo más posible consiste en una política de "pan caro" sistemáticamente practicada. Otros mercantilistas querían el abaratamiento de la vida para permitir la rebaja de salarios; él quiere la vida difícil para imponer un trabajo más intenso: medios diferentes para un mismo fin. El obrero no debe ganar más de lo estrictamente necesario; el Estado, por lo demás, tiene que organizar el derecho a la asistencia; pero la población del país puede ser mucho más numerosa de lo que es, por lo que Petty estima que el pauperismo no es más que accidental. Admira el urbanismo y, como era de esperarse, condena toda colonización mientras Inglaterra no alcance su plena población.

Petty, como Graunt, considera que la población tiende a multiplicarse en proporción geométrica y a duplicarse de período en período; pero admite que la longitud de tales períodos varía considerablemente según las circunstancias, reserva bajo la cual la proposición se hace tan vaga como poco inquietante. Un cálculo que establece sobre el crecimiento de la población humana después del diluvio lo conduce a admitir, 350 años después, un millón de hombres, en lugar de los tres mil millones y un tercio de Cumberland.

A los nombres de Graunt y de Petty se añade, algunas veces, el de Mathieu Hales (1609-1676), autor de un libro titulado *Origen primero de la humanidad* (1677). Por diversos medios, trata de probar que la población puede crecer considerablemente en tiempo relativamente corto; insiste en la tendencia al crecimiento según una progresión geométrica, en un período de veinticinco

años, y añade que la lentitud mucho mayor del aumento se explica por numerosos obstáculos destructivos. A pesar de ellos, cree, la población aumenta y continuará aumentando.

En la segunda mitad del siglo XVIII, la tesis poblacionista es reanudada con fuerza por Josiah Tucker (1713-1799), en su *Ensayo sobre el Comercio* (1749) y en sus *Elementos de Comercio* (1755), en donde reproduce las afirmaciones de los mercantilistas anteriores sobre la necesidad de una población numerosa para una satisfactoria división del trabajo, para el reclutamiento de la industria, el progreso comercial y, también, para el mantenimiento de la libertad política. Como la mayor parte de sus antecesores, no teme de ninguna manera a la sobrepoblación y apela a las intervenciones de Estado favorables al matrimonio y represivas del celibato y del libertinaje.

En la misma época, Benjamín Franklin (1706-1790), aún súbdito británico, publicaba sus *Observaciones sobre el crecimiento de la población y el poblamiento de los países* (1751), ensayo poco extenso, pero en el que se enumeran las principales causas susceptibles de obrar sobre el movimiento ascendente o regresivo de la población. Franklin observa que las comprobaciones realizadas en Europa no son válidas en América, en donde los matrimonios son más frecuentes y prolíficos. De manera general cree que la población crece con el bienestar, y admite que en la Nueva Inglaterra el período de duplicación es apenas de veinticinco años, lo que le hace afirmar que el millón de colonos existentes en ese país en 1750 proviene de la descendencia de apenas 80,000 inmigrantes, y que hacia 1850 sus propios descendientes serán más numerosos que los ingleses de Europa (4).

Poco después de 1750 se produjo una discusión en Inglaterra análoga a la producida en Francia sobre la cuestión de la población comparada de los estados antiguos y de los modernos. La tesis que había sostenido Montesquieu, esta vez fué defendida por Wallace (1694-1771) en su *Disertación sobre el número de hombres en los tiempos antiguos y en los modernos* (1753), mientras que Da-

(4) Podríamos citar, además, a W. Derham (*Physico-theology*, 1713); a Bernard de Mandeville (*Fábulas de las abejas*, 1706); a Thomas Alcock (*Observaciones sobre los defectos de la ley de pobres*, 1752), etc.

vid Hume (1711-1776) presentaba en sus *Discursos políticos* (1752) la tesis de la que en Francia Voltaire era el campeón.

El *Ensayo* de Hume (5) es una obra muy importante, que Malthus cita entre las que lo determinaron a escribir su propio *Ensayo*. Hume desde 1750 indica en su correspondencia el fin que se propone: refutar los errores de Montesquieu y de Vossius. Para lograrlo se entrega a un estudio crítico de los testimonios de los historiadores de la antigüedad, y concluye que el mundo, lejos de despoblarse está en vía de poblamiento (6). Pero dicho estudio no es la parte más interesante de la obra, que hay que buscar en la exposición de las ideas dogmáticas de Hume sobre la cuestión.

El filósofo está muy convencido de la potencia del instinto de paternidad. "Todo hombre ordinario, dice, que cree poder mantener a una familia, quiere tenerla". Este deseo es tan fuerte que sólo puede ser contrariado por la acción de un mal gobierno y la situación miserable que de ella resulta para sus súbditos. La población es, pues, la norma para juzgar a un buen gobierno, y la medida común de la prosperidad de las naciones. Hume considera que en condiciones favorables el crecimiento es rápido. "La especie humana haría más que duplicarse en cada generación si todos se casaran al llegar a la edad núbil". Y añade: "Cualesquiera que sean los efectos desastrosos de las guerras, de las epidemias y de otras plagas, desde el momento en que el hombre crea poder hacerlo, dará nacimiento a una familia. Las plagas no despueblan a un país en la medida en que se podría imaginar, porque el instinto del hombre lo hace repoblar inmediatamente". Como en el conjunto las facilidades de la vida aumentan con los progresos de la civilización, dada la tendencia de la población a ponerse al nivel de ella, ésta debe normalmente aumentar.

Wallace, en su *Ensayo* (7), que opone al de Hume, parte de la

(5) *Ensayo sobre la población de las naciones antiguas.*

(6) Entre otras razones de la inferioridad demográfica de los pueblos antiguos, da sobre todo éstas: la influencia de la esclavitud, muy desfavorable a la población; la frecuencia y la atrocidad de las guerras civiles y extranjeras; la inferioridad de la producción económica. En revancha, admite que la división de Europa en pequeñas naciones produjo, mientras duró, una menor desigualdad de fortunas, siendo por esto favorable a la natalidad.

(7) En la controversia de Hume y de Wallace, también tomaron parte

idea de que el género humano, que nació de un pequeñísimo número de seres en su origen, y que ha crecido por propagación, tiene un crecimiento actual muy inferior al que podría suponerse. Si admitimos, dice, que una pareja original que tiene seis hijos, dos de los cuales mueren a temprana edad, es reemplazada por cuatro individuos en la primera generación, y continúa así sucesivamente, admitiendo sólo tres generaciones por siglo llegamos rápidamente a un total prodigioso (más de 817 millones de hombres en diez siglos, y 1.632,000, la población del globo hace unas décadas) en la siguiente generación. Pero Wallace admite que la tierra conocida en su tiempo, varias decenas de siglos después de la fecha que admite para el diluvio bíblico, sólo tiene una población de mil millones. De modo que en el pasado ha podido estar mucho más poblada; y, añade, ha debido estarlo, "cualquiera que sea la ley de propagación que supongamos, con tal de que sea razonable".

¿Por qué la población actual del globo permanece tan inferior a lo que podría ser? Para responder, Wallace analiza causas físicas y morales que impiden el poblamiento. Las primeras —clima, esterilidad del suelo, accidentes atmosféricos y geológicos— son menos importantes que las causas morales.

Sin embargo, antes de estudiar el juego de tales causas plantea algunas máximas generales que formula así: 1º la abundancia de subsistencias es un estímulo a los matrimonios y a la natalidad; 2º la población está en relación con la naturaleza y la fertilidad del suelo; 3º también está en relación con el estado de la división del suelo y el reparto más o menos igual de las tierras; 4º depende del número de matrimonios, de las costumbres y de las leyes relativas a la nupcialidad; 5º depende de los estímulos dados a las industrias alimenticias. "Para tener el mayor número posible de habitantes en el mundo, todo el género humano debería ser empleado directamente en producir subsistencias".

Una vez planteado esto, Wallace distingue claramente el punto de vista de la economía nacional y el de la economía mundial; la nación puede estar interesada en desarrollar su industria y su comercio, ya que con este desarrollo podrá obtener más subsistencias que las que le procuraría la agricultura, gracias a los cam-

bios. Pero el universo pierde *in globo* con esto, puesto que en el conjunto hay una producción de alimentos menor que si todos los brazos se emplearan en la agricultura. Las grandes ciudades, por otra parte, en las que florecen la industria y el lujo, son destructoras de población. Wallace es anti-industrialista. Para él, el desarrollo de las manufacturas encarece la vida, arrebatando brazos a la agricultura y desviando “la atención del género humano de un trabajo más necesario”. El precio del trabajo posiblemente se eleve; pero “no se vive de dinero, sino de comida”. “Lo que estimula sobre todo a los matrimonios, es la adquisición fácil de los alimentos”. La nación que crece más es la que conserva por mayor tiempo la simplicidad en las costumbres: la población disminuye cuando el lujo prevalece, es decir, cuando gran parte de los habitantes abandona el trabajo del suelo.

Bajo el punto de vista de estas *máximas* generales, Wallace examina las causas morales cuya acción explica históricamente la disminución de la población de las naciones modernas comparadas con las antiguas (8).

1º El cristianismo, es cierto, ha favorecido la propagación al suprimir la poligamia, que para Wallace no es favorable al poblamiento. También lo alaba por la prohibición del divorcio. Pero el celibato eclesiástico le parece una causa de despoblación. Y en los países musulmanes, la poligamia obra en el mismo sentido.

2º El pauperismo está muy desarrollado entre los pueblos modernos: cien mil indigentes en Escocia por un millón y medio de habitantes. Pero para Wallace (al que Malthus refutará), la indigencia no es prolífica. Sucedió otra cosa, cree él, con la esclavitud de la antigüedad, cuando menos en donde no era demasiado dura.

3º Las leyes de sucesiones que consagran el derecho de primogenitura son también, para Wallace, una causa de desnatalización, al impedir o retrasar el matrimonio de los hermanos menores, y al facilitar al mayor el mantenimiento de una numerosa domesticidad de personas no casadas.

(8) ¡Calcula la población de la antigua Galia en 32, incluso en 48 millones de habitantes! Es de observar que para Inglaterra —a la que sin duda conoce mejor— no se atreve a afirmar su despoblación; incluso reconoce que está más poblada que antiguamente.

Otras causas fueron: 4º la supresión de los estímulos al matrimonio que considera que los pueblos antiguos practicaron ampliamente; 5º el militarismo que favorece la extensión de las enfermedades venéreas; 6º el desarrollo del gran comercio que enriquece a algunas ciudades, pero agota la población europea por medio de la emigración; 7º la desaparición de los antiguos hábitos de vida rural y del interés por la agricultura; 8º la gran extensión de los estados modernos, de la que resulta, según él, que los cultivos intensivos no se practiquen más que en una zona restringida vecina a la capital; 9º la ruina de los estados de la antigüedad, destruídos unos por otros, y en particular las devastaciones ejercidas por los romanos, devastaciones de las que Wallace se forma una idea tal que considera que los países del Oriente aún siguen resintiendo sus efectos; 10º el desarrollo del lujo que desvía a gran número de hombres de la producción de artículos alimenticios. En total, los estados modernos aparecen fuertemente despoblados si se compara la situación del mundo civilizado con la del mundo antiguo, sobre todo en el período que va de Alejandro a Augusto.

Esta despoblación es funesta, y el Estado debe ocuparse de remediarla. *Es necesario* que llegue a tener tantos habitantes como puede alimentar. Un Estado no está suficientemente poblado cuando queda en él terreno inculto, o cuando una parte de su producción de artículos alimenticios se consume en el exterior. El Estado más poderoso es aquel cuyo suelo está enteramente cultivado y “que abunda en hombres para consumir sus granos”. Contrariamente a Petty, Wallace proclama que el “grano y el trigo nunca pueden ser demasiado abundantes ni demasiado baratos”. Sus conclusiones son favorables a la tendencia agraria, no sin que nos recuerde a su contemporáneo Mirabeau. Como él, es partidario del desarrollo de la población; como él, lo espera todo de la agricultura, a la que atribuye una fuerza productiva casi indefinida; cree, con él, que la causa principal de la despoblación radica en las malas prácticas agrícolas y en el abandono de la agricultura, así como en el desarrollo del lujo —cosas que para su modo de ver son casi sinónimas—; como él, desconfía de las manufacturas y vuelve la espalda al mercantilismo, del que no conserva más que el ideal

del aumento de la población y la confianza en las intervenciones del Estado (9).

Después de Hume y de Wallace, durante la segunda mitad del siglo XVIII los teóricos de la población son numerosos en Inglaterra, y muchos de ellos tratan el problema con un espíritu ya muy cercano al de Malthus.

En los años que preceden a la aparición del gran *Ensayo* de Adam Smith, lo notamos ya en uno de los últimos representantes del mercantilismo inglés, James Steuart (1712-1780), quien publicó unos *Principios de Economía Política* (1767), en los que aporta a la cuestión de la población una contribución que Stangeland considera una de las mejores que hayan dado los economistas ingleses de esa generación (10). Casi al mismo tiempo, otros tres escritores menos conocidos también pueden mencionarse: James Cadwell, Short y Fergusson. El primero discute (11) las relaciones de la población con la organización económica, inspirándose en las obras de Hume y de otros escritores de la época precedente, en los que Short se inspira igualmente para su *Historia comparativa del crecimiento y de la disminución de la población en la Gran Bretaña* (1764). Fergusson (1723-1818), en su *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil* (1767), afirma que "los hombres se multiplican desde el momento en que la situación es favorable, y en pocas generaciones pueblan cada país en la medida de las subsistencias"; pero hace observar que lo *necessary of life* es muy diferente entre un pueblo y otro.

Steuart proclama que los animales se multiplican en proporción a la alimentación que se les ofrece, y que lo mismo sucede con el hombre. La población está y estará siempre en proporción con los alimentos producidos, con la fertilidad del clima y con la industria de los habitantes.

Adam Smith no concede atención particular a la teoría de la población. El *Ensayo sobre la riqueza de las naciones* sólo contiene a este respecto observaciones incidentales. Se las puede notar,

(9) En otra obra publicada en 1761, mencionada por Ingram, Wallace preconiza la comunidad de bienes como sistema social, pero señala que podría constituir un peligro de sobrepoblación.

(10) *Op. cit.*, p. 287.

(11) *An inquiry how far the restrictions law upon trade, etc.* (1766).

sobre todo, en el capítulo VIII del primer libro, en el que el autor trata de los salarios (12). Smith plantea en principio que “el testimonio más poderoso de la prosperidad de un país es el aumento de la población”. Añade que en la mayor parte de los países de Europa se necesitan cuando menos 500 años para duplicar el número de hombres; pero que en las colonias inglesas de la América del Norte este número se duplica en veinte o veinticinco años. Relaciona este rápido aumento con los altos salarios, que hacen que en las familias de trabajadores la abundancia de hijos “sea una fuente de opulencia y de prosperidad”. “Cada hijo, dice (13), antes de la edad en que puede abandonar la casa paterna vale anualmente, por su trabajo, cien libras esterlinas, deducidos todos los gastos. Una joven viuda madre de cuatro o de cinco hijos, perteneciente a la clase media o inferior del pueblo, en Europa tendría pocas esperanzas de encontrar un segundo marido; en la América septentrional se aspira a su mano como a una especie de fortuna. El valor de los hijos es, de todos los motivos, el que estimula más poderosamente al matrimonio...” De una manera general, para Smith el crecimiento de la población depende, sobre todo, del “de los fondos que sostienen al trabajo”. Claro está que “la pobreza no siempre impide los matrimonios... e incluso parece favorable a la multiplicación de la especie. Una mujer de las montañas de Escocia que no tiene la mitad de su subsistencia, frecuentemente da al Estado más de veinte hijos, mientras que una mujer criada en la abundancia y la delicadeza, trabajosamente es madre una vez... Pero si la pobreza no impide la generación, se opone cuando menos a la educación de los hijos” y entre las montañesas de los *Highlands*, madres de veinte hijos o más, “no es raro ver las que sólo han conservado vivos a dos” (14). En suma, Smith admite, a lo menos para las clases más numerosas, que la tendencia de la población es aumentar en la medida en que los salarios se lo permiten, y que sólo se ve paralizada por una mortalidad excesiva allí donde impera la miseria. Sus reflexiones en este punto están inspiradas por un pesimismo igual al de Malthus, pero que expresado sobriamente y sin énfasis ha llamado poco la

(12) Y también en el cap. XI del mismo libro (de la renta).

(13) **Ensayo sobre la Riqueza de las Naciones.**

(14) **Ibidem.**

atención: “Todas las especies animales, dice, se multiplican en proporción de los medios que tienen para subsistir... Pero en medio de las sociedades civilizadas, la multiplicación de la especie humana sólo puede ser limitada por la escasez de subsistencias en las tribus (clases) inferiores, y produce tal efecto destruyendo a gran parte de los hijos producidos por la fecundidad de los matrimonios” (15).

Más claras aún son las siguientes fórmulas que Smith enuncia poco después: “El aumento del salario extiende y hace retroceder los límites de la multiplicación de nuestra especie... La necesidad de la obra de mano, como la de cualquier otro artículo, rige necesariamente a la propagación de la especie, la acelera cuando es demasiado lenta, y la detiene cuando es demasiado rápida. Esta necesidad es la que rige y determina el estado de la población” (16). Estas proposiciones implican la creencia malthusiana en una potencia casi ilimitada del principio de población, siempre capaz, desde el momento en que el volumen de subsistencias aumenta, de llevar rápidamente el nivel de la población al punto alcanzado por éstas. “El aumento del salario es a la vez efecto del aumento de la riqueza y causa del aumento de la población” (17)... “La recompensa liberal del trabajo estimula a la propagación” (18).

La antepenúltima década del siglo XVIII enriqueció, además, a la teoría de la población con varias contribuciones, como los libros de Price, Wales, Hawlett, Paley, Townsend y Chalmers, así como los del célebre Arthur Young. En su *Viaje a Francia* (1792) este último expone, sobre el principio de población, opiniones que Malthus aprobó (19). Considera a Francia como sobrepoblada, y atribuye esta sobrepoblación, a su ver muy perjudicial, a una excesiva división de la propiedad territorial. Afirma que el país sería más rico y floreciente con cinco o seis millones de habitantes menos, y protesta vivamente contra la política de estímulos al matrimonio, que quisiera ver sustituida por una política totalmente opuesta. Multiplicar así a los hombres es multiplicar la desdicha.

(15) **Riqueza de las Naciones.**

(16) **Op. cit.**

(17) **Ibidem.**

(18) **Ibid.**

(19) **Essay on the Principle of Population.**

“¿Para qué estimular el matrimonio, cuando se está seguro de que sin ningún estímulo se celebrará un matrimonio en donde quiera que convenga que se celebre? No hay ejemplo de un país que haya ofrecido ocupación y trabajo en abundancia sin que inmediatamente no se celebrasen matrimonios en proporción con la facilidad de establecerse”. Esta es la doctrina de Smith y también la de Malthus. Pero este último tiene razón en asombrarse cuando ve en seguida a este mismo Arthur Young, que señala la pequeña propiedad como una causa de sobrepoblación y de miseria, preconizar, como un medio para prevenir las escaseces, la concesión de un pequeño dominio a todo trabajador padre de tres hijos o más. Malthus no se equivoca al considerar esta proposición contradictoria con la tesis precedentemente sostenida por el autor.

El doctor Price (1723-1791) publicó un *Ensayo sobre la población de Inglaterra*. Sostiene que la población aumenta hasta que se ve impedida a hacerlo más por obstáculos físicos o morales. Entre tales obstáculos señala el militarismo, el urbanismo, la emigración, el alcoholismo, la lujuria, la carestía de la vida y los abusos del fisco. La población depende mucho de la salubridad del país. En total, no aporta opiniones muy nuevas; pero cree poder anticipar que en períodos favorables la duplicación de la población puede realizarse en sólo quince años. Malthus consideró sus opiniones y lo cita entre los cuatro o cinco autores cuyos materiales aprovechó para la primera edición de su *Ensayo*.

El libro de Price (1780) provocó una nueva discusión, como los de Hume y de Wallace veinte años antes. A esta discusión se refieren los libros de William Wales (*Encuesta referente al estado presente de la población en Inglaterra*, 1781), y de John Hawlett (*Examen del Ensayo del doctor Price sobre la población en Inglaterra*, 1781). Este último ensayo es sobre todo estadístico. En cuanto a Wales, aunque acepta las ideas fundamentales de Price, se rehusa a admitir con él que la población ha disminuído desde la época de la antigüedad clásica: para Wales, la actividad comercial e industrial de las ciudades modernas ha tenido una favorable influencia excitante sobre la población agrícola, y por ende, favorable a la población, aunque, considerado en sí mismo, el urbanismo sea perjudicial a esta última.

William Paley (1743-1805), en sus *Principios de filosofía mo-*

ral y política (1785), plantea en principio que la despoblación es la mayor plaga para un Estado; afirma la tendencia humana a un crecimiento continuo, y cree que en circunstancias favorables la duplicación de la población puede realizarse en veinte años; los efectos de las grandes plagas, peste, guerras, etc., se reparan en poco tiempo. Sólo la influencia de las subsistencias puede detener este progreso. Pero Paley piensa que la fertilidad del suelo en las regiones templadas puede mejorarse por medio del cultivo, hasta alcanzar una extensión que nos es desconocida.

Los últimos escritores ingleses que escribieron sobre la población antes de Malthus —muy poco antes— son, con Young, Joseph Townsend y George Chalmers. El primero (1739-1816), en su *Disertación sobre las leyes de pobres* (1787) insiste en la fuerza particular del principio de población en las clases inferiores, y proclama que la asistencia legal no remedia el pauperismo, sino que lo desarrolla al multiplicar el número de pobres. Otra idea esencialmente malthusiana. En otro opúsculo aparecido en 1791 (*Un viaje por España*), Townsend invoca, como lo hizo después Malthus, los efectos de este mismo principio de población en contra de la posibilidad del comunismo.

Chalmers, en fin, en su *Estimación del poderío de la Gran Bretaña* (1794), reproduce una vez más la tesis de los escritores precedentes sobre la tendencia de la población a elevarse “en toda condición y en toda época” hasta el nivel que permiten “las subsistencias y la medida de su comodidad”.

Por esta rápida enumeración vemos que en la propia Inglaterra, en el período inmediatamente anterior a Malthus abundaron los economistas, políticos y moralistas que no sólo trataron antes que él el problema de la población, sino que lo hicieron con un espíritu malthusiano; la mayor parte de las ideas que Malthus desarrolla habían sido expuestas, o cuando menos sugeridas, por sus antecesores en su propio país. La cuestión fué considerada por ellos en la mayor parte de sus fases. Si ninguno dió a la teoría de la población la forma sistemática e impresionante que él le daría, cuando menos puede decirse que los materiales de su doctrina ya habían sido preparados y que en numerosas ocasiones se habían presentado esbozos de ella.

CAPÍTULO VIII

DOCTRINAS DE LA POBLACION EN ALEMANIA (1650-1800)

La literatura alemana relativa a la población cuenta, en la segunda mitad del siglo XVII y en el curso del XVIII, numerosas firmas, algunas de ellas ilustres. Podemos inscribir las de políticos y *cameralistas*, como Puffendorf, Henrich Boecler, Hermann Conring, Achenwal; de economistas mercantilistas como Seckendorf, Warmund, Joachim Becher, Wilhelm von Schröder y Wilhelm von Hornekg; de filósofos como Leibniz y Wolff; demógrafos en cuyo primer rango debemos colocar a Süssmilch, el principal fundador, acaso, de la demografía, junto a quien podemos colocar a Ludwig Lau; escritores cuyas obras se escalonan, en general, en el período 1650-1750.

En la segunda mitad del siglo XVIII encontramos a Albrecht Philippi, Gottlob von Justi, Georg Dayes, Friedrich Büesching, Frederic von Bielfeld y Joseph von Sonnenfels; y, los últimos en fecha, Friedrich von Pfeiffer, Ludwig von Hess, Herrenschwand, Wilhelm von Dohm, Friedrich von Herzberg, Heinrich Jung, Ludwig Schlotzer y Justus Möser. Sería largo y tedioso analizar detalladamente las obras de estos diversos escritores: nos limitaremos a caracterizar brevemente las de los más importantes. Para ello consideraremos sucesivamente, 1º el grupo de los que Levasseur ha designado con el nombre de *escuela descriptiva*; 2º los filósofos; 3º los demógrafos propiamente dichos y los políticos; 4º algunos economistas que podemos clasificar, más particularmente, entre los precursores inmediatos de Malthus.

Conring y Seckendorf, posteriormente Achenwal y Schlötzer, son los más eminentes de los miembros de la *escuela descriptiva*. “Tomaba por base, dice E. Levasseur, la geografía, aunque en esa época el conocimiento del suelo y del clima no estuviera lo suficientemente avanzado para permitir fijar con precisión las relaciones existentes entre la naturaleza y el hombre en el desarrollo de una civilización” (1). Exponía los hechos sin preocuparse por obtener conclusiones generales: “La estadística, decía Schlötzer, tiene como fin dar a conocer todos los objetos de cierta consideración de que se compone el poder de un Estado. La historia es la estadística en movimiento, y la estadística es la historia del reposo”. Con este espíritu, Seckendorf (1626-1692), en su *Teutscher Furstenstaat* (1655), describe los principados alemanes; más tarde, en su *Christenstaat* (1685) trata de la población desde un punto de vista general: como casi todos los hombres de esa época, es partidario de una numerosa población, pero a condición de que pueda ser bien alimentada, y se da cuenta de que hay límites para su crecimiento. Expone algunas interesantes consideraciones sobre los movimientos migratorios.

Conring (1606-1681), en su *Exercitatio historico-politica de notitia singularis alicujus reipublicae* (publicada hasta 1730), trata de analizar las causas del poderío de los estados, causas que agrupa, escolásticamente, en cuatro: material, formal, final y eficiente. La primera se refiere al territorio y a la población. En su *Examen rerum publicarum totius orbis*, publicado en 1677, también se muestra imbuído de ideas favorables a la población y a la inmigración, y hostil a la emigración y enemigo del celibato, que le parece ligado a las malas costumbres y a la despoblación.

Achenwal publicó en 1749 un *Abriss der Staatswissenschaft der Europäischen Reiche*, en el que expone los datos de la geografía y la estadística descriptiva, en la que engloba “todo lo que es realmente notable en un Estado”. En el lenguaje de entonces la palabra *estadística* tenía un sentido más amplio, menos preciso y, sobre todo, menos exclusivamente numérico que el que tiene ahora. Achenwal tuvo como predecesor, en su cátedra de Göttingen, a Schlötzer, autor de un voluminoso *Staats Anzeigen* (1782). Este

(1) *La population française*, I, p. 52.

puede ya clasificarse entre los precursores alemanes de Malthus: volveremos a encontrarlo más adelante.

Entre los políticos y los filósofos podemos clasificar a Puffendorf, Leibniz y Wolff. El primero (1623-1694) es autor del célebre *De jure naturae et gentium* (1672), en el que trata del matrimonio en sus relaciones con la población. De una manera general es favorable a ésta, y admite los estímulos legales al matrimonio, pero bajo ciertas reservas y bajo la forma de recompensas más bien que de castigos; aconseja, por otra parte, prudencia a los casados, al mismo tiempo que protesta contra todas las formas del vicio, y justifica el celibato laico o eclesiástico. Su posición es, pues, considerada en conjunto, media y moderada.

El gran metafísico Leibniz (1646-1716), considerado como economista estadístico, forma, dice Stangeland (2), un anillo de la cadena que une a los descriptivos de la escuela de Conring con los demógrafos como Süßmilch. Le debemos un *Ensayo de algunos razonamientos nuevos sobre la vida humana y sobre el número de hombres*, en el que afirma la importancia de las investigaciones estadísticas. Como sus contemporáneos, está convencido de la importancia de la población como elemento primero de la fuerza del Estado, y del deber de éste para estimular el matrimonio. Pero se adelanta a los escritores del siglo XVIII en el examen, o cuando menos en la indicación de los problemas de la población.

Christian Wolff (1679-1754), en sus *Vernünfftige Gedanken von dem gesellschaftlichen Leben der Menschen* (1721), expone una doctrina media, según la cual, el número de habitantes no debe ser ni demasiado pequeño ni demasiado grande, ni sobrepasar el límite determinado por la producción del Estado, aumentada con posibles importaciones. Sin embargo, permanece fiel a la idea de que la fuerza y la riqueza del Estado están ligadas a la densidad de la población; y a la de que el deber del Estado es velar por que esta densidad sea tan fuerte como el bienestar y la seguridad general lo exijan (3).

(2) *Op. cit.*, p. 206.

(3) En el comienzo del siglo XVIII, Ludwig Lau, en una obra publicada en 1719, desarrolla una vez más, con un espíritu sistemático, las ideas mercantilistas sobre la necesidad de una población abundante y sus relacio-

Debe concederse un lugar aparte a Peter Süssmilch (1707-1767), y a su libro *Die Göttliche Ordnung* (1741). Mientras que la escuela descriptiva ahogaba a la estadística demográfica en sus exposiciones de geografía económica, Süssmilch limita sus investigaciones a ese único objeto; pero le da mayor precisión y variedad haciendo entrar en él el estudio de los diversos fenómenos de la vida humana. En consecuencia, funda la demografía propiamente dicha, consagrada a hechos de una misma clase y sometidos a verdaderas leyes. Ministro protestante, capellán de los ejércitos de Federico el Grande y cristiano convencido, considera que la regularidad de los fenómenos demográficos es el resultado de un orden querido por Dios. De este orden habla en términos notables, con imágenes indiscutiblemente majestuosas, aunque parezcan estar inspiradas, al mismo tiempo, en la grandeza bíblica y en cierto soldadesco espíritu prusiano.

“El sabio Creador que reina en el Universo, dice, por su voluntad, llamándolo a la vida, hizo salir de la nada al numeroso ejército de la humanidad. El Eterno nos hace pasar cierto tiempo ante El, hasta que, una vez que cada uno ha cumplido el objeto de su existencia, desaparecemos todos de la escena. La llegada al lugar, el desfile ante los ojos del Señor de los Ejércitos, y la retirada, todo se hace con un orden asombroso.

“Nuestra llegada a la tierra de los vivos tiene lugar poco a poco, sin empujones, y en número regulado, que está en proporción constante con el ejército de los vivos, así como con el número de los que se retiran... En esta llegada de la nada a los países de los vivos, dos cosas son notables: en primer lugar, que siempre llegan 21 muchachos por 20 muchachas; además, que la masa de los que ven la luz es siempre un poco mayor que la masa de los que regresan al polvo, de donde resulta que el ejército de la humanidad crece siempre un poco, pero en cierta proporción”.

Si Süssmilch se maravilla del “orden divino” que reina en los fenómenos demográficos, es menos como sabio que como cristiano, y posiblemente menos aún como cristiano que como soldado del rey de Prusia, inflamado de entusiasmo por un bello desfile militar. Pero no por ello deja de ser el primero que demostró plena-

nes con la fuerza y la riqueza nacionales; y analiza las causas susceptibles de limitar su crecimiento.

mente el hecho capital de la regularidad de los fenómenos demográficos y de la existencia de las leyes que los gobiernan. “Apoyó su demostración, dice E. Levasseur, en las pruebas más sólidas que la estadística podía proporcionar entonces; y es asombrosa la precisión de algunos de los resultados que obtuvo, si pensamos en la mediocridad de los recursos de que disponía” (4).

Süssmilch es, por otra parte, partidario del aumento de la población. Como su soberano, que pensaba que “el poblamiento racional del Estado es un deber que comprende a todos los deberes del príncipe” y que dispensaba de impuestos a las familias numerosas y favorecía la inmigración (5), desea el aumento de la población, cosa que considera ampliamente posible. Los peligros de la sobrepoblación no le parecen dignos de atención, pues admite que con un cultivo intensivo la producción agrícola puede *centuplicarse*. El deber de los jefes de Estado es estimular el poblamiento, puesto que los medios de la prosperidad nacional, la seguridad, el poder y la riqueza están en proporción con el número de habitantes. Por otra parte, la intención del Creador es que el hombre se multiplique y llene la tierra. El Estado debe luchar contra los obstáculos al poblamiento, de los que Süssmilch cuenta cuatro principales: las pestes, las guerras, las hambres y los temblores de tierra o calamidades naturales similares.

La doctrina de Süssmilch permanece fiel a la doble tradición favorable a la población, cristiana y mercantilista. Sus conclusiones son de un optimismo que no tiene nada de malthusiano: los progresos futuros de la agricultura y de la industria son para él casi ilimitados, y la posibilidad de una sobrepoblación le parece colocada en un porvenir tan lejano que no hay por qué preocuparse.

Pero tanto en Alemania como en Inglaterra, a fines del siglo XVIII y al lado de los últimos representantes de los partidarios del poblacionismo mercantilista, aparecen escritores que anuncian las teorías de Malthus. Mientras que Philippi (1721-1791) (6), von

(4) *Op. cit.*, p. 55.

(5) V. Roscher, *Recherches sur divers sujets d'économie politique, des idées de Frédéric le Grand*, p. 404 y siguientes.

(6) *Wahre mittel zur Vergrößerung eines Staats*, 1753.

Justi (muerto en 1771) (7), Dayes (1714-1791) (8), Buesching (9) y von Biefeld, continúan afirmando el punto de vista tradicional y considerando a la población como el factor principal de la fuerza y de la riqueza de los Estados; mientras que el economista austríaco Joseph von Sonnenfels (1733-1817), uno de los más importantes representantes del mercantilismo alemán, repite de nuevo la misma lección (10); mientras que, en fin, von Hess (1719-1784) (11), von Pfeiffer (1718-1787) (12), von Herzberg (1725-1795) (13), Jung (1760-1817) (14) y algunos otros defienden las doctrinas favorables a la población hasta fines del siglo XVIII, vemos por otra parte que podemos incluir entre los precursores inmediatos de Malthus, a von Dohm, a Herrenschwand y a Justus Möser, así como también a Schlötzer, mencionado antes.

Von Dohm es, en fecha, uno de los primeros escritores alemanes que en el siglo XVIII experimentaron cierta vacilación para admitir la doctrina poblacionista (15) y opinaron que un crecimiento ilimitado puede llevar, no al enriquecimiento sino a la miseria. Después de él, Herrenschwand, en su libro (en francés) *De l'économie politique moderne, discours fondamental sur la population* (1786), establece cierta antítesis entre la tendencia de la especie humana a multiplicarse y las posibilidades del aumento de las subsistencias.

(7) *Grundsätze der Polizei-Wissenschaft*, 1756.

(8) *Vorbereitung zur europäischen Länder und Staatskunde*, 1759.

(9) *Lehrgriff der Staatskunt*, 1760.

(10) *Grundsätze der Policei, Handlungs und Finanz-Wissenschaft*, 1765.

(11) *Freimuthige Gedanken über Straatssachen*, 1775.

(12) *Lehrbegriff sämtlicher Okonomischer und Cameral-Wissenschaften*, 1170-1778, y otras varias obras. Llega hasta preconizar las uniones temporales, la organización del concubinato, e incluso la poligamia. Un poco más tarde, a comienzos del siglo XIX, Lips propondrá la creación de una nobleza con base poblacionista. Estas proposiciones singulares serán superadas en extravagancia por las que harán, para un resultado contrario, los malthusianos alemanes.

(13) La obra de Herzberg (1785) está en francés. Es una disertación presentada a la Academia de Berlín: *Sur la population des États en général et des États prussiens en particulier*.

(14) *Grundlehre der Staatswissenschaft*, 1792.

(15) Stangeland, *op. cit.*, p. 316. El libro de von Dohm se titula *Die bürgerliche Verbesserung der Juden*, 1781.

Schlötzer (1735-1809), en sus *Staats-Anzeigen* protesta contra la consigna poblacionista. “Es necesario, dice, tener cuidado del pan, tanto como de los hombres... El pan hace a los hombres, pero lo contrario no siempre es cierto”. La población no puede aumentar con resultados felices más que allí donde el género de vida es moral. La verdadera medida de la población, no reside simplemente en las necesidades de la vida, sino en la facilidad con que se obtienen los empleos y el acceso a la propiedad del suelo; la productividad total del país es menos importante que la difusión del bienestar y que un sano reparto de los bienes, especialmente de la propiedad territorial. Gran número de pequeños propietarios es algo deseable; pero una numerosa población hambrienta no es una ventaja para el Estado, pues está condenada a perecer o a emigrar. Schlötzer ha desarrollado estas últimas ideas en una segunda obra titulada *Briefwechsel*.

En fin, Justin Möser (1720-1794), al que Roscher considera como el primer economista alemán del siglo XVIII, aparece en ciertos pasajes de sus *Patriotischen Phantasien* como el más indiscutible de los precursores alemanes de Malthus; muy lejos de que el aumento de la población sea siempre un bien, este aumento, si es demasiado rápido, es perjudicial a la moralidad, a la prosperidad y a la fuerza económica del Estado: no resultan de él más que miseria, vicio y criminalidad.

Mencionemos, antes de abandonar los países germánicos, que casi al mismo tiempo que el francés Deparcieux, un sueco y un holandés establecieron, hacia mediados del siglo XVIII, tablas de mortalidad. Las de Deparcieux son de 1746; las de Kerseboom (holandés) de 1742; las de Wargentín (sueco) de 1749. Unas y otros fueron precedidas, en el siglo XVII, por las de los ingleses Graunt (1662) y Halley (1693).

CAPÍTULO IX

DOCTRINAS ITALIANAS

(1650-1800)

La Italia del siglo XVIII, como los demás países de la Europa occidental, cuenta con gran número de economistas y de políticos que se preocuparon por el problema de la población, y que pueden, también en su caso, clasificarse cuando menos en dos grupos bien distintos, ya sea que pertenezcan a la doctrina tradicional del poblacionismo mercantilista, o que, por lo contrario, se opongan a tal doctrina invocando argumentos ya más o menos malthusianos (1).

El sostenimiento de la doctrina favorable a la población por muchos economistas italianos del siglo XVIII se explica fácilmente por diversas circunstancias, que Sinigaglia ha indicado. Las emigraciones frecuentes y las guerras destructivas ocasionaban vacíos que era importante llenar. Surgían nuevas industrias que exigían brazos. Por otra parte, se veía como las naciones más pobladas alcanzaban un grado superior de prosperidad, y se atribuía ésta a esa misma densidad de población. En consecuencia, se pide al Estado que estimule a los padres de familia y que castigue a los célibes, que restrinja la libertad de emigrar y que conceda fa-

(1) V. A. Sinigaglia, *La teoria economica della popolazione in Italia* (Archivio giuridico, 1881); G. Arias, *Les précurseurs de Malthus en Italie* (Revue d'histoire économique et sociale, 1922). R. Gonnard, *Un précurseur de Malthus, Giammaria Ortès* (Revue d'écon. pol., 1904). Pierre Raynaud, *La Théorie de la population en Italie*, 1904.

cilidades y favores a la inmigración, y que limite el celibato eclesiástico, así como otras medidas que se juzgaban capaces de asegurar un aumento de la población.

Entre los fautores del movimiento poblacionista podemos inscribir al más ilustre, y posiblemente también el más moderado de los mercantilistas italianos, el napolitano Genovesi (1712-1769), con sus *Lezioni d'economia civile* (1769), aunque el alemán Mohl erróneamente haya creído ver en él a un escritor de tendencia malthusiana. Genovesi, en efecto, después de proclamar que la población numerosa es esencial a la prosperidad y poderío del Estado, investiga las causas que la restringen y los medios para remediar la acción de éstas. Admite, es cierto, que un excedente puede surgir; pero considera que tendrá que ser temporal y fácil de corregir. Sostiene la necesidad de estimular en ciertos casos la población y se convence de que los inconvenientes de una densidad demasiado grande son remediabiles rápidamente y sin graves sacudimientos.

El abate Galiani, el célebre autor de los *Diálogos sobre los trigos* (1769), y anteriormente del *Della moneta* (1748), plantea en este último tratado (2) la máxima: "Un regno vale quanti uomini ha", y escribe en sus *Diálogos* (3): "El trigo es buena cosa, pues sirve al hombre; el dinero es bueno porque puede representar al pan; pero el hombre es la única riqueza".

En la misma época, el milanés Joseph Gorani, en una obra publicada en 1768 (4), lleva al extremo la tesis poblacionista y protesta violentamente contra los célibes; Villano busca los medios de multiplicar el número de matrimonios (5); Parruca sostiene que el aumento de la población es el primer objeto de una política sana (6); Zanon desarrolla el mismo principio (7); Marchesini se propone también como fin de sus investigaciones los medios para obtener y mantener una población numerosa (8); Brustoloni, Fio-

(2) V. Scrittori class. ital., vol. 5, *Della moneta*, p. 231-243.

(3) P. 97.

(4) *Ricerche sulla scienza del governi*.

(5) *L'ozio autumnale*, 1768.

(6) *Altre idee sulla popolazione*, 1773.

(7) *Trattato dell'utilita morale, economica, etc.*

(8) *Saggio di economia politica*, 1793.

rentino, Costantini, Donandi delle Mallere, Nuytz y Carlo Maggi, repiten, a su vez, y generalmente sin originalidad ninguna, los argumentos mercantilistas habituales en favor de la población.

Entre este grupo compacto de poblacionistas decididos y los premalthusianos se puede conceder un sitio intermedio a economistas bastante numerosos que aunque permaneciendo favorables en principio a una población numerosa, se declaran opuestos a una política directamente estimuladora. Sostienen, en general, que el crecimiento de la raza humana se opera en virtud de leyes naturales, y que basta con alejar los obstáculos que la estorban, y con liberar el medio en el que podrá realizarse por sí mismo. Sólo se dividen, en mayor o menor grado, en que unos preconizan una política agraria, mientras que los otros se vuelven más bien hacia la industria y el comercio.

Entre ellos, uno de los más importantes es el conde Pietro Verri (1728-1797), autor de varias obras de economía política, especialmente las *Meditazioni sull'economia politica* (1771), que considera a la población como uno de los factores de la riqueza nacional. Muestra gran aversión hacia los estimulantes artificiales, y considera que el poder de reproducción de la especie humana es por sí mismo infinito. De ahí llega a la consecuencia de que basta con aumentar la producción, y que la población fácilmente se mantendrá en su nivel. En el fondo se trata de ese malthusianismo sin pesimismo que ya hemos observado en escritores franceses de la misma época. Por lo demás, Verri es lo suficientemente partidario del desarrollo de la población para sostener, a pesar de sus principios, ciertas medidas artificiales: recomienda ponerse en guardia contra la exportación de alimentos y contra la emigración a las colonias.

Joseph Palmieri (1721-1793), en sus *Riflessioni sulla pubblica felicità* (1788) y en su *Della ricchezza nazionale* (1792), se declara hostil a todo sistema que tienda a aumentar artificialmente la población. A este aumento prefiere un mejor reparto de las ocupaciones y una mayor actividad industrial. "Un millón de hombres más, dice, posiblemente vale menos que transferir un número igual de personas de las clases estériles a las productoras". Palmieri analiza, por otra parte, las causas físicas y morales de despoblación, y proclama que si se quiere aumentar la población, antes

hay que crear empleos de trabajo. Condena la asistencia legal, que fomenta la miseria, en tanto que no esté subordinada al cumplimiento de un trabajo efectivo.

Ideas semejantes ya habían sido sostenidas, desde 1737, por Bandini, en su *Discorso sulla Maremma sienese* (en el que se adhiere a la opinión de una fuerte despoblación en Europa después del Imperio Romano); también lo fueron por Gherardo d'Arco (*Del'armonia politico-economica della città*, 1771), por Giambattista Vasco, que publicó en francés su *Mémoire sur les causes de la mendicité y les moyens de la supprimer* (1788); por Carli, Pecori, el abate Francesco Plà (*Il calcolo economico*, 1791), Tedeschi, Bottone, de Castellamare y Cosentino. Todos rechazan la política de intervención en materia de población; todos tienen una fuerte idea del poder del principio prolífico en la humanidad, al que creen que basta con dejarlo obrar, limitándose a crear un medio favorable por medio de una buena política económica, ya sea industrial, ya agrícola. D'Arco, en particular, aparece muy penetrado de las ideas fisiocráticas y, al mismo tiempo, imbuído de un malthusianismo desprovisto de pesimismo: "El aumento de hombres, dice (9), se proporciona al de los medios de subsistencia; en donde éstos abundan, la población abunda, y aumenta en más del doble en cada generación". Asimismo, Vasco estima que en una nación agrícola, la población aumenta al mismo tiempo que las subsistencias, sin que haya que temer una ruptura de equilibrio; pero considera que en una nación industrial la población, que sobrepasa a lo que la agricultura nacional puede mantener, está a merced de una crisis que suspenda el cambio de las fabricaciones por artículos del extranjero: en este caso, por tanto, es posible una sobrepoblación.

El abate Plà afirma aún más claramente la tendencia fisiocrática y la necesidad para el Estado de favorecer especialmente a la agricultura: cuando sus productos abundan, "esto solo basta, puesto que en el Estado las familias van en aumento y los hombres, que según su propia naturaleza tienden a la multiplicación, se multiplican cuando no encuentran obstáculos que se les opongan." Cosentino establece también que la posibilidad de aumento de la población es naturalmente muy grande y que la dupli-

(9) Cap. IV, § 1.

cación de ella puede operarse en un período muy corto. Pero, como los anteriores, está muy lejos de interpretar esta posibilidad en el sentido pesimista de Malthus. Como ellos, cree que siempre que se sostenga una agricultura esmerada e intensiva la población podrá, a pesar de su creciente densidad, encontrar fácilmente su subsistencia. Como ellos, tiene del malthusianismo la creencia en la energía del principio de población, pero sin participar en sus temores de que las subsistencias tengan forzosamente que quedarse atrás.

Sucede algo muy diferente con los economistas italianos a los que se puede considerar como adheridos a la verdadera corriente premalthusiana, y que son, sobre todo, Ortès, Ricci, Beccaria, Briganti y Filangieri.

Giammaria Ortès (1713-1790) es, de todos, el más interesante y original. Monje camandulense, figura en la historia de las doctrinas económicas entre esos autores difíciles de clasificar, atrasados y adelantados con relación a su época, originales, extravagantes y oscuros, como hay más de uno (10).

Entre sus obras debemos mencionar sobre todo sus *Errori popolari intorno all economia nazionale* (1774), y sus *Reflessioni sulla popolazione* (1790), en las que se revela a la vez como un medioeval, un feudal y un espíritu extrañamente moderno, de tendencias socialistas. Se puede resumir de la manera siguiente el contenido de ambas obras, en lo que tratan de la población:

Hay una relación constante entre la población y la masa de bienes consumibles, y todo crecimiento de esta última está seguido de un aumento paralelo de la población. En consecuencia, es inútil buscar en el aumento de los bienes el aumento del bienestar de los ciudadanos. Esta mejoría sólo podrá obtenerse para los más pobres por medio de un mejor reparto, concediendo una menor parte a las deducciones hechas por los ricos.

Si todo crecimiento de la masa de bienes produce un aumento correlativo en la población, lo recíproco no es cierto, pues la población podría aumentar según una progresión geométrica y duplicarse cada treinta años, mientras que el máximo de las subsistencias no podría, según Ortès, elevarse más allá de lo que puede

(10) V. R. Gonnard, *Un précurseur de Malthus, Giammaria Ortès*, *Revue d'Econ. pol.*, agosto de 1904.

alimentar a tres mil millones de hombres. La población del globo, en consecuencia, no puede sobrepasar dicha cifra, y de hecho está limitada mucho antes de que se llegue al máximo, ya sea a consecuencia de las condiciones del reparto, del egoísmo de unos y de la miseria de otros: en cada Estado cerca de la mitad de la población carece de ocupación, y esta situación, para Ortès, está ligada al régimen de la propiedad privada. En todo caso, los estímulos al matrimonio y las medidas análogas se pueden rechazar; el celibato para una parte de la población es necesario en todos los estados suficientemente poblados. Ortès, al contrario de tantos de sus contemporáneos, hace la apología del celibato monacal y eclesiástico que reprime la tendencia a una población excesiva y permite mantener el equilibrio demográfico.

En la exposición de su doctrina Ortès ofrece frecuentemente motivos a la crítica, a causa de lo categórico de sus aserciones y de la audacia con que afirma. Pero encontramos en él muchas ideas de Malthus: especialmente la afirmación de que existe la posibilidad, para la población, de aumentar mucho más rápidamente que las subsistencias, y la indicación de un remedio análogo al *moral restraint*, bajo la forma del celibato practicado por la mitad de la población. El conjunto de la obra de Ortès está, posiblemente, teñido de un pesimismo menor que el de su sucesor inglés; pero esto se debe a que cree más que este último en la eficacia de la razón y de los cálculos individuales para moderar la tendencia prolífica. Por otra parte, si como Malthus preconiza la limitación del instinto procreador, también admite, cosa que Malthus no hace, la posibilidad de encontrar una mejoría de la suerte de los pobres por medio de un reparto mejor. En sus consideraciones sobre la población une el punto de vista de ciertos socialistas modernos, de Marx, por ejemplo, al de Malthus, profundamente hostil al socialismo. Así es como Loria ha podido hablar de la "modernidad" de Ortès (11); y este término es exacto en tanto que se aplique a la tesis, bastante olvidada, con la que Ortès establece que existe, independientemente de una sobrepoblación absoluta posible, eventual, una sobrepoblación relativa real, consecuencia de un excedente, no con relación a las subsistencias mismas, sino por relación a la demanda de mano de obra.

(11) *Riforma sociale*, 1902.

Ricci, en su *Riforma degli istituti pii della città di Modena*, afirma, como lo hará luego Malthus, que la asistencia extendida sin discernimiento desarrolla el pauperismo, favoreciendo la tendencia de la población a aumentar indefinidamente. Censura, particularmente, el sistema de asistencia practicado en su tiempo en su país, como contrario “a las leyes naturales de la población”. “La facilidad de las subsistencias, dice, es la única distribuidora de los hombres en la tierra”. Pero cree en la importancia de un buen reparto de riquezas para llegar a un aumento estable y razonable de la población.

Beccaria (1735-1793), el célebre autor del tratado *De delitti et de pene*, también es un economista; y en sus *Elementi di economia politica* (1769) consagra un capítulo al estudio de la población. También él establece la antítesis malthusiana entre las subsistencias que no pueden multiplicarse sin límites (y encuentra la razón de ello en la ley del rendimiento no proporcional), y la población que tiende a crecer indefinidamente, en tanto que no encuentra un límite en la insuficiencia misma de la alimentación. “Es bien claro, dice, que como la población es una consecuencia del aumento de los medios de subsistencia, más bien que éstos una consecuencia del aumento de aquélla, se debe considerar como punto fijo de toda investigación y de toda reglamentación, el aumento de esos medios de subsistencia, que sólo pueden obtenerse de la tierra, y dejar el resto a los cuidados secretos e inescrutables de la naturaleza, perpetuadora de las generaciones.”

En el límite en que las subsistencias lo permitan, es deseable una población tan numerosa como sea posible. En consecuencia, es importante conocer y combatir las causas de despoblación mórbida, ya sean morales, ya físicas, de las que Beccaria hace una clasificación, un tanto heterogénea por lo demás, y mal construída, pero interesante en sus detalles. Por lo contrario, no parece inquietarse por el peligro de sobrepoblación, a pesar de que sus principios debían haberlo conducido a considerar esa posibilidad.

Filippo Briganti (1725-1804), en su *Esame economico del sistema civile* (1777), se propone refutar las teorías de Mably, de Rousseau y de otros reformadores franceses, como Malthus escribió para refutar a Godwin. Considera a la población como uno de los grandes factores de la prosperidad de un Estado, y considera fa-

vorablemente una población numerosa. Pero, como los precedentes, juzga inútil todo estímulo artificial, ya que el número de hombres aumenta inevitablemente por sí mismo en donde quiera que la industria humana puede estimular “la pereza de la tierra”, y obligarla a proporcionar abundantes alimentos. Tampoco teme a la sobrepoblación, pues, dice, “los hombres se multiplican en razón de las subsistencias, y las subsistencias en razón del trabajo”. La producción de un territorio es muy elástica, según el modo de cultivo, y una población numerosa puede encontrar un amplio suplemento de subsistencias en la pesca y en la ictiofagia.

Briganti discute, después de Hume y de Wallace, la famosa cuestión de la población comparada de las naciones antiguas y de las modernas. Trata con un escepticismo volteriano los cálculos de los autores clásicos, y sostiene que la población del globo, en general, debe permanecer casi constante, lo que no va de acuerdo con su afirmación de que la población tiende a ponerse al nivel de las subsistencias, a menos que admitamos que la producción agrícola no haya realizado ningún progreso desde la antigüedad. Justifica esta idea de la constancia de la población humana por la consideración filosófica de que el número de los seres animados en cada especie ha tenido que estar determinado en razón de una necesidad general, y que el aumento o disminución de una especie provocaría un trastorno en el orden del Universo. Por tanto, no puede haber más que variaciones locales y no generales.

Briganti no deja de presentar un análisis de las causas susceptibles de obrar favorablemente sobre la población, pues su teoría estacionaria, relativa a toda la tierra, no le impide el considerar nacionalmente el aumento como algo deseable y posible. Insiste particularmente en la propiedad, a la que llama “il termometro della popolazione”, y sobre las buenas costumbres: “Un pueblo amigo de la honestidad, dice, será un pueblo temperante, y un pueblo temperante sabrá conciliar prudentemente los impulsos de la naturaleza con las retenciones dictadas por la razón.” También distingue, entre las causas de despoblación, las que provienen de una limitación de la fecundidad del hombre, y las que provocan la limitación del fondo de subsistencias, llevando a la indolencia y a la imprevisión (intemperancia, malas costumbres, lujo, esclavitud, despotismo, impuestos, celibato, guerra, etc.) Cree,

por lo demás, que las grandes calamidades, como guerras y epidemias, tienen escasa influencia. “*Una notte di Parigi basta a rimpiazzare la strage di Senef.*” Concluye que, aunque la numerosa población sea un signo de prosperidad, pueden existir excepciones, y en ese caso “vale más el pueblo que se mantiene en el bienestar que el que se multiplica en la indigencia”. Si hay sobrepoblación, “conviene deshacerse de lo superfluo utilizando los remedios que ultrajen menos a la humanidad y a la justicia”. Estos son casi textualmente los términos empleados por Malthus para designar el *moral restraint*. Pero Briganti, que no teme más que sobrepoblaciones locales, designa con ellos a la emigración.

Filangieri (1752-1788) en su *Scienza della legislazione*, en el segundo libro trata de la población de una manera que ha sido apreciada muy diversamente, puesto que Mohl lo considera como un partidario del aumento de la población sin restricciones, mientras que Sinigaglia lo clasifica entre los precursores de Malthus.

Parece que este último es quien tiene razón, pues Filangieri, aunque desea ver que la población aumente, rechaza todo estimulante artificial; pero cree que la población, mientras tenga medios de subsistencia suficientes, tiende fatalmente a aumentar; cree, además, que esta tendencia es ilimitada, mientras que la producción de los medios de subsistencia no lo es. Esto es malthusiano. Lo que no lo es, es que Filangieri también cree en la posibilidad y en la conveniencia de un aumento considerable de la población actual de los pueblos civilizados, a condición de luchar contra las causas de despoblamiento, que para él son el mal estado de la agricultura, el número exiguo de propietarios, la excesiva extensión de los bienes del clero, el fisco, el militarismo y las malas costumbres. Malthusiano en su creencia de que la población siempre tiende a ponerse al nivel de las subsistencias y no se detiene más que por la imposibilidad de alimentarse, deja de serlo cuando, en lugar de buscar un obstáculo voluntario a este aumento, sólo se ocupa de abatir los obstáculos secundarios que la detienen prematuramente y le impiden alcanzar su máximo.

Todos estos italianos son malthusianos sin pesimismo. Conciben la posibilidad de una población que aumenta rápidamente, la imposibilidad de las subsistencias para multiplicarse paralelamente, y la detención forzosa en un momento dado, del primer movi-

miento. Pero esta situación no los alarma, bien porque admiten que causas accidentales de despoblación obrarán siempre ampliamente, o porque suponen que sin grandes trabajos se podrá limitar el desarrollo de la población, una vez obtenido el máximo. Una idea de equilibrio domina sus teorías, mientras que la de Malthus está dominada por la idea de una ruptura del equilibrio. Ya sea proveniente de la tradición italiana, ya de la influencia fisiocrática, pero el caso es que conservan una confianza optimista en la armonía de las leyes naturales, y también, ampliamente, en la productividad de la agricultura.

Tercera Parte

LAS DOCTRINAS MODERNAS

CAPÍTULO PRIMERO

MALTHUS Y EL *ENSAYO SOBRE EL PRINCIPIO DE POBLACION*

El largo (y no obstante acertado) resumen que precede, basta cuando menos para mostrar qué engañoso es representarse a Malthus como el primero, o casi el primero, que haya abordado el estudio de la población, incluso el estrictamente económico. No por ello deja de ser cierto que iluminó este problema de una manera mucho más vívida y más cruda que todos sus predecesores: más cruda decimos, hasta el grado de que posiblemente falsea ciertas perspectivas y subraya demasiado algunos relieves.

Pocos economistas han sido objeto de apreciaciones tan diversas, no solamente en lo que se refiere a las tendencias de sus doctrinas, sino a la solidez científica de las mismas; no sólo en cuanto al valor de la influencia ejercida por ellas, sino en cuanto al de las investigaciones y análisis en que se basan. Desde el punto de vista moral, el nombre de Malthus ha sido maldecido como el del propagador de doctrinas inmorales, no obstante que él las condenó expresamente; desde el punto de vista económico, su obra, en un principio ensalzada desmesuradamente, después criticada de la misma manera (1), conserva admiradores entre algunos de los más distinguidos economistas de nuestra época. Unos consideran que los hechos han refutado su teoría; otros estiman que bien comprendida sigue siendo verdadera. Otros más se suscriben al juicio

(1) “Es bastante difícil, dice Ingram (p. 165), descubrir qué elemento sólido haya aportado a nuestros conocimientos”.

de Pareto, que decía del famoso *Ensayo*: “Se encuentra en él una teoría cuyo fondo es bastante cierto, apoyada por razonamientos algunas veces bastante buenos, pero frecuentemente lamentables, y de los que se han obtenido las consecuencias más erróneas” (2).

La primera edición del *Ensayo sobre el principio de población* es de 1798. El autor había nacido treinta y dos años antes (1766), en Rookery, condado de Surrey. Su padre, Daniel Malthus, amigo de David Hume y de Rousseau, era un adepto de las teorías filosóficas y reformadoras entonces en boga, y no retrocedía ni ante las francamente socialistas que William Godwin expuso en 1793, en su *Encuesta sobre la justicia política*. Por el contrario, Robert Malthus, que había entrado en las órdenes en 1789 y desempeñaba un curato cerca de la casa paterna, profesaba ideas totalmente diferentes. Lejos de admitir, con Godwin, que la miseria fuese el resultado de una organización viciosa de la sociedad, y que fuese posible remediarla con instituciones igualitarias; lejos de creer que la riqueza fuese superabundante y que el único problema importante fuese el de un mejor reparto, estaba firmemente convencido de que no había que esperar nada efectivo de las reformas políticas y económicas orientadas en el sentido del estatismo, y menos aún en el del socialismo; que la causa principal de la miseria debía buscarse en una ruptura del equilibrio entre la población y las subsistencias, y que esta ruptura se debía a la acción “preponderante” de lo que llamó el principio de población. Como el origen del mal era éste, resultaba vano pretender remediarlo con un nuevo reparto.

A consecuencia de discusiones entre los dos Malthus, padre e hijo, este último se decidió a escribir y publicar el *Ensayo*, que en su primera forma no constituía más que un librito de proporciones mucho más restringidas que la obra definitiva.

En un principio, el *Ensayo* fué concebido un poco como un libro de polémica. El propio Malthus nos lo dice (3): “Fué un escrito de Godwin (4) el que me puso la pluma en la mano... Yo trataba de aplicarlo (el principio de población) para desarrollar ciertos sistemas relativos a la perfectibilidad del hombre y de la sociedad,

(2) *Systèmes socialistes*, t. I, § 219.

(3) Prefacio de la 2ª edición, aparecida en 1803.

(4) *El Ensayo sobre la avaricia y la prodigalidad*.

que en esa época atraían la atención pública” (5). Desde el comienzo Malthus toma posiciones como adversario del socialismo. “La doctrina de Malthus es, desde su origen, dice Oppenheimer, enemigo mortal del socialismo” (6). Esto debe recordarse.

Otra observación es no menos importante. Malthus, también según confesión propia, escribió su *Ensayo* primitivo antes de dedicarse a las investigaciones históricas que llenan la mayor parte del *Ensayo* definitivo. “Seguí, dice, el impulso del momento, y empleé los materiales que tenía a mi alcance en el campo en donde vivía. Hume, Wallace, Adam Smith, Price, fueron los que me sirvieron de guías.” La documentación de Malthus fué, pues, sumaria y teórica. En cierto modo llegó a plantear, *a priori*, los principios esenciales de su doctrina.

Sólo posteriormente, al meditar más sobre su tema, el sentimiento que tuvo de su importancia “unido a la atención que el público había concedido a (su) *Ensayo*, (lo) impulsó a entregar(se) a algunas investigaciones históricas para reconocer la influencia del principio de población sobre el estado pasado y presente de la sociedad” (7). Realizó entonces investigaciones más completas, percibió que ya existía una bibliografía considerable de la cuestión, y comprobó que varios autores (8) habían hablado de él tan claramente, que no podría decirse “por qué no han logrado atraer la atención sobre este objeto” (9).

La segunda edición, publicada en 1803, y en la que el autor abandonó el anonimato guardado en un principio, es mucho más extensa que la primera. Malthus añade a la exposición de su doctrina un vasto examen histórico “de los obstáculos que se han opuesto al aumento de la población” en la mayor parte de los pueblos antiguos y modernos. Pero por interesante que este examen sea, no deja de ser una superposición de hechos sobre una teoría preconcebida y ya expuesta, lejos de ser un resumen de las investigaciones por las que el autor llegó a ella. Más aún, incluso

(5) El sistema de Condorcet, especialmente.

(6) *Revue d'Écon. pol.*, 1903, p. 333.

(7) Prefacio de 1803.

(8) Cita a Platón, Aristóteles, Montesquieu y “algunos economistas franceses”, a Franklin, Steuart, A. Young y Townsend.

(9) Prefacio de 1803.

concebida como una demostración *a posteriori* de esta teoría preconcebida, la interpretación histórica de Malthus deja mucho que desear, ya que, como después lo veremos, con mucha frecuencia supone probado lo que parecía querer establecer.

El *Ensayo* de Malthus fué recibido con un entusiasmo y una animosidad si no iguales, cuando menos muy grandes ambos, incitando al autor a desarrollar el estudio de su principio, al que añadió algunos capítulos cuya influencia fué lo bastante importante para provocar una reforma de la asistencia legal en Inglaterra, y posiblemente impedir su establecimiento en otros países.

En 1804 Malthus fué nombrado profesor de economía política en el Colegio de la Compañía de Indias, en Haileybury, donde sustentó cátedra durante treinta años. Durante este período publicó otras obras. La principal es de 1819, y lleva como título *Principios de Economía Política considerados con relación a su aplicación práctica*, y bastaría, aun si Malthus no hubiese escrito el famoso *Ensayo*, para asegurarle un sitio distinguido entre los economistas de la escuela clásica inglesa. Entre las demás obras de Malthus podemos señalar una sobre las *Definiciones en economía política* (1827), *Observaciones sobre los efectos de las leyes sobre cereales* (1814), y su participación, en forma epistolar, en la controversia suscitada entre J.-B. Say y Sismondi sobre la posibilidad de una sobreproducción general. Murió en 1834. Su *Ensayo* había alcanzado la quinta edición inglesa; había sido traducido al francés desde 1809, posteriormente en 1823, por Pierre y Guillaume Prévost, traducción reproducida en 1845, bajo los auspicios de Joseph Garnier, en la colección Gallimard.

El *Ensayo*, en su forma definitiva, es una obra bastante importante, dividida en cuatro partes, que llevan, respectivamente, por título: Libro I. *De los obstáculos que se han opuesto al crecimiento de la población en las partes del mundo menos civilizadas y en los tiempos pasados.*—Libro II. *Obstáculos a la población en los diferentes estados de la Europa modernæ.*—Libro III. *De los diferentes sistemas o expedientes que se han propuesto o que han sido favorecidos por la sociedad, en tanto que influyen sobre los males producidos por el principio de población.*—Libro IV. *De la esperanza que puede concebirse, para curar o suavizar en el futuro los males causados por el principio de población.*

En suma, dos libros que se anuncian como poseedores de investigaciones históricas sobre el principio de población; y dos libros de aplicación, relativos a la posible influencia de diversos sistemas sobre este principio, y las oportunidades de atenuar los males que provoca. Pero ¿en dónde se encuentra la exposición teórica del sistema? Esencialmente en los dos primeros capítulos del primer libro, que llenan 16 páginas, sobre un total de más de 660 en la edición francesa de Guillaumin. Estas 16 páginas, médula de la primera edición, contienen casi todo lo que generalmente se designa con el nombre de doctrina de Malthus. Observemos esta médula.

“Si tratáramos de prever, dice Malthus (10), los progresos futuros de la sociedad, se nos ofrecerían naturalmente dos problemas que examinar: «1º ¿Cuáles son las causas que hasta ahora han detenido los progresos de los hombres o el aumento de su felicidad? ¿Qué probabilidades hay de eliminar, en todo o en parte, estas causas que impiden el progreso?»”

“Esta investigación, dice, es demasiado vasta para que en un solo individuo pueda emprenderla con éxito.” Así es que se propone solamente examinar los efectos de una de las causas más poderosas, “causa íntimamente ligada a la naturaleza humana”, y muy poco estudiada hasta ahora. Esta causa es “la tendencia constante que se manifiesta en todos los seres vivos a aumentar su especie más de lo que lo permite la cantidad de alimentos a su alcance”.

Esta tendencia proviene de que “la naturaleza ha prodigado con mano liberal los gérmenes de la vida en ambos reinos; pero en cambio ha sido económica con el sitio y los alimentos... La falta de espacio y de alimento destruye, en los dos reinos, lo que nace más allá de los límites asignados a cada especie”.

Pero para el hombre los efectos del obstáculo opuesto a su multiplicación indefinida son más complejos que para los animales: el obstáculo obra, ya sea directamente, por sí mismo, ya indirecta, psicológicamente, por el temor que inspira. Esta posibilidad

(10) *Essay on the Principle of Population*. (Las acotaciones entre comillas que siguen corresponden asimismo al *Essay*).

de una elección, constituye para Malthus el interés práctico de un estudio de la población.

Para establecer la desproporción fatal entre la tendencia al aumento de la población y las posibilidades del aumento de las subsistencias, Malthus pretende “determinar, por una parte, cuál sería el aumento natural de la población si estuviese abandonada a sí misma, sin ningún cuidado; y, por otra, cuál puede ser el aumento de las producciones de la tierra en las circunstancias más favorables a la industria productiva”.

El aumento “natural” de la población, de hecho no lo encontramos en ninguna parte, pero hay países cuya situación económica y moral es tal (subsistencias abundantes, costumbres puras, matrimonios fáciles), que el aumento efectivo se aproxima a lo que sería ese aumento “natural”. Tales son “los estados del Norte de América”, en los cuales se ha comprobado, durante más de siglo y medio, que la población se duplica cada veinticinco años: hecho ya subrayado (en dos ocasiones) por A. Smith, y que Malthus no tuvo más que recoger en el *Ensayo sobre la riqueza de las naciones*. Añade que en la parte meramente rural del país, el período de duplicación es más corto aún, reduciéndose a quince años; en seguida, e invocando las tablas de Euler, admite que podría reducirse a doce y medio; y citando a Petty recuerda que según éste, en ciertos casos podría llegar hasta a diez.

Esto le basta para plantear su primer axioma: “Para ponernos al abrigo de toda especie de exageración, dice, tomaremos como base de nuestros razonamientos el aumento menos rápido: aumento probado por el concurso de todos los testimonios y que está demostrado que proviene sólo del producto de los nacimientos.

“Podemos, por tanto, tener como cierto que cuando la población no se ve detenida por ningún obstáculo, se duplicará cada veinticinco años y crece, de período en período, de acuerdo con una progresión geométrica.”

Esto es en lo que hace al primer término. Veamos para el segundo.

El aumento de los productos del suelo no podría ser tan rápido. Allí en donde toda la tierra fértil está ocupada, sólo se puede contar con el mejoramiento de las tierras ya en explotación. Pero “este mejoramiento, a causa de la naturaleza de todo suelo, no

puede hacer progresos siempre crecientes, sino que, por el contrario, serán cada vez menos considerables". Es la ley del rendimiento no proporcional, nervio de toda la doctrina malthusiana. Razónando sobre las tierras europeas, y en particular inglesas, y "en las circunstancias más favorables que se puedan imaginar", se puede dudar que llegue a duplicarse su producto actual en veinticinco años, y si se admite que esto es posible, no puede esperarse que haya una nueva duplicación cada veinticinco años. "Esto sería chocar contra todas las concepciones que hemos adquirido sobre la fecundidad del suelo." Ya sería muy optimista admitir, para cada período de veinticinco años, una adición a la producción, simplemente igual a la producción actual. "Seguramente el especulador más exagerado no creerá que se pueda suponer más."

"Apliquemos esta suposición a toda la tierra... lo que es más, seguramente, que todo lo que tenemos derecho a esperar de los esfuerzos mejor dirigidos de la industria humana.

"Por tanto, estamos autorizados para establecer, partiendo del estado actual de la tierra, que los medios de subsistencia, en las circunstancias más favorables a la industria, jamás pueden aumentar con mayor rapidez que la progresión aritmética".

Una objeción surge: ¿no hay en el globo vastos territorios muy poco poblados, regiones "sin cultivo y casi sin habitantes"? Sí, dice Malthus; pero añade inmediatamente, condenando los procedimientos demasiado inveterados de la política colonial inglesa: "Se puede discutir el derecho a exterminar estas razas esparcidas, o a obligarlas a apiñarse en una parte retirada de sus tierras, insuficiente para sus necesidades. Si se trata de civilizarlos... habrá que emplear mucho tiempo; y como durante ese tiempo, el aumento de la población estará regido por el de las subsistencias, rara vez sucederá que una gran extensión de terrenos abandonados y fértiles sea cultivada de pronto por naciones esclarecidas e industriosas. En fin, aun cuando este acontecimiento sucediera... esa población, creciendo rápidamente y en progresión geométrica, bien pronto se impondrá límites a sí misma".

En consecuencia, la objeción conduciría, cuando más, a admitir cierto retardo en la aparición del inevitable desequilibrio.

La ley de progresión de la población y de las subsistencias es tal, que sólo puede tener una consecuencia, y Malthus la enuncia

así: “El principio de la población supera de tal modo al principio productivo de subsistencias, que para mantener el nivel, para que la población existente encuentre alimentos que le sean proporcionados, se necesita que a cada instante una ley superior impida sus progresos, que la dura necesidad la someta a su imperio; en una palabra, que el principio cuya acción es tan preponderante, sea contenido en ciertos límites”.

El gran obstáculo represivo es, evidentemente, la falta misma de alimentos. Pero sólo en caso de hambre obra de una manera inmediata. Otros obstáculos obran generalmente, antes de que el hambre se declare. “Se componen de todas las costumbres y enfermedades que puede hacer nacer la rareza de los medios de subsistencia; añadiéndoseles todas las causas físicas y morales, independientes de esta rareza, que tienden a suprimir la vida de una manera prematura”. Este último incidente es importante; me parece que los comentadores de Malthus, y el propio Malthus, lo han olvidado en demasía.

Estos obstáculos “pueden clasificarse en dos grupos: obstáculos privativos y obstáculos destructivos. Los primeros pueden ser voluntarios o involuntarios. El obstáculo privativo voluntario es propio de la especie humana, y resultado, en ésta, de la facultad de prever; por otra parte, puede tomar dos formas, la viciosa y la moral. El *moral restraint* constituye seguramente, confiesa Malthus, una privación penosa; “pero este mal evidentemente es muy pequeño, si se le compara a los que producen los otros obstáculos que detienen a la población. Es una privación de la misma naturaleza que tantas otras, y que debe prescribirse como agente moral”. En cuanto a la restricción voluntaria viciosa, Malthus la condena expresamente: “El desarreglo de las costumbres, dice, llevado al punto de impedir el nacimiento de los hijos, parece envilecer a la naturaleza humana y arrebatarle su dignidad”. Al *moral restraint*, lo define no menos claramente: “la abstinencia al matrimonio, unida a la castidad.”

Los obstáculos destructivos son muy numerosos. Comprenden todas las causas que tienden a abreviar la duración de la vida humana por el vicio o la desdicha.

Malthus prosigue así: “La suma de todos los obstáculos privativos y destructivos forma lo que yo llamo el obstáculo inmedia-

to de la población. En un país en donde la población no puede crecer indefinidamente, el obstáculo privativo y el obstáculo destructivo deben estar en razón inversa el uno del otro..." Pero "en todo país, algunos de los obstáculos que hemos enumerado obran con mayor o menor fuerza..." Y a pesar de esto, "hay muy pocos países en los que no se observa un constante esfuerzo de la población para aumentar más allá de los medios de subsistencia", esfuerzo que tiende *constantemente* "a hundir en la desgracia a las clases inferiores de la sociedad y que se opone a toda especie de mejoría en su estado".

Esta miseria de las clases inferiores aumenta o se restringe por una especie de balanceo. Si, en efecto, suponemos en un momento dado que el equilibrio está casi realizado bajo la presión del principio de población, no tardará en producirse un excedente de nacimientos, que será seguido por una baja del nivel de existencia de las clases poco acomodadas, y un período de miseria durante "el cual los matrimonios se sentirán poco estimulados" y la población se hará estacionaria; por otra parte, los esfuerzos para mejorar la producción producen cierto efecto; las subsistencias aumentan, la situación del trabajador se hace menos penosa; pero inmediatamente "el obstáculo puesto a la población cesa de nuevo". Y así sucesivamente. En suma, bajo la presión del principio "predominante", todo excedente de subsistencias tiende, no a servir para una mejoría de las condiciones de existencia individual, sino a traducirse inmediatamente en aumento de población. "Esta especie de oscilación" está más o menos enmascarada para los ojos del observador vulgar, puesto que, dice Malthus, "los historiadores no se ocupan más que de las clases más elevadas de la sociedad" —porque las estadísticas son insuficientes—, y porque intervienen diversas causas perturbadoras (creación o desaparición de industrias, ardor o indiferencia para las empresas agrícolas, años de abundancia o de escasez, leyes de asistencia, emigración, etc.) Una de las causas más importantes que impiden discernir claramente las oscilaciones citadas, es la diferencia de los salarios nominales y reales, ya que los últimos pueden experimentar "bajas y alzas, aunque el precio nominal del trabajo no baje".

Malthus resume y concluye la parte meramente teórica de su

exposición, con las tres siguientes proposiciones, que él mismo subraya:

“1º La población está limitada necesariamente por los medios de subsistencia.

“2º La población crece invariablemente siempre que crecen los medios de subsistencia, a menos que obstáculos poderosos y manifiestos la detengan.

“3º Estos obstáculos particulares, y todos los que al detener el poder preponderante, obligan a la población a reducirse al nivel de las subsistencias, pueden agruparse en tres categorías: la restricción moral, el vicio y la desgracia”.

Añade que la primera de las tres proposiciones no necesita prueba. En realidad, esto depende del sentido que se le dé. Es indiscutible en tanto que exprese simple y sencillamente la idea de que el hombre no puede vivir sin alimentarse. No lo es si al decir que “los medios de subsistencia limitan la población”, se entiende que esta última siempre llega hasta donde los primeros se lo permiten. El mismo Malthus, en una nota añade que hay “un pequeño número de casos en que no es así”; pero sólo los considera como “excepciones y casos extremos”. Por lo demás, entiende la primera proposición en el sentido más obvio, el primero. Sin esto, duplicaría la segunda.

Por lo que respecta a ésta y a la tercera, Malthus escribe: “Serán el resultado del examen que vamos a emprender de los pueblos antiguos y modernos considerados en este aspecto”.

Este examen comprende todo el resto del primer libro y todo el segundo, o sea, cerca de la mitad del *Ensayo*. Podría creerse, si nos atuviéramos a la anterior proposición y a la extensión de las investigaciones históricas que siguen, que éstas, en efecto, condujeron a Malthus a edificar su sistema *a priori*. En realidad para él, como para el abate Vertot, “el asedio está declarado”. Lo que va a pedir a la historia es la demostración de una tesis establecida *a priori*, o casi, y admitida ya como evidente.

Tenemos la confesión formal de Malthus en esta nota: “Se ha dicho que escribí un volumen *in cuarto* para probar que la población crece en proporción geométrica y los alimentos en razón aritmética. Esta afirmación no es exacta. De estas dos proposiciones la primera me ha parecido probada desde que el crecimien-

to de la población americana ha sido bien comprobado, y la segunda tan pronto como fué enunciada. El objeto principal que me propuse en esta obra, fué investigar los efectos que estas leyes, establecidas desde las primeras páginas, habían debido producir naturalmente y habían producido realmente en la sociedad humana..."

En realidad, Malthus pierde algunas veces de vista esta idea. En su exposición histórica posiblemente cambia algunas veces de actitud, y trata de probar por medio de los hechos sus sistemas preconcebidos; pero, lo dice, su tesis estaba establecida de antemano, y sobre *un solo hecho* para la primera progresión; sobre *la evidencia*, para la segunda.

La manera como emprende esta investigación histórica es, en efecto, significativa. Trata "de los obstáculos a la población" entre los pueblos antiguos y los modernos. En lugar, pues, de tratar de establecer por los hechos, como era de esperarse, que la población tiende a sobrepasar a las subsistencias, su procedimiento consiste —suponiendo comprobado esto último— en buscar cuáles son los obstáculos que al obrar sobre la población la han mantenido al nivel, o *incluso bajo el nivel* de las subsistencias.

Muestra muy bien —aun cuando con una fuerte parte de conjetura—, cuáles han sido históricamente estos obstáculos en numerosas sociedades; y al detallar acumula observaciones y reflexiones interesantes. Pero, en suma, todo esto no es demostrativo desde el punto de vista de su tesis principal. Solamente establece que sin la acción de los obstáculos que señala, la población hubiera podido multiplicarse más de lo que ha crecido; pero no prueba que este aumento hubiera sido excesivo y que las subsistencias no hubieran podido seguirla. Muestra que en todas partes la población es destruída por tales o cuales causas —*frecuentemente, por lo demás, muy ajenas a una escasez real o temida*—; pero no prueba que tienda a sobrepasar a las subsistencias. Incluso suele mostrarnos que las poblaciones más diseminadas son las más miserables y que su misma diseminación se debe a causas que nada tienen que ver con la imposibilidad de producir subsistencias.

Ya señalamos estas características del método de Malthus en los primeros capítulos consagrados a sus investigaciones históricas, y que se refieren a los pueblos más atrasados, fueguinos,

australianos, polinesios, pieles rojas, etc. En todos ellos se hace la misma comprobación: la población es muy poco densa. Pero añade, es tan densa como lo permiten las subsistencias, y la prueba es que es miserable. Alcanza tan plenamente su máximo, que el menor déficit de alimentación la sume en la desgracia, a pesar de la acción enérgica de los obstáculos destructivos, guerras, enfermedades, práctica del infanticidio, etc. Por consiguiente, siempre hay la población que puede alimentarse. Pero Malthus está tan convencido de la verdad de su principio, que cuando encuentra un país en donde la población no es densa ni miserable, y en el que no percibe en acción "obstáculos poderosos y manifiestos" para su crecimiento, antes que admitir que su principio sea discutible, afirma que hay obstáculos que no han sido vistos. A propósito de los polinesios, por ejemplo, escribe: "Supongamos que se reconociera que en las islas más fértiles de ese océano se resintiera poco la necesidad. Como razonablemente no puede suponerse que la restricción moral y virtuosa reine entre esos salvajes, sobre todo en esos climas, la naturaleza de las cosas nos obligará a creer que el vicio, incluyendo la guerra, basta para reprimir la población". En la isla de Pascua "hay que presumir que el infanticidio está establecido, aunque no se tenga otra prueba" que la desproporción entre los dos sexos. Frecuentemente Malthus, en lugar de ir de los hechos a la teoría, como parece hacerlo, supone implícitamente la teoría para interpretar los hechos.

Pasa, en seguida, a los pueblos antiguos de Europa septentrional, y a propósito de los germanos interpreta sus migraciones como un efecto y una prueba de la sobrepoblación de su país, aunque reconociendo que una gran parte de él estaba inculto. En este caso, es evidente que no puede hablarse más que de esa sobrepoblación *relativa* que se producirá incluso en el país más fértil y con la fecundidad más reducida, si los hombres se rehusan a trabajar. El mismo Malthus, por lo demás, insiste en que Alemania estaba demasiado poblada al mismo tiempo que de una manera absoluta lo estaba muy poco, porque sus habitantes despreciaban la producción pacífica. Pero entonces los hechos no nos muestran más que una ruptura de equilibrio entre la población y las subsistencias, debida a una causa *completamente social* —la pereza del bárbaro—, y no a la causa general y fatal que Malthus supone. Ade-

más, de ninguna manera está probado que fuese la falta de subsistencias lo que impulsara a los bárbaros contra el Imperio; el deseo de botín, así como la presión conquistadora de pueblos más orientales, explican suficientemente estas migraciones.

Entre los pueblos pastores, que estudia en seguida, Malthus afirma que el pleno de población —con relación a las subsistencias que pueden procurarse— está alcanzado, aunque la población, favorecida por otra parte por las creencias y la práctica del comunismo, sea destruída a consecuencia de los hábitos guerreros de estos pueblos. Pero aquí abre la puerta a una grave objeción: los mismos hábitos guerreros, al destruir también los medios de subsistencia, posiblemente son, más que la rareza verdadera de éstos, la causa de su insuficiencia.

En Africa, Malthus observa que inmensos terrenos fértiles están incultos. Allí, la población es la que falta a los terrenos cultivables. Responde a esto que por diferentes razones (inseguridad, pereza, etc.), “las naciones negras no cultivan más que los terrenos que necesitan”. Pero si el principio de población tuviera todo el poder indicado, ¿por qué no habían de necesitarlos todos? Sin duda, responde Malthus, la guerra los diezma: algunas costumbres (lactancia prolongada, etc.), disminuyen la natalidad. Pero ¿qué prueba esto? Que diversos obstáculos sociales impiden a la población ser lo que podría ser y la que el suelo podría alimentar. Esto, en cambio, no prueba de ninguna manera la tesis esencial que es, por lo contrario, la de la insuficiencia de ese mismo suelo. Las subsistencias son apenas suficientes, dice Malthus. Pero no por una razón física y general. Una menor población no solucionaría nada, puesto que hay tierras en demasía. Una población mayor no empeoraría las cosas, puesto que hay vastas tierras disponibles. No podemos dejar de encontrar, con V. Pareto y Oppenheimer, bastante defectuosa la lógica de Malthus.

En el Asia septentrional, Malthus señala también regiones muy fértiles débilmente pobladas. Se debe, dice siguiendo a Stuart, a que hay “imposibilidad moral de crecimiento”. Pues “no basta que un país tenga la facultad de producir muchos alimentos; es necesario que el estado social sea tal que se piense en distribuirlos bien”. Observación justa. Pero la objeción se precisa cada vez más: lo que Malthus nos hace ver, es que hay numerosos *obstáculos so-*

ciales al desarrollo de la población, *obstáculos más o menos ajenos a la insuficiencia de subsistencias*. Y se comprende su razonamiento implícito: si esta insuficiencia natural se admite *a priori*, ¿qué sucedería en el caso de que los obstáculos no existieran! Sí, pero si se admite *a priori* esta insuficiencia natural. Y la existencia de los obstáculos sociales no la demuestra.

En las regiones populosas de Asia —Indochina y China—, Malthus nota hechos más favorables a su demostración. A pesar de numerosos y muy reales obstáculos destructivos admite en esas regiones una presión efectiva de la población sobre las subsistencias, a tal grado “que los alimentos, de una manera insensible, se han llegado a distribuir en la parte del pueblo, en porciones tan pequeñas como la necesidad de alimentarse puede permitirlo”.

Pasando a los ejemplos europeos, Malthus trata en primer lugar de los antiguos. Considera que en Grecia la población fué numerosa, y que el temor a una sobrepoblación dictó a los legisladores y a los filósofos griegos sus preocupaciones reglamentarias. Estima que en Roma, a pesar de la energía con la que obró el obstáculo destructivo bajo la forma de guerra permanente, la población hubiera sido bastante numerosa si las instituciones económicas y sociales (estatismo, esclavitud, gran propiedad) no hubieran contribuído a restringirla. Y Malthus cita con razón a estas instituciones como causa de despoblación. Pero explicarnos cómo una población ha podido ser destruída así, no establece, de ninguna manera, que la población tienda a ejercer presión sobre los medios de subsistencia. En Italia, por lo contrario, fué la despoblación la que provocó el abandono de la producción agrícola.

De una manera general, Malthus concluye esta primera parte de sus investigaciones históricas, diciendo que entre los pueblos atrasados de hoy y en los pueblos antiguos, la *restricción moral* ha obrado débilmente, con mucho mayor fuerza el vicio, y con mayor aún la miseria. Ha existido acción predominante de los obstáculos destructivos.

El obstáculo preventivo, y la restricción moral en particular, tienen una influencia más señalada en los pueblos civilizados modernos. Malthus cree comprobarlo desde luego en los países escandinavos, sobre todo en Noruega, “el único país de Europa en donde el viajero oye que se exprese el temor de un exceso de pobla-

ción, y en donde se comprende el peligro a que están expuestas las clases inferiores del pueblo por tal exceso". En Suecia el obstáculo preventivo obra ya en menor proporción, y el destructivo más. En Rusia, Malthus admite que el país produce más de lo que consume, por lo que hay exceso de subsistencias. ¿Cómo se mantiene, si el principio de población debe poner rápidamente a ésta, cuando menos al nivel de aquéllas? Malthus invoca nuevamente una causa *social*: la servidumbre.

En la Europa Central cree poder afirmar que se ha alcanzado el máximo y que la población ya no puede aumentar: "Para hacer lugar a un nuevo matrimonio, dice, es necesario, en términos generales, que sea destruído un matrimonio antiguo". La presión de la población sobre las subsistencias se comprueba efectivamente: asimismo, el obstáculo destructivo obra en proporción de una natalidad excesiva.

Las observaciones de Malthus respecto a Francia son dignas de atención. Señala (11) que después de una larga y destructiva guerra, que según él costó a la nación francesa 2.500,000 vidas humanas, la población aumentó. Ve en esto un fuerte argumento en favor de su doctrina: basta, piensa él, que los medios de subsistencia hayan crecido para que la población haga otro tanto, a pesar de todos los obstáculos. Y este aumento mismo de los medios de subsistencia ha sido una consecuencia de la prosperidad de la agricultura y de la pequeña propiedad (reparto de los bienes nacionales).

En Inglaterra, en fin, Malthus admite que el obstáculo preventivo obra enérgicamente, determinando una mediocre nupcialidad y una débil natalidad. Hubo sin embargo, lo nota, un rápido crecimiento de la población entre 1800 y 1810; pero según él no puede durar y fué provocado por circunstancias excepcionales, tales como el extraordinario impulso de la producción. Ve en ello la prueba de que "si los recursos del país permiten un rápido crecimiento", y si esos recursos están convenientemente distribuídos, "la población no dejará de seguir sus pasos". Escocia da lugar a comprobaciones del mismo género: el obstáculo preventivo obra allí notablemente; pero allí donde se ofrecen canalizaciones a la población (a consecuencia del hábito de emigrar o de la abundan-

(11) 5ª edición inglesa, de 1817.

cia de los recursos pesqueros), la natalidad crece y la población aumenta.

Malthus concluye que los diversos obstáculos que limitan la acción del principio de población entre los pueblos modernos resultan, a su vez, de la insuficiencia de las subsistencias. El único medio de aumentar la población es, por tanto, aumentar estas últimas, pues la población se mantiene a su nivel y tiende a sobrepasarlo. El obstáculo destructivo se manifiesta duramente, incluso entre los civilizados. Malthus cuenta que a partir de la era cristiana se han registrado 239 grandes hambres, es decir, una cada siete u ocho años.

Sin embargo, si se comparan estos pueblos con las tribus salvajes, se ve que los obstáculos preventivos tienen, entre los primeros, una acción mayor que los destructivos. La restricción moral, en particular, es practicada, aunque débilmente, por ellos. "En el estado actual de la sociedad, dice Malthus, no tiene mucha influencia sobre los hombres". Pero esta influencia aumenta. Y si, por otra parte, se considera la influencia de la restricción voluntaria en *sus dos formas reunidas* (moral e inmoral), Malthus admite que "este obstáculo es el que, en la Europa moderna, obra con mayor fuerza para contener a la población en el nivel de los medios de subsistencia". Hay en ello una afirmación que no permite decir que Malthus se haya cegado por completo acerca de la importancia que hay que atribuir, desde su época, a la influencia del factor psicológico y voluntario.

La exposición histórica de Malthus, en conjunto, es capaz de causar cierta impresión, aunque su alcance, rigurosa, lógicamente demostrativo, sea mediocre, y su modo de razonar justifique en ocasiones la severa apreciación de V. Pareto.

En el fondo, ¿de qué se trataba? De demostrar la constante presión de la población sobre las subsistencias y su tendencia a sobrepasarlas. Pero ¿qué es lo que nos enseña la exposición histórica de Malthus? Esto: 1º en todas partes, o casi en todas, algunas clases de la sociedad están en la miseria; 2º en todas partes, numerosos obstáculos destruyen una parte de la población. El razonamiento implícito es éste: si incluso con tales obstáculos, que limitan a la población, las subsistencias son insuficientes, *a fortiori* lo serían sin ellos. ¡Cuán potente es, pues, el principio de población!

Pero de que las subsistencias sean insuficientes o apenas suficientes, no resulta una prueba demostrativa de que ello sea *a consecuencia de la presión de la población*. Puede provenir de otras causas (pereza del hombre que deja sin cultivar tierras fértiles, depredación y costumbres devastadoras de los pueblos bandoleros y conquistadores, malas instituciones sociales como la esclavitud o la servidumbre), como Malthus lo observa para diversos pueblos. Más aún, frecuentemente señala la mayor miseria en los pueblos menos densos, en donde la insuficiencia de las subsistencias coexiste con la insuficiencia de la población (12).

Con demasiada frecuencia Malthus, persuadido de la excelencia de su principio, se limita a comprobar la miseria —cosa que es fácil— y cree haber probado al mismo tiempo que es, forzosamente, resultado de una población excesiva.

Después de plantear su tesis científica, y de, según él, demostrarla, Malthus llega a las aplicaciones. No olvida que se ha lanzado a investigar para llegar a una justa apreciación de los sistemas e instituciones que se proponen atenuar la miseria. Por consiguiente, trata en primer lugar de confrontar su doctrina con “los diferentes sistemas o expedientes” presentados como susceptibles de influir sobre los males provenientes del principio de población.

Tales sistemas son de dos clases. Los primeros son los sistemas socialistas tendientes a revolucionar el reparto. Malthus, sin vacilar, los condena en masa y dice que, “como los sones de un organillo ambulante, reaparecen de época en época” (13). Toda doctrina que se envanezca de atenuar la miseria por otro medio que no sea la comprensión del principio de población, está en el error. Tanto más cuanto más igualitaria sea, ya que: 1° “un estado de igualdad no puede ofrecer motivos de actividad suficientes para vencer la pereza natural del hombre”; y 2° todo sistema de igualdad, inevitablemente conduce a la pobreza, a causa de los alientos que da al principio de población. Una sociedad igualitaria, tal como la que planeaba Godwin, llevaría rápidamente a un estado de sobrepoblación creciente y de miseria, incluso suponiendo un

(12) Incluso insiste en este punto.

(13) **Op. cit.**

intenso trabajo de sus miembros. Rápidamente sería necesario restablecer la propiedad privada y el matrimonio a fin de restituir a cada uno la responsabilidad de sus acciones, de su patrimonio, de sus hijos. El principio de población es la piedra en que tropieza el socialismo, pues la restricción moral, a la que favorece el sentimiento de responsabilidad directa, se hace improbable cuando dicho sentimiento no se pone en juego.

Así como los efectos del principio de población no pueden ser paliados por una revolución socialista, tampoco pueden serlo por medidas estatistas, especialmente por medidas de asistencia legal. Al disminuir un poco los sufrimientos individuales, tales medidas, "extienden los sufrimientos a una superficie más extensa". No toca al Estado, como tampoco a los ricos, remediar la miseria por medio de sacrificios pecuniarios que no aumentan la cantidad de subsistencias pero que, en cambio, aumentan la demanda de productos alimenticios, provocan el alza del precio de los víveres, animan a las clases pauperizadas a mantener su consumo, disminuyen la renta *real* de las clases inmediatamente superiores e impulsan a los pobres a multiplicarse sin ninguna prudencia. La asistencia legal eleva los precios de las subsistencias y disminuye el del trabajo. Todas las afirmaciones relativas a pretendidos derechos a la asistencia y al trabajo implican "la proposición absurda de que un territorio limitado puede alimentar a una población ilimitada". Malthus pide, en consecuencia, la abolición de las *poor-laws* y la abstención del Estado en las cuestiones sociales. En el fondo, la misma caridad privada le parece peligrosa o ineficaz, a menos que el que la practique *se prive a sí mismo de consumir la parte de alimentos que cede al pobre*.

A este respecto, Malthus escribió la frase célebre que tanto se le ha reprochado, y que borró posteriormente de su *Ensayo*: "Un hombre que nace en un mundo ya ocupado, si su familia no puede alimentarlo, o si la sociedad no puede utilizar su trabajo, no tiene el menor derecho a reclamar una porción cualquiera de alimento, y está realmente de más en la tierra. En el gran banquete de la naturaleza no hay cubierto puesto para él. La naturaleza le exige que se retire, y no tarda en llevar a cabo, ella misma, la ejecución de tal orden".

Al suprimir este pasaje, Malthus no pudo renegar de la idea que es la consecuencia lógica de su doctrina, y su comentador francés, Joseph Garnier, escribe a este propósito: “Esto es terrible, pero Malthus no lo inventa ni lo aconseja; lo comprueba y se lo advierte al padre de familia... En lugar de «no tiene el menor derecho a reclamar», pongamos «reclama en vano», y la frase de Malthus será la expresión pura y simple de nuestro estado social” (14). Por lo demás, Malthus mantuvo en las últimas ediciones de su libro pasajes que expresan en términos un poco menos enérgicos, pero muy semejantes en el fondo, la misma condenación, y se burla del abate Raynal a propósito de esta declaración: “Antes de todas las leyes sociales, el hombre tenía derecho a subsistir”. Hubiera podido decir con igual razón, replica Malthus, que antes del establecimiento de las leyes sociales, el hombre tenía derecho a vivir cien años. Tenía este derecho sin réplica, y lo sigue teniendo; tiene derecho a vivir mil años si puede... Pero en uno y otro caso se trata menos de derecho que de potencia... Ni antes ni después de la institución de las leyes sociales, un número ilimitado de individuos ha gozado de la facultad de vivir; y antes como después, el que se ha visto privado de esta facultad también se ha visto privado del derecho de ejercerla” (15).

Sin embargo, Malthus, que no quiere que el Estado intervenga para aliviar la miseria de los pobres por medio de la asistencia legal, tampoco quiere que les restrinja el derecho al matrimonio: tal medida es para el pastor cristiano injusta e inmoral, así como toda ley positiva que entre personas núbiles, limite la edad del matrimonio. Sólo apela a la prudencia individual. El matrimonio imprudente es “una acción manifiestamente inmoral”. Pero el Estado no puede prohibirlo. “Dejemos que este hombre culpable sufra el castigo decretado por la naturaleza”, que sólo puede ser endulzado por la caridad privada, cuya ventaja y superioridad resultan de su propia incertidumbre. Malthus señala, a este respecto, que en Francia después de la Revolución se registró una fuerte

(14) Traducción francesa del *Essay*, en la colección Guillaumin, p. XV, nota.

(15) Ya Rousseau había proclamado en el primer libro del *Emilio*: “El que no puede desempeñar los deberes de padre, no tiene derecho a serlo”. Por otra parte, había escrito lo contrario en su *Carta a Madame de Francueil*, 1756. (J. Lemaitre, *Rousseau*).

disminución de la tasa de natalidad en las clases obreras —lo que considera como un bien—, y atribuye este hecho a que la Revolución aumentó la responsabilidad individual. El sistema inglés de asistencia produce efectos contrarios.

Malthus examina en seguida los diversos sistemas relativos a la organización de la producción, e investiga qué resultados nos pueden permitir alcanzar desde el punto de vista de la lucha contra la miseria. Aborda primeramente el *sistema agrícola*, y desarrolla en seguida la idea de que pertenece a la naturaleza de la agricultura procurar subsistencias a un número de familias mayor del que ocupa el trabajo mismo de los campos, lo que es la condición misma de la existencia de las otras clases (16). Estaríamos tentados a creer, en consecuencia, que en una nación agrícola siempre hay subsistencias en cantidad superabundante, pero no es así. Si la agricultura alimenta a más hombres de los que ocupa el trabajo agrícola, es a condición de que no sobrepase, para este empleo, el número de trabajadores que necesita. Más allá, el rendimiento cesa de ser proporcional al trabajo, y el excedente de productos disponibles disminuye progresivamente para desaparecer. De hecho, incluso el aumento de la población se detendría mucho antes, sobre todo en los países agrícolas en donde los salarios reales son débiles, o en donde, a pesar de la abundancia de las cosechas, el trabajador no recibe del gran propietario territorial más que una cantidad restringida de alimentos. El razonamiento que aquí hace Malthus descansa en la hipótesis de un régimen de propiedad privada. Pero si suponemos la propiedad colectiva, la situación no hace más que agravarse: “En nuestro estado actual, un hombre puede producir más de lo que consume, pero esto dejaría de ser cierto si los cultivos franquearan los límites que les impone la propiedad”. En resumen, el hecho de que la agricultura normalmente permita vivir a más individuos de los que ocupa, no significa de ningún modo la consecuencia de que las subsistencias que produce puedan alimentar a una población indefinidamente creciente; *la ley del rendimiento no proporcional* se opone a ello. ¿Será diferente bajo el *sistema comercial*? Claro está que un país que sobresale en las manufacturas y el comercio pue-

(16) Véanse sobre este punto algunos desarrollos bastante fisiocráticos, *op. cit.*

de, dice Malthus, alimentar a parte de su población con el trigo comprado en el exterior y, en consecuencia, aumenta ésta hasta que todas las tierras de las otras naciones estén cultivadas. Pero entonces se produce la detención. Y, de hecho, se produce mucho más pronto, pues la situación de este país es precaria: está amenazada por la concurrencia extranjera y por la concurrencia interior misma; además, el país de que hablamos está, sin reciprocidad, bajo la dependencia de los países cocambistas que lo alimentan; en fin, la prosperidad del país comercial es poco durable: está amenazada por el progreso mismo de las naciones agrícolas. Sobre este punto Malthus da desarrollos bastante curiosos, que pueden compararse con ciertos pasajes de Adam Smith, también un poco pesimistas en cuanto a la solidez del monopolio comercial británico. "En general, dice, la división del trabajo que constituye a un pueblo manufacturero y traficante para el servicio de los otros, no es natural ni permanente, sino accidental y temporal... En tanto que las naciones agrícolas continuaban aplicando su capital creciente a la tierra, este aumento de riqueza era de lo más ventajoso para las naciones manufactureras y comerciantes. Era verdaderamente la causa más activa y el regulador más eficaz de sus progresos en riqueza y población. Pero desde el momento en que los agricultores (de esas naciones agrícolas) vuelven su atención hacia las manufacturas y el comercio, el aumento de su capital es una señal de decadencia y destrucción para las manufacturas y el comercio extranjero que antes alimentaban". El Estado comerciante, excluido de sus antiguos mercados, sufre una pronta declinación en poderío, riqueza y población (17).

El *sistema combinado* reúne las ventajas de los otros dos. Evita los inconvenientes del sistema agrícola, es decir, el estancamiento prematuro de la demanda de trabajo y de la producción de artículos debido al hecho de que los propietarios territoriales no sienten la necesidad de aumentar ésta, pues no saben contra qué productos cambiar el excedente. En el *sistema combinado*, por lo contrario,

(17) **Op. cit.** Las opiniones de Malthus en este caso podrían compararse curiosamente con las de List. Los ejemplos que cita son los mismos, Venecia, Holanda, etc. Se podría invocar este pasaje, como algunos de Smith, para mostrar que la escuela clásica inglesa no fué absolutamente extraña a los intereses de la **economía nacional**.

tienden a exigir a sus tierras el máximo de rendimiento, ya que tienen la posibilidad de cambiar el sobrante por productos de la industria: de este modo, la población total puede ser más numerosa. Por otra parte, se evitan los inconvenientes del sistema comercial, pues esta población está alimentada por el país mismo y no depende, para su alimentación, del extranjero; por tanto, no está expuesta a verse obligada a restringirse bruscamente en caso de súbita agravación de la concurrencia extranjera. En consecuencia, “a la mayor parte de las naciones ricas en tierras, debe finalmente convenir fabricar por su propia cuenta y hacer por sí mismas su comercio”. Malthus precede, por tanto, a List en su apología de la *nación normal*, y se muestra poco favorable a una íntegra división internacional del trabajo; y pasando a la aplicación, predice al futuro industrialismo americano, que Adam Smith no supo adivinar. Es justo añadir que había transcurrido cerca de un cuarto de siglo entre el *Ensayo* de Smith y el de Malthus (1776-1798), y que desde 1791 Hamilton, secretario del Tesoro Americano, había presentado a la Cámara de Representantes un informe, ya célebre, preconizando el industrialismo por medio de la protección.

En consecuencia, bajo el sistema combinado, la riqueza y la población pueden crecer más. Sin embargo, aun bajo este sistema la población encuentra su límite. El límite *extremo* es el que se alcanza cuando un obrero agrícola no puede ya producir una cantidad adicional de alimentos suficiente para él mismo. Pero el límite *efectivo* se alcanza mucho antes, pues el salario de un trabajador, y *a fortiori* su producto (ya que el segundo debe ser *cuando menos* igual al primero), deben permitir la alimentación de *cuando menos cuatro personas* (él mismo, su mujer, y dos hijos), *simplemente para mantener* una población estacionaria. Para que la población pueda crecer es necesario, por tanto, que “el salario permita alimentar a más de cuatro personas”. La detención del crecimiento se produce, no en el momento extremo en que el trabajador agrícola no produce ya su subsistencia, sino en el momento en que *no produce ya la subsistencia de cuatro personas*.

Malthus termina su tercer libro afirmando que el crecimiento de la población es una cosa excelente en sí misma —siempre aseguró que no era enemigo de la población numerosa—; pero a condi-

ción de que sea “la consecuencia de un progreso”, el resultado de “el estado natural de las cosas”. La población y las subsistencias reaccionan una sobre la otra, pero no hay que engañarse acerca del orden natural de su desarrollo. Es necesario que un progreso de la población *esté precedido* por uno de las subsistencias: los mercantilistas, según Malthus, han invertido el orden de las causas y de los efectos.

Malthus consagra su cuarto libro al estudio del problema siguiente: la esperanza que puede concebirse en el porvenir para curar o paliar los males provocados por el principio de población.

“Puesto que parece, dice, que en el estado de todas las sociedades que acabamos de examinar el crecimiento natural de la sociedad ha sido constante y eficazmente detenido por algunos obstáculos represivos; puesto que ni la mejor forma de gobierno, ni plan alguno de emigración (18), ni institución alguna de beneficencia, ni el mayor grado de actividad, ni la dirección más perfecta de la industria pueden prevenir la acción permanente de estos obstáculos, que bajo una u otra forma contienen a la población dentro de ciertos límites, se deduce que este orden es una ley de la naturaleza a la que hay que someterse; y la única circunstancia que queda a nuestra elección es la determinación del obstáculo menos perjudicial a la virtud y a la felicidad”.

Esta elección no puede ser dudosa; debe fijarse en la restricción moral. Debe tratarse de “dirigir y reglamentar el principio de población, no de debilitarlo y alterarlo. Y si la restricción moral es el único medio legítimo de evitar los males que aquél provoca, no observaremos menos la práctica de esta virtud que la de otras cuya utilidad general nos prescribe la observación”. El Estado —y es su único papel en esta materia— debe, después de suprimir la asistencia legal y de desautorizar “el pretendido derecho de los pobres a ser mantenidos a costa de la sociedad”, organizar la enseñanza (parroquial) de la responsabilidad individual y extender la convicción de que “no es un deber para el hombre trabajar en la propagación de la especie”. “Creo, dice, que la intención del Creador es que la tierra se pueble; pero quiere que

(18) Malthus ha demostrado que la emigración no puede ser un remedio, sino solamente un **paliativo** local y temporal, y que, además, sobreexcita la natalidad.

se pueble con una raza sana, virtuosa y feliz, no con una raza sufriente, viciosa, miserable. Si bajo el pretexto de obedecer a la orden de crecer y multiplicarse, poblamos la Tierra de esta última especie de hombres... , sólo podemos atribuir nuestras penas a la manera irrazonable con que hemos ejecutado esas santas leyes."

Por otra parte, según Malthus el efecto de la restricción moral se manifiesta ya en las clases superiores, especialmente en el retardo del matrimonio hasta el momento en que el individuo está seguro de poder mantener a una familia. "No es irrazonable creer que esta influencia pueda crecer y extenderse", y, por otra parte, "puesto que es tan fácil obtener de las clases superiores de la sociedad el grado de prudencia necesario para contener el matrimonio en justos límites, si se quiere obtener lo mismo de las clases inferiores, hay que hacer nacer en ellas las luces de que las primeras están provistas... Desde luego, "aunque el crecimiento de la población (su posibilidad, habría que decir, o cuando menos, la tendencia al crecimiento de la población) en razón geométrica sea un principio indiscutible, aunque el período de duplicación que resulta de este crecimiento cuando nada lo detiene haya sido fijado en esta obra en un término muy moderado, hay que observar que este progreso de la población está detenido por el de la civilización". Idea importante, capital, a propósito de la cual sólo pueden reprocharse a Malthus dos cosas:

En primer lugar, no haberle atribuído un valor suficiente. No se dió cuenta hasta qué punto el poder restrictivo de la "civilización" era considerable, y se limita a ilustrar su observación haciendo notar que los progresos del industrialismo y del urbanismo, al desarrollar condiciones de vida menos salubres, provocan destrucciones de la población que hacen menos necesaria la acción de otros obstáculos. En realidad, lo hemos visto después, la civilización ha obrado más bien como obstáculo preventivo que como obstáculo destructivo.

Por otra parte, y a este mismo respecto, Malthus, con todo el pesimismo que se le reprocha, sobre un punto peca de optimismo. Admite que la *restricción moral* se desarrollará, y espera que este desarrollo podrá producirse sin un desarrollo paralelo de la *restricción viciosa*. En apoyo de esta predicción aporta el argumento obtenido del hecho de que en los países en que la civilización ha

provocado una generalización mayor de los hábitos de prudencia, ésta se manifiesta sobre todo bajo la forma de *moral restraint*. “Es consolador, dice, pensar que los países de Europa en donde los matrimonios son menos frecuentes no son aquellos en donde tales vicios se han multiplicado más”. En Inglaterra, en Escocia; en Noruega, “en donde prevalece mayormente el obstáculo privativo”, la moral, sin embargo, parece mejor respetada que en otras partes. También en este caso podemos objetar a Malthus que cuando la civilización ha llegado a ser una causa para practicar el obstáculo privativo, es más bien bajo la forma de la restricción inmoral. Y por puras que hayan podido ser sus propias intenciones, posiblemente ha dado pruebas de una escasa visión psicológica, al no prever que sus discípulos entenderían su prédica en un sentido mucho menos austero del que él quiso darle.

Asimismo, Malthus concluye con fórmulas semi optimistas. Los males resultantes del principio de población, más bien han disminuído que aumentado, a pesar de la ausencia de ideas precisas sobre su verdadera causa y su remedio. Con una difusión suficiente de la verdadera doctrina disminuirán cada vez más. Se puede contar con una mejoría lenta y gradual, a condición de pedir a las instituciones individualistas que favorezcan en el hombre la conciencia de su responsabilidad. “A las leyes que establecen la propiedad y que regulan todo lo que se relaciona con el matrimonio, al principio del amor a sí mismo, tan estrecho en apariencia, se deben todos los esfuerzos por medio de los cuales cada uno trata de mejorar su suerte (19) . . . , todo lo que distingue a la civilización del estado salvaje. Un análisis exacto del principio de población nos lleva a la conclusión de que jamás podremos pasarnos sin esos escalones que nos han llevado a un punto tan elevado; pero esto no prueba que estos mismos medios puedan llevarnos aún más alto. Es muy probable que la estructura general del edificio social no cambiará. Todo nos hace creer que siempre se verá una clase de propietarios y otra de obreros. *Pero la suerte de cada una de ellas y las relaciones de una y otra pueden modificarse de manera que aumente en mucho la armonía y la belleza del todo* (20).

(19) Esto es el smithianismo más puro.

(20) *Op. cit.* Soy yo quien subraya.

De este modo, Malthus termina con una fórmula casi digna de Bastiat: *La armonía*. Vuelve a esta noción cara a los economistas clásicos, después de largo y terrorífico rodeo a través del campo de las miserias humanas. La misma antinomia profunda en la que reposa su sistema le parece *una condición de esta armonía superior*. “Todo nos induce a creer que la intención del Creador ha sido poblar la Tierra; pero parece que este fin sólo podía alcanzarse dando a la población un crecimiento mayor que el de las subsistencias”, obligando así a la especie humana a extenderse sobre el globo (21).

El verdadero malthusianismo es, en el fondo, un tanto diferente del resumen que de él suele presentarse. Frecuentemente Malthus prevé las objeciones que se le hacen, indica puntos de vista que se han señalado como si le hubieran escapado, atenúa o corrige afirmaciones que se le han reprochado. Su doctrina es más vasta, más comprensiva, más matizada de lo que se cree y de lo que nosotros mismos hemos podido indicar en esta rápida exposición.

Lo único que Malthus descuida demasiado, es preguntarse si esa “mejoría” que espera no amenazará en convertirse bien pronto en excesiva —si su propia prédica no será escuchada demasiado y demasiado pronto— y, sobre todo, si la barrera entre la *restricción moral* y la *restricción viciosa* no es terriblemente frágil para un gran número de hombres; en una palabra, si la humanidad civilizada, al evitar la Caribdis posiblemente ilusoria de la sobrepoblación, no está expuesta a lanzarse en un escollo más peligroso, la Scila de la despoblación.

(21) “Nada es más difícil de desplazar que el hombre”, decía A. Smith. *Richesza de las Naciones*, 1. I, cap. VIII.

CAPÍTULO II

LOS ECONOMISTAS MALTHUSIANOS EN EL SIGLO XIX

Entre las doctrinas de la escuela liberal inglesa, las de Malthus fueron las que provocaron mayor atención y suscitaron las más vivas controversias. Controversias tanto más ardientes cuanto que su interés no era exclusivamente científico, sino que se relacionaba con conclusiones de política social deducidas del malthusianismo.

Este constituye esencialmente una doctrina conservadora, que descarga a la sociedad y al gobierno de toda responsabilidad en la miseria de las clases laboriosas. Como tal, fácilmente debía ser adoptada por los representantes de las clases dirigentes, y provocar, por el contrario, las cóleras de los socialistas que vieron en ella una "filosofía de la riqueza".

Aun independientemente de la cuestión social, el problema planteado por Malthus parecía capital para la humanidad entera, amenazada, si el economista no se engañaba, de verse condenada a vivir bajo el temor del hambre, o bajo el régimen de una penosa restricción. Era todo el problema del optimismo y del pesimismo el que estaba en juego, desde el punto de vista no sólo económico, sino filosófico, e incluso religioso, como no tardaron en demostrarlo los ataques dirigidos contra Malthus desde este último punto de vista.

Sin embargo, durante más de medio siglo el malthusianismo fué adoptado por la mayoría de los economistas.

En Inglaterra, los economistas de la escuela liberal hicieron de él una parte integrante de las adquisiciones científicas, tal como

las concebían. El malthusianismo constituye especialmente el nervio de la doctrina ricardiana. Y casi podemos decir, con Pinard, a propósito de Ricardo: “¿Cómo no se ha visto antes que el único error de Ricardo ha sido creer que todo progreso de la productividad del trabajo se emplearía en satisfacer el apetito reproductivo de la especie humana?” (1). En efecto, las teorías esenciales de Ricardo suponen el postulado malthusiano (2). Es el caso de su teoría fundamental de la renta territorial, que implica la idea de un crecimiento constante de la población y de una dificultad creciente para alimentarla. Es el caso de su teoría del salario necesario, que implica la idea de que todo aumento de salarios tiende a traducirse en un aumento de la natalidad de la clase obrera. Ricardo, por lo demás, recomienda a los miembros de ésta el *moral restraint*, así como el desarrollo de los hábitos de comodidad, susceptibles, cuando se hacen inveterados, de constituir una palanca de detención a la baja de salarios.

Ricardo estaba tanto más dispuesto a lamentar un desarrollo excesivo de la población, cuanto que la población en sí misma, y abstracción hecha del problema planteado por Malthus, no le parece de ningún modo como un bien. Economista crematístico, no considera al hombre, ni siquiera al producto bruto del que se alimenta el agricultor, sino únicamente al producto neto, y considera que si éste al fin y al cabo sigue siendo el mismo, poco importa que la población sea numerosa o no, pues, dice él, en esta hipótesis “el empleo de un mayor número de hombres no nos permitiría ni añadir un hombre a nuestro ejército o a nuestra marina, ni aumentar con una guinea la cuenta de nuestros depósitos.” Sabemos el reproche que Sismondi hizo a la concepción ricardiana: conduciría, dice, a desear que el rey de la Gran Bretaña, solo en su isla, realice, por medio de un mecanismo, todo el trabajo de Inglaterra: es un mercantilismo que, por el contrario del antiguo, se desinteresa de la población.

Un poco más tarde Senior (1790-1864), en sus *Principios* (1830), desarrolla la famosa teoría del fondo de los salarios, por otra parte ya tocada por el mismo Malthus. Según esta teoría, el salario natural está expresado por el resultado de una división cuyo divi-

(1) *Journal des économistes*, 15 de julio de 1901.

(2) En los *Principios*, que son de 1817.

sor es el número de obreros, y el dividendo la parte del capital circulante destinada por los jefes de industrias a remunerar el trabajo. Idea simplista que seduce a primera vista y parece incluso una perogrullada, pero que es falsa, porque el trabajo es mantenido, no por un fondo preexistente, sino por los resultados continuos de la propia producción. Sin embargo, esta idea ha sido admitida durante bastante tiempo, y de ella se deducía que el medio más seguro para los asalariados de obtener un nivel de vida más elevado y mayores salarios, era reducir su número. Consideración malthusianista que no ha dejado de impresionar a los espíritus en la clase obrera de nuestros días.

Las tesis malthusianas fueron defendidas particularmente por Stuart Mill en sus *Principios* (1848). Incorpora el malthusianismo a la exposición revisada que trata de dar de la doctrina económica clásica, o más bien de lo que considera como la ciencia económica definitivamente constituida. La dinámica económica, tal como la concibe en su libro IV, descansa sobre un doble estudio: la influencia del progreso económico sobre el valor y los precios, por una parte, y por la otra, sobre la importancia de las diversas clases de ingresos, planteando, de antemano, que “progreso económico” significa “progreso de la riqueza y de la población”. Mill admite, en el primer punto de vista, que este progreso se traduce en una disminución del costo de producción y, en consecuencia, del valor de los objetos; pero con una enorme excepción, relativa a los productos del suelo (y del subsuelo), cuyo costo de producción, por el contrario, aumenta con la población. En el segundo punto de vista, Mill examina una serie de hipótesis, según que los capitales, la técnica y la población crezcan más o menos rápida, o simultáneamente. Llega a la conclusión de que en una sociedad dividida en propietarios, capitalistas y asalariados, el progreso económico tiende: 1º a enriquecer a los primeros, 2º a disminuir los beneficios de los segundos, 3º a elevar el costo de subsistencia, es decir, el salario nominal (pero no el real) de los terceros. En suma, justifica las opiniones de Ricardo.

Igualmente, ante las consecuencias poco satisfactorias del “progreso”, desvía sus esperanzas hacia lo que llama el *estado estacionario*. Como el crecimiento de la riqueza no puede ser tan rápido como tiende a serlo el de la población, en lugar de agotarse en va-

nos esfuerzos para hacer frente al principio de población, el hombre deberá renunciar a aumentar la población y la riqueza, y rechazar deliberadamente el *sisifismo* económico, abandonar la inútil y vertiginosa persecución de la riqueza, para volver al ideal estático de los filósofos griegos, esto es, a una producción moderada y a una población estancada. Este renunciamiento económico permitirá el desarrollo de una sociedad más intelectual, más moral, más cultivada. El *estado estacionario* resolverá las antinomias ricardo-malthusianas, y su teoría aparece como la conclusión inesperada, pero lógica en el fondo, de las doctrinas del pesimismo económico inglés (3).

El advenimiento del estado estacionario será apresurado por la difusión de las ideas socialistas-individualistas, a las que se adhiere Stuart Mill, y que afirmarán en el individuo el amor a la independencia, el sentido de responsabilidad y la previsión. Cuenta, especialmente, sobre los progresos del feminismo, del que fué uno de los primeros apóstoles. La entrada de las mujeres a carreras productivas tendrá como efecto una gran disminución de la natalidad, pues, dice Stuart Mill (4), “por emplear exclusivamente en la función de concebir hijos a la mitad de la especie humana; porque todo un sexo no tiene otra ocupación, mientras que el otro está constantemente entregado a ellas, el instinto animal de que se trata ha alcanzado las proporciones desmesuradas y la influencia enorme que ha ejercido hasta hoy en la vida de los hombres”. Mill llega hasta a esperar un cambio de la moral pública, que será hostil a las familias numerosas e inducirá a considerarlas con desprecio. El mismo, tan enamorado de la libertad individual, él, que declara que la humanidad escogerá entre la organización actual y la organización socialista según lo que cada una de ellas ofrezca a la libertad y a la espontaneidad humanas, declara que si la restricción moral resulta poco eficaz, habrá que recurrir a la restricción legal (5).

Entre los adeptos ingleses del malthusianismo podemos citar a gran número de escritores de la primera mitad del siglo XIX, o un poco posteriores —economistas y no economistas—, como Rus-

(3) Véase nuestra **Historia de las Doctrinas Económicas**.

(4) **Principios**.

(5) V. I. II, cap. XIII.

sels, Brougham, Mackintosh, Place, Bird, Summer y Mac-Culloch (6), algunos de ellos, el último por ejemplo, con restricciones más o menos tímidas (7).

Hay que recordar que Darwin reconoció haber tenido la intuición de su doctrina al leer a Malthus, y que dijo que la ley de la concurrencia vital era una generalización de la ley de Malthus, aplicada a todo el reino orgánico (8). Hay que añadir que Malthus expresamente había hecho esta misma generalización (y antes que él, lo hemos visto, varios otros economistas), reservándose el no insistir posteriormente más que en lo referente al hombre. Nitti exagera la diferencia del punto de vista de Malthus y del de Darwin, cuando dice que esta concurrencia vital es para el último el motor de todo progreso, mientras que para Malthus es “una maldición de la suerte” (9). En realidad, aun para Malthus la disparidad entre ambas progresiones entra en los planes divinos y, finalmente, en la armonía universal. El propio Darwin, al plantear los obstácu-

(6) **Principios de economía política**, 1849. También Fawcett, en **Tra-bajo y salarios**, admite que toda alza de salarios provoca un crecimiento de la población.

(7) Cairnes también se adhiere plenamente al malthusianismo. (**The character and logical method of political economy**, 1875).

(8) Darwin, **El Origen de las Especies**. La concurrencia vital “resulta inevitablemente del rápido progreso de acuerdo con el cual todos los seres organizados tienden a multiplicarse. Cada uno de estos seres, que durante el curso natural de su vida produce varios huevos o varios granos, debe estar expuesto a causas de destrucciones en ciertos períodos de su existencia, en ciertas épocas o en ciertos años; de otro modo, de acuerdo con la ley de las progresiones geométricas, la especie llegaría a tener tal número de individuos que ningún país bastaría a contenerlos. Puesto que nace un número de individuos superior al que puede vivir, debe existir una seria concurrencia, ya sea entre los individuos de la misma especie, ya sea entre los individuos de especie distinta, ya sea, en fin, una lucha contra las condiciones físicas de la vida. Es una generalización de la ley de Malthus, aplicada a todo el reino orgánico, pero en este caso no puede existir ningún medio artificial de aumentar las subsistencias, ni ninguna abstención prudente en los matrimonios.

“Aun la especie humana, cuya reproducción es tan lenta, puede duplicarse en el espacio de 25 años, y de acuerdo con esta progresión, bastarían unos mil años para que no quedara el menor sitio para su multiplicación posterior”... Etc.

(9) **La Población y el sistema social**.

los preventivos propios a la especie humana, admite que para ella, de una manera general, el desequilibrio de la población y de las subsistencias no ofrece nada de amenazador.

La idea malthusiana fué llevada a sus límites extremos por ciertos fanáticos del oligantropismo, tales como un tal Marcus, quien, para prevenir el exceso de población, escribió un libro en el que preconizaba la asfixia sin dolor, *painless extinction*, de una parte de los recién nacidos. Otros, como Chalmers, recrudecieron la hostilidad de Malthus hacia las leyes de asistencia y provocaron con su campaña la reforma de 1834, que debía, no suprimir la asistencia, sino darle ese carácter penal y odioso, justamente condenado por Dickens (10).

En fin, a partir de 1877, se inició una propaganda en favor del *neomalthusianismo*, es decir, de la restricción no solamente moral, sino sin limitación, llevada a cabo por Charles Bradlaugh y Annie Besant (11), quienes suscitaron un escándalo con sus obras *Fruits of philosophy*, *Law of Population*, sin ningún valor científico, pero cuya acción fué considerable. Ambos divinizan a Malthus, cuya doctrina individualista y cristiana deformaron, por otra parte, aliándola a un socialismo ateo, y propagando en las clases inferiores la idea de la restricción voluntaria por todos los medios. Rápidamente, la natalidad inglesa pareció afectada por esta propaganda. Pero este éxito mismo asustó a Annie Besant, que posteriormente trató de combatir el efecto de sus primeras enseñanzas. Es sabido que prosiguió su carrera yendo a las Indias para dedicarse a la teosofía. Su reacción antimalthusiana puede considerarse de la época en que el movimiento de ideas hostil a Malthus, hasta entonces muy débil en Inglaterra, comienza a acentuarse.

En Francia la fortuna del malthusianismo fué excepcional. La natalidad, a fines del siglo XVIII era fuerte, y la cifra absoluta de la población más elevada que en ningún Estado de Europa, posiblemente exceptuando a Rusia. La miseria de las clases inferiores era atribuída por muchos economistas o polígrafos ingleses y franceses a una sobrepoblación. El mismo Malthus atribuída más tarde el aumento del bienestar ocurrido durante el Imperio

(10) *Oliver Twist* y otras novelas.

(11) V. Mille, *Le néomalthusianisme en Angleterre*, *Revue des Deux Mondes*, 15 de diciembre de 1891.

a los efectos de una previsión mayor, resultante de un aumento de los sentimientos de responsabilidad en el pueblo, que lo llevaba a una restricción de los nacimientos. Los autores franceses, bajo la influencia de estas ideas, no tardaron en adoptar el malthusianismo, y aun quizá algunos de ellos lo encontraron espontáneamente. Así es como, desde 1802, Chateaubriand, en el *Génie du Christianisme* (12), critica al poblacionismo: “Los Estados, dice, jamás perecen por escasez, sino por excesivo número de hombres. Una población excesiva es la plaga de los imperios...” Joseph de Maistre considera al *Ensayo* como “uno de esos raros libros, después de los cuales todo el mundo queda dispensado de tratar el mismo tema” (13) y, cosa notable, parece que los católicos de entonces estuvieron, en general, dispuestos a aceptar favorablemente a Malthus. Es porque veían en él a un protestante que aportaba su testimonio al catolicismo, mostrando la necesidad del celibato. “Es necesaria, dice de Maistre, una ley, un principio, una fuerza que se oponga a la multiplicación de los matrimonios... La Iglesia, con su ley del celibato religioso, ha resuelto el problema con toda la perfección que las cosas humanas pueden alcanzar, puesto que la *restricción* católica es no solamente *moral*, sino *divina*” (14).

Los economistas siguieron a Malthus, y posiblemente le precedieron:

“Lo que es más curioso, dice Maurice Block (15), es que Juan Bautista Say, en su *Traité*, publicado en 1803, cuando aún no conocía a Malthus, desarrolla la proposición de que la población de un país se proporciona con sus productos”. En realidad, esto no es “muy curioso”, pues la misma proposición, lo hemos visto, había sido formulada gran número de veces por escritores anteriores a Malthus, a los que Say podía y debía conocer; pero el hecho de la coincidencia no por ello deja de subsistir. La naturale-

(12) L. I, cap. VIII.

(13) *Del Papa*, l. III, cap. III, § 3.

(14) *Del Papa*, l. III, cap. III, § 3. V. Rambaud, *Cours*, t. II, p. 17-18. El mismo J. Rambaud declara que tiene por exacta, en su conjunto, la tesis de Malthus.

(15) *Progrès de la Science économique depuis A. Smith*, p. 539.

za, dice Say, "parece despreciar a los individuos, y sólo conceder sus atenciones a la especie" (16). El medio más potente que emplea para perpetuar a ésta "es multiplicar los gérmenes con una profusión tal que cualesquiera que sean los accidentes..., siempre subsiste un número más que suficiente para que la especie se perpetúe. Y si los accidentes y las destrucciones, la falta de medios de desarrollo no detuvieran la multiplicación de los seres organizados, no hay un animal o una planta que en pocos años no llegara a cubrir la superficie del globo.

"El hombre comparte con todos los seres organizados esta facultad, y aunque con su inteligencia superior multiplique sus medios de existencia, acaba siempre, como los otros, por alcanzar el límite".

Pero "en el hombre, la dificultad de proveer a sus necesidades futuras hace que la previsión entre en cierta forma en el cumplimiento de los votos de la naturaleza, y sólo esta previsión preserva a la humanidad de una parte de los males que tendría que soportar si el número de hombres debiera reducirse perpetuamente por medio de destrucciones violentas.

"Además, a pesar de la previsión atribuída al hombre, y de la restricción que la razón, las leyes y las costumbres le imponen, es evidente que la multiplicación de los hombres no solamente llega siempre tan lejos como se lo permiten los medios de existencia, sino un poco más allá... Aun entre las naciones más prósperas parte de la población muere todos los años de necesidad" (17).

Say deduce de esto que sólo lo que favorece a la producción puede aumentar la población y que nada puede disminuirla, cuando menos de manera permanente, si no es lo que ataca a las fuentes de la producción (18). Las grandes plagas pasajeras carecen de influencia decisiva sobre la población.

En su *Cours*, publicado más tarde, en 1828, Say afirma de nuevo sus principios malthusianos. "Un país, dice, jamás conservará más que el número de hombres que pueda alimentar, y el número de hombres que pueda alimentar, contando con las costumbres de los habitantes, siempre estará completo, hágase lo que se haga"

(16) *Traité d'économie politique*, t. II, p. 142 (edic. de 1814).

(17) *Ibid.*, t. II, p. 144-146.

(18) *Ibid.*, p. 149.

(19). La población se desarrolla siempre hasta sus más extremos límites.

Por tanto, admite J.-B. Say, hay que recurrir a la restricción voluntaria: “Las instituciones más favorables a la dicha de la humanidad son aquellas que tienden a multiplicar los capitales. *Conviene, por tanto, animar a los hombres a ahorrar más bien que a engendrar hijos.*” Por otra parte, también admite la utilidad de paliativos como la emigración. “Cuando se impide a una población sobreabundante la salida por la puerta de las fronteras, sale por la puerta de las tumbas”; agrega, sin embargo, que este recurso no siempre es eficaz, pues la emigración no comienza siempre por las clases indigentes (20).

Después de J.-B. Say, Rossi, en su *Cours* y en su *Introduction a l'Essai de Malthus*, también se adhiere a la doctrina de éste. Considera, como él, que un solo hecho establecido —la duplicación de la población en veintiocho años, en los Estados Unidos— basta para justificar la primera proposición de Malthus. “Es evidente que lo que ha sucedido en América podría suceder en cualquier parte” (21). Confiesa, no obstante, que “nadie conoce justamente los límites de las fuerzas naturales que sirven a la producción”. Concede la posibilidad del descubrimiento de nuevas substancias alimenticias, de un aumento de la fertilidad de las tierras, al mismo tiempo que de una distribución más equitativa de la riqueza. Admite que si la tierra fuera “un solo y gran dominio, abierto igualmente a todos los hombres”, y si éstos no formasen más que una sola y gran familia, se podría decir, con ciertos adversarios de Malthus: “Aplacemos por algunos millones de años estos tristes debates sobre la población” (22).

Pero no sucede así; la humanidad se divide en naciones y el globo en territorios nacionales. La emigración es un recurso doloroso. Es preferible recurrir a la restricción moral y limitar la población de los países civilizados. Rossi hace la apología de los países que, según él, practican la restricción, como Normandía (23):

(19) Parte VI, cap. V.

(20) Parte VI, cap. XIII.

(21) Introducción, p. XXXVI.

(22) *Id.*, p. XL.

(23) *Cours*, de 1836. 37.

“¿Qué hombre de Estado, dice, no preferiría dos millones de suizos a seis millones de irlandeses?” (24). Un Estado es más fuerte con una población restringida, robusta y feliz, que con un pueblo numeroso y miserable.

Rossi no vacila incluso en incriminar a los partidarios de una población creciente sin freno, de que quieren la sobrepoblación para obtener trabajo a precios baratos y abusar de la concurrencia de los trabajadores (25); y este economista liberal se vuelve hacia los asalariados para dirigirles los consejos de restricción voluntaria que los socialistas han multiplicado desde entonces. “Dejad, dejad, hace decir a los “hábiles” a quienes combate, que los trabajadores se multipliquen: es el único medio de hacer a los capitalistas amos del mercado” (26). Y volviéndose hacia los trabajadores, les asegura que “su porvenir está en sus manos”, que “cada vez que el número de trabajadores sobrepasa habitualmente las fuerzas del capital disponible, la baja de los salarios es inevitable”, y que “nada puede asegurar la suerte de los trabajadores si no es la prudencia y la moral entre las relaciones de ambos sexos” (27).

Michel Chevalier da consejos análogos: “Que la población, dice en su séptimo *Discours d'ouverture*, modere su crecimiento de modo que sea inferior a los medios de trabajo o de existencia”.

Joseph Garnier es uno de los liberales franceses más completamente adheridos a Malthus, en su *Traité d'économie politique* (28), así como en su libro *Du Principe de population*. Las dos progresiones malthusianas le parecen indiscutibles (29) de hecho, e incluso *a priori*, así como el peligro que resulta de su disparidad, y la imposibilidad de evitarlas, si no es con la previsión individual. En resumen, dice, se puede formular la ley del principio de población diciendo:

“La población tiene *tendencia* a aumentar más rápidamente que los medios de existencia; pero hay, en la libertad del hombre,

(24) Introducción, p. XXXIII. Cf. Garnier, VI, cap. XXXVII.

(25) *Ibid.*, p. XLIII y siguientes.

(26) *Ibid.*, p. XLIV.

(27) *Id.*, p. LVI.

(28) “Bajo su aspecto general, dice J. Garnier, la cuestión de población abarca a toda la ciencia económica”. (VI, cap. XXXVII).

(29) V. *Traité*, Parte VI, cap. XXXVII.

un contrapeso a esta fuerza". Este contrapeso debe utilizarse: es decir, J. Garnier recomienda la restricción voluntaria. Pero como Malthus, como Rossi y los demás malthusianos ortodoxos, no se cansa de insistir en que esta restricción debe estar basada en la moralidad.

Dunoyer (*Liberté du travail*, 1845) se sirve del malthusianismo como de un arma para defender a la economía burguesa y liberal contra los ataques socialistas, lanzando sobre los obreros la responsabilidad de su miseria y reprochándoles una imprudente fecundidad (30).

Entre los malthusianos franceses más conocidos, se pueden citar además, salvo algunos matices, a de Molinari (*Questions d'économie politique*, 1851), de Puynode (*Des lois du travail et de la population*, 1860); a Passy (*Le Principe de la population*, 1868); a Courcelle-Seneuil (*Traité*, 2ª edic., 1867); a Jourdan (*Cours*, 1882); a Maurice Block (*Progrès de la Science économique*, 1890), y generalmente a numerosos economistas de la extrema derecha liberal, a pesar de que algunos de ellos se separan del malthusianismo debido a su optimismo respecto al porvenir de la ciencia, (31). Pero desde mediados del siglo XIX, o un poco antes, ante la disminución ya muy señalada de la tasa de la natalidad francesa, vemos la conversión de malthusianos de la víspera, tales como Wollowski (autor, en 1849, con Fonteyrand, de una *Instruction pour le peuple*), Léonce de Lavergne y Legoyt. Otros, como Baudrillart, permaneciendo malthusianos en principio, consideran que hay que hacer una excepción, para Francia, de la prédica de la restricción voluntaria.

El malthusianismo encontró igualmente partidarios convencidos en los países alemanes durante todo el siglo XIX, pero sobre todo durante su primera mitad. El fundador de la escuela histórica, Roscher, en sus *Grundlagen*, acepta la teoría de Malthus, como, por lo demás, el conjunto de las doctrinas de la escuela liberal inglesa. Robert von Mohl (*Die Geschichte und Litteratur der*

(30) V. Allix, *La déformation de l'économie libérale après J.-B. Say*, *Revue d'Histoire des Doctrines Économiques*, 1911.

(31) Yves Guyot, por ejemplo, que en su *Science économique* (1881) merece el reproche que le hace Block, de tratar a Malthus con demasiada cortesía.

Staatwissenschaften, 1858), estudia a varios de los precursores de Malthus, y se adhiere él mismo al malthusianismo. Más tarde, Rümelin, en su artículo *Población* del *Handbuch* de Schönberg, y en otro opúsculo (32), lo expone aprobatoriamente, y declara considerarlo como una adquisición definitiva de la ciencia, aunque critique ciertos puntos secundarios. Protesta contra la asistencia legal obligatoria, y ve en la *übertölkering*, un peligro para Alemania y una selección a la inversa; discute al individuo el derecho a lanzar al mundo “a costa de la sociedad” un número ilimitado de hijos. A pesar de todo, atenúa el pesimismo malthusiano con consideraciones que recuerdan a las de Rossi y se anticipan a las esperanzas del químico Berthelot: “Podemos afirmar que no hay por qué inquietarse... Se puede demostrar que hace doscientos años la cifra actual de la población habría parecido imposible (33). Se puede contar con las posibilidades intermediarias, con los descubrimientos químicos, con las invenciones industriales, con las consecuencias imposible de prever de una transformación del universo. Se puede imaginar que el aire llegará a ser un alimento, que el hidrógeno servirá para el alumbrado y la calefacción...; que se efectuarán dos cosechas en lugar de una, etc.”

Algunos economistas socializantes admiten, con Ad. Wagner, que el fondo de la doctrina malthusiana es inatacable, y deducen, como consecuencia, no que hay que rechazar el socialismo, como quería Malthus, sino que hay que limitar autoritariamente el desarrollo de la población. En sus *Grundlagen* (34), Wagner afirma el derecho de intervención del Estado: un régimen socialista no podría vivir sin limitación de la natalidad. Hay que desarrollar la responsabilidad individual para limitar los nacimientos, dice Malthus. Hay que limitar autoritariamente, responde Wagner, los nacimientos, para poder pasarnos sin las instituciones que consagran la responsabilidad individual.

Cohn (*System der Nationalökonomie*), considera también el malthusianismo como inquebrantable en sus tesis esenciales, a pe-

(32) En *Reden und Aufsätze*.

(33) El argumento no vale nada, pues es una cifra n veces mayor la que habría dado la progresión malthusiana de la población, suponiendo que se desarrollara libremente.

(34) P. 439 (2ª edición).

sar de algunas lagunas o exageraciones. Apela al *moral restraint* y, en conjunto, muestra una apreciación más pesimista de las consecuencias del principio de población. Brentano respeta, igualmente, los fundamentos de la doctrina de Malthus.

El neomalthusianismo, es decir, la doctrina de la restricción por todos los medios, se desarrolló en Alemania como en los demás países, y bajo esa forma lógica hasta lo absurdo y lo odioso que los espíritus alemanes dan preventivamente a sus teorías.

En 1827, en una obra titulada *Del exceso de población en la Europa Central*, un consejero del rey de Sajonia, Weimhold, proponía la castración anual de cierto número de niños de las clases populares y la infibulación de los varones a partir de los catorce años. Estas monstruosas invenciones fueron aún sobrepasadas por las de W. Friedrich, con sus "centros de corrupción", que V. Pareto ha estigmatizado (35).

Sin llegar tan lejos, Marlo (G. Winkelblech) pide leyes restrictivas de la libertad de matrimonio, y propone que se subordine el derecho de matrimonio a la justificación de cierto capital. Schaeffle admite también la intervención restrictiva Kuhlmann, a partir de 1866, propaga el neomalthusianismo, y desempeña en Alemania un papel análogo al de Bradlaugh y Annie Besant en Inglaterra.

Kautsky (36) es un socialista malthusiano en tanto que admite, como Malthus, que la cuestión se plantea sobre todo desde el punto de vista fisiológico, y que reconoce la necesidad, sobre todo en un Estado socialista, de la restricción voluntaria. Pero no se limita a la restricción moral, y su concepto de la restricción parece netamente neomalthusiano, como lo es hoy el de tantos propagandistas socialistas y anarquistas en todos los países.

Los economistas italianos de comienzos del siglo XIX se muestran generalmente partidarios de un malthusianismo más o menos mitigado. Bosellini (*Nuove esame delle sorgenti della privata e pubblica ricchezza*, 1816) invoca la restricción moral; Scuderi (*Principi di civile economia*, 1827), Gioja, Sanfilippo, Delle Valle, Fuoc-

(35) *Systèmes socialistes*, t. II, p. 132. Véase, además, en el siglo XX Hans Ferdy, *Sittliche Selbstbeschränkung...*, 1904.

(36) *Der Einfluss der Volksvermehrung auf dem Fortschritt der Gesellschaft*, 1880.

co (*Saggi economici*) atenúan, en general, los temores de sobrepoblación con la esperanza que tienen en el desarrollo de la industria: no comprenden suficientemente que la cuestión es ante todo la de la producción limitada de artículos agrícolas. Pellegrini Rossi, por lo contrario, expone netamente la doctrina malthusiana. Boccardo (*Trattato teorico politico di economia politica*, 1863), como en Francia Say y Courcelle-Seneuil, pretende corregir una expresión de Malthus, reemplazando el término medios de subsistencia, o alimentos, por el término más amplio, medios de existencia; corrección considerada por los malthusianos puros como desafortunada.

Correcciones más graves fueron intentadas por Rossi (*Dell' economia della specie humana*, 1818, y más tarde, por Messedaglia. El primero, aunque admitiendo las dos progresiones de Malthus, reprocha a éste que las considere en demasía como obrando independientemente la una de la otra. Messedaglia discute que el principio de población pueda considerarse como si expresara la acción de una fuerza siempre idéntica a sí misma; el fino espíritu italiano se opone al espíritu demasiado geométrico del autor inglés. Minghetti insiste sobre el aspecto histórico del problema (*Della economia pubblica*, 1868, V, l. II). Entre los malthusianos italianos más o menos ortodoxos, podemos colocar también a Evola, Ciccone y, más cerca de nosotros, a Nazzani y Cossa (37).

El malthusianismo tuvo poco éxito en los Estados Unidos, en donde las condiciones del medio hacían aparecer bien lejanos y problemáticos los riesgos de sobrepoblación, a pesar de la elevada natalidad, que el siglo XIX había visto, por otra parte, disminuir rápidamente. Algunos economistas liberales como F. Walker (38), pueden, sin embargo, clasificarse entre los que aceptan al malthusianismo en la ciencia.

(37) Véase Sinigaglia, *op. cit.*, y Nitti, *La Población y el Sistema Social*.

(38) *Political economy*, 1883.

CAPÍTULO III

LOS ADVERSARIOS DEL MALTHUSIANISMO

El *Ensayo* de Malthus suscitó muy pronto críticas vehementes, especialmente de parte de ciertos espíritus religiosos que veían en él una doctrina contraria al *Crescite* del Génesis, y de parte de los socialistas que sentían, con razón, que la punta del sistema malthusiano estaba dirigida contra ellos.

El mismo Malthus, en un apéndice, señaló y trató de refutar las primeras objeciones que le dirigieron Arthur Young, Grahame y Weyland. El primero acusó de inhumanidad a ciertas de sus declaraciones y a su condenación de las leyes de asistencia. El segundo, muy injustamente, reprochó a Malthus ver en los vicios y miserias del hombre *remedios benéficos* para el exceso de población (*Investigaciones sobre el principio de población*). La obra de Weyland, considerada como muy superior a la anterior por el autor criticado, e intitulada *Principios de la población y de la producción*, tiende a discutir las premisas malthusianas, desarrollando el siguiente argumento: “Que el origen de los errores y de los falsos razonamientos sobre el principio de población parece ser el de haber considerado como natural y como generalmente posible el crecimiento más rápido que puede tener lugar bajo ciertas circunstancias particulares”, en una palabra, el haber identificado una posibilidad con una tendencia general. Los escritores antes citados, publicaron sus obras antes de 1817, por tanto no es exacto que la primera refutación a Malthus fuera, como escribe J. Garnier (1),

(1) Malthus, *op. cit.*

la de Godwin. Las *Investigaciones sobre la población* del autor socialista que había determinado a Malthus a escribir, son de 1820. Godwin trata de arruinar las progresiones malthusianas, especialmente la primera, discutiendo el valor del ejemplo americano; pero lo hace empleando argumentos de gran ligereza, mezclados con algunas críticas más justas. Las conclusiones planteadas por Malthus, que mostraba en el socialismo un poderoso factor de sobrepoblación, no por ello continuaron causando menos impresión. Poco más tarde aparecieron las *Nuevas ideas sobre la población*, de Alexandre Everett.

Hacia 1830 la gran corriente sigue siendo malthusiana en la economía inglesa. Sin embargo, hay algunas excepciones. Sadler ensaya entonces el establecimiento del principio de que la fecundidad de un pueblo está en razón directa de la del suelo, y que se debilita con la densidad misma de la población. Thornton (*Overpopulation and its remedy*, 1846) insiste en el efecto restrictivo de natalidad implicado por la difusión de la propiedad privada: idea, por lo demás, ya desarrollada por Malthus.

Uno de los más originales entre los economistas ingleses que se alejaron del malthusianismo es Doubleday (2), con su teoría que hace de la sobrealimentación un correctivo del principio de población. Una población ampliamente alimentada tiende a hacerse estacionaria. La plétora provoca el debilitamiento de las facultades prolíficas: esto se comprueba en ciertas clases ricas. Por el contrario, una población mal alimentada engendra mucho: *proles, proletarius*. Esta doctrina, de la que Rossi (3) se burló a su sabor, posiblemente no sea tan fácilmente desdeñable. Se la ha rejuvenecido en nuestros días, oponiendo la fecundidad de los pueblos vegetarianos y pobres a la rápida reducción de la natalidad en los pueblos carnívoros. Por otra parte, parecería resultar de la teoría de Doubleday, que en una sociedad mal abastecida, la situación no podría menos que empeorar, a menos que se presentara una feliz casualidad o un progreso técnico de rapidísimo efecto que permitiera realizar esa abundancia que sería la única capaz de producir una disminución de fecundidad.

(2) *The true law of population*, 1841.

(3) *Introducción al Ensayo* de Malthus, op. cit., p. XXX.

Después de Doubledan, Spencer viene a ampliar las estrechas bases de la oposición que éste comenzó a establecer entre la *individualización* y la *génesis*, y edifica una doctrina de la población, orientada en el sentido de un optimismo individualista. En sus *Principios de biología* y en sus *Principios de sociología*, establece que en la jerarquía de las especies, a cada grado superior de evolución corresponde un grado inferior de fecundidad. Por tanto, Spencer cuenta con el desarrollo de la individualización para limitar las fuerzas prolíficas, desarrollo que considera ligado al de la propia civilización. Así como entre las especies animales, mientras más diferenciado y completo es el organismo más pequeño es su coeficiente de multiplicación, igualmente entre las razas humanas, la actividad reproductora se debilita en razón de una diferenciación y de una afirmación mayores del individuo. Todo gran progreso en este sentido se traduce en una disminución de la génesis. Cuando todo el globo esté habitado y poblado por civilizados, se llegará a un estado estacionario, o casi. Esta doctrina tuvo mayor éxito entre los sociólogos y los biólogos que entre los economistas. Sin embargo, no por ello es menos interesante, y se adapta bastante bien a numerosos hechos contemporáneos.

Las campañas neomalthusianas de Bradlaugh y de Besant provocaron, en el último cuarto del siglo XIX, una reacción que se extendió a las doctrinas malthusianas propiamente dichas. Bahegot, Farr y Graham niegan al malthusianismo todo valor científico. Galton lo critica como una doctrina perniciosa. Ritchie acepta el punto de vista spenceriano. Ingram considera que Malthus y sus discípulos han exagerado mucho "la magnitud y la inminencia de los peligros que señalan". "De que exista una fuerza capaz, si no es dominada, de producir ciertos resultados, no se deduce que tales resultados sean inminentes o siquiera posibles en la esfera de la experiencia". En cuanto a las conclusiones prácticas del malthusianismo, comprueba, en materia de asistencia, que Malthus, después de probar mucho, retrocede ante las consecuencias de su lógica que lo conducían a condenar la caridad, incluso la privada (4).

Marshall admite parcialmente algunas afirmaciones de Malthus. Considera que las clases inferiores se multiplican demasia-

(4) *Histoire de l'économie politique*, trad. fr., p. 169-175.

do; pero se niega a aceptar la doctrina en general. Otros economistas ingleses, Price, Keynes, Littelton y Cannan, insisten sobre el relativismo de esta misma doctrina, correspondiente a ciertos hechos de la época en que nació. Otros, en fin, Sidgwick, Ogilvy y Toynbee la condenan a la vez científica y prácticamente, como una enseñanza perjudicial al progreso, a la moral y a la civilización. En total, el cambio fué en Inglaterra súbito y muy marcado. Pero esto no quiere decir que haya sido universal. Las condiciones de la postguerra (guerra de 1914-1918), la dureza de la vida actual, la desocupación prolongada en las industrias inglesas, el margen considerable que persiste, a pesar de una natalidad muy debilitada, entre los nacimientos y las muertes, son otros tantos hechos capaces de provocar nuevas campañas malthusianas o neomalthusianas en ese país.

En Francia, la reacción antimalthusiana comenzó con los economistas socializantes o socialistas. Pero rápidamente los economistas liberales de la línea optimista también protestaron contra una doctrina que chocaba fuertemente con su concepción de las armonías naturales. En fin, en Francia la extrema disminución del crecimiento de la población, la baja constante y profunda de la tasa de natalidad provocaron, desde mediados del siglo XIX, o casi, un retorno a las ideas poblacionistas. Como en la época mercantilista, se volvió a considerar el problema desde el punto de vista nacional, para el cual la despoblación aparece como un peligro grave e inminente; al mismo tiempo, desde el punto de vista científico se hacía evidente que Malthus había subestimado considerablemente el poder del factor psicológico y de la restricción voluntaria, moral o no.

Sismondi (1773-1842) (5), rinde homenaje al ardor filantrópico de Malthus, mas lo censura por relacionar las dos progresiones, verdaderas ambas, pero una *virtualmente* y *positivamente* la otra, lo que, según él, hace viciosa esta relación. Quiere que se consideren las dos progresiones, ya sea virtualmente ambas, ya sea las dos en su realidad positiva. Idea bastante infantil, paralelismo engañoso, pues es claro que, *positivamente*, la progresión de la población no puede sobrepasar a la de las subsistencias; y que lo que basta para plantear un inquietante problema) sólo

(5) **Nouveaux Principes**, 1819. **Etudes sur l'économie politique**, 1837-38.

existe una *tendencia* de la población a hacerlo, tendencia dolorosamente comprimida y sumergida. Sismondi habría estado mejor inspirado al analizar la idea de "virtualidad" preguntándose si en el caso tratado corresponde a una *tendencia* efectiva, concreta, o a una simple *posibilidad fisiológica y matemática*: lo que, según nuestro parecer, constituye el punto central en que hay que colocarse para criticar a Malthus. En segundo término, Sismondi admite que queda lugar para inmensas posibilidades en el desarrollo de la agricultura y que una de las principales causas de detención en el aumento de las subsistencias es actualmente la voluntad de los propietarios, que se contentan con cultivos poco intensivos, mientras que la demanda de artículos es urgente. Insiste, por otra parte, en la limitación de la población por la voluntad individual, la cual, en las clases altas, está guiada por el temor de descender del rango social al que han llegado. El mismo sentimiento, según Sismondi, inspiraba en otros tiempos a los productores, bajo el régimen corporativo, y a todas las familias del campo, en donde cada uno podía prever lo que sería su renta futura, y retardaba, en previsión, su matrimonio, o incluso renunciaba a él.

En nuestros días, por lo contrario, continúa Sismondi, el asalariado, para el cual los ingresos han llegado a ser aleatorios e imprevisibles, acaba por renunciar a todo cálculo y previsión, no contando, para sus hijos, con una suerte mejor que la suya, y sin preocuparse para nada por limitar su número. La sobrepoblación aparece, así, como una consecuencia del modo moderno de producción: sobrepoblación no absoluta, sino relativa, sobrepoblación parcial, restringida a las clases "laboriosas", sobrepoblación resultante de causas económicas y sociales, y no de causas físicas. En una palabra, con Sismondi la teoría de la población, física y fisiológica con Malthus, se hace social: marca una transición entre Ortès y Karl Marx.

Aun cuando para Sismondi las aprensiones relativas a una insuficiencia de subsistencias se limitan a ciertas clases, más bien que extenderse a la humanidad entera, también apela a la restricción moral, y no se detiene en ella. Desea la intervención legal que subordine el derecho al matrimonio a la justificación de los medios para educar a una familia. Sobre todo, admitiendo que es la miseria y la incertidumbre misma del porvenir las que impulsan

a los pobres a reproducirse sin medida, pide que, asegurándoles ciertas garantías, ciertas seguridades de existencia, se les arranque a tal despreocupación, hija de la desesperación. Siempre que se da al individuo la posibilidad de mejorar su suerte al precio de cierta previsión, al propio tiempo que se hace posible ésta, se limita la natalidad exuberante Sismondi, aunque proclamando el principio de la "garantía profesional", parece adherirse a una concepción que para los malthusianos sólo podría ser generadora de sobrepoblación: pero, cuando menos en la primera edición de sus *Nouveaux Principes*, se defiende de esta objeción acordando a los patrones (industriales y grandes propietarios), así sea en cierta medida, y para limitar sus cargas, el derecho de impedir el matrimonio de sus asalariados; verdadera servidumbre feudal restablecida por este economista de doctrinas tan complejas, de fisonomía a la vez tan moderna y tan arcaica; servidumbre que, por otra parte, renunció a recomendar en las ediciones siguientes de su libro.

Todavía podíamos señalar mucho en la teoría de Sismondi sobre población, teoría interesante, objetiva, llena de distinciones juiciosas y de hechos observados, así como de horizontes inesperados. Fué uno de los primeros en reintroducir cierto relativismo, opuesto al dogmatismo absoluto de Malthus. Conforme a las tendencias generales de su doctrina, hace del problema de población un problema de economía social antes que de economía política.

La mayor parte de los socialistas franceses, en la primera mitad del siglo XIX, se declaran enemigos de las ideas malthusianas. A ello eran naturalmente conducidos: 1º por su confianza, heredada del siglo precedente, en la bondad de la naturaleza; 2º por su creencia en la eficacia del trabajo, siempre que éste estuviese "organizado"; 3º por sus tendencias antiascéticas, por el misticismo sensualista de muchos de ellos y por su teoría de rehabilitación de la carne. Quieren que los instintos naturales del hombre puedan desplegarse sin impedimento y no admiten fácilmente que haya que reprimirlos. Por otra parte, el malthusianismo les disgusta doblemente, 1º por negar la eficacia de las reformas legislativas y de las medidas estatales para combatir la miseria; 2º por preconizar como único remedio la restricción moral, ligada a la propiedad privada y a la responsabilidad individual. Consideran, no sin razón, que la doctrina de Malthus es paladín del individua-

lismo manchesteriano; y, como se ha dicho, el autor del *Ensayo* fué durante largo tiempo el “espantajo” del socialismo. Los socialistas condenan sus preceptos, niegan sus principios y sólo les reconocen valor para esa sociedad capitalista a la que se trata de destruir.

Fourier (1772-1837) elabora, a propósito de la población, una extraña teoría, en la que coincide con Doubleday al admitir que la sobrealimentación, o cuando menos la alimentación refinada —la *gastrosofía*, como dice—, puede emplearse útilmente como medio para limitar las facultades prolíficas. Pero este medio no es el único. Enumera otros tres que combinados con el primero asegurarán, en el estado socialista, el equilibrio de la población. Tales medios son: 1º el vigor de las mujeres, que serán más robustas que actualmente (pues, dice Fourier, “de cuatro estériles, hay tres robustas, siendo así que las mujeres delicadas son de una fecundidad excesiva y perjudicial”); 2º las *costumbres fanerógamas*; 3º el *ejercicio integral* que retarda la pubertad y modera los apetitos sexuales. Fourier concibe, incluso, que la acción de estos obstáculos combinados pueda llegar a ser excesiva. “Las oportunidades de fecundidad y de esterilidad serán las contrarias que en el mundo actual, es decir, que en lugar de exceso de población sólo habrá que temer una deficiencia”. Pero este inconveniente le parece poca cosa, mientras que censura enérgicamente “al hombre sin razón y todo carne, que procrea hijos por docenas” (6).

Louis Blanc lanza invectivas contra Malthus en varias de sus obras, pero en suma sin refutarlo (*Organisation du travail*, 1840; *Le Socialisme*, 1848); Proudhon, en sus *Contradictions économiques* (7), establece una oposición entre la facultad generadora y la facultad “industrial”, de la que deduce una acción moderadora de la civilización sobre el instinto de reproducción. Se puede observar que sobre la cuestión de la población, Bastiat y Proudhon, los dos adversarios, se alejan bastante poco uno del otro, distanciándose ambos de Malthus. Bastiat en sus *Harmonies* (8), al mismo tiempo que afirma su admiración por este último y su convicción de que existe “enorme verdad en su obra”, aunque refuta

(6) *Nouveau Monde industriel et sociétaire*, p. 335.338.

(7) XIII.

(8) *Harmonies écon.*, *Œuvres de Bastiat*, edic. Guillaumin, t. III, cap. XVI, p. 448 y siguientes.

algunas objeciones groseras lanzadas contra Malthus, le reprocha no haber comprendido suficientemente cuál es la acción de “la fuerza limitativa”. La población tiende a ponerse al nivel de los medios de *existencia* (como lo ha dicho Say, y no de los medios de subsistencia, fórmula demasiado estrecha para Bastiat); pero el nivel de los medios de existencia tiende, él mismo, a elevarse: “los medios de existencia crecen más rápidamente que la población”, y “la ley de limitación ha tenido poder suficiente para contener las olas de la reproducción de los hombres, bajo la multiplicación de los productos”. En resumen, Bastiat insiste en la “flexibilidad asombrosa de las leyes de población; elimina de ellas lo que les da un carácter demasiado pesimista; y sin rechazar los elementos esenciales del malthusianismo, cree que Malthus dosificó erróneamente su importancia. En el fondo es difícil de clasificar, ya sea entre los partidarios, ya entre los adversarios de éste. Corrige profundamente las consecuencias de la doctrina, más que condenar sus principios. Sobre todo debemos aprobarlo por haber insistido en el carácter complejo y *plástico* del problema.

De acuerdo con Bastiat, la escuela liberal francesa de tendencias optimistas, en general se niega a admitir el malthusianismo, aun cuando sin mostrar la misma claridad en su oposición. Uno de sus jefes más indiscutibles, Paul Leroy-Beaulieu, en su *Précis d'économie politique* (1888), se coloca, sobre todo, en el punto de vista de los hechos contemporáneos y declara que la doctrina de Malthus “no se aplica a la situación actual del mundo”, y parece que no se podrá aplicar sino dentro de algunos siglos. Esto no es, ciertamente, negar el principio (9), pero más tarde, Leroy-Beaulieu se adhiere a una doctrina de la población que estudiaremos más tarde, y que tiene un alcance antimalthusiano mucho más grave que la reserva precedente.

Villey (*Principes d'économie politique*, 3^a ed., 1905), es uno de los más severos apreciadores de la doctrina malthusiana. No vacila en escribir que “cualquiera que sea el crédito del que haya gozado... diremos sin ambages que nos parece carecer de base científica y estar igualmente desmentida por los hechos y conducir a conclusiones falsas y peligrosas desde el punto de vista mo-

(9) V. también, en la introducción del *Essai sur la répartition des richesses*, 1881, el apólogo de los tres Malthus, que constituye una refutación bastante sorprendente.

ral, económico y social". Especialmente, la primera progresión de Malthus "no tiene ningún fundamento serio" (10).

Otros economistas liberales, aun cuando critican a Malthus, lo hacen con muchas reservas y, cosa curiosa, *a priori*. Es el caso de algunos liberales católicos, como J. Rambaud (11), que "tiene a la tesis de Malthus como exacta en su conjunto"; pero que concede gran importancia a la acción voluntaria del hombre. J. Rambaud agradece al pastor protestante haber glorificado, sin quererlo, a la Iglesia católica, siempre favorable a la continencia y única capaz de hacer que se practique ampliamente la restricción bajo la forma moral, sin perjudicar al matrimonio y a la fecundidad. Cita, a este respecto, el sorprendente juicio del positivista Deherme: "Porque sabe detenerla donde es necesario, la Iglesia puede impulsarla donde se necesita" (12). La debilidad de Malthus sería la de no haber comprendido bien cuán fácilmente, en el hombre entregado a las inspiraciones de su propia conciencia, la restricción moral se transforma fácilmente en restricción viciosa.

Entre los liberales que critican a Malthus, algunos, por el contrario, lo hacen con cierta temeridad. Es el caso de Yves Guyot (*Science économique*, 1881). Claro está que Guyot tiene razón al contar con el aumento de la producción y con los progresos de la ciencia. Pero cuando habla de la máquina de vapor como si ésta permitiera al hombre decuplicar su poder de producción, cae bajo las objeciones de Block, que dice que este aumento de producción es más bien industrial que agrícola. Y el hombre come pan, y no telas o aceros.

Algunos jefes de la escuela intervencionista, cuya actitud frente a la economía ricardo-malthusiana se asemeja (a pesar de amplias divergencias en otros terrenos) a la de los liberales franceses, también han criticado a Malthus, no sin cierta exageración. Es el caso de Cauwes (13), cuya obra, notable en tantos aspectos,

(10) *Op. cit.* p. 87 y siguientes.

(11) *Cours*, t. II, p. 17 y siguientes. Cf. Ch. Périn, *La Richesse dans les sociétés chrétiennes*, l. IV, cap. I, t. I. p. 552.

(12) Por una parte, en efecto, el celibato eclesiástico y monacal, la restricción moral impuesta a los célibes, han constituido y constituyen barreras para la sobrepoblación. Por la otra, la severidad de la moral conyugal católica —absolutamente intransigente— garantiza la fecundidad.

(13) *Cours*, núm. 418.

es a veces un poco débil en las partes de exposición y de crítica puramente doctrinales. El autor, en las primeras ediciones, reprocha a Malthus por haber dicho que la población *crece* mas rápidamente que los medios de subsistencia. Es verdad que posteriormente reemplazó esta interpretación por demasiado inexacta, reconociendo que Malthus nunca había podido hablar más que de una *tendencia*.

Ch. Gide (14) reprocha, sobre todo, a Malthus el haber comedido una "confusión biológica", identificando demasiado el instinto sexual y el instinto reproductor, cuando el segundo es en realidad un "*instinto social*", cuyos móviles son infinitamente variados y no tienen nada de permanente ni de universal. El hombre ha *disociado* tan bien las dos funciones, que actualmente la plaga que aparece temible es la despoblación.

A esta última conclusión llegan actualmente gran número de los que estudian los problemas de la población en Francia. Se debe, esto lo sabemos —y el solo examen de los hechos de este orden exigiría un grueso volumen—, a que la población francesa desde hace un siglo aumenta cada vez más lentamente, a causa de una disminución progresiva e intensa de la tasa de natalidad (15), y este fenómeno desde hace algunas décadas parece tender a generalizarse en casi todos los países civilizados. Este hecho no ha podido escapar a la atención de los demógrafos, armados en nuestros días con medios de investigación estadística mucho más potentes que en el pasado. Así es que vemos crecer ampliamente el ejército de los críticos del malthusianismo, y esto desde hace largo tiempo.

Desde 1836 y 1847, Dupin (16), Moreau de Jonnés (17), toman posiciones contra Malthus. Más tarde, Guillard, en un principio malthusiano, abandona su doctrina para concebir la demografía (a la que bautizó), bajo un ángulo objetivo y concreto, como una "historia natural y social de la especie humana" (18). Según él, la natalidad sufre el contraataque de la producción; su tasa de-

(14) **Historia de las Doctrinas Económicas.**

(15) De más del 40 por 1,000 a fines del siglo XV, a apenas el 19 por 1,000 en nuestros días.

(16) Autor de la primera carta de estadística.

(17) **Eléments de Statistique.** 1847.

(18) **Eléments de Statistique humaine,** 1855.

crece a medida que la densidad aumenta; la natalidad no amenaza con ser excesiva; “no es el suelo el que alimenta, es el trabajo”. En suma, Guillard profesa una especie de fatalismo optimista.

Hacia fines del segundo imperio, y posteriormente, los observadores de la demografía francesa lanzan un grito de alarma, bien pronto repetido. Son Wolowski —primitivamente malthusiano (19)— Bertillon padre (20), Legoyt, Léonce de Lavergne (21).

Con ellos, el gran sociólogo Frédéric Le Play (22) señala la plaga y escruta sus causas sociales, morales y jurídicas. Entabla el proceso de nuestra organización individualista, critica el régimen destructor del reparto obligatorio de las herencias, instaurado por el Código Civil, y la inestabilidad de la familia moderna, opuesta a la solidez fecunda de la familia patriarcal.

Además, tenemos a J. Lefort, Frary (23), Delaunay, Debury, Rossignol y el Dr. Jacques Bertillon, infatigable denunciador del peligro oligantrópico y promotor incansable de medidas propias para favorecer el restablecimiento de la natalidad francesa, y alrededor de él a una pléyade de escritores, filósofos, sociólogos, políticos y médicos (24), alarmados todos por la *desnatalidad* francesa, y que arrojando bien lejos las preocupaciones malthusianas vuelven, con más método y mayor conocimiento de los hechos, a las propagandas poblacionistas de antaño (25).

Es en Alemania en donde el malthusianismo, como doctrina,

(19) *Revue des Deux Mondes*, 15 de noviembre de 1862.

(20) *La Statistique humaine de la France*.

(21) *L'Agriculture et la population*, 1856; *Economie rurale de la France*, 1860. Lavergne fué, en un principio, partidario del malthusianismo.

(22) *La Réforme sociale en France*, 1864.

(23) *Le Péril national*.

(24) Fouillée, Ch. Richet, Baudrillart, Guyau, Piot, Bergeret, Amelin, Candolle, Jacoby; más recientemente, Boverat, Duval-Arnould, Auburtin, A. Landry, A. Isaac, Roulleaux-Dugage, etc.

(25) El socialista alemán Lassalle es más bien malthusiano, puesto que su ley de bronce implica esencialmente la idea de que todo excedente de salario se transforma en excedente de población y contribuye en sí a aumentar la concurrencia de brazos. En cuanto a Rodbertus, dirige ataques contra Malthus, sosteniendo que el suelo puede hacerse más fértil y que la previsión se desarrollará en la clase obrera. Lo que ha hecho, efectivamente, hasta el exceso.

ha encontrado a uno de sus principales adversarios. No debemos sorprendernos de ello: como el esfuerzo de Malthus estuvo expresamente dirigido contra el socialismo, no es sorprendente que una de las oposiciones doctrinales más sistemáticas que su doctrina ha encontrado, haya sido obra del más célebre de los socialistas alemanes del siglo XIX, Karl Marx.

Es curioso observar que Malthus haya sido, no obstante, un precursor de Marx, por su tentativa general de explicar toda la evolución económica desde el punto de vista del *materialismo histórico*. Pero si ambas doctrinas están imbuídas de esta misma filosofía, se oponen francamente en sus demás aspectos. Para Marx no existe una ley abstracta e inmutable de la población que pueda aplicarse a la humanidad: tal ley existe para las demás especies vivas, y siempre que éstas no sufran la acción del hombre. Pero por lo que respecta a éste, cada período de su historia tiene una ley de población que le es propia. Malthus tuvo razón al considerar que la ley de nuestra época capitalista era una ley de sobrepoblación. Pero se equivocó: 1º al generalizar esta ley en el tiempo; 2º al engañarse sobre las causas de la sobrepoblación actual, causas que no resultan de una insuficiencia absoluta de las subsistencias, sino de las condiciones particulares del reparto en nuestra sociedad.

La *plusvalía*, llegada a las manos de los capitalistas por la "explotación" del trabajador, viene en efecto, según Marx (26), a aumentar sin cesar el capital anterior; pero este capital se divide en dos partes que aumentan desigualmente: una parte está destinada a comprar fuerza de trabajo, para obtener nuevamente de ella plusvalía, y reproducirse, así, con una nueva adición: es el *capital variable*. Otra parte se emplea en la compra de medios materiales de producción, y a la inversa de la anterior, no modifica su valor en el curso del acto de la producción: es el *capital constante*. Pero a medida que progresa la acumulación del capital total, la masa del capital constante aumenta cada vez más en comparación con el capital variable, aunque éste también aumente absolutamente. Hay, pues, una disminución relativa de la demanda de trabajo y, como consecuencia, una sobrepoblación relativa, resultante no de un aumento excesivo de la clase obrera, sino de la

manera como se realiza la evolución de los elementos de que se compone el capital total, manera que permite prescindir de una parte de los obreros. En resumen, al producirse, por medio de la plusvalía, la acumulación del capital, la clase asalariada produce las condiciones de su propia sobrepoblación.

La parte no ocupada de la población obrera constituye "el ejército de reserva industrial", más o menos numeroso según las fases del ritmo periódico que atrae o rechaza a los trabajadores y que, en el curso de unos diez años, hace pasar a la industria de la actividad normal a la sobreactividad, a la crisis y al estancamiento. Por otra parte, este ejército de reserva es además aumentado por el rápido agotamiento de las fuerzas del trabajador, que tiene que licenciarse desde temprana hora; por el llamamiento de las fuerzas jóvenes que favorece los matrimonios precoces; por la irregularidad de las ocupaciones de muchos obreros de la industria activa, que hace que se les pueda considerar como supernumerarios y como fuerzas disponibles. El punto de vista de Marx es mucho menos original de lo que Nitti ha dicho. Ortès y Sismondi, para hablar sólo de ellos, ya habían señalado la importancia, en la cuestión de la población, del proceso de producción y de distribución; sin embargo, es indiscutible que Marx ha sostenido este punto de vista dándole un relieve particular.

Schæffle admite, como Marx, que no hay ley de población general y permanente; la ley de población es una ley histórica, cuya fórmula varía con las épocas. Reconoce, no obstante, que el exceso de población determina luchas favorables al progreso, por medio de la selección. Pero esto no le impide, ante el desequilibrio que cree observar hoy entre la población y las subsistencias, recurrir, como Marlo, al neomalthusianismo, y exigir leyes restrictivas del matrimonio. Preconiza cierto número de procedimientos jurídicos destinados a restringir la natalidad en el matrimonio (27); pero sin que parezca sospechar que también hay una natalidad ilegítima. Se puede reprochar a sus planes cierto candor.

La teoría marxista fué adoptada por Max Schippel, para quien

(27) Pide, por ejemplo, que el marido esté obligado a asegurar una pensión a su mujer en caso de viudez, y el padre a constituir para sus hijos un fondo patrimonial determinado. El derecho a la existencia, dice, excluye el derecho a una procreación ilimitada.

los males que sufre la sociedad actual son la consecuencia, simplemente relativa, de la organización capitalista. No hay una verdadera hiperdemia, ni siquiera en Alemania: el exceso relativo de la población obrera resulta del régimen de la propiedad privada y del salariado. El colectivismo asegurará a los trabajadores una parte más considerable en el ingreso social y hará desaparecer el pauperismo.

Esta creencia en la eficacia del socialismo como remedio a la sobrepoblación es compartida por Hertzka (el autor de *Freiland*, 1894), quien, por otra parte, se rehusa a preocuparse por un porvenir alejado, del que no podemos saber cuáles serán las condiciones generales de la técnica y de la ciencia. La facilidad de satisfacer las necesidades humanas crece actualmente con la densidad misma de la población, y durante largo tiempo así sucederá. Por tanto, es inútil predicar la restricción para evitar lejanas eventualidades, las que, probablemente, jamás se realizarán.

Bebel se muestra en su obra célebre *La Mujer* lleno de aversión hacia Malthus. Esta obra, desprovista por otra parte de valor científico, está inspirada por un optimismo socialista ilimitado. Admite que bajo el régimen colectivista, la humanidad se desarrollará "con conciencia, según las leyes de la naturaleza", lo que parece englobar, en esta fórmula, dos ideas contradictorias.

Max Nordau, en su libro *Mentiras Convencionales*, en el capítulo *Mentira económica*, insiste en los pocos esfuerzos que se realizan para aumentar la productividad del suelo en alimentos, y da como razón de ello que "el capitalismo ha dado a nuestra civilización un desarrollo falso y contra natura". Quisiera que se adoptara como regla de conducta: "Menos telas de Mánchester y cuchillería de Sheffield, y más pan y carne".

Más recientemente, Oppenheimer incrimina al malthusianismo como una teoría de clase. "Siempre nos alejaremos del verdadero punto de vista, si descuidamos por un momento el hecho de que es la teoría de clase de los partidarios de la burguesía: que tiene por razón de ser la refutación de la teoría de clase del proletariado" (28). Asimismo, considera que la verdadera ley de población no es una ley natural, sino una ley social, y no vacila en afirmar que "en un estado económico normal, es decir, en el que no haya

(28) *Une nouvelle loi de population. Revue d'Economie Politique*, 1903.

clase feudal para oprimir al pueblo, paralizarlo y sacarle hasta la última gota de sangre, las subsistencias deben multiplicarse más rápidamente que la población, debido a que la técnica de la agricultura se desarrolla siempre con la suficiente rapidez para compensar, e incluso más que compensar, la ley del rendimiento no proporcional" (29). Afirmación llena de audacia, por más dispuestos que nos encontremos a atenuar, hasta el extremo, la antigua fórmula de esta última ley. Oppenheimer, por lo demás, cree refutar a Malthus comprobando que en Alemania el bienestar aumenta, a pesar del crecimiento de la población (30). Como si Malthus hubiera sostenido alguna vez que el aumento de las subsistencias no pudiera, de hecho, seguir y sobrepasar al de la población, si el crecimiento de ésta permanece suficientemente lento. *Y, aun en Alemania, es demasiado lento* con relación a lo que representaría la duplicación por período de 25 años (31). En realidad, el hecho invocado por Oppenheimer no prueba más que una cosa, es decir, la consecuencia que reprocha a su adversario J. Wolf por proclamar (32) que la "tendencia" social al poblamiento es muy diferente —y cada vez más distante— de la "posibilidad" fisiológica. Punto de vista en el que hay que colocarse, sobre todo, para apreciar lo que hay de verdadero y de falso en el malthusianismo, así como lo enseño desde hace largo tiempo en mi curso.

En Italia las ideas de Malthus parecen, por su carácter absoluto, haber chocado, desde el principio, con las tendencias realistas, moderadas y prudentes del espíritu nacional. Romagnosi, en su libro *Sulla crescente popolazione* (1845), proclama al malthusianismo "la piu impia, la piu esecranda, la piu spaventosa delle eresie". Otros varios economistas contemporáneos niegan la tendencia a una sobrepoblación, o le encuentran remedios en una mejor organización social: De Augustinis (*Elementi di economia sociale*, 1843); Baldassare Poli, Taddei, Rusconi, Scopoli, Meneghini,

(29) *Une nouvelle loi de population.*

(30) *Ibid.*, p. 343.344.

(31) En cerca de cincuenta años (1870-1918), Alemania, lejos de haber visto que su población se cuadruplicaba, ha visto que aumentó más o menos en un 70%.

(32) *Ibid.*, p. 343. Véase el artículo de J. Wolf, *Revue d'Économie Politique*, 1902: *Une nouvelle loi de population*. V. también, Effertz, *Revue d'écon. pol.*, 1914: *Théorie ponophysocratique de la population.*

Marescotti, que escriben entre 1840 y 1860. Pasada esta fecha, podemos citar también a Grecco, Marletta, Zobi, Giuliano, Doveri y Garelli.

Posteriormente, Achille Loria (33) ha sostenido una tesis sobre la población que se aproxima a la de los socialistas alemanes (*Análisis de la propiedad capitalista*, 1889; *Bases económicas de la constitución social*, 1893; y *Morfología Social*). Para él, como para Marx, la sobrepoblación no es un fenómeno natural y permanente, sino puramente pasajero y resultante, en particular, de nuestro régimen de la propiedad privada del suelo. Mientras que la tierra es "libre" el aumento de la población y el de las subsistencias van al par. Pero desde el momento en que el suelo es poseído privadamente, deja de ser así. La tierra da una renta a su propietario y se constituyen alrededor de ella dos clases, una clase rica, previsora y malthusiana, y una clase pobre, imprevisora y prolífica. Hay que volver a la tierra "libre". (Pero en realidad, responderemos, si la población puede aumentar sin limitación cuando la tierra es libre, no es porque la tierra sea libre, sino porque es sobreabundante. Cuando deja de ser sobreabundante, no puede siquiera seguir siendo "libre". Si no hay propiedad privada, hay propiedad colectiva y nada prueba, por lo contrario, que ésta será más productiva que aquélla).

Otro economista italiano, Vanni, acepta la idea spenceriana de la oposición entre la individualización y la génesis, y espera la realización de un perfecto equilibrio: mientras tanto, reconoce la tendencia de la población a sobrepasar las subsistencias; pero cree que se ha atenuado con el tiempo.

Los Estados Unidos, con sus posibilidades largo tiempo consideradas como ilimitadas, y su población poco densa, debían ser un terreno preparado para el desarrollo de ideas antimalthusianas. De hecho, desde mediados del siglo XIX, Carey (34) critica todas las teorías esenciales de Ricardo y de Malthus, en términos que no obstante la apreciación irritada y desdeñosa de Block (35), no son completamente desdeñables. Admite *a priori* que la fecundidad humana irá disminuyendo: idea en suma tan aceptable como

(33) V. el estudio de Turgeon sobre el monismo económico de Loria, *Revue d'écon. pol.*, 1914.

(34) *The Unity of law*.

(35) *Op. cit.*, p. 347, t. II.

la no menos apriorística de Malthus, según la cual esta fecundidad será una constante. Block no piensa en esta comparación. Por otra parte, Carey hace el proceso de la teoría clásica del *rendimiento no proporcional* del suelo, que constituye, como sabemos, el nervio del malthusianismo. Como Malthus, invoca el ejemplo americano, pero para mostrar que la densidad creciente de la población permite aumentar la producción en una proporción correspondiente y aun superior (36).

El mismo optimismo anima a otros numerosos economistas americanos. Y aquellos a quienes abandona este optimismo, se inquietan, no por el peligro de la sobrepoblación, sino por el de la despoblación, manifiesta por la rápida caída de la natalidad, sobre todo en los estados del Este. Como en Francia, aunque las consecuencias del hecho hayan quedado hasta ahora enmascaradas por la inmigración, el neomalthusianismo ha realizado devastaciones intensas, señaladas desde hace largo tiempo por el economista francés Claudio Jannet (37) y que, al agravarse, suscitan desde hace años cuando menos numerosas inquietudes entre los economistas y políticos americanos. Los primeros han alcanzado en sus obras (38) algunas causas del mal, tales como el desarrollo del feminismo, y más generalmente de un individualismo sin freno: los segundos han lanzado ruidosamente el grito de alarma. Recordemos, entre otras, las resonantes prédicas del presidente Roosevelt.

Como en los otros países, los socialistas en América se han contado entre los adversarios más sistemáticos del malthusianismo doctrinal, aunque predicando, frecuentemente, las prácticas del neomalthusianismo. El más ilustre de ellos fué Henry George, el célebre autor de *Progreso y Miseria*.

(36) Van Burren Deslow considera que la cuestión de población no reviste una forma aguda y que jamás la revestirá, probablemente. El economista proteccionista Patten, aun cuando admite algunas de las ideas de Malthus es, en general, su adversario, y considera sin temor el porvenir. Brownel y muchos otros admiten el punto de vista spenceriano y la tendencia de la natalidad a decrecer.

(37) *Les Etats-Unis contemporains*. V. en particular el cap. XIII.

(38) V. en el *Journal des Economistes*, febrero de 1897, las apreciaciones del Dr. Cyrus Edson. *Ibid.*, Mascarel, *Le Féminisme en Amérique*, *Ref. sociale*, 1896, t. II.

Afirma que la miseria no puede ser considerada como consecuencia de una tendencia a la sobrepoblación y que la producción puede hacer frente al aumento de la población. En apoyo de esta última idea no aporta, por otra parte, más que argumentos un poco pueriles, como todos los que en lugar de criticar la primera progresión atacan la segunda, y quieren probar, en el fondo, que en un terreno limitado podrá llegarse a alimentar un número ilimitado de hombres. Sobre este punto es difícil combatir a Malthus, a menos de seguir a Berthelot en sus temerarias esperanzas; mientras que, como lo hemos dicho, es más fácil hacerlo mostrando que la *tendencia social* al poblamiento no es, al fin y al cabo, la misma cosa que la *posibilidad fisiológica* de poblar.

En Rusia, donde como en los Estados Unidos la tierra sigue siendo abundante, aunque esté *relativamente* sobrepoblada en ciertas regiones, Malthus ha encontrado algunos encarnizados contradictores, entre otros, Ternicewsky y Tallquist.

CAPÍTULO IV

LA DEMOGRAFIA EN EL SIGLO XIX

Mientras que los economistas y los filósofos discutían las proposiciones malthusianas y trataban de interpretarlas o refutarlas, otros investigadores, más modestos, se consagraban a una obra posiblemente más útil, poniendo en cifras los hechos demográficos y constituyendo, en fin, sobre bases serias, la estadística de la población. Haciendo a un lado los debates sobre las tendencias y las posibilidades, sobre las causas y las probabilidades futuras, trataban de precisar, al fin, las realidades y establecer de acuerdo con qué regularidades de hecho se reproducían de año en año, de período en período, los fenómenos de natalidad, de mortalidad, de nupcialidad, de emigración, de inmigración, etc.

Después de Süssmilch y de Moheau, el belga Quételet había llegado, en su *Essai de physique sociale* (1835), a proclamar la existencia de leyes demográficas, reveladas por la constancia misma de los fenómenos. En los años que siguieron, Villermé (1), Guerry (2), Schnitzler (3), Dufau (4), Moreau de Jonnes (5) emplearon la estadística para el estudio de diferentes problemas relativos a la población. En fin, Achille Guillard (6) introduce en el idioma el término *demografía*, a la que definía como “la histo-

(1) *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers*, 1840.

(2) *Essai sur la statistique morale de la France*, 1834.

(3) *Statistique générale de la France*, 1846.

(4) *Traité de statistique*, 1860.

(5) *Eléments de statistique*, 1847.

(6) *Eléments de statistique humaine ou démographie comparée*, 1855.

ria natural y social de la especie humana”, definición, evidentemente demasiado amplia, y a la que se debe preferir la de Levasseur, para quien la demografía es “la ciencia que, ayudada por la estadística, trata de la vida humana, considerada principalmente en el nacimiento, el matrimonio y la muerte, en las relaciones que resultan de estos fenómenos y en el estado general de las poblaciones, que es su consecuencia” (7).

La posibilidad de construir científicamente la demografía ha sido consecuencia del progreso de la estadística oficial, casi inexistente en la mayor parte de los países civilizados hasta el siglo XIX, en que se constituyó, especialmente en lo que se refiere a la población, por medio de los censos regulares y periódicos. Mientras que los precursores de la demografía no habían tenido como instrumento de trabajo más que raras estadísticas, parciales y dudosas, los demógrafos del siglo XIX y XX han podido operar sobre documentos cada vez más numerosos, variados, completos y seguros. De este modo han podido captar y registrar, entre los hechos, relaciones y regularidades empíricas, y después, de éstas, elevarse hasta el descubrimiento de leyes propiamente dichas. Es posible, sin embargo, que así como la estadística es un instrumento para la demografía, ésta no deba considerarse más que como un grado superior de elaboración de materiales que sólo el economista y el sociólogo pueden, en último análisis, *interpretar* definitivamente. Si la demografía es mucho más que la simple estadística de la población, no es, por sí sola, la teoría entera de la población, sino la exposición sistemática y razonada de los principales datos (sobre todo cuantitativos) referentes a ésta.

En la segunda mitad del siglo XIX, y después, los estadísticos de la población y los demógrafos han llegado a ser, como lo dice E. Levasseur, legión (8). Entre los principales se citan en Francia al doctor A. Bertillon, autor de numerosos trabajos estadísticos y demográficos; Maurice Block (*Traité théorique et pratique de statistique*, 1878); de Foville (*La France économique*, 1889); Cheysson; Emile Levasseur (numerosas obras entre las que ocu-

(7) *La Population française*, t. I, prefacio, p. 1.

(8) *Op. cit.*, t. I, p. 65.

pa el primer lugar el gran tratado sobre la *Population française*, 1889); F. Faure, Paul Meuriot, Cauderlier (9), etc.

En Alemania y en Austria: Knies (*Die statistik als selbständige Wissenschaft*, 1850); Konak (*Theorie der statistik*, 1856); Rümelin (*Reden und Aufsätze*, 1875); Knapp (*Die neuen Ansichten über Mortalität*); Engel, von Ottingen (*Die Moralstatistik*, 1874); Mayr (*Statistik und gesellschafts lehre*, 1895-1897); Drobisch (*Die moralische Statistik*, 1867); Lexis, Woppaüs (*Bevölkerung Statistik*, 1859); Kolb, Becker, Meizen, von Neumann-Spallart, Inama-Sternegg, Haushofer, etc.

En Italia, Corrente, Maestri, Messedaglia (*Studi sulla popolazione*, 1866), Morpurgo, Bodio, del Vecchio, etc.

En Inglaterra: Farr, Jevons, Leone Levi, Giffen, etc.

Entre estos trabajadores, de los que sólo cito algunos de los más conocidos, y sobre todo entre los ya desaparecidos, unos se limitan a reunir documentos; otros tratan de deducir de ellos leyes. Es especialmente lo que tratan de hacer, prudentemente, Emile Levasseur y Cauderlier.

En su magistral tratado de *La Population Française*, E. Levasseur utiliza ampliamente todos los recursos de la historia, de la estadística y de la observación directa. Pero no se limita a hacer una exposición de hechos, incluso cuidadosamente criticados y clasificados. Estima que los documentos numéricos han llegado a ser suficientemente abundantes, sobre todo después de 1850, para permitir obtener de los hechos conclusiones generales y leyes causales que presenta en el cuarto libro de su obra. Pero no cree que exista una ley de la población. Hay un número bastante considerable, puesto que cita diecisiete, "las más importantes" (10). Pero la mayor parte de ellas, como dice más lejos, no son en realidad más que "reglas y observaciones", o mejor aún, comprobaciones de hecho. Unas expresan simples posibilidades. (En tal o cual caso dados..., dice E. Levasseur, la población puede ser más numerosa... En tal otro, la población puede crecer rápidamente... En tal otro, debe disminuir...) Otras traducen relaciones de causa a efecto, pero referentes a puntos de vista parciales. Otras, en fin, resumen simples análisis demográficos.

(9) Belga.

(10) *La Population Française*, III, p. 24 y siguientes.

Todas estas cosas son, por otra parte, muy interesantes en sí mismas, pero no son una ley, ni siquiera un sistema de leyes.

Lo que más generalmente se desprende, es que el número de habitantes "que un *territorio admite*" depende: 1º de las cualidades del suelo y del clima; 2º de la cantidad de capitales, del estado de la ciencia industrial y de la actividad de la población; 3º de la extensión de los mercados; y 4º de la media de los consumos individuales. Esto puede ser bastante exacto, pero lo que nos interesa, no es tanto la cuestión de saber cuántos habitantes admite un Estado, sino la de saber si realmente hay una tendencia de la población a alcanzar o no este límite, y a hacer presión o no para sobrepasarlo. A esto, Levasseur no responde: "La población, dice, tiene una tendencia a aumentar por los nacimientos, como tiene una tendencia a producir riqueza; pero no podría decirse cuál domina naturalmente" (11). Se limita a añadir que, cuando la primera domina, la población se empobrece, y que cuando es la segunda la predominante, el bienestar aumenta, lo que, a decir verdad, no nos hace adelantar mucho. En suma, las conclusiones del historiador economista sólo tienen alguna precisión sobre cierto número de relaciones particulares, pero siguen siendo vagas e indecisas sobre la cuestión general. Aquí, cómo en sus otras obras, Levasseur parece más hábil para el análisis que vigoroso y filosófico en la síntesis.

Gustave Cauderlier plantea conclusiones más firmes en una obra titulada *Les Lois de la population et leur application à la Belgique*, que ha dado lugar a interesantes discusiones (12). Formula de este modo la ley general de la población: "La necesidad y las facilidades de satisfacer las necesidades de la vida rigen a los movimientos de población en su totalidad y en sus elementos esenciales". Desarrolla esta proposición afirmando: 1º que el número de matrimonios aumenta con las facilidades de la vida y disminuye con ellas; 2º que el desarrollo económico general determina, para cada pueblo, según una curva regular, el número de matrimonios, salvo la acción de causas perturbadoras; 3º que la fecundidad legítima de las mujeres es una constante, con

(11) *La Population Française*, p. 25.

(12) V. *Journal de la Société de Statistique*, 1901, y las discusiones en las que tomaron parte Á. Coste A. Bertillon, March, Vauthier, etc.

tal de que las condiciones económicas, así como las circunstancias de edad, de habitación y de duración del matrimonio no varíen; 4° que todos los pueblos europeos tendrían probablemente la misma fecundidad legítima si se encontraran colocados en las mismas condiciones; 5° que las fluctuaciones de la mortalidad se deben más bien a la ignorancia que a la miseria y que la ciencia tiende a reducirlas; 6° que las circunstancias económicas favorables precipitan la reducción de la mortalidad y que, inversamente, las circunstancias desfavorables la combaten; 7° que la población total está limitada por las facilidades de satisfacer las necesidades de la vida; 8° que el principio que hace necesaria la elección entre diversos medios de aumentar o de reducir la población sigue siendo el mismo: la influencia preponderante de la necesidad y de las facilidades para satisfacer las necesidades. En resumen, Cauderlier admite dos proposiciones malthusianas: 1° la población está necesariamente limitada por las subsistencias; 2° la población crece allí en donde crecen los medios de subsistencia. Pero niega la tercera, es decir, la que reduce todos los obstáculos al crecimiento a tres: vicio, desgracia y restricción moral. Los obstáculos, según él, incluyen también la disminución de matrimonios, la de la fecundidad y la emigración. Reprocha a Malthus haber descuidado los dos primeros y haber considerado escasamente el tercero. Pero ¿acaso no merece, a su vez, el reproche de presentar en el mismo plano causas mediatas y causas inmediatas? ¿Qué significa, por otra parte, esta disminución de la fecundidad, a la que son extraños el vicio y la restricción moral? ¿Una disminución puramente fisiológica? ¿Cómo admitirlo, si el propio Cauderlier dice que la fecundidad de las mujeres es *constante* y, además, que probablemente sería idéntica en todos los países europeos, si algunas circunstancias *exteriores* no la modifican?

En realidad, Cauderlier y sus émulos han prestado grandes servicios analizando las causas inmediatas del movimiento de la población, es decir, las variaciones particulares que producen las variaciones de ésta con sus combinaciones. Pero esto no es resolver el problema, pues obtener regularidades y paralelismos demográficos no es todavía establecer las leyes científicas, las leyes causales de la población. Y posiblemente la insuficiencia de espíritu lógico y filosófico en ciertos demógrafos ha contribuido en ocasio-

nes a obscurecer el problema general, mezclando a comprobaciones inductivas, concepciones *a priori*, y confundiendo las causas mediatas e inmediatas. La estadística demográfica ha prestado inmensos servicios, partiendo, como conviene hacerlo, de los hechos, y de los hechos estudiados de cerca y en gran número. Es ya mucho, cuando se ha observado un movimiento de población, poder decir en qué medida proviene, por ejemplo, de un aumento de mortalidad o de una disminución de natalidad, etc. Pero eso es conocer los *componentes* del fenómeno y no sus causas (13). ¿Por qué se ha debilitado la natalidad? (14). Aquí hay que dirigirse al economista y al sociólogo. Excelentes para precisar el "cómo", los trabajos de los demógrafos no bastan, por sí solos, para iluminarnos sobre el "porqué". Y cuando lo pretenden, a veces sucede que se dejan penetrar por viejas concepciones apriorísticas, o que se extravían en el inextricable enlazamiento de las causas secundarias presentadas como explicaciones decisivas.

(13) Cuando A. Coste nos dice que los nacimientos dependen del número y de la precocidad de los matrimonios, así como de la fecundidad de éstos, formula una observación demográfica indiscutible. Pero cuando añade que el número de matrimonios y su fecundidad dependen de la impresión que tienen las poblaciones de la facilidad o la dificultad de la vida, formula una ley económica mucho menos evidente, aun cuando a primera vista lo parezca, y en todo caso muy diferente, como significado apodíctico, de la primera afirmación.

(14) Algunos demógrafos (Quételet), han querido establecer una relación de causalidad entre las variaciones de la fecundidad y las del precio del trigo. Pero Cauderlier observa que la relación entre ambos hechos, en 148 años observados, ha sido 77 veces favorable y 71 desfavorable a esta hipótesis, que en consecuencia parece bien vana.

CAPÍTULO V

CIVILIZACION Y POBLACION

De las innumerables discusiones de que fué objeto el malthusianismo, así como de los esfuerzos pacientes de los estadísticos y los demógrafos, no parece que se haya obtenido aún una fórmula definitiva y completa de la ley de población. El punto sobre el que probablemente tenderían a ponerse de acuerdo mayor número de espíritus, sería el de que hay motivo, de una manera general, para hacer a un lado las aprensiones suscitadas por Malthus y para considerar que, para los pueblos civilizados cuando menos, el peligro del futuro no está en la sobrepoblación, sino en la despoblación. La teoría *sociológica* de la población que parece constituirse, tiende, en efecto, a proclamar la existencia de una especie de antinomia entre ambos términos: población y civilización, *cuan-do menos, si se toma este último término en el sentido individualista y democrático* que le dan los occidentales.

Hacia esa conclusión convergen los trabajos y las tesis de los fisiólogos que establecen una oposición física entre individualización y génesis; de sociólogos que como Spencer proclaman tal oposición en términos más generales; de demógrafos, obligados a registrar la generalización del fenómeno de *desnatalidad* en los pueblos "civilizados", y su relación manifiesta con la intensidad y la antigüedad del hecho "civilización"; de moralistas, que denuncian la influencia del egoísmo desbordado por la concepción individualista del derecho "a vivir su vida"; de economistas que muestran la necesidad de paternidad mantenida a raya por la invasión de necesidades personales más numerosas día a día, y más costosas;

de juristas, de los cuales, cuando menos una parte, confiesa la influencia despobladora de algunas instituciones igualitarias y democráticas, como el reparto sucesorio forzoso; de socialistas que vuelven contra Malthus el argumento que éste esgrimía contra ellos, del efecto limitativo de las instituciones individualistas, y triunfando desde el momento en que tal efecto se ha revelado demasiado patentemente (1); de filósofos que señalan la facilidad con la que la tendencia social al poblamiento cae por debajo de la posibilidad fisiológica de poblar. De todo este conjunto de ideas se desprende la triple conclusión de que: 1º la ley de población es una ley no solamente fisiológica, psicológica o económica, sino también sociológica; 2º esta ley se expresa por medio de fórmulas que pueden variar según el medio social, y 3º esta ley depende hoy, ante todo, de ese factor que llamamos "civilización".

La exposición más clara de esta doctrina es probablemente la que ha dado Arsène Dumont en sus libros *Dépopulation et Civilisation* (1890) y *Natalité et Démocratie* (2) (1898), obras escritas con un talento original, apasionado, a las que su tono, algunas veces aventurado y excesivo en el terreno político y religioso, no quita nada de su valor real. La teoría de Dumont ha sido aceptada en el fondo por Leroy-Beaulieu (3) y otros varios economistas franceses o extranjeros, entre los cuales parece que puede colocarse a Nitti. (4).

Dumont parte de la idea spenceriana (oposición de la individualización y la génesis en todas las especies vivas); pero da a esta idea un potente y original desarrollo en el terreno humano y sociológico. Muestra cómo la oposición de que se trata, en lugar de quedar en el hombre como algo inconsciente y puramente fisio-

(1) Lo que no quiere decir que la despoblación encontraría un remedio en el socialismo; lejos de eso. Es cierto que la disminución de la responsabilidad individual relajaría ciertos frenos; pero en cambio, el gusto por el bienestar y el temor de toda molestia, producirían un efecto contrario, y más que compensador del primero.

(2) V. también *La morale basée sur la démographie*, *Revue de Sociologie*, 1902.

(3) Véase *La question de la dépopulation et la civilisation démocratique*, *Revue des Deux Mondes*, 15 de octubre de 1897.

(4) *La population et le système social*. V. id., R. Gonnard, *Dépopulation et législateurs*, *Revue d'écon. pol.*, 1902-1903.

lógico, se hace consciente, volitiva y reflexiva; se realiza *menos aún por la disminución de la facultad generadora que por la de la voluntad generadora*; y la ley que expresa esta oposición es la ley que Dumont bautiza exacta y pintorescamente con el nombre de ley de *capilaridad social* (5).

En efecto, los recursos limitados que posee el individuo pueden ser empleados en diversos usos: consumos personales de placer, consumos reproductivos o industriales, consumos estériles y consumos para la crianza de una generación nueva. Si se hace un grupo de las tres primeras categorías de consumos, es evidente que su aumento relativo está en razón inversa del de la cuarta. Más particularmente, los consumos personales sólo crecen en razón inversa de la posibilidad de tener y criar numerosos hijos; el desarrollo de la raza está en razón inversa del desarrollo individual. El individuo aspira a *elevarse* (educarse); su educación exige el consumo de mayores recursos. Mientras más gasta para *elevarse*, menos le quedará para *criar* a numerosos hijos: tanto más cuanto más alto trate de hacer llegar a cada uno de ellos. La *viricultura intensiva* está en oposición con la *viricultura extensiva*.

Ahora bien, de una manera general, la "civilización" tiende a aumentar el papel de esta fuerza que impulsa al hombre a elevarse más alto, sacrificando para ello una parte creciente de sus recursos. La civilización implica una continua creación de necesidades nuevas, de placeres nuevos, de formas de actividad nuevas, que permiten y solicitan el aumento de los gastos personales, ya sea los de placer, ya sea los de desarrollo. La escala social comprende tantos más escalones cuanto más refinada es la civilización; la *capilaridad* desempeña en ella un papel más importante: produce el efecto de un aumento de presión sobre la capa líquida y de un alargamiento del tubo por donde el líquido se eleva. Se consagra una menor parte del patrimonio a los hijos, y se necesita una porción mayor de esta parte para cada uno de ellos, cada vez más costoso para instruir y criar.

Pero esta acción de la ley de *capilaridad* es particularmente enérgica cuando la civilización es la de las sociedades modernas, *sociedades democráticas e individualistas*, caracterizadas: 1º por

(5) Véase, especialmente, *Dépopulation et Civilisation*, p. 106 y siguientes.

la igualdad política, y 2º por la desigualdad económica, en la inteligencia de que ambos factores se combinan. La desigualdad económica es una condición necesaria de la capilaridad; para que alguien se vea impulsado a elevarse, es necesario que existan grados diversos. Pero si se añade la desigualdad política (castas, clases cerradas, o casi), la posibilidad de elevarse desaparece de hecho y suprime la capilaridad. El individuo encuentra un obstáculo a su exaltación: la raza se aprovecha de ello. Por lo contrario, si la igualdad política interviene, el individuo puede elevarse sin obstáculo legal. No se sentirá desalentado *a priori* en su deseo de ascensión social. Por tanto, la *capilaridad social* funcionará tanto mejor cuanto mejor combine la sociedad considerada una *igualdad política completa* con una *desigualdad económica de múltiples escalas*, lo que es el caso de las sociedades occidentales modernas, en las que el multimillonario y el proletario tienen los mismos derechos políticos y ven intercalarse económicamente, entre sus situaciones extremas, una multitud de situaciones intermedias, que animan a cada cual a franquear una "etapa" (6).

Esta acción de la ley de *capilaridad* aleja de los estados civilizados modernos toda amenaza de hiperdemia. Pero ¿sucede lo mismo con el peligro opuesto de despoblación? ¿No existe el peligro de que la individualización se exagere, en detrimento de la génesis? ¿No es éste el caso de Francia? ¿No será, bien pronto, el caso de los otros países civilizados, cuya natalidad decrece rápidamente?

Para Dumont, en 1890 la situación de Francia tenía algo de excepcional. Y parece que la estadística le daba y le sigue dando la razón. "La atracción capilar, dice, al recibir de las circunstancias particulares de Francia (7) una actividad desmesurada, ha

(6) V. la aplicación de estos principios a la situación de los principales estados europeos. R. Gonnard, artículo citado.

(7) Particularmente de la revolución francesa, que aisló y desenraizó al individuo. Dumont inculpa también a la doble tradición helénica y católica, pero en este caso sus opiniones son infinitamente más discutibles que en el conjunto de su teoría. La tradición helénica y católica en nada ha disminuído la fuerza prolífica de otros países latinos, Italia, España, Portugal, etc. Y es bien cierto que el catolicismo obra en Francia como una fuerza favorable a la población, y no como una fuerza desfavorable. Desconocerlo sería paradójico.

determinado un predominio excesivo de las tendencias individuales, o lo que es lo mismo, un déficit de las tendencias sociales”.

Pero si Dumont escribiera hoy su libro, indudablemente se vería obligado a generalizar su observación y a hacer constar que, aunque Francia conserve una lamentable y entristecedora ventaja en la vía de la desnatalidad, bajo la presión de diversas circunstancias especiales, el espíritu de individualismo tiende cada vez más, en todos los países civilizados, a predominar en detrimento de las tendencias sociales y de la natalidad.

¿Quiere decir esto que los países de tipo occidental moderno están destinados a desplomarse y a desaparecer gradualmente? A. Dumont no llega hasta ahí. No vacila en afirmar que la capilaridad social producirá sus efectos excesivos mientras que el espíritu individualista reine sin contrapeso: “Desde el momento en que la molécula social pone su fin en sí misma, tiene que subir, quíeralo o no” (8). Añade que *una democracia* (individualista) *no puede pretender una fuerte natalidad*. El remedio está en un desarrollo de las tendencias sociales; la civilización, *buena en sí*, contiene un *principio tóxico que hay que aislar y destruir*: “el idealismo individual, el principio según el cual cada individuo pone su fin en sí mismo”. Para marchar hay que apoyarse a la vez en las tendencias sociales y en las tendencias individuales.

Además, habría que entenderse bien sobre la naturaleza de esas “tendencias sociales”. A. Dumont nos dice que “el principio socialista de la equivalencia de funciones” tendría como consecuencia la destrucción de la capilaridad social y la multiplicación de nacimientos. Esta era, en el fondo, la idea de Malthus, y la razón por la que condenó al socialismo en una época en la que sólo se temía la hiperdemia. ¿Debemos nosotros, a la inversa, y dado el cambio de circunstancias, ver a este último como un salvador contra el peligro de despoblación? No lo creo.

El principio socialista, de la *equivalencia de funciones*, ¿tendría como efecto la destrucción de la capilaridad social? Sí, pero a condición de que fuese *real y pecuniariamente aplicado*, lo que aun dentro del colectivismo parece imposible, y aun entonces, el efecto que resultaría, con respecto a la natalidad, sería aniquilado por el crecimiento del amor al bienestar y por la aversión a toda mo-

(8) *Op. cit.*, p. 362.

lestia, aun pequeña, que pudiera evitarse. Desde hoy, el neomalthusianismo se desarrolla intensamente en los países y en los medios socialistas (9), lo que no podría sorprender al historiador de las doctrinas que sabe que el *socialismo* moderno tiene una filosofía *ultra-individualista* y, de ninguna manera, una filosofía social (10).

Bajo la reserva de que se trata de tendencias sociales, y no socialistas, que resucitar, no es posible menos que adherirse a las conclusiones de A. Dumont. Un exceso de individualismo conduce a los pueblos civilizados a la desnatalidad; para que no vayan muy lejos por ese peligroso camino es necesario, ante todo, que el individuo cese de considerarse como su fin único, y que readquiera conciencia de su situación como parte integrante de la colectividad. A. Dumont no desespera de que así suceda, y consagra los últimos capítulos de *Dépopulation et Civilisation* a enumerar los remedios que deben favorecer ese retorno. Con la condición de templar la dosis excesiva de individualismo que impregna nuestra atmósfera, cree que puede restablecerse cierto equilibrio y combatir con éxito al oligantropismo.

Dumont hace depender la ley moderna de población, en el fondo, de datos sociológicos e ideológicos muy generales. Una actitud análoga es la que toma Nitti (*La población y el sistema social*), que conforme a la tradición italiana más general rechaza los temores malthusianos y antimalthusianos. "En toda sociedad, dice, en donde el individuo esté fuertemente desarrollado y en donde el progreso de la socialización no destruya toda actividad individual, en toda sociedad en donde la riqueza esté ampliamente subdividida y en donde las causas sociales de desigualdad estén eliminadas gracias a una forma elevada de cooperación, la natalidad tenderá a equilibrarse con las subsistencias, y las variaciones rítmicas de la evolución demográfica no tendrán nada de aterrador para la humanidad".

(9) V. en Alemania, la **República Roja**, Sajonia, que en pocos años cayó desde el punto de vista de la natalidad, de uno de los primeros lugares a uno de los últimos.

(10) V. sobre este punto nuestra **Historia de las Doctrinas Económicas**.

Es notable que mientras los economistas —a ejemplo de Malthus— durante un largo período se dejaron intimidar por los espectros del hambre y de la sobrepoblación, los sociólogos regresen frecuentemente al punto de vista poblacionista, que ha sido el de las épocas en las que se consideraba la cuestión sobre todo desde un punto de vista político. Es así como Ad. Coste, en sus *Principes d'une sociologie objective*, puso las bases de una *sociometría*, que era basada en el dato de que es en el crecimiento y en la concentración de las poblaciones “en donde hay que buscar la condición de todos los progresos sociales, condición sin la cual ni la conciencia puede aparecer y desarrollarse, ni la inventiva ejercerse, ni seguirla la imitación, ni la raza o los hombres selectos revelarse y producir su acción eficaz” (11). Todos los progresos sociales “proceden de un mismo fenómeno inicial, el aumento de la población unificada” (12).

Por tanto, para él la medida del valor comparativo de los pueblos es función de su población absoluta y de su densidad (13). Ya mucho antes, el inventor de la sociología, A. Comte, veía en el crecimiento de la población “el síntoma menos equívoco de la mejoría gradual de la condición humana”. Durkheim, que hace de la división del trabajo el gran resorte social, considera que esta división “varía en razón del volumen *y de la densidad* de las sociedades”. El crecimiento de la población favorece, y a la vez hace necesaria, la división del trabajo. Kowaleski proclama que “el motor principal de la evolución económica es la marcha ascendente de la población” (14).

Se dirá que la sociología tiende a apreciar mejor la importancia y lo benéfico del factor población, en el momento en que la generalización de la desnatalidad en la mayor parte de los países civilizados parece susceptible de hacer bien pronto más rara la

(11) *Principes...*, p. 103.

(12) *Ibid.*, p. 159.

(13) V. también, de A. Coste, *Le facteur population dans l'évolution sociale*, *Revue de sociologie*, 1901.

(14) *Le Devenir social*, junio de 1896. V. igualmente, en el sentido poblacionista, Izoulet (*La Cité moderne*), Novicow, Richet, Guyau, de Na-dailac, etc.

pianta-uomo; y que reanuda, por su cuenta, la vieja y casi instintiva fórmula de los mercantilistas del siglo XVI: *No hay grandeza y fuerza más que en los hombres.*

* * *

Sólo hemos tratado, en el curso de la exposición precedente, de permitir a aquellos a quienes interesa la doctrina de la población obtienen una visión de conjunto sobre las diversas concepciones que se han afirmado sucesivamente a este respecto.

Indudablemente esta revista es muy incompleta. La necesidad de no extendernos indefinidamente y de presentar el resultado de nuestras investigaciones en un volumen aceptable, nos prohibió numerosos desarrollos y nos impuso más de un sacrificio. Este libro no será "definitivo". Pero el autor ya se sentiría satisfecho si se quiere juzgar que, en un terreno a la vez obstruído y poco trabajado, ha comenzado, con algún fruto, una obra de desenmalezamiento, trazado algunas avenidas, dispuesto algunos esclarecimientos, facilitando así los esfuerzos de los que quieran ir más lejos que él.

Nos ha parecido que el problema de población ha sido planteado, en primer lugar, desde el punto de vista religioso por los pueblos antiguos, semitas y arios; después, desde el punto de vista político, por la antigüedad clásica; desde el punto de vista moral por la Edad Media, y de nuevo desde el punto de vista político durante el período mercantilista. A partir de fines del siglo XVIII, el punto de vista económico absorbe la atención de manera predominante. Pero en nuestros días se afirma la tendencia a considerar la cuestión más ampliamente y desde el ángulo sociológico. Cada grupo de investigadores ha contribuído, por su parte, a lanzar alguna luz sobre uno de los temas más importantes que el hombre pueda considerar. Es útil conocer sus esfuerzos seculares, tanto para evitar sus errores como para retener esa "alma de verdad" que casi siempre puede obtenerse de una doctrina humana.

Impreso en los Servicios de
Reproducción de CELADE.

